

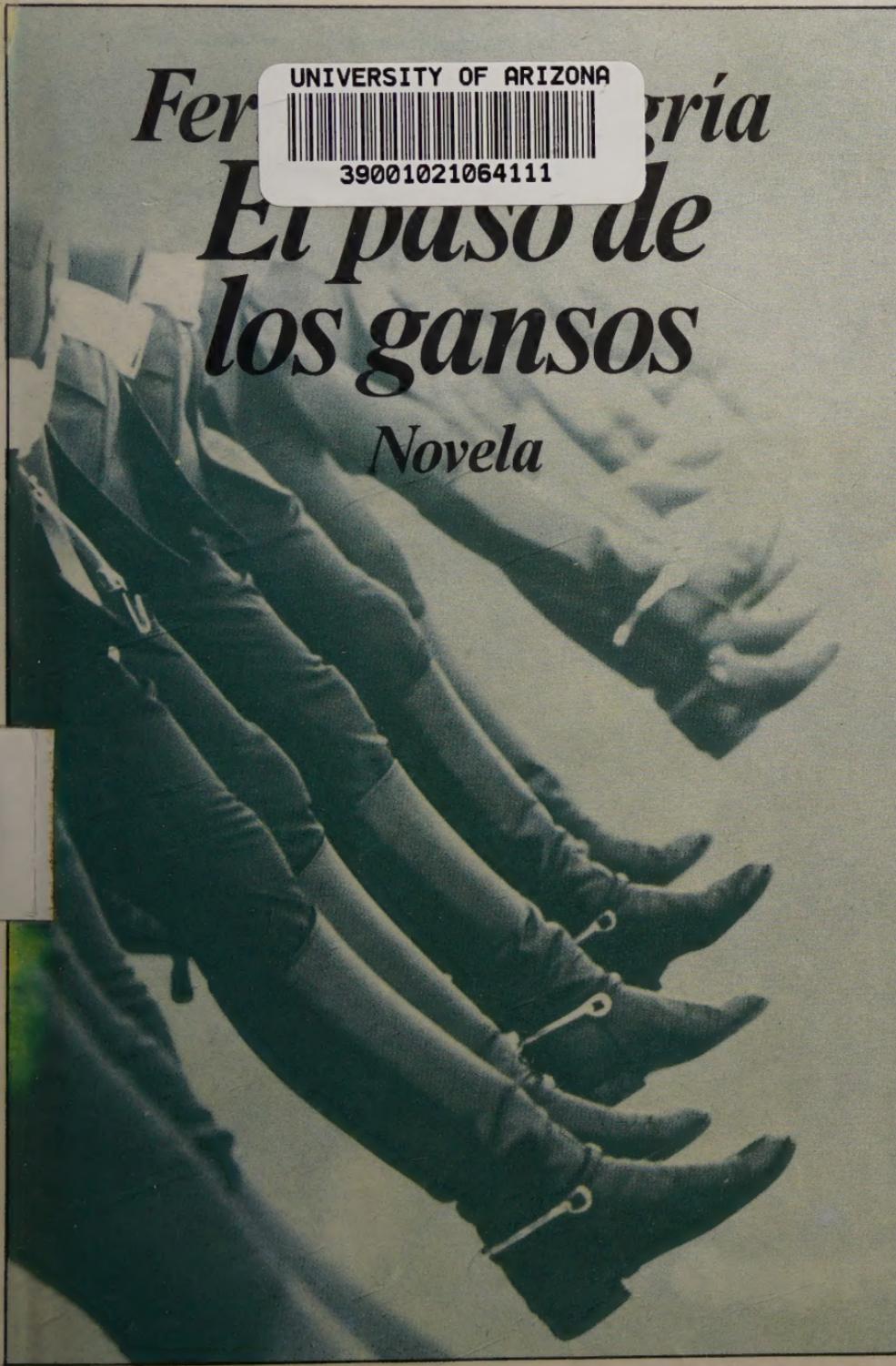
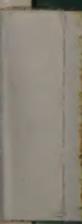
Laia Literatura

Fer *gría*
El paso de
los gansos
Novela

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001021064111



PQ
8097
A734
P3
1980

Fernando Alegría

EL PASO DE LOS GANSOS

Novela

editorial laia/barcelona

Diseño y realización de la
cubierta: Tone Hoverstad y Loni Geest

© Fernando Alegría, 1979

Primera edición: marzo, 1980

Propiedad de esta edición (incluido el
diseño de la cubierta): Editorial Laia, S. A.,
Barcelona-14

Depósito legal: B. 8.026-1980

ISBN: 84-7222-985-8

Impreso en: Industrias Gráficas Márquez,
Ignacio Iglesias, 26 - Badalona.

Printed in Spain

Prefacio

Comenzada que fue la batalla del 11 de septiembre de 1973, las personas que aquí hablamos nos reunimos con mayor o menor prontitud y procedimos a estampar nuestro testimonio. Digo «estampar» pues las voces salían mezcladas con los estampidos de metralldas, fusiles y cañones y en cada uno de nosotros se dio el momento de la decisión y la voluntad de cargar o descargar armas y, siendo unos de profesión marcial, corrieron a sus cuarteles (regimientos, comisarías, academias de guerra, puestos navales, campos aéreos), y siendo otros de matrícula estudiantil acudieron también a sus sitios de combate (universidades y colegios), mientras que los obreros, artesanos y pobladores atrincheráronse en los cordones industriales, y el Compañero Presidente, entretanto, reunía a su guardia personal en la casa de La Moneda y cerraba los viejos portones coloniales para impedir la entrada de tanques, carros blindados, ambulancias y helicópteros, a éstos especialmente ya que revoloteaban tratando de meterse a su despacho por los balcones del segundo piso.

Pero había asimismo, gente de natural pacífico que en esos momentos no supo exactamente cómo proceder: más de alguno salió a las calles y encontró las balas de patrulleros militares o policiales; otros murieron mirando por los postigos entreabiertos de sus casas; otros llenaron las iglesias y, cuando fue necesario, rezaron y ayudaron a cargar cadáveres; así como los bomberos echaban grandes sábanas de agua sobre los techos ardiendo de La Moneda y, más tarde,

alrededor de las cuatro o tal vez cerca de las seis, formaron la columna de hombres de cuero y de humo, de hule y hollín que cargó al Presidente en una camilla tapándolo con un choapino boliviano de serios colores.

Los más, sin embargo, permanecieron pensando en sus casas, haciendo llamados telefónicos, consagrando a los muertos familiares, aguardando las campanillas de los allanadores y quemadores de libros y las bocinas de los camiones que, cargados de gente, como en día de clásico futbolístico, aceleraban hacia el Estadio.

Yo (es decir, la persona que combatió, rezó, levantó muertos, ayudó a apagar los tizones de La Moneda, habló por teléfono y fue fusilado y está a la diestra de Dios Padre, y si no fue fusilado, fue torturado y espera aún el juicio final a la siniestra de la junta) no puedo, no podré jamás ya hablar con justicia y sabiduría y responder por muertos y vivos que, aún cuando lo deseen e insistan, no conseguirán rectificar mis palabras.

No obstante, testifico sin dudar de algunas cosas que nadie podrá contradecir: nosotros los muertos somos los que llevamos la voz cantante en esta historia, somos los que más gritamos, los ultravociferantes y tumultuosos y agitados, en una palabra, los verdaderos *extremistas* a que se refieren los decretos y folios jurídicos de guerra. Otro sí, por muy muertos que estemos llevamos la responsabilidad de muchos vivos bajo el brazo y la vamos cumpliendo con humor negro y entereza de ultratumba, o sea, constituimos una Resistencia imbatible y —lejos de mí la ironía—, imperecedera; somos los muertos que seguimos muriendo a cada hora de cada día del curso escogido por los enemigos de la vida; decimos con sencillez que somos eternos porque sabido es que a los muertos no les entran balas. Ninguno de nosotros murió en el sentido legalista de la palabra: lo que murió fue un mito y si nos cuesta aceptar su deceso es porque lo matábamos ritualmente cada vez que

se nos movía la tierra bajo los pies y era necesario tener país y gritarle viva y añadirle ¡Mier...mosa patria! Venerábamos ese mito y nos tapábamos con él para negar el frío de agosto, la sequía de todo el año y las raíces del sauce llorón que los chilenos hemos acarreado siempre con orgullo por todas partes.

Pueblo pobre, pero sufrido; país ala y cielo, nieve para sobrevivir, océano profundo para confesarnos, bosques talados aunque renacientes, selvas ruinosas de lluvias y helchos y mapuches petrificados, una isla de pascua y una tierra del fuego, Chile, creemos en él y lo hemos querido como se quiere al hijo que nadie entiende, que pocos aprecian, que todos olvidan. Y el hijo crece, de adolescente se hace hombre, saca voz de Neruda, y llega el momento en que el mundo lo escucha.

PRIMERA PARTE

Las diez de últimas

DIGO QUE SEPTIEMBRE SI ES PRIMAVERA LLEGA TARDE ESTOS DÍAS A CHILE *habrá un sol que no aparece por ninguna parte una cordillera nevada que se queda opaca cerros oscuros en la costa cielo cerrado sobre los barrios de Santiago la escasa luz que entra por el ventanal tiene el cansancio de toda una casa Gran Casa dormida aún*

La mano busca en la oscuridad y encuentra botones de colores que se prenden y se apagan oigo una voz familiar pero a esta hora más bien confusa y dura me siento a la orilla de la cama he encendido la luz del velador escucho con atención mis palabras después son tranquilas órdenes e instrucciones de alguien que ha esperado esa llamada tal vez no esta madrugada pero que la sentía venir en sueños con un clamor de ruidos imprevistos carreras exclamaciones y rostros apenas visibles que me esquivan y sin embargo siguen merodeando al acecho buscándome

Sí claro a La Moneda inmediatamente la Guardia queda reforzada y reforcemos también nuestra gente para el trayecto apenas esté listo todo me avisa cuatro automóviles conforme y las armas en la camioneta

Un momento de espera es posible que dé unos pasos se acerque a la ventana entreabra los postigos pero no son gestos definidos ni las ideas son palabras sólo una sensación de vacío conciencia fulminante de soledad

y apremio después nos rehacemos nos armamos de golpe y algunas caras pasan a nuestro lado igual que móviles en la gris oscuridad del alba quizás una de ellas se detenga a mirarnos pero luego se borra y en su lugar hay un espejo sobriamente claro llamándonos tal vez fue el rostro de una mujer o de varias en una

Vamos andando en las poblaciones marginales las nubes son más bajas la luz más incierta las banderas chilenas y las banderas rojas se sacuden el rocío del amanecer los fogones empiezan a echar humo un olor a pan quemado se pega a las casas de tabla se levantan hombres entumidos y miran al cielo otras sombras se mueven entre acequias y braseros y chispas

Por el barrio alto hacia el centro comienza un tráfico veloz no el de todos los días los autobuses están en huelga nadie trabaja el comercio ha cerrado sus puertas son autos elegantes y hombres solos la pistola o el fusil automático en el asiento

Patria y Libertad se desliza hacia su puesto de combate las estaciones de radio de la insurrección empezaron ya su hit-parade y el adolescente rubio trina trina trina lily trina marlene marchas comunicados virajes cortantes de una junta militar

Vamos vistiéndonos oigo las carreras de los GAP en el corredor las voces en el jardín el ruido de los motores calentándose los golpes de puertas el metal de las armas que se cargan apenas de abajo una canción y voces inciertas en la radio pero insistentes no son los slogans comerciales mañaneros ni tampoco noticias otra cosa

El coronel de carabineros ha dicho dijo ya hace tiempo ¿más? ¿menos? la flota regresó en la noche de alta mar abriendo el agua de seda la nocturna Operación Unitas rendez-vous al amanecer esquinazo marino merino han ocupado Valparaíso los teléfonos suenan en varios sitios de la casa

Tomás Moro se ha encendido como un trasatlántico
de la ciudad llegan ecos lejanos bajo toldos mojados Puerto Montt
me dice usted que no se combate aún pero
podría combatirse lo cierto es que no hay noticias

La figura del hombre sigue organizándose en la luz del
espejo sobre la cómoda la mirada detrás de las lentes
recuperó su fuerza tranquila un tanto distante El Presidente
se ha puesto un pullover gris pantalones marengo
en el bolsillo de la chaqueta de tweed un pañuelo de
seda rojo pienso en los espacios abiertos a ambos lados
de La Moneda en balcones algún saludo y tal vez en
palabras fuertes decisivas finales

4 de septiembre de noche una muchedumbre de
600.000 personas le aclamó frente al palacio culminación
de marchas y concentraciones en que la voz de Allende
se enronquecía clamando contra el terrorismo de la derecha
llamando al pueblo a defender el gobierno de la Unidad Popular

Hoy tanques uniformes cascos pardos a lo largo del
día es densa la atmósfera de las plazas bombardeadas
soledad de fuego en otra soledad fría mi propio cuerpo
expuesto a un ataque sin dimensión aún al filo del combate
mandos y contramandos bocinazos nombres malditos
ecos en un mundo que ya tomó forma y esa forma es un
inmenso escudo oxidado sobre la mañana del 11
de septiembre en Chile

Cuatro autos azules vamos pegando y la camioneta
salen con un viraje violento al pasar las grandes puertas
de rejas a toda velocidad cambiando posiciones en el
camino tejiendo un relampagueante laberinto de pistas
invisibles apenas comenzadas cuando la imprevista maniobra
de uno de los Fiats las deshace el diseño deslumbra
engaña por las esquinas queda el eco de las sirenas
las pocas gentes a esa hora caminan miran entienden miran
otra vez vuelven a sus casas

El Presidente en la puerta principal de La Moneda
la Guardia no se rinde mierda rinde los honores rodea-
do por su escolta entra a paso rápido en la mano derecha
lleva un fusil automático tengo 23 hombres armados
en la camioneta dos ametralladoras calibre 30 tres bazu-
cas tres Allende narra los escasos detalles que conoce
los efectos disponibles a la defensa del palacio siete agen-
tes de investigaciones aquí no pasa ningún uniforme ar-
mado

Tranquilidad se alzó la marina se alzó la FACH
Radio Magallanes trabajadores de Chile francotirado-
res que defenderán los edificios vecinos salud compa-
ñeros asomado al balcón observó el vacío de las calles
torre del Seguro Obrero 1938 ahí están los cuerpos
sin cara los nazis asesinados en octubre primavera
grupo folklórico observándome desde las ventanas fusiles
ensangrentados balazos que han quedado en el tiempo
voces entre los rugidos de Alessandri y los aullidos
de von Marées los nazis con las manos en alto por Mo-
randé el general Arriagada maténlos por la mierda ¿a
todos? a todos las pistolas y las ametralladoras empie-
zan a recorrer el edificio de alto abajo y van cayendo por
las escaleras los nazis lenta pesadamente Alessandri
aparece en el Congreso y esquiva los tiros que le dispara
von Marées miren no más los huevones con revoluciones
a mí no quedó ni uno ni para contar el cuento pero
quedaron tres no miles y ahora sapean los cadáveres
los verdes cadáveres uniformados desde sus tanques polvo-
rientos y sus aviones sin hélices ¡la cueca del 38 es la cue-
ca de la victoria el Parque Cousiño floreado la carroza
abierta de don Pedro banderitas de papel en el aire
Allende de frac a jurar soy Ministro de Salud Pública
del Frente Popular!

Por los citófonos de palacio oigo ruidos extraños al-
guien llama en nombre de la junta el avión a su dis-

posición por supuesto y su familia y los que usted diga
no hay alternativa o renuncia y se va o se va
y renuncia o La Moneda será bombardeada me oye
BOMBARDEADA

«Los traidores no conocen lo que es un hombre de honor de aquí me sacarán muerto» con casco y metralleta en la mano ahora están llamando los dirigentes de la UP y del MIR y ahora viene llegando una delegación de carabineros hablen hablan salen rajados para la Intendencia así que la Guardia no se rinde mierda pero entran los edecanes y parten los edecanes no es el momento para confiar en uniformes qué se le va a hacer el edecán aéreo desea quedarse nos veremos en alguna carroza qué le vamos a hacer afectuosamente

Gran ruido de botas en el Patio de Invierno los pacos suben y bajan los peldaños de piedra vamos corriendo cabritos pacos gigantescos lujosos lustrosos espolín y taco alto al zaguán de La Moneda parece que vuelven los fusiles y van a disparar las fuerzas del GAP disparan primero llegan ministros subsecretarios asesores dirigentes saltan en pedazos las ventanas del segundo piso fuego cruzado sobre la Plaza de la Constitución Vamos despidiéndonos

Compatriotas:

Esta será, seguramente, la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron...

Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores:

Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les

digo que tengo la certeza que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.

Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

Seguramente Radio Magallanes será callada, y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes.

No importa, lo seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.

El pueblo debe defenderse pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco humillarse. Trabajadores de mi patria:

Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres de Chile este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile!

¡Viva el Pueblo!

¡Vivan los Trabajadores!

Éstas son mis últimas palabras...

Las tropas de infantería avanzan por Morandé y Teatinos ataque envolvente y fuego concentrado contra el despacho de Allende contrataque los soldados retroceden tres tanques y el líder se para frente a las puertas de La Moneda desde el balcón del Presidente sale un disparo de bazuca que da en el blanco el tanque humeando se va de lado y queda animal abierto vaciándose en la Plaza pero los otros insisten

Llamó a la Tencha por teléfono no salgas de Tomás

Moro y Tomás Moro ya volando en pedazos entre las ruinas los GAP pasan con un Fiat blanco en andas bajan unos peldaños y lo depositan donde las monjitas Tencha buscando La Moneda que se ha perdido en el humo

Apuntando siempre a la sala del Presidente los carros blindados dirigen sus ametralladoras contra la sala de escoltas

Vamos cubriéndonos de pólvora se paralizó el centro los autos de Patria y Libertad por los suburbios de Las Condes, El Golf, Vitacura blancos azules rojos silenciosos submarinos tiburones bajo acacias doradas acá son las columnas pardas camiones jeeps piezas de artillería disparando contra La Moneda se lucha encarnizadamente una hora insurrectos colgados parados hincados los tanques salen de La Nación entran al Ministerio de Defensa pegados al asfalto haciendo la puntería desde las terrazas de los ministerios, las Cajas y los bancos esquinas inesperadas y azoteas al aire militantes de la UP los mantienen a raya

El Presidente ministros y asesores al Salón Toesca vamos analizando la situación porque nos tienen copados el futuro de la revolución chilena no depende de esta batalla exige cuadros y dirigentes para la resistencia futura la lección de Chile no se ha perdido sacarle punta los que no tengan armas y qué se le va a hacer los demás a ocupar sus puestos de combate

Apareció el Puma volando ya y vuelve estirando las patas revoloteando disparando sus cañones sobre las terrazas vecinas a La Moneda sin descanso el matapijo ametrallando los últimos reductos estratégicos de francotiradores los citófonos suenan una sola onda rabiosos ultimatus me amenazan con la fuerza aérea nos dan seis minutos y después tres miramos al cielo

Allende con dos GAP su médico carabineros militares leales un fotógrafo va disminuyendo el tiroteo se re-

tiran las tropas dos fortalezas aéreas toman con cariño las medidas

Estaba tranquilo y pesaba cuidadosamente las informaciones que iba recibiendo sus órdenes eran firmes inspeccionaba las posiciones de combate se alistaba para largas horas de lucha sin esperanza no existían planes de defensa de La Moneda contra este tipo de ataque se improvisaba es cierto salió un llamado al Cordón Vicuña Mackenna y volvió la respuesta Compañero Presidente venga a los cordones industriales peharemos juntos su puesto estaba en La Moneda vamos combatiendo que lo discutan los otros los refugios son estrechos subterráneos no caben busquen el otro cual otro al Ministerio de Relaciones Exteriores por la Alameda existencia de agua y alimentos pabellón médico quemen todo y con cuidado ese general sigue llamándome por teléfono última respuesta HAGAN LO QUE QUIERAN

Está claro lo que va a pasar y no falta mucho unas horas menos se va poniendo duro Allende ha dicho que combatirá hasta el fin es posible el pueblo chileno el mundo entero sabrá hasta qué grado de crueldad lleguen los fascistas lo decisivo pasará en breves momentos lo esencial en la voluntad de lucha del pueblo la dirección política unitaria váyanse nadie quiere sacrificios inútiles tu puesto y tu compañero tu hijo existe ese futuro y las grandes alamedas

Así lo dejamos dice Beatriz un pequeño grupo de revolucionarios justo antes de iniciarse el bombardeo dos compañeras dos Miria Contreras y Marta González Ataque aéreo dos gansos de confección vuelan a media altura

Hawk Hunters maniobran bajo las nubes pegados al San Cristóbal dan una amplia vuelta ahora miden el valle central rozando los techos de Mapocho San Pablo enfilando entre la Catedral y el Congreso de Concepción a

Santiago round-trip caen los cohetes las explosiones
estremecen la ciudad el eco de los desplomes tiroteo
impotente de las armas cortas apuntando a un halo de
fuego en el vacío silbido profundo penetrante de guata
en la terraza grabando filmando los gansos se encienden
con el relampagueo de los cohetes vienen de nuevo en
picada las grietas profundas saltan fierros gruesas
espesas columnas de humo negro amarillo desaparecen
los balcones agujero de hollín piedras calcinadas ya
no están los portones coloniales de La Moneda todo es el
Patio de Invierno echando humo también porque fue
inundado por el agua de las cañerías rotas los Naranjos ar-
diendo van y vienen los Hawks catorce pases incen-
diarios round-trip porque se revientan las murallas las
rejas se hacen astillas porque demoler pulverizar quemando
es metódica ferocidad La Moneda envuelta en llamas
las galerías del segundo piso el Ministerio del Interior

Tres horas combatiendo y no hay más que dos subte-
rráneos vamos cascando Allende hace volar con grana-
das las puertas de la Armería sacamos cuatro ametrallado-
ras calibre 30 fusiles Sik municiones máscaras
cascos Allende sale con fusiles al hombro

Comienza a avanzar la infantería se fueron los Hun-
ters buscando aire la fogata de gases tóxicos envuelve el
palacio una fuerte explosión nos bota al suelo Allende
está herido tiene pedazos de vidrio en el cuello y en la
espalda se abrieron todos los grifos y llaves de agua
arde la Sala de los Edecanes arrastrándose esquivando
las balas alcanza a llegar nuevamente a su despacho

Ya están en la puerta de Morandé exigen a gritos la
rendición rechazamos el ataque lanzan carros blindados
y más tropas salieron Vergara Flores y Puccio la
cadena nacional interrumpe lily marlene el Presidente va
a capitular me dicen que Vergara y Flores fueron baleados
por la espalda

Ocupan la planta baja vamos buscando queda el
Salón Rojo Allende dispara su fusil automático cara a
cara el primer balazo en el estómago doblado apo-
yándose en el sillón vamos muriendo no hay tiempo de
aprender un segundo balazo en el pecho vámonos de
espalda acribillado

Los GAP siguen resistiendo los GAP siguen son
las 4 pm.

La Moneda ardiendo

Los radios repiten un llamado insistente a los bomberos
para que acudan a «apagar el incendio de La Moneda». Par-
to corriendo hasta el puente de Recoleta. Va saliendo una
bomba y me subo. Atravesamos el centro y el tiroteo lo
sentimos lejos, hacia la Plaza Baquedano. Los carabineros y
militares nos abren camino; al llegar a la Plaza de la Cons-
titución nos envuelven nubes de gases lacrimógenos. Veo a
otros bomberos caminando lentamente como astronautas pe-
gados a sus mangueras, y me voy detrás de ellos, por el
lado, entre vigas humeantes, muebles carbonizados, en una
oscuridad extraña que me hace pensar en el fondo de un an-
tiguo acuario, quizás los reflectores que alumbran las ruinas,
fulgor morado y verde. Nos mandan subir al segundo piso y
allí entramos a un saloncito donde hay militares y bombe-
ros. El cuerpo del Presidente está sobre una camilla, tapa-
do con un chopino grande, grueso. No puedo ya acercarme.
Otros bomberos lo cargan y salen al corredor y bajan las
escaleras dándose contra postes y paredes. Oigo gritos en
un subterráneo. Sobre una mesa que ha sobrevivido intacta
al bombardeo hay una cabeza de yeso, mutilada, de costado,
goteando agua y barro. Tiene un balazo en la sien. Me he
quedado con un hacha en la mano.

Busco la puerta y salgo retrocediendo.

MURIO ALLENDE, ALLENDE NO MURIO *pasan muy lentamente las horas que siguen, en una calma extraña que nadie entiende. La población de Santiago no sabe lo que ha ocurrido. Los vecinos se llaman por teléfono. Una espesa red de voces amarra a la ciudad. Se dan nombres de líderes que han muerto, de otros que aún resisten, se habla de actos de heroísmo y matanzas colectivas, lucha interna entre las fuerzas armadas, militares, aviadores y carabineros caídos defendiendo al gobierno de la Unidad Popular. Altamirano está vivo. Malherido en el Hospital Militar. Lo han operado dos veces. La Mireya Baltra atacó sola a un camión de milicos y murió disparando. No. Está en una embajada. Pero si la vieron los periodistas. La que murió fue Gladys Marin. SUMAR. En el ataque a Tomás Moro hirieron de gravedad a la Tencha. Acaban de anunciar que Prats avanza desde el sur al mando de tropas leales a la UP.*

Rumores, rumores, rumores. Las gentes mueren y resucitan, resucitan y mueren. Nadie sabe nada.

Al oscurecer, cuando sólo se escuchan las sirenas de las bombas de incendio y el tiroteo esporádico de ametralladoras y fusiles, y en el centro arden lentamente restos humanos y restos de tanques, y por las Avenidas pasan a gran velocidad furgones de carabineros con negros ataúdes improvisados, y los automóviles de Patria y Libertad patrullan las arterias de Providencia, Lo Curro, Colón, y de la tarde no queda sino un penetrante olor a pólvora y el resplandor de llamas lejanas y nubes de polvo sobre las poblaciones marginales, aura roja en el cielo oscuro, entonces, desde todos los ámbitos de la ciudad va cundiendo una voz sofocada por el miedo, colectiva, persistente, ancha y densa como una ola que no encuentra playa y esa voz invade hasta los últimos rincones de Chile y va y viene diciendo que Allende ha muerto, que murió con La Moneda, entre los muros de la Patria Vieja luchando por una Patria Nueva. En los patios

destruidos, en la fuente de piedra, seca, llena de humo, entre los naranjos quemados se ha quemado Allende, solo.

AL ESTADIO, AL ESTADIO, A LAS ISLAS Chile se estira ahora como un cuerpo herido. No llegó la primavera este septiembre. Nada ni nadie puede borrar el gris del cielo, el silencio de las barriadas, la soledad de los puertos, el vacío de las fábricas y escuelas. Se abren las puertas de rejas del Estadio Nacional. La cancha de fútbol, las tribunas y galerías, los camarines, los meaderos y el casino, se llenan de presos oscuros, apurados, sin rostro, sombras que aprietan un pase y una consigna hacia la muerte o el destierro. Víctor Jara canta, pero le quiebran las manos y sigue cantando, pero le rompen la espalda y sigue cantando, al fin lo balean y la voz no termina, va sonando por las graderías hasta la calle, hasta la morgue, hasta las plazas y teatros del mundo. En los camarines, tartamudos encapuchados torturan en portugués, en inglés y en castellano.

Van llenándose las islas con hombres y mujeres de negro, arrojados contra la furia de la metralla, de las cadenas y las picanas, humanidad de Goya que ya murió en España y ahora muere otra vez en la pequeña república chilena. Hoy la Quiriquina, mañana Dawson, y luego otras islas se unirán al archipiélago de la muerte.

EN UNA CASA VECINA AL SAN CRISTÓBAL LLAMADA LA CHASCONA, VELAN EL CADÁVER DE NERUDA cuatro candelas y un ataúd sin nombre ni insignia, un aposento oscuro, casa asaltada por turba de ladrones de tumbas: cuadros, libros, cristales y metales se hunden en el lodo nauseabundo que van formando las alcantarillas rotas. Sombras repentinas dan la mano, dicen algo que no se entiende y salen a perderse entre otras sombras.

Neruda va a dar su último recorrido por Santiago, solo

con Matilde. Pero, pensándolo bien, no irá solo: por el mundo marcha un cortejo de príncipes, trabajadores y académicos, cortejo solemne llevando su cuerpo por universidades y plazas, por aeropuertos y teatros, de pie en afiches y periódicos, acostado sobre libros y diplomas, y por Santiago tampoco va solo, porque el pueblo descubrió el recorrido que sigue el poeta y lo acompaña gritando.

Vamos, pues, de cementerio en cementerio, y en otro empiezan a enterrar al Presidente Allende. El ataúd llegó en avión de carga a Quintero. Tencha, Laurita y dos sobrinos forman el cortejo. Rodeado de fuerzas militares, sin demora, Allende se va de espaldas. La viuda quiere ver el cadáver. El féretro está sellado. Pero algo vio un bulto envuelto en lona, con las orillas cuidadosamente engrapadas. Ahora lo sepultan y Tencha empieza a quien ustedes entierran es el Presidente de Chile, no lo olviden, aquí no se ha dicho ni una palabra, no se ha hecho un gesto para significar la muerte del Presidente, cuenten a sus hijos lo que han visto hoy, que no se olvide nunca esta hora de tragedia para la patria.

Allende desciende al mausoleo que tiene color de invierno porteño. Humos y neblinas y vientos marinos. Las higueras secas en los cerros, los mojados eucaliptos, la tierra roja de quebradas y colinas, alguna bocina lejana, ésas fueron las marcas vagas, perdidas, de su funeral. El ruido de cadenas que bajan el ataúd, los rifles y sables de los uniformados, las voces de mando en la primavera que abortó, el avión viejo, tiznado, con una estrella opaca, todo aparece distorsionado en la bruma. Desde los muelles, los letreros en trapo rojo flamean goteando, borrándose.

Album familiar

«Yacía sentado sobre un diván de terciopelo, de color rojo granate, adosado al muro oriente del Palacio, entre dos ventanales que miran hacia la calle Morandé, con la cabeza y tronco levemente inclinados hacia el lado derecho: miembros superiores ligeramente extendidos, extremidades inferiores extendidas y un tanto separadas. Se observó un fusil ametrallador N.º 1651 y extendido con la parte del cañón y el mecanismo de disparo apoyado en el sillón y el resto, culata abatible, apoyado en el antebrazo y en la región abdominal.

»Al examen externo policial, se observó en la región mentoniana una herida erosivacontusa, estrellada que corresponde a orificio de entrada de proyectil, en cuyos bordes se aprecia discreta cantidad de halo carbonoso. El arco superciliar derecho, otra herida, al parecer salida de proyectil o esquirla ósea. En la región del parietal izquierdo, herida de salida de bala que produjo el estallido de la bóveda craneana. Hay fractura en el maxilar superior, inferior, fractura nasal y frontal. Livideses instalándose en el plano correspondiente. Rigidez incipiente a la altura del maxilar. Data de muerte aproximada al término del examen finalizado a las 18 horas, se estimó en cuatro horas y media y su causa probable traumatismo craneano encefálico por herida a bala de tipo suicida.» Inspector de la Bri-

*gada de Homicidios Pedro Espinoza, VEA, 1.785,
28-IX-1973, Santiago, Chile.*

No recuerdo con exactitud la ocasión en que conocí personalmente a Salvador Allende. Debió ser en su casa de Guardia Vieja. Mis excursiones a Santiago son, por lo común, en los meses de agosto y septiembre. Siempre llego un poco ansioso, con las baterías cargadas, me entono en el avión y vuelo mirando incrédulo los macizos cubiertos de nieve, reconozco el mar y los valles, diviso el Aconcagua y siento los temblores en el aire que producen sus ráfagas de luz. Los aviones silban, aletean un poco, buscan la pradera amplia y de cara al sol, como una plataforma desierta para saltar sobre la ciudad. Digo que me entono y es a los rayos y al canto del pisco, pequeño compañero suave y lento, verde pero no verde ni transparente, cabezón y claro, limón de Pica invisible, azúcar retirada al fondo mismo de la mano. Mi primer encuentro: esta compañera maciza y rosada, ojos negros, brillantes, pestañuda. Porque en la terraza de mi octavo piso es una mañana de invierno, y abajo hay una intensa refriega entre los carabineros que guardan el consulado norteamericano y grupos de estudiantes secundarios. Éstos combaten con piedras, los pacos disparan bombas lacrimógenas. De repente la veo venir desde el otro lado del río caminando a paso rápido con la bolsa de verduras. Se va acercando a la línea de fuego. Las piedras rebotan en los flancos de los carros blindados y en los escudos de plástico. A ras del pasto y entre los árboles, colgándose como blancos telones, crecen las nubes del gas. Quisiera gritarle, decirle que no siga. Pero no se oye mi voz entre los aullidos, peñascos y explosiones. Y entonces la veo pasar sin disminuir ni apurar el tranco, con el pañuelo en la boca, como una fuerza imprevista entre los combatientes, desafiando balas y piedras sin dudar que cruzará el Parque, atravesará la avenida, subirá el ascensor, llegará a mi departamento y dirá

que hay escasez de todo, que le costó pero consiguió pan, un pollo y cebollas y que está llorando porque le arden los ojos.

Estamos sentados, como digo, observándonos, tratando de ver y viendo qué nos hicieron estos meses, otras arrugas y otras canas, más kilos, menos confianza. Y el rostro sanguíneo frente a mí empezando a sonreír. Aparece una bandeja y en ella, imagen verdaderamente santa, una luminosa, oro en el aire, luz de campo, botella de vino blanco helada, y aceitunas y queso, y al beber otra vez queda el parrón en la boca y ese frío que arde y viene por entre los frondosos pimientos buscando un sol tranquilo desde la cordillera.

Por qué viniste no sé, me dice, pero te admiro la fe. Salud. He venido a aprender. No es tiempo de notarios. No. Lo sé. Tencha no me escucha con atención. Me ha hecho una pregunta, pero no me oye. Un azafate pasa volando y se detiene demasiado cerca de mi hombro. No recuerdo exactamente quiénes estaban con nosotros. He llegado un tanto inseguro. El jardín del frente se confunde con el de la casa del lado. Además, Guardia Vieja es calle cerrada. Los árboles, las enredaderas, el pasto, el mediodía soñoliento me van dando confianza y espero tranquilo en la terraza, asoleándome, dejándome llenar de pelos por el perro grandote y ondulante, como cortina de felpa amarilla y blanca, que me da colazos al pasar.

Conocí a Tencha en el Pedagógico de la Universidad de Chile, en ese edificio de la calle Cummings. Ella estudiaba historia, yo filosofía. Tencha era una muchacha de grandes ojos verdes, sonreía con timidez y timidez me causaba a mí su belleza tan clara y apacible. En mis años de estudiante me desequilibraban muchas cosas y pasaba por aulas y patios preocupado de minúsculas batallas, considerado con sonriente incredulidad por los maestros. Recuerdo a Tencha como si siempre le hubiese hablado de lejos. Hoy observo los cambios, también desde afuera. Me doy cuenta luego que entre

ella y Allende existe un acuerdo sutil y secreto, cosas que los dividen y los unen, que los separan nítidamente. Ella no ha perdido el esplendor dorado de los ojos. La sonrisa me preocupa porque no se dirige a nadie en particular, la aparta. Creo notar cierta tensión en la mesa. Pero, podría ser yo, no ellos. Cosas y personas pasan un poco aceleradamente. Manuel Rojas, grande, enorme, con su arrugada cara de Firpo y los ojillos luminosos bajo las cejas peludas, blancas, parte el pan entre sus dedos proletarios y a veces dice que sí y otras veces que no. Allende me ha llevado a su biblioteca y me queda mirando desde atrás de los gruesos cristales. Le digo sin aspavientos que va a ganar. Pero no le digo cuándo. Me escucha con atención y, después, hace un análisis de datos electorales que ha recibido, informes del partido, y opiniones de amigos y adversarios. Llega a la conclusión de que el resultado será muy estrecho y que ganará por quince a veinte mil votos. ¿Qué voy a decir? Pienso que si un candidato cree que va a triunfar por un margen tan escaso es porque sabe que va a perder. Pero Allende tenía razón, quiero decir, así fue de estrecho el resultado, y yo tampoco me equivoqué: Alessandri ganó por unos veinticinco mil votos gracias a la diversión producida en la izquierda por un guatón montado en mula, el Cura de Catapilco. Tencha me había hecho una pregunta. Sirve el café levantando las cejas.

Allende bromea, saca puros que trajo de Cuba. Me gusta verlo contento, sonrosado y fuerte. Las gentes comentan que está perdiendo el control de su partido. El Perro Olivares parte el pan entre sus manos muy blancas y se lo lleva a la boca. Hemos comido erizos de oro y arena, flotando en jugos que aprietan la garganta, agitados por el limón, tranquilizados por el aceite y la cebolla y los ramos de perejil y el vino pipeño.

Y ahora es 1971 y viene hacia mí luciendo una guayabera blanca y con un vaso en la mano, sonriendo, el pelo mojado,

y me da golpecitos en el vientre, es que no trabaja, me dice, lo observo y me parece esbelto, duro y hasta más alto. Los enemigos dicen que camina así, echado para atrás, a causa del chaleco contra balas. Pero la pechera abierta deja ver los vellos canosos en la piel rojiza, quemada por el sol. Salimos al jardín y el mar, el viento, los árboles, el cielo, suenan con el movimiento del verano sobre los cerros de Viña del Mar. Hemos avanzado desde una galería de vidrio, entre muebles de caña, hacia el sol que rueda buscando su querencia entre rocas y rascacielos, allá en el fondo fervoroso, espumante, enhuinchado de algas y cochayuyos, cabeceando el gallo, colorado o amarillo o verde, entre olas gigantes y botes minúsculos.

El Compañero Presidente me ha contado que estos días veranean en Cerro Castillo treinta niños venidos de los pueblos pescadores de la provincia de Arauco y escogidos por sus buenas notas en la escuela. Anda a verlos me dice, y voy y tomo desayuno con ellos. Son los mismos pelusas de mi infancia, hermosos niños oscuros y rosados, pajes morenos, colocolos en ciernes, de boca grande, cejas espesas, ojos vivos y tiernos, querendones. Se acercan a Allende como a un abuelo, lo abrazan y le toman la mano. Él les pregunta dónde van a ir hoy y contestan que a una fábrica de dulces. Quienes sirven a las mesas de los niños son marineros y me gusta esa convivencia en la religión chilena, ese barrio que nos une, esa marraqueta en la mañanita de las palmeras y los pinos del Cerro Castillo. Salimos todos al jardín. Se acerca un helicóptero del ejército y maniobra sobre nosotros provocando un vendaval de hojas y semillas. Desciende y se posa en el pasto. El Compañero Presidente sale muy peinado y elegante, seguido por sus edecanes, se detiene en la portezuela y saluda y los niños corean su nombre. El matapijos se levanta como puede sobre los árboles, flota un momento y parte después de lado, de cabeza, remolineando como volantín chupete.

Tencha sirve el café levantando las cejas. El vestido de verano le da una luz pálida a su sonrisa. Allende se pone juguetero y me mira desde lejos, van y vienen sus manos por encima de una cesta de duraznos, me llevo la copa a los labios y pienso en este vino chileno que me ha seguido de arriba abajo y a lo ancho de mis universidades poniéndome su traje de terciopelo granate entre pecho y espalda; advierto que bromea para mí, porque de un tirón se subió torcido el cierre de la chomba y de otro tirón se lo baja y no se le enreda nada, y en la conversación trato de sugerir, no explicar, la razón de algún patriotismo que me lleva con la copa en la mano hacia las fuerzas armadas y brindo en verso por cosas heroicas y cabezonas y no consigo decir sin trabarme las palabras claves. Allende, atento, no ha dicho nada y su edecán militar me anima a seguir describiendo con precisión la pionera misión de Ibáñez, Salinas y Llanos a El Salvador, y van y vienen los nombres de profundos cónsules líricos cuyo canto se recuerda en glorietas del Parque de Los Chorros, Juan Guzmán y Díaz Casanueva, versos que soportan las viejas lluvias, palabras como estas pulidas por rayos y relámpagos tropicales, junto a la magia de Salarrué y del ilusionista Contreras, vencedor del polvo, creador de la monumental estatua al sapo en la Puerta del Diablo.

Pequeño romance del caballero en la mesa alentando y perfeccionando un ritual de almuerzo en día domingo, rodeado de albas servilletas, copas sonoras, empanadas como hogares, a la hora de la sonrisa y la anécdota que Allende escucha, manejando el caluroso comedor con un movimiento de la mano. Se va y me voy, nos separa algo que se transforma en un cielo rojo, y Allende no es más que una voz, apenas un brazo, una cabeza, en un balcón repleto de gente, cielo de antorchas que humean y miles de banderas, estoy tan lejos que he perdido el discurso y, como en los corsos, hacemos abstracción de la fiesta y nos miramos y

conversamos sobre la familia y los años que se fueron y los años que han llegado, las distancias en la pampa, unos arengas en galpones vacíos y socavones de carbón, marchas y contramarchas, pero nos reímos porque ganamos, y nos arreglamos el cuello y la corbata que ya no usamos, que se quedaron en las proclamaciones del Parque y del Coliseo para siempre, deshechos en la camiseta roja del Caupolicán, bajo el vuelo pesado y fuerte de las banderas chilenas en la noche, nosotros abrazándonos, repitiendo que ganamos y Allende ronco, un período más, explosivo y alucinante ¡Compañeros! Pidiendo, todas las pes explosivas y mojadadas, al pueblo que regrese a sus hogares y dé una lección más de democracia.

Vamos a mirar al balcón, me dice, y nos encerramos en un ascensor enano que va subiendo y crujiendo como canasto, y nos bajamos en una pieza inconclusa, sin muebles, pero con un caballete de carpintero y clavos, martillos, serruchos, garlopa, brochas y tarros por todas partes. Ésta es la chimenea, me dice, y en la pared hay unas líneas dibujadas a carbón, y aquí el escritorio, y es el hueco junto a la ventana, y los armarios para los libros donde se alza una escalera con mucha salpicadura de engrudo y pintura, y éste es el balcón: y, en verdad, nos paramos en el aire, sobre el Cerro Castillo, frente a la sombra del mar y unas luces movedizas y frente a Valparaíso encendido, en el viento helado que trae las formas de las higueras y las hélices floreadas de los membrillos y los espinos y el vaivén azul de los eucaliptus, todo en silencio a esa hora y, más tarde, acostado ya el Presidente en una cama que todavía no existe pero lo espera, en una pieza sin orden pero con los cartuchos de balas quemadas por el suelo, y cabezas de yeso en la alfombra lodosa, y estuco ensangrentado en las paredes, tapices colgando del humo y del agua de los bomberos, el tiempo pasando por los reflectores de un teatro clausurado, espera en la hecatombe de clavos y escale-

ra, los vidrios cayendo, nosotros dos parados frente a Valparaíso, respirando historia de Chile, olor a sal y a brea, empuje suave del mar sobre vidas tranquilas, espuma invisible en el lomo de los libros, amaneciendo o atardeciendo, no sé, desde los cerros a la bahía; a mi lado, como un dueño de casa que va besando a la familia, a su mujer, a sus hijas, abrazando al amigo en una jornada más, como hacen los vecinos cuando la vida es bella y se pueden dar las buenas noches, seguros de la mañana.

Absorto, pienso en la cara de Allende muerto y me fijo con toda atención en cada detalle, sigo minuciosamente el recorrido de las balas, busco los agujeros y las grietas, la explosión del cráneo y las quemaduras y las huellas de la pólvora. Observo el busto fuerte, macizo, las rasgaduras en el sweater gris, la pierna del pantalón que se ha enrollado, y vuelvo a la cara, más bien dicho a la cabeza, abierta como una antorcha quemada, pero también a las manos, y trato de encontrar a otras personas, pero se confunden las figuras que se mueven con lentitud en el incendio, son o no son bomberos, inspectores o fotógrafos con pesadas botas de goma, caminando de aposento en aposento, de un horno a otro, apagados, llenos de humo, arrastrando mangueras sin agua, buscando luces y, de pronto, a quien veo es a Tencha que se me va en esa penumbra verdosa, acercándose hacia el ataúd en ese recinto que parece hangar, pálida, sin aliento, y en los ojos un pavor que no entiendo bien, pues no sé si se dirige a los sepultureros, o si es el manotón con que destapa el bulto, o el paso apresurado por el cementerio Santa Inés de Viña, o lo que en verdad vio, su propio horror en la lona corcheteada para siempre, algo que guarda un gran silencio. Vuelvo con insistencia a esa cara porque deseo entender el movimiento distante de los uniformados en la calle y esa delegación de bomberos al atardecer que salen de La Moneda con el Presidente acostado en una camilla, tapado con un choapino,

acarreándolo hacia un furgón que lleva una inmensa cruz blanca en la espalda.

¿Por qué fue a La Moneda sin vacilar, rápido y duro, con la metralleta en la mano? Es posible sentir piedad, asombro y ternura por ti ahora. Parece que buscabas tenazmente a tu enemigo y creyendo encontrar la bíblica puerta estrecha, caíste, en cambio, soñando con grandes alamedas transitadas por hombres libres, el mundo frente a ti, a tus espaldas el momento gris de la decepción y la derrota. Algunos vinieron a rondar. Tú fuiste derecho al desenlace, sin cuestionar tu suerte, repentino y celoso cecador de tus visiones. Otros llegábamos al 11 de septiembre a cumplir una cita dudosa con la imagen que nos habíamos hecho de Chile. Tú te fuiste a encontrar con Allende. Luego, todos, los torturados y olvidados, los presos y desaparecidos, los que vagamos aún por las avenidas, reconocemos secretamente tu razón. Porque fuiste decidido a buscar el telón que cayó de golpe como una cortina de sangre.

Allende juega con el cierre de su chamarra y me observa por encima de la cesta de duraznos; Manuel Rojas, que ha muerto en el mes de marzo, parte el pan con sus manos como palas, blanco el pelo, vestido de azul; Olivares, bigotudo y rotundo, pálido, que vino a la cita puntualmente y ha muerto asesinado en el subterráneo, sencillamente, dice, no se puede con las balas, y los edecanes siguen la conversación muy atentos y cordiales, las señoras y los niños alrededor de la mesa abren las servilletas almidonadas, los pelusitas del sur de Chile toman chocolate temprano, Allende se levanta, bien peinado y tieso, saluda a los managuás y vuela, porque todos hemos vivido una vida buena y chilena ese domingo y no entiendo aún qué fue lo que borró eso, si una almohadilla en el pizarrón, o agua en un cuaderno de tinta fresca, o tal vez sangre que se salió de nosotros y se puso a correr por otras partes y por otros lados,

como cuando la gente se muere y ya no la necesita. Lo que sí sé es que Allende va y viene, se me acerca y se me aleja, ahora está aquí y ahora más allá, y no hay en esta conversación ninguna quiebra, en verdad, ni siquiera pausa ni transiciones, seguimos mirándonos a los ojos, porque él sabe, y yo sé también.

No conozco su vida en detalles, sino algunos hechos curiosos que me obligan a formarme una imagen contradictoria de él. ¿Quién podrá alguna vez hacer un retrato de Allende? Su verdadera personalidad eludía a los fotógrafos. Parecía un ser salido de una tela de Picasso, con muchas cosas inesperadas en su persona. Y estas cosas se negaban unas a otras. Podía aparecer risueño o concentrado, desconcertado o convincente a la vez. Le decían Chicho, apodo que suena pituco. Como buscaba la elegancia, sus enemigos lo llamaban despectivamente «pije». Sin embargo, en la concentración del 4 de septiembre apareció masivo y sereno, con algo de matarife en sus lentos desplazamientos. Con el pueblo era pueblo. Ni duda cabe.

Tuvo una mama y era gorda, morena, con muchos lunares y en sus brazos dormía el Chicho como en cama de bronce. Se lo ponía en el cuello y ahí respiraba él un olor que tenían y no tenían los árboles ni el verano, ni las lagunas, ni siquiera la harina tostada en las sandías abiertas, mucho menos las sabanas húmedas del Cerro Alegre. Lo arrullaba a través de años solitarios e inconexos. Su familia vivía en una casa que había crecido de los costados del cerro. Un piso sobre otro y, de corona, un mirador de muchas cornisas, tornos y almenares, como fortaleza construía en la arena por manos de dulcera. Madera pintada, vidrios de colores, zinc que tomaba los aires del cielo y del mar, y los perdía con la lluvia y con el viento. Muro amarillo y rejas cortas, mampara irisada y un vasto hall encerrado donde parecían flotar las macetas de hortensias, geranios y gomeros. El niño corría por graves salones y, al

abrir las pesadas puertas con manillas de porcelana, entraba a un comedor sombrío, de techo muy alto, cargado de muebles rojos y cuadros abiertos como el mar, llenos de peces y redes y botes. Solo, atisbando desde los rincones, como frente a un altar, medía el espesor y la profundidad de la custodia de cristal, las líneas del aceite y el vinagre en alcuzas calladas pero vivas, aplastando alguna mantequilla encerrada y un rectángulo de membrillo oscuro, blando, fragante. La mama flotaba vestida de negro por corredores y galerías de vidrio.

Cuando me habló de su mama le vi en el rostro que, más que una simple persona, evocaba un mundo muy particular en el cual ella crecía, si así pudiera decirse, fuera de proporción.

Me le subía al cuello y me le dormía a la mala y, a veces, llegábamos a la cocina a comer albóndigas crudas y a escondernos del viento. No me gustaban sus historias porque me causaban pavor, pero se las pedía y ella me las contaba, los dos mirando al brasero, oyendo portazos donde no había nadie y llantos y gritos en los cerros. Esa nana me vio crecer como a una mezcla de niño y adolescente y parte de la casa. Es curioso, pero no recuerdo con claridad a los parientes y a los amigos de mis padres. Fui corto de vista desde niño, y apurado. Me preocupó siempre lo que veían en mí los demás. Yo no advertía los detalles en ellos. Sobre la figura de mi madre se impuso la de esa nana, absorbente, llenadora. Mi madre no perdió nunca la regulada calma y firmeza de sus estudios de contabilidad. Yo diría que escribió su vida con caligrafía inglesa. Mi padre fue siempre un recuerdo, no una verdadera presencia, así como mi abuelo. ¿Un recuerdo de qué? De cosas que conocería más tarde y me iban a herir, halagándome, no cosas estáticas, sino agresivas. La timidez de un niño nace de ciertos objetos que lo rodean y del modo que los adultos los manejan. No entendí nunca la vida de mi

padre, lejana y brillante, pero ajena. Las gentes hablaban de él con admiración y pesadumbre. Yo debía comprender que algo se perdía con él: tal vez riquezas o prestigio o algún poder. No supe en qué consistían esas pérdidas, ni por qué era culpa suya perderlas. No entró nunca en mí la idea de una vida que echara por la borda. Me impresionaba su belleza varonil, me encantaban su voz y su risa y su modo de abandonarnos como con tristeza y jugando. La nana era un fogón y mi madre las puertas cerradas. En mis hermanas adiviné la alegría de mi padre que ellas transformaron en hermosura y gracia y delicada inteligencia.

Le digo que tuve una nana y que fui a un colegio y me conocían como niño atleta, y que en la casa había patios y árboles, salones y comedores y cocinas, e inviernos y veranos, viento del mar, vecinos que se borraron. Almorcé en casa de mi nana cuando me eligieron Presidente porque quise volver a mi infancia que, realmente, no fue mía; nadie, creo, me preguntó nunca nada, dieron siempre por hecho que yo había inventado las respuestas y los recuerdos.

Cariño es una palabra que entiendo, y ternura. El amor, como nace de la confianza, es difícil prueba para quien es ambicioso. Se aprende de veras cuando ya casi todo se ha perdido.

MIENTRAS TANTO

LE SACAN LA LENGUA AL GENERAL PRATS lo primero que vi fue al general solo parado en el medio de La Costanera, rojo de furia, con la pistola en la mano. Pero, en realidad, no estaba solo. Cuando quise acercarme me lo impidió un círculo cerrado de hombres y mujeres. Tuve la absurda impresión de que el general era un domador de circo y que a su alrededor, a buena distancia,

las fieras lo observaban con gran atención. El general se veía pequeño, aunque no débil, por el contrario, exudaba fuerza y, bien mirado, resultaba temible en su estupor. Las fieras empezaban a hacer ruidos extraños. Nada que ver con el zoológico, porque está cerca, usted sabe, y desde ahí, a pocas cuadras de la Plaza Baquedano, pueden oírse los leones. La verdad es que hablaban todos a la vez, una especie de murmullo rabioso, insistente, marcado por exclamaciones agudas. El general también hablaba y su tono era seco pero conciliatorio. Lo que me pareció increíble fue su impotencia. Totalmente desamparado. Su pistola no significaba nada. Al menos para mí. Daba la impresión de que se había olvidado de ella y le colgaba de la mano, que —de disparar— se dispararía sola. Decía el general: No entienden lo que trato de hacer por ustedes. Y le respondían todos a la vez. Para qué le voy a repetir los insultos. No los hombres, sino las mujeres. Una de ellas, un mujerón de sweater blanco, abrigo de pieles y en pantalones, barrio alto elevado al cubo, lo subía y lo bajaba repitiéndole «gallina» cada vez que el general intentaba iniciar una frase. Yo esperaba que se armara la grande, que llegaran los pacos, los milicos, alguien. Pero no aparecía nadie. Las fieras empezaban a sacar las uñas. ¿Has visto alguna vez un general, qué digo un general, el General en Jefe de las FF.AA., solo, en medio de la calle con una turbamulta de hombres y mujeres elegantes gritándole, cercándolo, con obvias intenciones de caerle encima? Era como un monumento en acción, o como esos «cuadros plásticos» que hacen en las fiestas de liceo. La patria en peligro. Damas y caballeros con gorros frigos van a sacrificar al poder armado. Un cielo de nubes grises, como de papier-mâché, y la cordillera blanca pintada a brocha gorda. Un instante realmente histórico. NADIE se habría imaginado en Chile a un general en semejante predicamento. NADIE. Generales van y generales vienen, ascienden, se retiran, se les olvida o se les recuerda. Pero

ninguno jamás estuvo, que yo sepa, de pie en medio de La Costanera, morado de indignación, oyendo los improperios de gentes que lo llamaban traidor a su clase. Lo importante de mi testimonio no es sólo el hecho de que yo estaba allí, lo grave es que para mí en ese momento cambiaba la historia de Chile. No es que se me hubiera asignado la tarea de seguir al general Prats día y noche presintiendo ese momento. En la revista se sabía que el golpe era inminente, que el general Prats se habría de pronunciar, que Allende muñequaba sus últimos gabinetes, que cualquier atentado era posible, y con Prats podía repetirse lo del general Schneider. Todo esto, digo, se sabía. Sin embargo, era también posible que otros hombres surgieran de repente, otras gorras y otros sables. Mi misión era olfatear el ambiente. Adivinar. Y adivinando, me inclinaba a pensar que Allende era muy capaz de cerrar un pacto político de última hora, un pacto que dejara a los golpistas en el aire y opusiera, al fin, a democristianos contra nacionales, como quien dice a liberales contra conservadores, y se guardara las espaldas con mandos jóvenes de lealtad y valentía a prueba de balas. Con el general Prats di por casualidad porque iba yo al barrio alto. Lo terrible es que no pude avisarle a nadie. El auto del general estaba medio torcido y con los neumáticos desinflados. La mujer del abrigo de pieles escribía con su lápiz de rouge *milicos cobardes* y cosas por el estilo en el parabrisas del auto. Otras mujeres le daban patadas a los tapabarros. Ellas se individualizaban y agredían de frente. Los hombres murmuraban, pero desde atrás, como que le tenían miedo al general cuando éste los miraba, o tal vez pensaban en la pistola. El chófer no decía ni pío. Pregunté. Me contaron que venía el general en su auto y que, al detenerse en un semáforo, un individuo de melena, espaldudo, ñato y con cara de plato, le sacó la lengua. El general ordenó a su chófer que persiguiera al tipo ése y lo detuviera. Como el otro, en auto chico, no se

detuvo, el general le disparó un balazo a las ruedas. En medio de la calle, entonces, el general enfrentó a su enemigo. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver bajarse del auto no a un hombre, sino a una señora vigorosa, amatonada, pero señora! El general se desconcertó. Y empezaron a amontonarse otros autos y a salir toda clase de opositores gritando y gesticulando. Un señor de sombrero negro y malletín de cuero dijo ser abogado y profesor de derecho civil. Acto seguido le enumeró al general todas las razones por las cuales la dama de la lengua afuera podía seguirle juicio, arrastrarlo a los tribunales y terminar con él y su carrera para siempre. La palabra uniforme resonaba en todos los tonos y resonaba la palabra patria también, y que por qué no tenía conciencia de su deber como patriota y como soldado y si esperaba que los chilenos dignos y decentes se iban a dejar cagar por unos rotos comunistas, pues no señor, no se iban a dejar, ni se iban a ir arrancando a Miami como los cubanos, vamos a enfrentar a los extremistas y a darles su merecido y a barrerlos, que no quede ni uno para contar el cuento, y su deber no es estar sirviéndole a Allende, disparándoles a las señoras, aunque parezcan hombres, sino junto a su clase, defendiendo el orden, los principios cristianos y la democracia parlamentaria. Qué se ha figurado. ¿No tiene orejas para oír las voces del pueblo? Chile le exige su renuncia. Mire, no más, que andar disparándole a damas inocentes cuando debería estar fusilando comunistas. Yo pensé que el general los iba a agarrar a tiros y que lo lincharían. En esos momentos, cuando no llegaban pacos ni nada, apareció un taxi, se detuvo, subió el general y partió hacia el centro. Yo pensaba: el General en Jefe de las FF.AA., el hombre fuerte del Presidente, viaja solo en un auto, sin guardaespaldas ni escolta de ninguna clase, una vieja maceteada le saca la lengua, sus enemigos lo rodean en la calle, le dan un cuadrillazo y no hay nadie, nadie que acuda a defenderlo... ¿Qué clase de

gobierno teníamos en esos momentos? Usted me pregunta y yo le contesto. No le he preguntado. Pero me permitirá esta pequeña disquisición. La gente, hablo muy en general y descuento los sectores politizados, seguía pensando que las FF. AA. mantenían su respaldo al gobierno y apoyarían a Allende hasta que terminara su período o renunciara después de un plesbicitito. Pero, al mismo tiempo, esa gente estaba al tanto de la inmensa presión que ejercía la derecha no sólo sobre los militares, sino también sobre gremios y los llamados colegios profesionales. Allende aparecía desconcertado e irresoluto. Situación insostenible. Se sabía, pues, que el golpe venía. Ya sé que se hablaba de elementos de las FF.AA. que permanecerían leales al gobierno aún en el caso de un golpe militar, lo cual marcaría el comienzo de una guerra civil. Un miembro del último gabinete de Allende, interrogado por mí, dijo con un suspiro ¡Si nos fallan todos, al menos contamos con el general Pinochet! Como periodista, la impresión mía era que no se iba a producir una guerra civil, no por la propaganda de la UP, sino porque se confiaba en la solución política que ampliaría la base del gobierno dándole entrada a los demócratacristianos y manteniendo así la neutralidad de las FF.AA. y marginando a la ultraderecha. No olvide las conversaciones de Allende y Alwyn en casa del Cardenal Silva Henríquez. Además, el sábado 8 de septiembre se comentó en grupo en la revista que Allende había sostenido un parlamento en La Moneda con generales y almirantes y que daba los toques finales a una declaración que leería al país llamando a un referendum para decidir si debía o no renunciar. No se olvide tampoco del discurso de Altamirano el domingo. De todos modos, Allende pudo hacer su declaración el lunes. Esperar hasta el martes fue el error de su vida. Es posible que, aún llamando al plebiscito, lo hubieran derrocado. Repito, no tenía salida. Y si usted quiere preguntarme sobre el Plan Z le diré que los brasileños lo inven-

taron para botar a Goulart. Armas había, claro está, pero no eran suficientes ni estaban en manos del pueblo. La prueba es que no sirvieron de nada. Pero me salgo del tema. En el fondo, mis dos puntos básicos son: primero, se suponía la existencia de una conspiración armada, pero se confiaba en que Allende aún podía contar con suficiente apoyo en los altos mandos para facilitar una solución política; segundo, el país sobrevivía en un estado de caos, y el Presidente estaba arrinconado por la extrema derecha económica, por la directiva democristiana de Frei y por la extrema izquierda dentro de su propio partido. En consecuencia, el incidente de Prats fue un indicio de lo que venía. Lo que vino. Cuando las esposas de los jefes militares fueron en masa a exigirle a Prats que renunciara, Prats abrió la puerta y reconoció entre ellas esposas de sus más íntimos compañeros de armas, y tomó la resolución de partir. Habría dado lo mismo que renunciara en el medio de La Costanera, solo, con la pistola en la mano, de espaldas a la cordillera, con su auto desinflado, enfrentándose a la vieja que le sacó la lengua.

Otro pisco sour. Veo el jardín más pequeño bajo el sol de verano. El aroma viene de la cocina, no de las yerbas. Sobre un plato de porotos con mazamorra de maíz alguien hizo una V de la victoria con «la color» fragante y coronó el almuerzo con ramitas de albahaca. Me acuerdo de Violeta Parra, pero no digo nada. Mientras sirven el pisco sour pienso en la Violeta y en la casita que una vez tuvo en Concepción, hace muchos años, la Isabel niñita, el Ángel sacando voz, una bella mesa de palos muy machucados y olorosos, el brasero levantando su levadura de cenizas y, frente a mí, una cazuela en olla de greda y, al alcance de la mano, otro ramito de albahaca que era su manera de quererme.

Por más que busco en las historias de los monstruos de la caligrafía del siglo XIX —veinte volúmenes, sus

veinte y treinta más, los veo, quién dijo miedo, Barros Arana, Vicuña Mackenna y el viejito Encina empezando a encorvarse como puente, y Medina sobre todos ellos de pie en una torre de cuero y pergamino—, los apellidos se repiten, pues ¡qué sorpresa no encontrar el mío! Es una digna lección de civismo. Escucho y guardo silencio, pero asiento y trato de deshacerme del perro que se frota contra mis pantalones y me deja lleno de pelos amarillos. La pregunta, digo, y me cuesta hablar porque el sol se nos ha metido en la lengua y cada vez veo más anteojos y más pulseras y es difícil achuntarle a los vasitos, carraspeo y me sacudo, la pregunta, continúo, es otra y es simple: Allende se convierte lentamente en un interesante problema histórico. Sí, pero más que eso. Político. Desde luego. Sin embargo, otros elementos hay que no se prestan a las frases hechas y lugares comunes. Si me permite, detrás de Allende veo una larga e ingeniosa estrategia política que, con los años y con la victoria de 1970, reveló una obsesión: tapar los agujeros de Chile, parchar y pintar las grietas, salvar y ayudar, darle una mano al pueblo, como si la historia que le tocó vivir fuera la de esas largas vigili-as que siguen a los terremotos.

Por esos días, cuando Allende aún podía dedicarme una media hora, quise hacer un poco de historia en su vida, es decir, mirar recortes viejos, revistas de los años treinta, conseguir algunas fotos familiares. Si con todo esto podía crear una imagen clara, era necesario hacerlo bien, darle perspectiva y dimensiones que no se esperasen. Por ejemplo.

El hombre de los años 30 era muy delgado y, a causa de los lentes, la nariz sobresalía. Algo de Marx en su cara. De Groucho Marx, quiero decir. Muy joven, 27 o 28 años, si no me equivoco. Médico forense. Más bien diputado. Fundador del Partido Socialista, Allende lleva el uniforme de las milicias. Noto alguna incongruencia en

su aspecto. Como si la cara, la gorrita, fueran para un lado y la camisa ploma, las correas, los pantalones demasiado anchos, para otro. Esos defectos tan comunes en las fotos de gentes con anteojos. Pero, miro otra foto: Allende con casco, saliendo al patio de La Moneda, segundos antes del bombardeo aéreo, metralleta en mano, dos guardaespaldas con él, los tres mirando al cielo, 36 años después de la otra, y Allende todavía incongruente o inesperado o desamparado y desafiante, interrogando. En la otra se reconoce a don Pedro Aguirre Cerda y a Jorge Matte y a Marmaduke Grove, el tono sepia tiene algo de 1920, como si la película hubiera sido desarrollada en vino tinto y las figuras se tambalearan, sin saber si sonreír o fruncir el ceño, o irse. 1938. No se cruzaron nuestros caminos. Miento. Se habrán cruzado y ¿por qué había de fijarse en mí o recordarme ahora? Pero, con perdón, sigo pensando en las fotos y el uniforme de conscripto de caballería no le queda del todo bien. Parecen fotos tomadas a los viejos telones de la Quinta Normal. En traje de equitación ahora: el cuello de la camisa blanca abierto, lleva un sombrero de pita, latiguillo en la mano; montura inglesa, mirada perdida en los anteojos.

Volvemos sobre un mismo tema varias veces y, de pronto, como que pierde los estribos, está hablando en frases cortas, imprecisas, me deja la impresión de que ahora enfrenta sus propias dudas, no las mías, y que, por fin, reconoce una gran incógnita en la cual se esconde, como en los viejos laberintos, un error suyo, no de los hados ni de los dioses, error irremediable. Frente a su tablero de ajedrez se encuentra solo, el oponente dejó la silla vacía, salió en puntillas y cerró la puerta.

«Bueno... estábamos en el segundo piso. Desde el ventanal, ya sabe, puro vidrio, demasiado vidrio. Nos habían rodeado completamente. Militares y cara-

bineros, o sea, fuerzas móviles que nos disparaban desde todas partes. No sé, no pude darme cuenta exactamente porque los estampidos eran caballos y con el fuego de armas cortas y todo lo demás, es muy difícil decir. Los compañeros a cargo del objetivo militar nos habían organizado en grupos de diez con instrucciones de atacar y replegarse. La resistencia era inútil. Claro. Con las armas que llegaron de Tomás Moro se podía dar una batalla y se dio. No crea, los compañeros pelearon hasta el último... No le puedo contestar... Sí, claro, usted cree, pero, como le decía, de repente nos atacaron con aviones y helicópteros y nos estaban haciendo zumbar, una lluvia de balas que venían de todos lados y adentro ni nos veíamos ni podíamos oír los gritos de los compañeros. La humareda venía del techo y después por las escaleras y las balas daban bote y sentíamos los chiflidos y las explosiones, pero creo que nadie veía nada... Nos comunicamos con varios Cordones y fábricas. El retén lo tomamos temprano, pero sin consecuencias. Supimos que las industrias no resistían, así que viendo a los compañeros que caían por todos lados era suicida aguantarse ahí. La consigna fue abandonar el edificio y guarecerse en las poblaciones. Pensamos en La Legua, El Pinar y La Esmeralda. No sé, no podría decirle con precisión... Los que salieron, salieron por la tarde. Unos cien, quizá más. No sé. Era un infierno. Los militares estaban nerviosos, no se esperaban la andanada de tiros. Habrán caído muchos. Como a las siete. Más o menos. Porque con el incendio y el humo y además que estaba nublado y se oscureció temprano y alguien, no me acuerdo quién, dijo que en Industrias la resistencia era muy fuerte y que tal vez podríamos irnos para allá. Yo me las agencí para salir. Claro. Volví a La Legua.»

¿Otra vez?

Sí, los milicos vienen en un camión verde oscuro. Llegaron sin hacer demasiado escándalo. A esa hora, ese día, casi todos nosotros ociosos, sobándonos las manos y algunas mujeres lavando, pero la mayoría calentando agua. Una tarde muerta digo yo. Que fuera domingo, no importa. Como le iba diciendo, aquí se acostumbraba a jugar rayuela y los cabros a la pelota. Los que tienen radio de pilas siempre oían los partidos del Colo. Nadie se queda adentro, entonces, aquí se vive con los perros y los chiquillos y la gallada cuenta sus problemas y compara su mala pata. Nada fuera de lo común. Pero, este domingo el cabrito le avisa a la mamá que vienen los milicos y ella se queda en la puerta secándose las manos en su delantal roñoso. Porque sabrá usted que el maestro se había fondeado.

La población es de barro y los ranchos de tablas. Algunos ni se pueden llamar ranchos, pero de algún modo habrá que llamarlos porque a falta de clavos los palos se amarran o se apuntalan, y si no se van volando es porque el pedazo de pizarreño que sirve de techo está sujeto con piedras y no me dirá usted que el viento aquí no sopla, aunque lo peor es la lluvia, pues la población no desaparece solamente gracias al barro que la tiene bien sujeta por abajo y que el terreno es plano, pero tiene desagüe hacia el canal. Yo he visto muchas poblaciones que se las llevó la lluvia. ¿Usted no ha visto? Las callampas del Mapocho por Barnechea cuando el río las daba vueltas y partían dejando gatos, escobas, sillas y tarros entre las piedras.

Pero este niño, que tendrá como cuatro o cinco años, me mira con ojos de ancianito y, al pasar, le pongo la mano en la cabeza. Tiene las mechas mojadas y me fijé en sus pantaloncitos bien rotos y los calcetines enrollados en los tobillos. No me interesa el resto de la población, ni las calles que han hecho, ni la pila de agua, ni los balancines y

columpios, ni la televisión apagada, ni la bandera chilena que no han bajado. Me acuerdo que el cabro tenía las rodillas peladas y los zapatos embarrados. Varias chombas puestas y todas rotas.

El día era nublado, como decía, día de sopaipillas y vino tinto, y aquí hace frío, pues, no ve que nos pega el viento de frentón y todo esto se llueve y las payasas en el suelo se pasan; por eso es que la mujeres andan enfermas de la vejiga y ese cabrito, el hijo del maestro, se mea solo, o sea, que no hay cijo y qué carbón va a haber, apenas unas ramas secas y papeles, y por eso ve los grupos que ve calentándose los pies. Así fue que los soldados bajaron y entraron a la población sin apuro y no como otras veces que llegaban corriendo y con una sonajera de rifles que daba miedo. Como le iban diciendo, se fueron de hacha a la casa del maestro, quiero decir, porque del 11 de septiembre para acá lo habrán allanado unas veinte veces, pero ahora, como le digo, sin gran apuro. Para mí que ya le habían perdido las ganas. El huevón del teniente se quedó parado afuera al lado del niño.

La mujer me miró de otro modo y no quise sostenerle la mirada. No era rabia, ni miedo ni nada. Un par de ojos como piedras en los que yo me veía como una concha de su madre. Pero el cabrito se quedó parado cerca de mí. Los demás se hacían los disimulados, como siempre, rotos choros o huevones, chuecos, no digo peligrosos, por lo menos ahora, y por eso me carga que los congrios les metan el fusil por la raja. Caminé hasta la puerta y la mujer se hizo a un lado. No me gusta la huevona porque sé que es dura, rota dura, la negra. Para lo que me importa. Entré con el sargento y dos soldados y empezó el allanamiento. La misma huevada de siempre. Qué mansa huevada, pensé. Me puse a mirar para afuera. No se movía nadie. El cabro seguía ahí inmóvil, cabezón y piernas flacas como toda esta gente de mierda, y el quiltro a su lado, más arestinien-

to. Vi la hora. Tiempo de sobra para una buena revisada para el lado del cerro. Y después al regimiento. Hacía frío y parecía más tarde. No hay novedad, mi teniente, me dijo el sargento y la flaca huevona dijo ya está bueno, pus, podrían irse cabreando. El sargento se volvió como para pegarle una cachetada, pero le paré el carro con un gesto. Me alisé los guantes y di orden de retirarnos. Vamos. Y no sé por qué, nunca lo sabré, ya ve lo que son las cosas, se me ocurrió decirle al cabro, ya está pues cabrito, ya no volvemos más, quizá porque me pareció no sé, ahí parado, muerto de frío, solo, y le puse la mano en la cabeza otra vez. Y, entonces, me habló. Era la primera vez que me hablaba y dijo: ¿Ya encontraron al papá en el entretecho? Lo quedé mirando y el cabro no se turbó. Me pareció que sonreía. Observé a los otros. Inmóviles, los huevones, extrañados. Di la vuelta y entramos al rancho otra vez. No di ninguna orden. El sargento golpeaba con la metralleta en el techo. Como demorara un poco le gritó: ¡Baja, mierda, o fusilamos a tu mujer! Y saltó el pescado. Inconscientemente me eché para atrás. Pero estaba desarmado. No lo había visto nunca en persona, lo reconocí por los retratos que se publicaron después de SUMAR. Gallo joven, flacuchento pero fortacho, con barba estilo Guevara, de esas que se usan ahora. Miró para todos lados, como intrigado, se fijó en la mujer, pero a mí no me dio pelota. El sargento le pegó un empujón por la espalda y lo sacó del rancho. Después el concha de su madre me clavó la vista y dije con rabia, porque me dio rabia que me mirara el huevón, proceda, y el sargento, corriendo, formó el pelotón, después pusieron al hombre contra la pared del rancho, los demás callados, y sin vacilaciones ni nada y con movimientos bien medidos el sargento levantó el sable, gritó fuego y los soldados dispararon. Se dobló el huevón y medio que quiso afirmarse, pero las piernas no le dieron para más. Cayó fuerte. El sargento

esperó. Mi tropa esperaba. El olor a pólvora me picó en la nariz. Avancé de inmediato. Le puse el revólver en la nuca, más o menos, y ¡pam!, le pegué el tiro de gracia. Di unos pasos para atrás porque había sangre ya y barro en las botas. Y ya me iba cuando vi al cabro. No se había movido. A la mujer no la miré. Al niño hubiera querido decirle alguna cosa, así como: oye, tu papá no te oyó nada, ni supo lo que dijiste. ¿Y cómo le va a decir eso usted a una criatura? Tendrá toda la vida para que se lo digan. O no se lo digan.

Y ahora Allende va con su chófer, sus guardaespaldas y su consejero político. Hablan como de perfil, sin tocarse verdaderamente con las palabras.

—Podríamos escribirlo esta noche o, mejor aún, puedo dictárselo, podría decírselo en síntesis ahora mismo —decía Allende.

—Diga no más.

—Bueno, no hay apuro. De veras, no hay apuro, son algunas ideas útiles, pero más que nada pienso en lo que puede aclararnos la situación de hoy.

—Si me permite, creo que está suficientemente claro. Se lo dije en mi último memo —se atrevió a decir el consejero.

—No, no es a eso a lo que me refiero —dijo Allende.— Óigame bien, no es un tancazo, no se equivoque. Es el golpe.

Veo cómo se queda pensando, pero más bien observando algo que le llamó la atención en esa esquina. La calle está vacía. El tráfico empezará en Providencia. Es posible, enteramente posible que hagan un atentado. Bastaría con un solo camión, o dos. El segundo en la curva cerrada de Eleodoro Yáñez, inmediatamente antes de entrar a Providencia. Ahí lo haría yo. Pero ¿de qué serviría ahora? Tienen los cuatro ases en la mano.

Allende va hablando con la misma voz de ayer y de

antes de ayer y de los últimos meses, con ese tono de padre de familia que ha agarrado, sabio pero cansado de todo, al otro extremo de la vociferación momia, es el hombre que nada tiene que perder, hay diez millones de personas gritando incendio, atropellándose y agolpándose en la sola puerta estrecha, él les dice calma. ¿No ven que el pueblo, todo el pueblo está conmigo? Hagan cola, tranquilícense, no hay que inquietarse exageradamente y por favor, nada de sacrificios vacíos e inútiles gestos heroicos. Pero dijo el otro día en Tomás Moro que la alternativa es simple: cumplirá el mandato popular, terminará su período y se marchará a su casa, o morirá asesinado.

¿Qué va pensando ahora? Curioso. Observa por la ventanilla y lo encuentro sereno. Las manos juntas, los dedos entrelazados. Me fijo en su piel pecosa, los vellos rojizos, el peso de la edad y del cansancio en el dorso de las manos, pero, al mismo tiempo, tieso, la mirada fría detrás de los gruesos anteojos. ¿Decidido? ¿Inconsciente? ¿Resignado? No, nada de eso. Va a su despacho, a cumplir con su deber.

—El discurso me lo terminaron de pasar en limpio anoche. Iremos al aire a las doce o poco después. Pero no en la tarde. Arregle las cosas para que la cadena se forme antes de las dos.

—Lo de la Universidad Técnica del Estado ya no corre —dice el consejero.

—No, pues, cómo podríamos hacerlo. Pero, a lo mejor, esto se soluciona luego. Si todo está en orden a las diez, vamos a la Técnica.

El consejero trata de añadir algo, pero lo interrumpe.

—Sí, compañero, entiendo perfectamente, aunque no estoy de acuerdo. Será una voz de alerta, pero nada de revolverla y crear otra crisis.

¿Y los mandos eliminados recientemente? ¿Y el naipe

de los generales? ¿Cómo ha quedado? ¿Lo sabe? ¿No lo sabe?

Sigue mirando las casas, árboles, calles, plazas que desaparecen bruscamente. Yo sé que Allende sabe. Creo entender por qué va tranquilo. Mira la hora. Hace diez minutos que salimos de Tomás Moro. Una hora y media, más o menos, que empezó para él este día. Nadie podría hablar ahora de presentimientos. Si sabemos algo es porque los hechos están como cartas ya repartidas sobre la mesa. Nada de intuiciones. Para país es un último día, no *el* último día, uno más; no sé qué va a pasar exactamente. Hoy, escribiendo todo esto, pienso en él y pienso en mí. Los chilenos entenderán al fin de qué sueño tan patético se hicieron sus mitos. Allende no. Jamás vio mitos a su alrededor, sólo hombres y mujeres donde había sombras de hombres y mujeres, y ha luchado y se ha sacrificado por ellos, enojándose cuando debajo de un uniforme no encontró nada, increpando al individuo joven porque no discute con él y, faltándole el respeto, lo espera a la pasada con una bomba en la mano. Hombre patricio, canoso, viril, repentinamente combativo y exaltado, tratándose de entender con chilenos que no desean ni masacres ni guerra civil, sino la misma paz de siempre para la cual hacen falta el patrón que se modera, el trabajador que aguanta, la clase media que disimula y se las arregla, los uniformados que se respetan porque saben botar gobiernos en los momentos oportunos. Y Allende espera durar tres años.

Hemos pasado la esquina peligrosa. No sé en qué auto vamos. Si a la cola, o al medio. Allende quiere la radio. Cualquiera. Música. Otra. Lo mismo. Ponga noticias, dice. El compañero busca y busca. Lo curioso es que la música se parece. Son marchas y al principio no las reconozco y, luego, empiezo a identificarlas. Son marchas alemanas, digo. La mansa película, dice el compañero que va manejando. ¿Por qué, le pregunta el Presidente, qué película?

¿Que no la vio? Son marchas de una película de nazis. Otra estación, compañero, ponga noticias. Pero ahora se van callando, se van cayendo del dial. Allende lo nota, caen como si se les quemara un tubo, no de a poco, sino de golpe, queda un vacío que se va llenando de estática y, luego, de otro ruido lejano, cercano, lejano otra vez. Sobre nosotros pasa una escuadrilla de aviones de la FACH; salen del cielo plomo y se alejan a clavarse en otras nubes, en dirección a la costa. Allende los mira y no dice nada. Desaparecen. Nos habrán visto como a un curioso grupito de ruedas y techos azules jugando por el centro de la Alameda. Ni nos habrán visto. Creo que, para ellos, ya no contamos.

Quisiera despedirme de Allende y comprendo que sería totalmente absurdo. Nadie piensa en despedidas más que yo.

Los Fiats se detienen de golpe. Se abren y se cierran puertas con estrépito. Oigo el ruido seco de las armas que se encañonan. Alrededor de nuestro Fiat hay un revuelo de chaquetas abiertas, veo cañones y gatillos por todas partes. La Guardia de palacio está firme rindiendo honores. Baja Allende, saluda y entra a La Moneda a paso rápido. Lleva un fusil automático en la mano. Su guardaespaldas va a su derecha, un poco adelantado, con ese gesto que tiene como de perfil, pero de frente, vigía completo, a quien no se le escapa nada y el dedo en el gatillo, cada movimiento suyo seguro, aunque también grácil, con algo de Kung Fu y más de gracia criolla, bailarín choro, centro delantero colocolo, abriéndose, cerrándose, torciéndose, un paso adelante y varios, invisibles, hacia atrás.

Yo me quedo desconcertado. Quisiera haberle estrechado su mano. No hubiera sabido qué decirle, ni prevenirlo, ni animarlo. Él espera voces de mando, voces de combate, decididas y dignas. La bandera flamea en La Moneda. Yo quiero decirle que es un hombre bueno, que

no merece este destino, que no es de un Fiat 1973 que se baja, sino, en verdad, se ha bajado del siglo XIX, de la Patria Vieja, del Parque Cousiño, de los cerros de Pancho y de las salitreras, del Séptimo de Línea y de la FOCH, y que adentro no lo esperan ni Portales, ni Balmaceda, ni los Carrera, ni O'Higgins, ni Manuel Rodríguez. Una conspiración tan sólo, una insurrección, agentes yanquis hasta la pared del frente, camioneros con dólares, gallada ducha y zorra para dar el golpe y esconder la mano. Nada más. No decirle nada más, pero ver otra vez, la última, su ternura de hombre herido y valiente en los ojos y que él hubiese visto esa misma ternura en los míos. Nada más. Pero ya está adentro y se pierde por el Patio de Invierno. Lo veo de espaldas. Se olvidó de mí.

Pero yo mismo le abrí las puertas del balcón y el compañero Presidente avanzó sonriendo. Lo veía desde atrás. No quiso que nadie lo acompañara. Envuelto así en esa especie de neblina asoleada de la plaza se veía más delgado y pequeño frente al fondo sucio de *La Nación*. Saludaba con la mano en alto y, desde abajo, un grupo de hombres y algunas compañeras ALLENDE, ALLENDE, EL PUEBLO TE DEFIENDE. La escena duró apenas unos segundos y tuve la sensación de que lo insólito no se debía tanto a esa confrontación algo fantasmal con una veintena de camaradas, sino al silencio y al vacío que los envolvió a todos como un aliento de animal dañino escondido en las moles de concreto y en las calles laterales. Allende está solo, tranquilo y seguro de sí mismo, pero solo. ¿Qué éramos nosotros con nuestros fusiles y metralletas frente a ese cielo amenazante de donde vendrían los gansos con sus rayos de fuego y esas praderas de cemento abiertas a los tanques y a la artillería pesada? Le miré las espaldas y pensé qué viejo choro, tieso, engallado, con su bigote blanco y su sonrisa y las manos bien cuidadas pulsando ya su fusil automático. Al otro lado de La Moneda el León de

Tarapacá también de espaldas mirando un mitin del año 20 en una plaza que se había vaciado, apuntando con el dedo al hueco donde venían cayendo trabajadores desde la manzana de Santa María, pero el León ahora no se inmuta, expone su cuerpo de bronce como una gran levita a prueba de balas. Desde su monumento, ancho, cabezón, petiso, Alessandri parece irse y no irse eternamente de La Moneda.

Allende se quedó observando un momento el cielo, se dio vuelta, frente al edificio del Seguro Obrero, y entró a su despacho. Le cerramos las puertas y postigos. Y comenzó a dar órdenes.

¿Qué miraste en ese cielo, viejito choro? ¿Y el Seguro Obrero qué te habrá dicho? En cada ventana del rasca-cielos, como pasajeros de micro, sacan la cabeza los nazis muertos en el 38. Usted sabe que los conocí a casi todos. Ninguno responde ahora a mi breve examen. Miran solamente con sus caras de muertos interesados en su propia masacre, algunos tuertos, otros con la boca hundida o la frente rota, morados, hinchados, sangrientos; a alguien le cuelga un brazo por la ventana; de bruces, como vomitando, hay uno que ya se viene abajo desde el piso 14. ¿Fue a Arriagada que viste señalando la cabeza del rucio? ¿Y a Droguett agazapado, de negro y con coliza, disparando su matagatos? Veo la fila de estudiantes que viene por Morandé con los brazos en alto, me parece triste el muchacho engominado y pálido, de abrigo largo, que mira atentamente hacia arriba. Sáquenles la mierda. Sáquensela. El León desde su monumento volviéndole la espalda al Seguro Obrero.

Eran tiempos diferentes. Hoy la palabra mierda suena cruel, entonces sonó épica, decisiva, histórica. Alessandri fue capaz de hacer matar a 63 nazis como un profesor de Historia de Chile que, enojado, raja a todos sus alumnos por no saber qué significa La Moneda ese libro de tapas

de fierro y páginas de piedra. Las revueltas se planeaban en Buenos Aires y hasta en París. Grove llegaba a botar al gobierno en una avioneta colorada, volando con la pelada afuera, mientras el piloto preguntaba dónde iba a aterrizar, si en La Alameda, en el Club Hípico o en el Regimiento Buin, y el señor Vicuña, más loco que una cabra, disparaba piedras con una honda de elástico y palo de membrillo.

Sí, pero 63 muertos en el 38 se dan una vuelta de carnero y serán siete millones de judíos poco después que van como turistas hechos de humo mirando las estepas desde sus trenes sin regreso. El gesto del León significó la victoria del Frente Popular. De pie, sobre los pupitres, aplaudíamos en la Escuela de Medicina y la pelada de Ross se iba volviendo ocre, y el general Ibáñez, desde una jaula de sables, firmaba con el dedo el triunfo de don Pedro Aguirre Cerda. Murió muchísima gente, y von Marées sujetaba a sus nazis apretándoles el collar. Nosotros cantábamos La Marsellesa Socialista y yo con mi camisa gris, la correa terciada y mi gorro de miliciano levantaba el puño y don Pedro me decía: Venga.

En las piezas oscuras de arrabales santiaguinos y porteños, las gentes se preguntan ¿qué ha pasado? Se miran unos a otros, guardan silencio. ¿Es posible? Sí, es posible. Pero ¿es que perdimos el camino? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Y ¿qué esperaba usted? ¿Fue a un sacrificio deliberado? Pensaba en un hombre blando y cobrizo, silencioso y hábil, director de orquestas armadas hasta los dientes, educado en Santo Domingo y recibido en Guatemala. Días antes de un golpe viaja a Washington y regresa cuando los dados empiezan a rodar. ¿Quién es? ¿Qué odio lo lanza contra Allende? No practica la violencia, jamás ha visto el asesinato de un Presidente, la pólvora no toca sus uñas celosamente manicuradas. ¿Qué clase de hombre es entonces? ¿Quiénes sus parientes? Llega, dispone el lugar

de la violencia, observa cómo la mecha empieza a arder y se retira.

Hay que entender mejor a Allende, entonces. Veamos.

Le decían Chicho y agregaban pije, como he dicho, encachado y choro, pero demasiado elegante, movíase en salones felpudos y comedores de mantel largo. De la concentración a los parques y a los crepúsculos de Ñuñoa y Macul, amaneceres en el Arrayán y el Cajón del Maipo, a caballo entre los álamos, a huascazos entre los sauces, y el sol temprano cayendo por los barrancos y el jinete se abría frente al fuego gigante de la chimenea con la mano de ella entre las suyas, romántico, en camisa. Años treinta. Maestrita normal. Poetas de la Federación de Estudiantes. Glorizados. René Frías y Hernán Cañas. Crepúsculos de Mauri también y el Chicho de novio por malones de punta en blanco, calle Vergara, Avenida República. La compañera de boina se irá después del brazo con él por Independencia abajo, hacia los caminos de tierra y zarzamora, más allá de la Escuela de Medicina, chacras y parcelas de trabajo clandestino. Salud y agitación.

Y se va y se va, concentraciones gigantes en las plazas de Santiago y Valparaíso, discursos golpeados y gritados, desafiantes, agitadores, consignas, marchas y estandartes, rojos congresos. Allende sube y baja de tribunas, funda el Partido Socialista con Eugenio Matte, llega al parlamento y al primer gabinete de Aguirre Cerda. Se va y se va. Presidente del Senado.

Hablamos de un medio burgués, sólida clase media, larga tradición masónica. Así es. Nieto de tigre, hijo de profesionales, médico y masón y rojo como su abuelo. Sí. Joven dandy. Enredado. Hombre de mundo. Ciento sesenta años de tradición democrática, voz ronca y emocionada. Historia de Chile, respeto por las fuerzas armadas y la Constitución. ¿De dónde le sale entonces el enemigo? De muchos lados, dice el asesor, ministerios, despa-

chos, casinos, bufetes. Con calma. Religión chilena. Un hombre frío, fanático, obstinado, ambicioso, rebosando una falsa seguridad en su doctrina cristiana, errado estratega de una democracia muy comprometida, discípulo de Maritain y de González Videla, todo medio pelo, rodeado de cantantes de arias y boleros, hombre flaco, de pronto pega un grito y lo considera risa; otro: un viejo guatón y grandote, ronco y prepotente, bueno para las cachetadas; camarilla de huasos ricos, gerentes y magnates, cartas de lujo en póqueres —USA; terroristas del tango, dispuestos a todo: metralistas y aviadores amateurs; verdugos con becas; cogoteros que se tocan con un palo, de lejos, inventores del miguelito; centuriones que cargan con el peso de la noche, y se les respeta y se les llama en momentos de crisis y responden y aceptan con naturalidad sus privilegios, costumbres austeras, conservadoras, gimnastas; un bigotillo engominado, espinudo, voz de cureña; otro bigote, olorcillo a whisky y tabaco de pipa, flaco y comedido; otro gallo rajado, aéreo, de pocas palabras, da miedo; y, finalmente, un bigote de turno, parado en la esquina, con la luma en la mano.

Usted se ríe ahora, como pidiendo más. Claro que hay más y no es para la risa. Allende se agarró a tiros con todos ellos. Lo madrugaron.

Allende ha salido a la calle y vamos a paso rápido por la Quinta Avenida bajo una llovizna que ya va transformándose en nieve, no lo reconocen, preguntan quién es, lo fotografían cuando frente al edificio de la ITT, se detiene en una tienda y decide compras imaginarias; en cada esquina, a media calle, al frente, detrás, adelante, gigantescos hombres secretos hablan en cajitas misteriosas y van marcando su paso en un mapa invisible, esas ondas van y vienen, se levantan y atraviesan puentes y bahías, cruzan cables en alta mar, se enredan en torres lejanas y transitan de arriba abajo por IBM luminosas; una red de murmullos

va creciendo a su alrededor, parlantes por el suelo y por el cielo; su casa es un solo micrófono que transmite en cadena por las salas de conferencia de todos los consorcios y de sus servicios de inteligencia, y te graban tu radiografía y se van marcando con alfileres los puntos que buscarán las balas, y la garúa por fin se transformó en nieve y te veo colorado, vigoroso, con el bigote mojado y tu gorro blanqueándose, me das la mano, no sé qué decirte, la estrella de tu avión brilla como si saliera del mar o de la cordillera, y las limousines negras te llevan a gran velocidad en busca del monstruo que ha guardado silencio sobre tu llegada, pero te acoge en sus hilos y empieza a coserte, me dices que de todas maneras, que haremos un retrato hablado y que tendremos varias conversaciones sobre cosas muy personales, no en plano político, sino en el tono que te enseñó la vida, con la voz que has ido sacando de a poco, eso que puedes hacer vibrar mucho después que desaparecieron las multitudes, que se acabaron las consignas y los aplausos y te quedas solo sin saber ya si debes partir o insistir, entregarte o dejar que te empujen, te levanten, te acuesten y te tapen con un choapino boliviano.

¿Tendrás tiempo para mí? ¿Tendrás tiempo? Te lo van cortando a tu paso por esta ciudad, detrás de ti va un guachiman marcándote los minutos y los segundos, aserruchándote el asfalto por donde ya pasaste. No tienes vuelta, compañero Presidente, no tienes vuelta. Te reconocen dos jóvenes chilenos en la calle y bromeas con ellos, y juegas, guardando la distancia, mientras la Asamblea de las Naciones Unidas en pleno se levanta y te ovaciona y tú te arreglas los anteojos y el capitán Araya, tu edecán naval, permanece de pie al fondo del estrado, guardándote las espaldas, él a quien madrugaron los terroristas en Santiago con una ráfaga de balas importadas, y dices adiós pero sin pena, un poco impaciente, impaciente es la palabra, ya

que te echas para atrás y te abres la guayabera y dejas el vaso en la consola y me dices pero por qué, por qué tuvo que ser así, y desde un sillón lejano, en la otra sala y como en el aire, Julio Cortázar te mira en silencio, y brindamos por él que fue a Santiago a abrazarte por el triunfo de marzo, nos damos la mano ya, la nieve sigue cayendo, te vi fuerte y ganoso entonces, y ahora cansado e intranquilo, pensando en otra cosa, alguna maniobra, un nuevo intento, porque el naipe se compone y descompone, y no te dan respiro, perdiste la paz, y no sé si es confianza en ti mismo o si es un vacío que te da un aire inmóvil, pero estás de pie nuevamente y te vemos subir a tu dormitorio y de espaldas parece que te has quedado con nosotros, te has quedado.

Quiero entender su rostro que se deshizo de tarde y temprano como el torito volteándose de lado en los pasillos del Matadero, alguna estrella lo marcó en la frente y en el pelo lanudo y en sus arrugas rojas y en sus ojos que, desde adentro, adivinan el golpe y lo reciben cuando lo conocen, formando entre los recuerdos cierto modo de anochecer y de madrugar, olor de sangre nueva que hierve al toque del cilantro y desborda los cachos pero no se ve, sino que pasa a lo largo de las calles y los rieles del barrio tocando la campanita del Santísimo al encuentro del enfermo y éste se va de espaldas, a las 6 primero y cada media hora después, se levanta un poco en la cama, mira el reloj y se va de espaldas y se va de espaldas repitiendo incesantemente lo mismo que repite el toro en la oscuridad de amanecida pasando entre las vallas en busca del puñal que heredó en la nuca, llenándose la garganta de sangre y afirmándose en los ojos, recibiendo en la cara todo el vaho de la Gran Avenida y la soledad de los panaderos, atracándose herido al género espeso y mojado de los ponchos de castilla que cubren al caballo sin jinete y de guardia, esperando que caiga la cabeza en la olla de fierro

arrebatada ya sobre el fuego cruzado de huesos, palos y piedras, una sola estrella y un solo ciudadano perdido y quemado en esas esquinas donde cuarteaba el invierno. No sé. Dije cada media hora, y habrá sido hasta las dos y media de la tarde. No comprendo qué escondió esa cara, a esa hora cuando debió aprender a morir. Únicamente lo veo frente a mí, a cada momento, mirando un avión o no mirando nada, la metralleta en la mano, midiendo el vacío del cielo, la exacta encerrona en el Patio de los Naranjos, por donde entran los tanques, pasando y pasando, sin apuro, Allende por esas calles de la Avenida Matta, sin salida, sin sol y sin tiempo, sólo el pasillo carbonizado, los trapos del matarife, el apol hirviendo, los emponchados bebiendo, secándose los bigotes, la botella en alto, y el último, no sé quién es, recogiendo en su cantimplora abundantes coágulos para el color de las banderas.

La batalla de Santiago

La ciudad lenta y fría allá afuera le devolvió su sensación de alucinado sueño y se quedó mirando, solamente mirando, a la espera de alguna señal desusada, alguna conmoción en esos edificios, indicios de que su trabajo no pasaba inadvertido y que, al rescribir la historia, pues lo estaba haciendo, el país también sentía el peso de su mano, el grueso vacío de su propia noche en vela. Pero Santiago, lo que veía de Santiago, era como un cuadro tranquilo de algún impresionista del año 13 enmarcado en el aluminio de una ventana, a esa hora, incongruente, una especie de Bouchard, el viejo, cuyas telas blancas, lechosas, desvaídas, se fueran tiñendo por razón del cielo y del asfalto y de las luces de los pequeños faroles, y transformándose en cosas sonrosadas, violetas, irreales. No era la madrugada aún, no podía serlo, faltaban a lo menos tres horas, quizás un poco más, en este septiembre de invierno. Los rascacielos flotaban en su mar de cemento. Algunas lámparas indicaban tal vez gentes observando al otro lado de la plaza, pero muy lejos y vagas, como pegadas a oscuros cartelones de un escenario sin límites. Pasaba un taxi, sin ruido, allá abajo y se perdía por la Alameda hacia la oscuridad de las zanjas del Metro. La Moneda, cerrada, en tinieblas, era una maquete de adobe, ladrillo y fierro, plana y ancha fortaleza de otro siglo, separada de la ciudad y del país por veredas y calles vacías, hosca y, sin embargo, parroquial en la noche, con algo de barrio provincia-

no, chillanejo, por ejemplo, balcones y patios respirando la garúa delgada, helada, soltando un poco de azahar y también olor a pólvora vieja, y humedad en los ponchos negros de los carabineros dormidos con los ojos abiertos.

Sentí un escalofrío en la espalda, me sorprendió una voz en la oscuridad y me volví para mirar, sin alejarme de la ventana. La sombra dijo muy tarde, hay que descansar aunque sea un par de horas. La voz era seca pero manejaba un tono de afecto a medio filo. Miré el reloj. Iban a ser las tres. Debiéramos estar en casa, dijo, se ha hecho muy tarde. Se pasó el tiempo, dije, y tuve la sensación de que algo no iba de acuerdo con los planes; la realidad de un descuido me desconcertó. Pero no compartió mi inquietud. El auto sigue esperando. Nos vamos, mi general. No me moví todavía, pero acepté. Sí, le dije, entiendo, se nos pasó la mano. Estaba cansado y, no obstante, me sentía lúcido, como saliendo de un sueño demasiado intenso y nítido, reconociendo ciertas sensaciones y una que otra idea, esforzándome por no moverme y no borrar aún la intuición de esa imagen histórica recortada en el ventanal, esa despaciosa confrontación, al margen del tiempo, con un enemigo indefinido, sin presencia todavía, alentando detrás de los muros de ladrillo y los barrotes de fierro, esperando, acaso, igual que yo, que el amanecer nos diera una realidad reconocible. Todo está listo, general, decía la otra voz, no hay detalle que pueda haberse escapado, nada va a fallar. Vámonos.

Pero el despacho se llenó de voces y de la luz neón colgaba un humo azul, espeso, y eran las voces que a él le gustaba orquestar, voces de hombres duros, roncocos fumadores, fuertes en el mando, sabias y parcas en la respuesta, hábiles ondas, imprecisas, insinuantes, que estiraba sobre la mesa brillante y aplastaba con su diapason más bajo y más entero, tono traído de patios y barracas que las otras voces, educadas y académicas, sabían respetar. Y también, de repente, las voces se esfumaron. Sólo otra vez presidiendo

una conferencia de sombras. Alessandri, allá abajo, de bronce o de fierro, porque no era de yeso, parecía mirarle, esperar sus palabras. Y, entonces, en la luz cada vez más rosada, descubrió una señal alarmante. Se acercó más al vidrio y miró cuidadosamente, de alto abajo, cada uno de los edificios circundantes.

Pensé en una cosa extraña, vi un árbol seco que de improviso se llenaba de ramas y hojas verdes, un árbol, me dije, de invierno floreciente sustancialmente para decirnos a todos que habíamos encontrado nuestra verdad. Esto me tranquilizó sobremanera y pude moverme con una confianza inexplicable, seguro de que ese árbol se dirigía a mí en su acto de magia y me llenaba de un sentido de justicia. El árbol desapareció lentamente y una palabra se empezó a formar en su lugar. Debo haber sonreído porque la otra voz reflejó también esa sonrisa al decir: «Vamos, se está pasando...». Y le contesté: «Había un detalle que faltaba y ahora lo tengo. Fíjate en esos edificios, ministerios, cajas, bancos, piensa en otros en el centro; de ahí saldrá mañana la resistencia». ¿Mañana?, dijo la otra voz, ahora querrá decir, en cuatro horas más. Sí, le respondí, es verdad, unas pocas horas. Vamos. Sentí que el sudor me empapaba la camisa y pensé con disgusto en la guerrera que debía abotonarme. Vamos. Busqué la imagen del árbol florecido inesperadamente, pero fue inútil. Había desaparecido. Sólo la sensación de justicia me llenaba, sin palabras, como un destino descifrado al despertar de sueños muy precisos. Tuve la tentación de preguntar si había pensado él en algún momento en la justificación moral del golpe, quiero decir, al margen de las razones de disciplina y deber político. Pero me pareció inoportuno, poco sobrio, acartonada la frase. No había que pensar nada a estas alturas, sólo distinguir imágenes y traducirlas a condiciones concretas de lucha. Mi deber era destruir a unos cuantos miles de terroristas que nos apun-

taban con sus carabinas y bazucas rusas. No enredarme en sofismas.

Le pedí que disminuyera la velocidad y habría dicho «aprovechemos esta noche» pensando en momentos finales y dije: Debe ser el cansancio porque me estoy poniendo sentimental, y él dijo: ¿Qué tiene de malo? Hay que relajarse también, pues, general, soltar los nervios y descargar las baterías de a poco. Yo iba echado para atrás, medio acostado y sentí que se me cerraban los ojos. Alguna vez estuve mirando esos árboles, pero desde arriba y no en la madrugada, sino al atardecer, con ese ruido lejano de motores y bocinas que tiene Santiago, esa luz azulosa, envolvente. Abrí los ojos, pasábamos por la Costanera. Iba a ser una operación *envolvente*. Exacto, mi general, ésa es la palabra, envolvente. Primero, los cordones industriales. La resistencia fuerte y continua. Entiendo. Pero yo sabía que no era ésa la palabra necesaria, sino otra que vi escrita en el ventanal, mirando los rascacielos, aplicada al enemigo escondido, puro ojos, y quizá resollando, asustado o irritado, ansioso, un gato arrinconado. Eso. Gato. Ya me voy a acordar. Si La Moneda cae a las 14 horas, no hay problemas. Mejor dicho, mi general, *cae* a las 14 horas. Naturalmente. Dijo *cae* y la palabra sonó como un derrumbe. Estas horas, oye, son engañosas, mucho divagar entre el sueño y la vigilia, no hay que confiarse. Recuéstese, mi general, necesita descanso. Ya vamos a llegar. Me salió una frase bastante buena. La vamos a recordar y se la repetimos a los periodistas mañana. ¿Dónde los va a recibir? En el Ministerio. En la UNCTAD. No sé. Lo importante no es sólo crear la sensación de orden y calma, hay que mantenerla en la rutina, a pesar de todo, entre balas y cañonazos. Pero ya no habrá balas. Quién sabe. No fue ésa la frase. No me acuerdo bien, pero debió ser algo así. No cuentan con el espíritu del chileno, que puede incluso ser marxista, pero una vez que se pone el uniforme, es y se siente soldado. Algo por el estilo. No estoy seguro

si diré marxista o comunista, una de las dos, una, dos. Les propinamos un golpe rápido y preciso, GOLPE, rápido y preciso. Suena bien. Y el silencio, de repente, me despierta. Dejé la luz prendida. Miro a mi alrededor y veo el dormitorio en orden, ni siquiera abrí la cama. Falta para las seis. Qué embromar. Nos pasamos. La reunión habrá durado... no me acuerdo cuánto duró, pero a las tres de la mañana yo estaba en el despacho. Después, el auto, la casa, me duché, un cafecito, me acosté un rato y listo.

A las seis salió como nuevo y, ahora, la palabra clave resplandeció como dibujada por un dedo de luz en la ventana: PUMA.

«El hecho de que media hora antes de lo previsto tuviéramos dominada la situación, indica que la UP estaba muy confiada. Sabíamos que montaban guardia armada en los edificios y que el mayor problema vendría de los francotiradores. Creyeron mucho en la infiltración que habían desarrollado no sólo en la Marina, sino también en los contingentes del Ejército, como lo comprobamos después. Les propinamos un golpe rápido y preciso. El hecho de que media hora antes de lo previsto tuviéramos dominada la situación no contaron con el espíritu del chileno, que puede ser incluso comunista, pero una vez que se pone el uniforme, es y se siente soldado. Indica que la UP estaba muy confiada. Cuando vi desde mi oficina que los mayores focos estaban en los edificios de Entel, Banco del Estado, diario *Clarín*, edificio España y frente al teatro Continental, pedí un helicóptero PUMA a la aviación del Ejército. Se trata de un aparato muy veloz, de dos turbinas, capaz de desarrollar 300 kilómetros por hora y que puede transportar a veinte hombres. Les propinamos un golpe rápido y preciso. No contaron con el espíritu del chileno, que puede ser incluso

marxista, pero una vez que se pone el uniforme, es y se siente soldado. Sabíamos que montaban guardia armada en los edificios y que el mayor problema provendría de los francotiradores. En algunas industrias la UP estaba muy bien pertrechada, tenía armas para varios batallones. En Cobre Cerrillos, por ejemplo, un helicóptero nuestro sufrió doce impactos provenientes de metralletas rusas PK, la misma arma que se encontró junto a Allende en La Moneda. Es de una rapidez de tiro formidable, conservo una en mi despacho. Esto ya se había apreciado el 29 de junio, con ocasión del tancazo. Creyeron mucho en la infiltración que habían desarrollado no sólo en la Marina, sino también en los contingentes del Ejército, como lo comprobamos después.

(El general se incorpora y muestra con evidente fruición la magnífica arma. Con su voz ronca y sonora, acostumbrada a mandar, pero que en la conversación regula adecuadamente, explica los mecanismos de ese botín de guerra. La alta y corpulenta figura del hombre da la dimensión del militar; parece que estuviera hecho para el combate. A los 52 años pudo al fin aplicar los conocimientos y prácticas acumuladas desde que, adolescente, ingresara a la Escuela Militar. Optó por el arma de infantería, pero derivó a las unidades blindadas. Estábamos en los cordones.)

Sí, ellos no ofrecieron la resistencia que esperábamos. Nuestra acción fue planificada de tal modo que conseguimos que no se dañara la maquinaria. Ni un tornillo sufrió, porque no tuvieron tiempo siquiera de realizar actos de sabotaje. Les propinamos un golpe rápido y preciso. Sabíamos que montaban guardia en los edificios y que el mayor problema provendría de los francotiradores. Esto ya se había apreciado el 29

de junio, con ocasión del tancazo. En realidad, nos preocupamos mucho de proteger la propiedad privada. En la medida de nuestro alcance allanamos casa por casa. El domicilio de Jorge Alessandri fue atacado, pero desbaratamos esa acción. Las torres de San Borja fueron las más allanadas, aunque no encontramos de inmediato los túneles que conducen a la UNCTAD, y por donde huyeron muchos. En provincias fue sorprendente: de San Antonio, por ejemplo, recibí llamado por citófono a las 9.15: «Ciudad tomada. Todos los interventores presos». No contaron con el espíritu del chileno. Sabíamos que montaban guardia armada en los edificios. En algunas industrias la UP estaba muy bien pertrechada. Tenía armas para varios batallones. Su comando de operaciones estaba, aparentemente, ubicado en el Parque Cousiño. Allí encontramos túneles, desde donde transmitieron por teletipo a todo Chile las alternativas del día 11. Había también doscientas cajas de gasa, trescientas bolsas de plasma sanguíneo, todo tipo de elementos quirúrgicos, en fin, material suficiente para armar una carga y atender una tropa. ¿Qué les pasó? Los marxistas existen, y serlo no es un pecado. La UP estaba muy confiada. Creyeron mucho en la infiltración que habían desarrollado no sólo en la Marina, sino también en los contingentes del Ejército, como lo comprobamos después. Les propinamos un golpe rápido y preciso. Sin duda que esperaban el 17 de septiembre para dar el golpe fuerte, de acuerdo al Plan Z. Es posible que no hayan alcanzado a distribuir las armas, pero en zonas como el interior de Valdivia, sí lo hicieron. Las torres de San Borja fueron las más allanadas. Era gente adoctrinada, con mentalidad para elaborar un plan así. Hablaría de la UP en general. No tengo antecedentes sobre quiénes lo aprobaron,

pero sin duda que fue a nivel de los principales jefes nacionales. Hablaría de la UP en general. Era gente adoctrinada, con mentalidad para elaborar un plan así. Nuestra acción fue planificada de tal modo que conseguimos que no se dañara la maquinaria. Ni un tornillo sufrió. Es política del marxismo usar a la gente. Salvador Allende era un marxista de guante blanco, y servía para usarlo en una primera etapa. En las purgas de la época de Stalin, en Rusia, se eliminaba sin miramientos a la gente que dejaba de prestar utilidad. El mariscal Zhukov es un caso. Los marxistas existen y serlo no es un pecado. Les propinamos un golpe rápido y preciso. Hay activistas lógicamente. Muchos desequilibrados. Nosotros no hemos peleado contra los chilenos. Somos parte importante de Chile. Somos puro pueblo. Aquí no hay aristocracia y el oficial hace la cola para el teatro como el común de los ciudadanos. Las Torres de San Borja fueron las más allanadas. Ni un tornillo sufrió. En provincias fue sorprendente.

(Pero el general es comandante en jefe de Santiago. En tal calidad tiene el mando total de la zona en estado de sitio, y debe regular el orden en la provincia de Santiago, a excepción del Departamento de San Antonio. Las interrogantes, por eso, se dirigen a lo que resolverá para las próximas fiestas. El general entrega respuestas concretas, aunque el tono empleado da la impresión que aún no se ha resuelto en definitiva. Por lo demás, el presidente de la Junta de Gobierno aseguró, en carta a tres niños, que se entregaría salvoconducto al Viejo Pascuero).

Llevamos apenas 90 días. Es muy poco. Como el tiempo corre a favor nuestro, los extremistas perderán apoyo y no podrán hacer nada. El tiempo cicatriza

las heridas y llama a la cordura; el hombre, como el animal, quiere vivir en forma normal.

Les propinamos un golpe rápido y preciso.»

(ERCILLA, año XL, 19 al 25 de diciembre, 1973, N.º 2.003)

Penúltimas y últimas palabras

«Las coincidencias claro que son sorprendentes, pero las diferencias no son menos importantes, eso no debe olvidarse; me he dado cuenta, como todo Chile, de ese fantasma que han puesto a flotar gentes de la oposición con intenciones astutamente torcidas. No, no he visto ese serial en la televisión, pero me contaron. Vendrán películas y dramas y habrá actores dejándose crecer la champa y los bigotes. A mí el tema me fascina por otros motivos. Sé, por supuesto, que la oposición desea crear rápidamente un fantasma balmacedista sobre mis hombres para que se piense en el impasse entre el Ejecutivo y el Congreso, se acostumbre la gente a la idea de una inminente guerra civil y no se alarmen ante la posibilidad de una muerte violenta del presidente. Se equivocan. No habrá guerra civil en Chile mientras yo sea presidente. Y, además, no soy la clase de individuo que se suicida, ni lo suicidan. No es que critique a Balmaceda por la salida que escogió; no, su suicidio fue un acto de heroísmo y una lección moral, rehusó sencillamente caer en manos de feroces enemigos que, de haberlo tomado vivo, le hubieran sometido a los peores escarnios y vergüenzas. Prefirió morir por su propia mano y dejar que la ignominia cayera sobre los traidores que se ensañaron contra él, su familia y sus partidarios. Es una manera de derrotarlos. Ese fantasma es real por otros motivos y ellos deben aclararse. Repito que hay coincidencias verdaderas. Veamos. Durante sus primeros tres años de gobierno

Balmaceda consolidó la base económica del país: revalorizó el peso, aumentó la producción del salitre, que en esa época era el sueldo de Chile, como ahora lo es el cobre, y el fisco tuvo una entrada récord en derechos de importación, llevó a cabo un plan de obras públicas a gran escala: vías férreas, líneas telegráficas, construcción de diques y puentes, canalización del Mapocho; promovió, asimismo, reformas educacionales, creó el Instituto Pedagógico, hizo construir los edificios de la Escuela Normal de Preceptores, de la Escuela de Medicina y la Escuela de Artes y Oficios, benefició a las FF. AA. con la construcción de la Escuela Militar y la Naval y la compra de material bélico por valor de 400.000 libras esterlinas. Todo esto entre 1886 y 1889. Años de gran progreso para el país. Pero, y el pero es igualmente grande, eso lo consiguió con el apoyo directo y básico de la oligarquía chilena. No voy a enumerar lo que nuestro gobierno ha realizado en los dos años y medio que llevamos en la Presidencia. Sí debo destacar que las conquistas mayores las hemos obtenido con el apoyo de los trabajadores y campesinos, sufriendo el ataque y el boicot implacable de la oligarquía. Lo verdaderamente curioso es que las coincidencias entre Balmaceda y nosotros empiezan en el segundo período de su gobierno, entre 1889 y 1891. Balmaceda da un vuelco lento pero profundo en su política y se transforma en un líder nacionalista y en precursor de los movimientos antiimperialistas de nuestro siglo. Sin embargo, no perdamos las perspectivas. Balmaceda no se propuso la nacionalización del salitre, ni la nacionalización de los ferrocarriles, ni dio una batalla decisiva contra la banca, a pesar de que en 1891, durante la guerra civil, intervino los bancos «Santiago», «Valparaíso» y el Banco Edwards. Sí, Edwards, en enero de 1891. De todos modos, planificando un desarrollo progresista del capitalismo chileno, Balmaceda le asestó un golpe abrumador a los consorcios ingleses y a sus aliados oligarcas chilenos cuando pro-

puso la formación de compañías salitreras nacionales con acciones intransferibles a empresas extranjeras. Balmaceda dijo también que el Estado conservaría reservas de salitre suficientes para resguardar las cifras de producción y de venta. En la persona del coronel North, ¡qué nombre! Balmaceda le puso atajo al avance del imperialismo extranjero. La oligarquía chilena abandonó de inmediato a Balmaceda y le declaró la guerra a muerte. Más que el desarrollo industrial de Chile y su liberación económica, les importaban las ganancias de sus negocios de exportación minera y agraria y de sus especulaciones en la Bolsa de Londres. Cambio de siglo. En efecto y, además, cambio de edad. Balmaceda fue un liberal acosado por comerciantes y reaccionarios. A nosotros también nos acosa semejante jauría. Balmaceda decía salitre, nosotros decimos cobre; él, capitalismo nacional, nosotros expropiación dentro de la ley. A nosotros nos embarga el monstruo de mil cabezas de los carteles internacionales, a Balmaceda el imperialismo británico del siglo XIX. Por otra parte, tanto él como nosotros somos marcados fatídicamente por los empresarios criollos cuyo destino se juega a diario en la ruleta de Londres o Nueva York. ¿Cómo no simpatizar con ese hombre? ¿Cómo no admirar su actitud visionaria y valiente, su integridad? Es un gran precursor. ¿Se adelantó a su tiempo? No lo creo. No hay tiempo preciso y único para las transformaciones sociales. Unos van de a poco, otros van a saltos. El tiempo no se da, tenemos que inventarlo y hacerlo funcionar a nuestro favor. ¿Su testamento? Lo sabemos de memoria. ¿Su muerte? Claro que me ronda y la siento y la presiento. ¿Qué puede decir un hombre de honor, un patriota sincero, cuando las fuerzas armadas lo traicionan, cuando la burguesía lo sabotea y compra hordas de ultramuros para descargar los golpes a mansalva, para asaltar y robar y destruir, cuando la violencia y el terror lo envuelven como una llamarada y ve caer al pueblo, siempre el pue-

blo, sacrificado inútilmente, y al país entregado en bandeja otra vez a los mercaderes sin conciencia, los mercenarios sin patria? ¿Un tiro? Pienso en el hombre de gesto altivo, de noble frente, el visionario, el líder que no fue hecho para las armas, el gran caballero que observa nostálgicamente en La Moneda las tertulias nocturnas de su hijo Pedro con Rubén Darío, y pienso que ese tiro tiene sentido romántico, eco histórico. Se lo pega a una época. Lo comprendo. Otros tiempos, mi amigo, no tiempos de bazucas y helicópteros, de cohetes y de jets, de embajadas que manejan flotillas atómicas, de gobiernos que caen y juntas que suben al toque de un botón en una línea telefónica privada. ¡Privada! Un humo por otro, mil estampidos por uno, la habitación es la misma, un salón en La Moneda, una plataforma en la Plaza Bulnes, un dormitorio en la calle Amunátegui, 1891 o 1973, ejércitos visibles o invisibles que avanzan, flotas que salen y vuelven a puerto. La soledad también es la misma. ¿Y el cañón? ¿Hacia dónde apunta? ¿A una sien, a una boca? ¿Al asaltante que, por fin, da la cara?».

«Cuando nos veamos hablaremos, pero no se equivoque, hoy es hora de batalla. Si yo fuera a pedir a la Escuadra sublevada y a mis implacables enemigos arreglos que serían mi perdición y la de Chile para muchos años, merecería el desprecio de cuantos me conocen y de la historia. Eleve el corazón y alce el espíritu más alto.»

BALMACEDA

El mundo y la vida, escribió, se han transformado en una mesa, una pluma de ganso, una cama, unas cartas y una bala pero, agregó, tales cosas no son un límite ni un

abismo cerrado, sino la libertad de Chile y el camino por donde pasaré al encuentro de la historia y apagaré la luz.

Entonces, cerró los últimos postigos. Abajo, en la gran casa colonial, oyó el ruido de los suyos que se aprestaban a morir. El Perro. ¡Cómo llamarlo así en esta hora! Y cómo no llamarle Augusto, hermoso niño grandote de ojos oscuros y sonrientes por donde entran a raudales rayos de ternura y la vida se hace de luces, de afirmaciones, contradicciones, inventos y fábulas, rodando en gruesas ruedas de carey, gigante redondo y blando, que has perdido los anteojos, niño otra vez, buscando a tientas el marco de paredes que ya no existen, el subterráneo que, de pronto, se abre y se llena de balas y todas van y buscan y cosen su vientre blanco y velludo como el de una oveja. En esa noche que no tuvo comienzo y ya no llegará a su fin. Custodio y Pepe de espaldas, los ojos entrecerrados, temblando, compañeros, se ponen junto a él como dos crucificados y disparan y disparan contra sombras de metal que se ríen allá abajo y escupen y gritan. Se les han caído los ojos. ¿A qué hora, compañero? Son las diez de últimas le digo y el Presidente empieza a vestirse lentamente y está sacando prendas de un velorio, traje negro de corte inglés, solapas anchas sin ojales, chaqueta corta y pantalones ceñidos, aunque el chaleco se ha llenado de agujeros y por ellos sale el humo de la pólvora, y me dice, pero no lo oigo, ha sonado la hora. Camina a paso largo y tranquilo, levanta la tapa del escritorio que le dieron al repartir los ataúdes, dispone las esquelas y los sobres, moja la pluma en tinta muy azul, se ha mordido los bigotes y se vuelve hacia mí. No hay tiempo ya de aprender ni enseñar nada, sólo de oír y comprender qué le ha pasado a la patria, por qué costado se abrió, qué le sale y dónde cae, cuándo volverá a ser un crepúsculo sincero o una tarde en La Moneda, o un amanecer, otra vez, en las alamedas de la infancia por donde transitaban cantando los jinetes.

Más temprano que tarde, escribe, y se interrumpe.

Por la calle Amunátegui pasa la centésima turba en caballos piafantes, vestidos de blanco los incendiarios de la Hermandad, acarreando muertos amarrados a sus monturas, tocando la campanilla y derramando bencina sobre los cielos de Santiago. Se han detenido muy cerca, tal vez en la vecindad de Agustinas, han sacado las escaleras, no puedo verlos pero los escucho y sé qué se proponen, suben los camioneros y comerciantes, los médicos y abogados, los solícitos empresarios del incendio y eficientes matarifes, entran ya a la casa y desenfundan sus hachas y por el aire comienzan a caer pianos y clavecines, los manuscritos de Neruda, los folios de Valderrama y los versos tricolores de Lillo, descienden humeando, recortados en bordes de ceniza plateada, se ha quedado suspendido un Rugendas y, de atrás, de arriba, de lejos, el agua de una lluvia sureña le descolora sus ejércitos, sus huasos, sus salones y sus álamos. ¿Has oído la campanilla? La oí, pero no puedo ya soportar el humo. La cordillera entera es un incendio blanco y por las calles de Chile el viento va sonando en pitos de harapientos soldados. Entonces escribo ocho mil muertos y le pido a Bañados que dibuje un mapa y le ponga La Placilla, y otro, y le ponga Concón, pero, en verdad, quisiera escribir Algarrobo y volver a enredarme en el sol con mis hijas y soltar todo el mar contra las rocas de Isla Negra, acariciarlo y hacer que levante el lomo azul y se envuelva, como en diciembre, en espuma, pero me molestan y ahogan las explosiones y el humo, toda La Moneda arde, por las calles de Santiago van los jinetes encapuchados marcando casas y levantando actas y puertas. Estallan las armas que teníamos en el primero y segundo patios, como los frutos de la quinta en mi Cerro Alegre, y las municiones revientan con eco de adobe desplomado, son los muros de la Guardia, estoy rodeado de palos quemados y tizones ardiendo, me he cubierto de cenizas y tú me dices escribe y yo escribí con esa

caligrafía inglesa que decretó mi muerte, mientras las anchas avenidas se han llenado de banderas y en coches de caballo siguen pasando los héroes en busca de una embajada, de un sótano, un soberado, un cementerio. Vamos salvando a la patria.

«Podría evadirme, pero no me pondré jamás en peligro de ir al ridículo o a un fracaso que fuera el principio de vejámenes y humillaciones que no puedo consentir que lleguen hasta mi persona y el nombre de los míos. Tomé la resolución de ponerme a disposición de la Junta, pero he desistido. Éstos no respetan nada. Se burlarían de mí y me llenarían de inmerecidos oprobios.»

BALMACEDA

Podría evadirme pero el camino me lo he cerrado y ya se acerca la hora de abrirlo para siempre.

Santiago es una ciudad cruzada de zanjas que sirven de tumbas. Salen muertos amarrados con cordeles y se elevan desde pozos profundos junto a pálidos pasajeros de micros detenidas, flotan por las aguas de ríos y canales, caen frente a panaderías de barrio, se lanzan con la chaqueta abierta, volando, desde las galerías del Estadio Nacional, desaparecen en subterráneos de comisarías y regimientos, en patios abiertos al amanecer, un solo estampido, una sola bala los va hilando como un collar de cabezas en bodegas de barcos sin nombre. El país escucha y reconoce ese balazo: un hombre alto, vestido de luto, de gran melena y espeso bigote, ha hecho cuidadosamente su cama, ha cerrado su escritorio y los postigos del balcón, sella una última carta, la prende a la cabecera en su almohada, se acuesta un poco de lado, con el revólver en la mano, y se dispara un balazo en la sien derecha.

Otro hombre encerrado con él en ese segundo piso de la historia abre puertas y ventanas, carga su arma automática y prolonga aquel disparo con una andanada de balas que van en busca de los invasores del Salón Rojo y se agarra a tiros con ellos para ponerle firma a su muerte de repentino guerrillero, a su casco que vuela ya por los aires y queda flotando en el humo de su primera y última batalla.

«Colocado en un tránsito histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras.»

(Salvador Allende, Último Mensaje al Pueblo de Chile, por Radio Magallanes, 11 de septiembre de 1973.)

«No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir.

«Si nuestra bandera, encarnación del Gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y

para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida.»

(José Manuel Balmaceda, *Testamento político*, 19 de septiembre de 1891.)

SEGUNDA PARTE

Evangelio según Cristián

El fotógrafo

Las páginas que siguen, diario y cartas, se transcriben textualmente como las escribiera Cristián Montealegre, joven fotógrafo chileno fusilado por un destacamento militar en octubre de 1974.

Existe un parte oficial con firma y sello de las autoridades que no hace referencia a un fusilamiento, sino a disparos hechos a raíz de un «intento de fuga».

AGOSTO 30, 1973.

Tengo algo que escribir. Por eso compré este cuaderno, que no quiero llamar diario.

No importa dónde empiece. Tal vez cuando llega en avión con los niñitos el 2 de julio. El avión volaba bajo y el día se terminaba, y todo el desierto y las montañas me parecían vacíos y estériles, cuando en mi juventud me habían parecido misteriosos, llenos de paz y majestuosos. Y lloraba y lloraba porque no sabía adónde iba ni de dónde venía. Estaba bien junto a la ventana y los niños no me podían ver.

SEPTIEMBRE 1, 1973.

Encuentro significativo que, en mi deseo de comunicarme, escriba aquí y no escriba cartas. Escribo aquí sintiendo que mis pensamientos no caen al fondo del mar.

Tan inútiles que han sido mis sacrificios. Estoy en con-

flicto y sufro en este momento por seguir ideales y en el camino he destruido a tanta gente. Sin embargo, aún sigo deseando el contacto profundo de las relaciones humanas, como puede ser el de un hombre y una mujer.

Mi futuro es incierto ahora. Me abro a todo. Que pase lo que pase. Me arriesgo a cualquier cosa. Ya no hay nadie que me necesite. Están los niños, es cierto, pero se me hace difícil poder llegar a ellos.

En el avión pensaba que ya no soy un joven. No veía aventura en el peligro, en el cambio de una vida nueva. Ni soy un hombre que con valentía pueda hacer de la vida una aventura y sobreponerse, ni soy un joven porque no veo futuro. Ni un hombre porque mi pasado se me escapa. Perdía poco a poco mi sangre y veía que pronto estaría completamente solo, como ante la muerte.

Al aterrizar no sentí que empezara nada, sino que terminaba algo. Vi el cierre de un ciclo, como una muerte. Pero ignoro qué podía ser ese algo. Era una intuición. No entendía lo que me esperaba. Era como ver un nuevo yo más en el futuro. Si mejor o peor, no sabía. Siento una piedrecita que va rodando, casi se detiene, pero sigue, en estos dos meses imperceptiblemente aún está rodando. Pega con otra. Y, en momentos optimistas, en mi nuevo yo veo una avalancha que acaso cambiará algún terreno.

Siento que tengo una semilla en mí, que aún habiendo plantado dos veces sin éxito, todavía está ahí como un gran tesoro que yo ofrezco.

SEPTIEMBRE 10, 1973.

Qué cambios imperceptibles surgen en uno sin que uno sepa. Como que al andar, uno hace camino, y el camino nos hace andar, al decir de Antonio Machado. El camino cambia, y uno cambia, y tal vez ve lo mismo de un modo diferente. Todo es una mezcla de uno y de la suerte, uno

pone idea, actitud y espíritu. La suerte dispone qué paisaje habrá. El mundo es el cuerpo, nosotros el alma.

SEPTIEMBRE 11, 1973.

El mundo se ha derrumbado alrededor. Guerra civil. Relato los hechos. 10 am. Empieza tiroteo en La Moneda. Yo estaba a dos cuadras. Francotiradores matan y hieren mientras tomo fotos. En mi edificio los soldados me quitan las películas. Ya hay francotiradores por todas partes. Vemos el bombardeo de La Moneda.

HASTA EL 18.

Batalla y 500 muertos en Puente Alto, Parque Cousiño, Sumar, Lo Ermida, La Legua, Copiapo y San Borja. 400 muertos en Sumar (después de rendirse). 1.700 muertos en La Legua, pobladores bombardeados desde el aire. 2 camiones de soldados volados. 27 fusilados a doscientos metros de aquí.

SEPTIEMBRE 19, 1973.

Volaron postes de luz a pocas cuadras de donde estaba Marcelo. 7 fusilados en Ñuñoa. 43 fusilados en Copiapó. Fusilados por especulación en la Estación Central. Miristas con ametralladoras en poblaciones. Una amiga, dirigente comunista, muerta, deja guagua de un mes (Estadio Chile).

CARTAS

SEPTIEMBRE 11, 1973.

En este día terrible, 11 de septiembre, aún entre disparos y muertes afuera, agotado por el día inolvidable, trato de escribirte y comunicarte algo de lo ocurrido.

A las 8.30 empezó esto. Marcelo venía por casualidad

a verme. Yo había regresado de La Moneda. Partimos juntos como a las 9.30 y a las 10 y tantos estábamos por la Catedral donde empezaron a pasar los tanques, unos quince y algunos jeeps. A dos cuadras de La Moneda, Marcelo me dice: «En caso de tiroteo nos tiramos al suelo», justo cuando los francotiradores abrieron fuego sobre la gente en la Alameda. Yo detrás de un quiosco tomaba fotos de la gente corriendo y echándose al suelo. A través de la cámara, al tomar una foto, veo que un hombre queda boca arriba. Unos chiquillos tratan de ayudarlo, pero no hay nada que hacer. Llega una ambulancia, pero al verlo muerto, se va no más. Después hay balas por todas partes. Pero en La Moneda se libra una batalla campal. Entre tanques, fuego de ametralladoras y armas cortas, a los 20 minutos esto ha sido una masacre. Era increíble el ruido. De repente, dispararon desde atrás. En todo esto Marcelo desapareció. Yo me fui por calles continuas al departamento para ver si lo encontraba. Al llegar, estaban allanando el edificio. No tuve escapatoria. Me quitaron la máquina y me velaron las películas. Me devolvieron la máquina y se fueron. No pude ir a Plaza Italia porque estaba todo rodeado con milicos. Obligado a quedarme en el edificio, quién sabe hasta cuándo ahora. Los francotiradores han disparado contra todos estos edificios. En este piso pasó una bala que casi le pegó a una niña. Todo el día estuvimos mirando cómo disparaban. Aquí, al lado, en la Escuela de Farmacia hubo una gran batalla con bazucas, causando gran destrucción y muertos.

SEPTIEMBRE 12 y 13, 1973.

Sigue la guerrilla urbana. Despertamos con el ruido de las metralletas y los vidrios rotos en el edificio. Entre ayer y hoy cinco departamentos han sido acribillados, por suerte sin heridos. El último hace diez minutos, cuatro pisos más abajo. Tiran las guerrillas y el ejército. Desde aquí disparan también. Han ametrallado hasta helicópteros. Puede haber

mil muertos, nadie sabe. En las zanjas del Metro se han visto muchos. Ayer y hoy he visto las batallas en la Plaza Italia y la Plaza Bulnes. En la mañana, en un edificio del centro, acribillaron cuatro pisos en diez minutos. No puede haber quedado nadie vivo ahí.

Ahora son las 4.30 pm. Se venció un ultimátum dado a las guerrillas para rendirse. Estamos esperando. Han pasado bombarderos encima de nosotros. Los mismos que han bombardeado poblaciones e industrias. Son capaces de volar todos estos edificios. Sin embargo, al esperar uno cualquier cosa no le importa nada. No pasa un minuto sin que se oigan los disparos. El papá y otros estaban en el primer piso y les dispararon con ametralladoras. No hay mayor resistencia en los hospitales. Desde aquí miro cómo entran los heridos al San Borja. Estamos en el centro de todo. Dijeron que Allende se suicidó después de haber pedido escolta para rendirse. Muy sospechoso parece. Es lógico que nuestros dictadores militares lo necesitasen muerto para que no hubiera peligro de que volviera. Por eso, incluso después de eso, arrasaron con La Moneda y Tomás Moro. No saben que en estos días han hecho cientos de mártires, un santo de Allende y miles de simpatizantes suyos a causa de la represión. Han suprimido todas las libertades y los ignorantes están felices sin saber si las devolverán algún día. ¿A quién acudir ahora si quieren justicia? Siguen peleando las guerrillas y seguirán, tal vez con más ímpetu, ya que la causa y el odio contra los que se toman el poder por la fuerza seguramente crecerán, o buscarán su expresión. Chile no sabe lo que es dictadura. Tendrán que entregar el poder pronto o se dividirá el país definitivamente. Ayer se quebró Chile. Lo que desataron los militares nunca lo podrán remediar. No supieron hacer las cosas. Ambos lados están ahora en una lucha fratricida que no terminará en una generación. No habrá cientos de muertos como hoy y ayer, pero desangrarán al país poco a poco.

Considero una suerte haber estado aquí y haber visto esto. Desde afuera y especialmente ahora sin libertad, no podrá saberse cómo fue. Mi venida a Chile tenía su destino, aunque aún no muy claro. Está desarrollándose. Disparan tanques desde cerca. Parece que en el centro... Fue dinamita que voló dos camiones de soldados. No sé qué más decir. Me da pena estar entre gente que celebra todo esto y habla con odio incluso de los que murieron. No quiero contagiarme. Tengo miedo de desearle a alguien la muerte. Tal vez esto lo define todo: Chile es ahora un país sin salida.

La verdad es que aunque tengo mucho que decir y contar, la intranquilidad no permite escribir. A Marcelo, al tratar de ir a Plaza Italia, lo pararon y se devolvió. Hablé con él y está bien. Sólo los que viven en el centro y en San Borja, Estación Central, etc., están bajo las balas de los francotiradores y del ejército. Aún ahora, 13 de septiembre, con la gente que vuelve al trabajo a las 12, se oyen los disparos. No tenemos noticias. Sólo desde Argentina, por onda corta, supimos de la muerte de Allende. Ahora que la gente puede comunicarse se sabrá de boca en boca las historias, muertes, agonías de esta guerra civil. Por primera vez tengo vergüenza de nosotros. Porque no tengo la costumbre de que me censuren y porque el odio ha llegado en su dosis más grande posible, no puedo ser optimista sobre el futuro aquí.

Te escribiré mis intenciones más adelante. Aún siguen los combates, todo esto es confuso. Anoche, acá abajo, sorprendieron a 23 extremistas, a quienes aparentemente fusilaron ahí mismo. La matanza sigue por ambos lados. Seguiremos enclaustrados. Nos ordenaron no tomar agua porque puede estar envenenada.

SEPTIEMBRE 14, 1973.

Te enumero los nuevos acontecimientos según informes de testigos y los míos propios:

1. *En Puente Alto han tenido que manguerear la plaza cuatro veces porque estaba teñida de sangre. Hubo una gran matanza allí.*

2. *En Lo Hermida colgaron de unos palos a dos carabineros ya muertos. Al llegar las patrullas, ordenaron a los pobladores que salieran, diciendo que en 15 minutos ametrallarían todo. Los jefes no dejaron salir a nadie. A los 15 minutos mataron a cuanta persona había ahí, incluso mujeres y niños.*

3. *En el Parque Cousiño hubo una gran batalla. Con aviones ametrallaban a los UP. La señora que vive al frente dice que había cientos de muertos.*

4. *De la industria Sumar, después de la resistencia, sacaban los muertos en camionadas y los llevaban al crematorio directamente.*

5. *Ayer oí dos explosiones tremendas cerca. Habían volado dos camiones llenos de soldados con dinamita lanzada desde un edificio.*

6. *Recién, unos minutos atrás, pasaban las balas a pocos metros de mi ventana. Al frente vi cómo rebotaban balas en otro edificio. Los soldados estuvieron disparando desde un departamento arriba. Echaron abajo la puerta a tiros. Aún hoy siguen.*

SEPTIEMBRE 15, 1973.

1 *Disparos día y noche. Balearon dos casas de Bustamante. Un balazo cerca de mi ventana.*

2. *Estuve donde los primos. Anoche vieron cómo fusilaron a dos vecinos de ellos, dos jóvenes que estaban en la calle a las 9 pm. Al ver a los carabineros fueron donde ellos con las manos arriba. Los carabineros los hicieron cruzar la calle; con las manos en la muralla, de es-*

paldas, les dijeron que los fusilarían y les dispararon mientras los papás miraban desde la ventana. No permitieron acercarse a nadie hasta las 10 am. del próximo día en que se produjo una escena trágica. Al pasar yo vi la sangre y los balazos por todo el muro. En estos días han muerto diez en esa cuadra. Mi primo está preocupadísimo porque tiene dos pistolas. Si allanan esos departamentos como han prometido hacer, tendrán menos piedad que con los que no cumplen el toque de queda. Además, tiene balas de ametralladoras. El papá también tiene una pistola que escondimos. Si uno se va a entregar, lo arrestan y lo fusilan.

3. *Se llevaron hoy a cuatro personas de este edificio. Una niña uruguaya, quien desde el martes ha estado asustadísima, y cuyo único pecado es ser de tendencia izquierdista. También se llevaron izquierdistas del frente, unos acusados de «acaparamiento» (que puede significar tener más de un tarro de leche).*

4. *Marcelo cuenta que en su barrio han fusilado por cobrar precios de mercado negro.*

5. *En las poblaciones salen niños de 15 años con metralletas a matar soldados.*

SEPTIEMBRE 16, 1973.

1. *Mataron a una amiga que deja una niña de un mes. Era dirigente comunista (33 años).*

2. *Atacaron un cuartel de carabineros en Las Tranqueras. Treinta extremistas. Están efectuando ofensivas ahora.*

3. *Mientras hacíamos guardia en el edificio anoche vinieron cuatro carabineros que nos estuvieron contando historias. Cómo han muerto pacos, colgándolos, cortándoles los testículos. Dicen que casi volaron la Asistencia Pública, que han volado puentes, carreteras, torres, etc. Un extremista vestido de coronel de carabineros recorriendo en una*

ambulancia mató a nueve antes de que lo mataran. Cuatro días se demoraron en reducir la industria Burger.

SEPTIEMBRE 19, 1973.

Volaron postes de luz. Pocos tiros últimamente y casi nada mientras sale la población. Una niña contaba ayer de 43 obreros fusilados en Copiapó, que ella vio. Otro joven vio 7 fusilados, aún amarrados de las manos, en la Casa de la Cultura de Ñuñoa. Un francés ha estado en el Estadio Chile, donde la mayoría ha muerto, dice que es terrible. Rebotaban las balas en el techo hacia la gente. Un hombre pidió ir al baño, un carabinero le partió la cara, se desangró y murió. Otro con todas las costillas de un lado rotas y sin poder respirar lo forzaban a pararse para botarlo otra vez. Pocos salen de ahí.

Se ve poca gente en las calles. Todos se miran con desconfianza. Aún detienen a mucha gente. Nadie se salva, ni los gringos, ni los reporteros, ni las ambulancias a las que les disparan de los dos lados.

No vale la pena seguir, porque tomaría un libro y porque deprime mucho. Tenemos buenas fotos ya, pero mucho trabajo para después. No vengas por nada. Nosotros nos vamos en unos dos meses. Para entonces se sabrá más claro el futuro. Porque no estaré tranquilo dejando a los niños si están en peligro. Te escribiré todo lo que pase. No te preocupes por nosotros. Consíguenos esas credenciales para que no nos arresten.

Reza por Chile.

SEPTIEMBRE 23, 1973.

En este momento de mi vida veo muerte por todas partes. Neruda murió hoy. Por coincidencia, pasé la tarde en el Cementerio General, escuchando las macabras historias de las camionadas de cadáveres que traían al crematorio sin identificar. Marcelo fue arrestado, pero lo soltaron. Ejecu-

ciones en público por especulación, los cuerpos tirados al río. La vida humana es barata en Chile. Camionadas de cuerpos, miles de muertos y detenidos. Hago una larga pausa para saber qué quiero decir. Me pregunto y pienso cómo me ha cambiado esto a mí y alterado mi vida. Evidentemente, asimilo tanto de una vez, nada de ello positivo, que debo hacer un esfuerzo para darme cuenta quién soy yo. Me he perdido en todo esto. No soy una entidad. No tengo orgullo. Pero tampoco soy humilde. No tengo ningún deseo de soportar la serie de hechos que me están destrozando. He sufrido los peligros, el odio, la ignorancia, la violencia y brutalidad de una guerra civil. Ahora, tengo que enfrentar a la perspectiva de otra espera, más represión, la misma soledad, los mismos problemas, y sin deseo ni energía para partir hacia nuevas fronteras. ¿A qué? ¿Hacia quién?

Viene la primavera. Pronto podré partir y tal vez tendré un poquito de energía que me dé Dios para ir a Europa, trabajar, empezar otra vez, una vez más. Quizá todo esto quedará detrás de mí. En cuanto a ahora, aun mis deseos, por ejemplo, de escribir esto, son breves, espontáneos y sin fuerza. Esto lo resume todo, quizá.

OCTUBRE 10, 1973.

Sólo queda la vida. Pero, por debajo siempre espera esa soledad que tal vez en su base es no estar en comunión con Dios. El cielo se está librando de la tensión y cae la lluvia. Ahora me encontraré a mí mismo.

El papá sigue igual de taciturno, aunque parece feliz de tenerme aquí (no lo veo mucho), mis tías convulsionadas, pero secretamente gozando las penurias que les dan más vida a sus vidas. El tío está enfermo con cáncer a la próstata, pero el papá dice que quedará bien. Di sangre por él.

Mi actual situación ayuda para que a veces Marcelo me vea con ojos más humanos, pero me sabe frágil y en otros momentos me ve como huevón.

Me pareció que todos habíamos perdido el camino, un joven padre, una joven loca, dos niños como dos pastores o dos estrellas en un mundo sin ovejas —sólo lobos—, y sin firmamento, pero también aquel padre sin hijos que entierra la cabeza entre los hombros y se ve reflejado en el desierto y en el súbito remolino de arena que envuelve la cola del avión, porque ¿de dónde venimos que no sea ese mismo misterio de allá afuera, esa gran soledad apoyada como un pájaro en nuestras alas de metal, y esa igual, majestuosa tristeza de las montañas que bajan como telones en el atardecer de Atacama?

¿Tienen camino el hombre y la mujer que volaron? Beben alegremente y hablan sin escucharse, atraviesan cordilleras sin reconocerse, ocupados en algunos años que se van y otros que vienen, buscando sin buscar, sin ánimo ni intención de hallar, al hombre y a la mujer que perdieron en el saco sin fondo que son ellos, encomiendas sin nombre ni dirección ni remitente, dándole cuerda a la vida con el dedo en un vaso lleno de hielo.

Acaso tengamos respuesta al llegar. Pero yo he llegado muchas veces y el viaje y la llegada se repiten sin mayor diferencia: una oscura espera, ansiedad ante la confrontación, melancólica derrota. No veo sino rostros reflejados en vidrios anochecidos, escenas de un porch antiguo alumbrado por ampolletas amarillas, reflejos de gentes que conocí y que me quisieron y me olvidaron, ni siquiera encuentro enemigos que pudieran ayudarme a distinguir entre lo hecho y lo deshecho, una simple indiferencia me rodea y en ella entro como si dejara de existir.

Sin duda, tengo derecho a empezar de nuevo y, en la mínima noche que va quedándome, improvisar alguna paz conmigo mismo y hasta un arreglo —un pacto de caballeros—, con algún Dios. ¡Ah, si pudiera pasar de la oferta a la demanda! Empezar de nuevo, Dios mío, es primero, saber a quién me dirijo cuando Te hablo, después, saber que no

habrá ya necesidad de palabras, que Tú y yo iremos por la calle a discreta distancia, que bastará asentir con la cabeza, arrugar apenas los ojos, fruncir los labios, para confirmar nuestro destino, el Tuyo y el mío, pues a Luz María y a los niños les espera otra cosa.

Empezar de nuevo es saber con certeza adónde va a llegar este avión, si bajará en el círculo de tiza que se le ha marcado, y si podrá quedarse allí; si la losa, el edificio, las gentes que estiran los brazos en la azotea, son de fiar y no son trampas, si los agentes de aduana en verdad me ven y si el timbre con que me señalan no es una indicación secreta para la policía que me aguarda afuera.

Debo, me parece, escribir primero sobre mi padre, pues siento que en ningún modo me violenta, casi diría al contrario, me permite hacer las paces con algo que posiblemente nada tiene que ver con él. Lo importante está superado, no hay dudas ni desconfianza entre nosotros; nos une una cierta tranquila conciencia de lo que no seremos nunca, ni él ni yo. Es probable que mi caso no aparezca del todo claro para él. Si mi padre llevara este diario dejaría muchas páginas en blanco, o las llenaría con reflexiones pías sobre el presente y el futuro de la patria; preferiría ignorar el vuelco decisivo de mis 27 años, no repetirse la pregunta que alguna vez se hizo, ni la respuesta que esconde como una dirección vergonzosa en la cartera. Tampoco yo sé mi respuesta con certeza, pero pensar que existe esa respuesta ya justifica mi regreso y mis ambiciones.

Mi padre nos recibió con alegría, esa alegría que él se traga, que lo endereza y lo hace decir bueno, ya llegaron sin novedad, cómo está tu madre. Los años se le han venido encima, dicen las gentes, cuando sienten su propia edad en el montón de arrugas que ven al frente. Mi padre se ve mayor, pero su tamaño —es más bajo que yo—, sus ojos claros igual a los míos y a los de Marcelo, me recuerdan la foto en

que aparezco estrenando mi primer traje de pantalones largos, ése que heredé de Marcelo, años después que a él le tomaron la foto correspondiente. Compruebo que el tamaño, los ojos y los pantalones nos dan un aire de familia a los tres.

Sé que está contento aunque, en realidad, no me fijo gran cosa en él; no consigo verlo ni en sus detalles ni con relieve o perspectiva; lo siento sencillamente celoso de su aislamiento, presente, muy presente, pero desconfiado como un vecino a quien llamamos y, sin abrir la puerta, desde adentro pregunta qué se le ofrece. Los niños lo molestarán después, pero ahora lo confunden y lo halagan. ¿Lo halagan? Uso esta palabra sin hallarme seguro de que es la más justa; sin embargo, calza de algún modo, pues debo pensar que lo repiten, pero no lo mejoran, se dirigen ahora hacia donde él llegó y, como él, tendrán que esperar unos años hasta saber con seguridad que no llegaron a ninguna otra parte, es decir, alcanzaron el modesto disgusto y la discreción para no desesperar ni inquietar indebidamente a los demás.

No sé, ni pregunto, si lo incomodamos; ignoro si habrá otro departamento donde pueda refugiarse (lo habrá, seguramente), otra u otras personas a quienes no conozco y que reemplazan a mi madre y a nosotros y que nos tratarán con desconfianza, escondidas decentemente en una sala-comedor o una cocina o un dormitorio, observando en silencio. No somos una familia. Ni ellos ni nosotros. Somos, de cierta manera, familias conocidas por nuestra falta de parentesco. Mi hermano y yo no nacimos. De niños, crecidos ya, nos aventuramos por calles sin salida, en colegios de patio grande, galerías de vidrio, salas frías, altares portátiles. Tuvíamos pelo largo y barba desde pequeños, pudimos pasar por doctorcillos de la ley, pero preferimos fotografiar el mundo siguiendo a nuestra madre, separada, lejana, inmóvil, pensativa detrás de su máquina de escribir.

Los viejos se apartan, quiero decir, comienzan a separarse paulatinamente, sin que se note demasiado. Se sonríen, conversan, aunque no mucho, de pronto parecen no escuchar lo que dicen. Comen en la misma mesa, a veces se les ve juntos por la calle; las gentes, observándolos, pensarán que conviven una plácida y final espera. Pero, no. Si uno se fija bien notará que van cada uno por camino aparte y que en ese rumbo se alejan definitivamente. Ya no duermen juntos. Si nosotros preguntamos, las razones que nos dan resultan vagas. ¿Y qué les importa realmente a los niños? ¿Que el uno sufre de insomnio y el otro de reumatismo, que se despiertan y se molestan, que uno prefiere dormir en el segundo piso y al otro se le hacen penosas las escaleras? Círculos en el aire. Maromas. Primero fueron dos camas, ahora son dos dormitorios, serán dos casas. El matrimonio empieza a verse como una sociedad anónima. Los socios se conocen hasta los descuidos. Se comunican por medio de gestos. Ni siquiera gestos. Se miran o no se miran y ya se lo han dicho todo.

¿Cuándo empezaron estos viejos a dormir en camas distintas? ¿Cuándo en piezas diferentes? Ni Marcelo ni yo sabríamos decir. Un día estaban juntos y, al siguiente, separados. Afectuosos a la manera de casuales compañeros de viaje. De repente, una voz brusca, una frase cortante, un gesto violento que se detiene a mitad de camino. No se aguantan. Se odian. Se quieren pero se desprecian o se compadecen uno del otro. Empieza el compás de espera. Uno de los dos se va a marchar. Y entonces ¿qué ocurrirá? ¿Tragedia doméstica, amenazas, palabras finales? No. Ninguno de los dos tiene carácter para eso. Son retraídos, feroces y hasta implacables, pero tímidos. No se perdonan nada, podrán no recriminarse ni maldecir. Mas, no olvidan. Los insultos rebotan por dentro. Pero ¿por qué se juntaron? ¿Qué les atrajo? Parece mentira. A nosotros nos costó siempre imaginar que nuestros padres en alguna edad remota fueron

novios. En primer lugar, la mamá es más grande que el papá. Alcance y peso. Volumen total. Ella es alta y tiesa, bien empacada. De cuello más bien corto, la cabeza se ve pequeña y redonda. Sus ojos azules miran con una especie de confianza herida, quisieran sonreír y se endurecen, acaban observando con distancia y severidad. Se viste de gris. Traje sastre. Tiene algo de institutriz o de dama luterana venida a menos. Es hija de alemanes del sur de Chile. Trenzas rubias, cabaña de troncos, limpieza inmaculada, disciplina wagneriana. Quiero decir, un tanto excéntrica por lo arrebatada, sentimental y romántica, en un país de andaluces disparatados, por no decir gitanos y araucanos. Tuvo una crisis religiosa cuando nosotros comenzábamos el liceo. Empezó a leer su Biblia en alta voz y a sacar sus propias moralejas que luego las pasaba como verdades finales a la sirvienta. Mi papá le cerró la puerta. Clasificada como canuta, debía predicar y cantar en otros lares o en la calle. A modo de contraste, el viejo volvió a misa, comulgó, rezó el Mes de María. Era obvio para mi hermano y para mí que no se trataba aquí de una guerra religiosa, sino de algo muy personal, privado. Los divorcios no se producen por interpretaciones de la Biblia. Me imagino que mi madre se rebelaba. No sé exactamente contra qué. Todo era posible. Por la noche ella leía a Selma Lagerlof, a quien siempre imaginé como un gran ropero con espejo abierto hacia planicies nevadas. El duelo entre los dos debió darse en la alcoba, a puertas cerradas. Ella agitada, el rostro congestionado, los ojos fulgurantes, sin decir palabra. Él hablando rápido, ensimismado. Ella disponiendo papeles, guardando su máquina de escribir, cumpliendo horas de oficina. Él, sarcástico, increíble, impaciente.

Fue Marcelo quien me dijo un día que nos íbamos con ella al extranjero. Nadie habló de separación. Viaje de estudios. Eso es. Los hijos necesitan otro ambiente, dijo ella. Mi padre se quedó callado. Ni en contra ni a favor. Hubo

un momento en que pareció ofendido. «Tu madre, murmuró, tiene recetas de cocina para vivir, como si la vida fuera un kuchen de manzana.» Me sonó a resentimiento. Estricta era ella, pero él también imponía sus caprichos. Ella dentro de un orden tal vez ingenuo, él a la fuerza, sin razones.

Mi madre nos llevó a vivir al Estado de Virginia. Nosotros, incrédulos, aprensivos. La mamá con aires de pionera. El viejo se quedó fruncido. Nos dio un corto abrazo de despedida. Creo que le temblaban las manos.

Después, no hay en verdad un después claramente definido: rehúso escribir en abstracciones, me llevarían de vuelta a mi padre, quien dejó de ser héroe o guerrero para desaparecer entre una muchedumbre en un proscenio. Nosotros nos fuimos creyendonos seguros del día que sigue a otro día, de la noche y otra noche que juntas forman una sola garganta. Nos desconcertó el cambio de idioma, academias sin orden ni memoria, los departamentos que se fueron haciendo más pequeños y las cocinas más difíciles; empezamos a borrarlos, la cara primero y, con la cara, perdimos las líneas de la mano, pero aparecieron cosas también que aún podían distinguirnos y, sin embargo, desaparecían y pienso que mi madre comenzó a confundirnos. He dicho que Marcelo y yo tenemos barbas parecidas. Estamos unidos por el pelo. Marcelo dice que a mí me marca la inocencia. Lo mismo digo yo de él, pero las sonrisas nos desmienten. Yo regresé por tres razones: mi mujer; segundo, la locura es contagiosa; tercero, el suicidio también es contagioso.

Pero los niños no son exactamente eso, han escuchado los ruidos que hacemos los mayores y saben cómo nos echamos al suelo aullando, cómo nos mordemos en las piernas y cómo cantamos desentonadamente en la cama. Entonces, cuando hemos decidido hacernos pedazos en las calles y hay culatas que rompen unas caras, y bototos que saltan sobre el vientre de un joven profesor enterrado en vida, y a un guitarrista le cortan las manos, salimos a preguntarles a los muchachos

si se mantienen fieles a la doctrina cristiana y a los mandamientos, les echamos en cara su falta de caridad y de respeto a las instituciones, y ellos nos contestan con gran sabiduría sexual cerrándonos la puerta en los dedos.

Más tarde, en octubre, vería partir un grupo de desterrados y el avión se llenó de niños y no podía levantar el vuelo. Pasó una noche en la losa y los desterrados con sus chiquillos empezaron a oler mal y a sentir sed y a votar resoluciones suicidas.

Un niño comenzó a cantar y sus padres trataban de callarlo, pero el niño no hacía caso y elevaba su voz alegremente y su canto era revolucionario e hiriente para las fuerzas armadas. Llegado que hubo a que los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda, después de pasar por varios hijos de puta, los soldados lo sacaron a él y a sus padres, los pusieron en un jeep y, sin arte de magia, los hicieron desaparecer.

Ni el padre ni la madre lo regañaban ya porque el niño, al fin, había aprendido la lección y demostraba que se canta cuando uno desespera y que el canto se acompaña de golpes, de sangre e inconciencia si se ha de cantar entre hermanos.

Pero entonces, en julio, recién llegado y sin tiempo para escribir, pensaba en lo que mi padre llama las raíces. En realidad, andaba por las ramas, entraba y salía de las tiendas, miraba las carteleras de los cines y los quioscos de revistas, me sentaba en los bancos de las plazas, subía y bajaba de las micros, sorprendido de la ciudad que no entendía y que no alcanzaba a medir en horas ni en años. Santiago, coronada de nieve, vivía de sobresalto en sobresalto. Pequeñas bandas armadas asaltaban los mercados, disparaban en la noche contra soldados y carabineros de turno, dinamitaban los conductos de gas, las torres de energía eléctrica, las centrales telefónicas. Los camiones de carga llevaban meses

en huelga. Se acababan los alimentos. Frente a los mercados, las colas no avanzaban. Desde los arrabales las gentes iban al centro a pie y volvían a pie. La ciudad caminaba y desandaba sus pasos, dividida por un odio implacable. Marchas y contramarchas. Los colegiales se atrincheraban detrás de sus pupitres, los obreros se encerraban y ataban con cadenas en las industrias, los comerciantes se escondían en automóviles para vender carne podrida que acarreaban desde el sur en maletas.

Hacía tiempo que la ciudad se había paralizado, no de un modo obvio sino de a poco, a través de los últimos meses, como una rueda que empieza a detenerse en el vacío, va perdiendo velocidad, sigue girando cada vez más despacio, impelida por engranajes invisibles, y sabemos que se va a parar y quedará quieta, pero aún da otra y otra vuelta, hasta que el movimiento se hace imperceptible.

En el invierno no lo notábamos tanto; las gentes abandonan las calles y las plazas, se encierran y miran a través de las ventanas de los altos edificios de oficinas, pegando la cara a vidrios empañados y dejan pasar el tiempo sabiendo que algo va a ocurrir, pero no todavía, falta aún el golpe, quizá no sea ni siquiera un golpe, el pequeño y preciso empujón para que caiga este invierno gris, húmedo, helado y septiembre estalle en toda su luz y sus brotes y se haga rosada otra vez la cordillera. De pronto, Santiago es como una vasta explanada donde transitan gentes sin cara, como una ciudad de teatro cuyas puertas y ventanas están a medio abrirse, pero nadie entra ni sale; en consecuencia, no sabemos si la acción ha concluido o no empieza todavía.

Las colas se estiran, cansadas, silenciosas. Una cuadra de hombres indiferentes tratando de llegar al quiosco de revistas donde venden cigarros, una cola espesa, desordenada, más bien un tropel que le da vuelta a la esquina y a otra esquina, como buscándose los extremos para tra-

garse, viejos y viejas abrigados, humeando, quemándose, preguntando sin protestar, imaginando, porque no las ven, las puertas de acero de la Caja de Empleados Públicos y Fondos de Retiro, y sabiendo que no llegarán nunca hasta ellas porque siempre habrá un amanuense cerrándolas con cadenas repitiendo que este mes no, que aún no, que la perseguidora y el Fisco y el coste de la vida y la inflación y que los planes del ministro Vuscovic más el embargo de USA, y no me diga nada de la deuda externa y del Club de París, este mes no, están preparando las planillas y habrá bonificación, pero se olvidó de las estampillas, no ve pues, en esta ventana no señoras y señores, ni tampoco en este edificio, cómo se le ocurre, vaya al Ministerio de Hacienda, lleve todos sus papeles, pida la autorización de pago, el recibo de impuestos, el rol de contribuyente, la orden y el decreto, y pregunte después en la Tesorería, pero no pague hasta que le den su número, y qué culpa tengo yo de que la gente se aglomere y empuje, en este país nadie se muere de hambre, usted votó por la UP, aguántese entonces y no se agarre de las rejas porque el carabinero le va a pegar en los dedos y le advierto que las puertas ya se cerraron, así es que vuelva mañana, qué gente más odiosa, por qué no se va a quejar donde el compañero Presidente.

Pero la cola sigue estirándose, rellenándose, enroscándose y, ahora, no es cola, es una asamblea de mujeres que vociferan y dan empellones y se estrellan contra una cortina metálica, y levantan las bolsas y canastos vacíos y quieren pegar, pero no hay harina ni aceite ni pan, son mentiras, se lo digo yo que he estado parada toda la noche, y aunque usted lo diga no se lo creo, porque descargaron en la noche y en la madrugada, así será pero no veo por qué lo dice, adentro no hay nada, el almacenero está escondido, ayer disparó al aire, la macizes es la que está escondida, la cola pierde la forma, las mujeres envueltas

en chales empujan demasiado, qué va a ser política ¿a los chiquillos con hambre les llama usted política? No hay leche ni azúcar, llamen a los pacos, que venga quien sea y le abran la puerta a ese acaparador, y entonces la cola volverá a formarse de dos en dos, así, circulando, sin atropellarse y en minutos se enrosca alrededor de toda la manzana, pero ya no son ni bolsas ni canastos, son balones de gas licuado y les estoy diciendo que no hay, no habrá señora y no mande a los chiquillos que sólo vienen a joder, quién dijo que mañana, la compañía está en Monjitas, no aquí, váyase por la sombra, y le digo que no joda, QUE NO JODA, van a botar las rejas carabinero, puta la gente idiota, no hay ¿no entiende? La cola sigue creciendo, boa gruesa, silba, envuelve con lentitud, densa, fría, nauseabunda, un hospital y después otro y la Asistencia Pública, las farmacias, atraviesa puentes y aprisiona los trenes y los autobuses, cola de carbón y cemento, de cobre y de aceite, cola verde, negra, plateada, roja, arrastrándose por la Vega y el Mercado, de un lado a otro de las ciudades, por muelles y oficinas, galpones y bodegas, cola de barcos vacíos, cola de papel moneda que se pega en los dedos y deja un polvillo ceniciento, cola de asfalto y de piedra, Chile es una gran cola, señor, véalo usted en el mapa, una cola azul y blanca y café, siempre fue una cola; no la cola que nos está estrangulando, bufanda pobre y mugrienta que le cuelga del cuello hasta el suelo y se le enreda en las piernas. No hay nada. Dígame lo que hay. Santiago. Los edificios del centro se cierran, las tiendas abren a medias, los bancos y las cajas enmohecen, las cárceles abren hasta los domingos, las carnicerías están llenas de garfios manchados de sangre seca, en las vidrieras se amontonan los huesos, pero la gente no se muere, espera, ni avanza ni retrocede, lee tremendos títulos en los diarios, por Providencia avanza una cola de mujeres gritando y golpeando ollas, por Teatinos una cola de lolas y lolos

en sweater y la cara tapada con pañuelos y llevan cascos y cargan palos y cadenas, marchan a paso rápido, compactos, arrastrando los pies, marcando el ritmo. ¡Date una vuelta en el aire, Allende concha'e tu madre!, por el camino de San Antonio se esconden entre los matorrales camioneros en huelga contando sus perdigones y colocando sus miguelitos; haciendo la puntería se alinean los comandos que van a hacer saltar los oleoductos y las torres del poder eléctrico; desde Arica llega una marcha de la libertad aullando: ¡Ándate a Concón, Allende maricón!; otra línea de camiones busca su cementerio en los cerros de Valparaíso, y en la rada, bajo la niebla, una flor gringa apunta sus cañones y no suelta su cola de fuego; en los muelles un letrero mojado y desteñido dice: ¡La UP está frita, sálvese con Unitas!, y en el aire aparecen los pilotos acróbatas dibujando una cola blanca, pero esa cola empezó en Panamá, pues señor, y se prolonga hasta Magallanes; con caligrafía inglesa los aviones escriben Jakarta en el cielo y las letras duran un momento y se deshacen en las ráfagas cordilleranas.

Las colas, al fin, se van haciendo una sola y culebrea entre ciudades y puertos, plazas y soledades, como un activo laberinto sin principio ni fin. Los chilenos esperan que pase el golpe para irse al Parque, y el golpe es un camión vacío que viene del sur y viene del norte, parándose, cuesta arriba, rechinando, hasta que no puede más y, ya en la madrugada, se detiene, apaga los faroles y saca sus pequeños, relucientes cañones.

Viendo las tiendas cerradas, el centro desierto, los mercaditos y boliches del barrio a media asta y vendiendo a la mala, oyendo a los parientes cómodos quejarse también, desesperados ya porque en verdad para ellos no había nada, mientras los bienaventurados del barrio alto viajaban en auto al lugar del crimen y les hacían rueda al taxista y al camionero que repartían carne, aceite, whisky hasta para

bañarse, al precio más negro de la historia de Chile, resultaba obvio que el cerco iba a cerrarse.

Entonces pensaba uno en varias cosas extrañas, pero en una más que nada: Si el país se vino al suelo, derrotado, ¿por qué el gobierno de la UP permanecía inmóvil? No trabajaba nadie, o casi nadie, ni los rentistas que andaban por la calle con una sonrisa de a metro, ni los empleados públicos, ni los médicos, ni los abogados, ni los gerentes. Se quedaban en casa leyendo diarios o frente a la televisión vigilando. La CUT decía NO a la guerra civil. Los trabajadores ocupaban fábricas e industrias, los cordones industriales se cerraban con un nudo secreto que espantaba a los cacerolistas. ¿Por qué no se defiende Allende? ¿Por qué no toma la ofensiva? ¿Qué ofensiva? ¿Viene el golpe? Viene el golpe. ¿Qué hacer?

En ambiente familiar asisto a un curioso debate entre personas jóvenes que se sienten responsables de la hecatombe próxima y cada uno, en su propio desaliento, ofrece una salida que, a mi juicio, lleva al mismo abismo.

La joven que trabaja en un salón de belleza dice:

—Poder popular, al ataque, golpear antes que ellos. Usted me pregunta con qué, cómo que con qué, con los cordones industriales.

Pero responde el dentista:

—No estamos preparados para una confrontación, sería una masacre. Lea *El Siglo*, compañera.

—El salón de belleza alega que el pueblo sí está armado. Estudiante de arquitectura tímidamente se refiere a «los compañeros soldados y los compañeros carabineros».

Dentista: Ya vio lo que les pasó a los marineros que fueron a buscar a Altamirano, presos y torturados. Lea *Punto Final*, pues. Usted se lo pasa leyendo y no está consciente de la acción en la calle. Me refiero a la escaramuza entre los obreros de SUMAR y las fuerzas de la aviación. Se combatió con armas cortas, sonaron las bocinas de la

industria y aparecieron los cuadros del cordón y las poblaciones. Las fuerzas de la FACH se retiraron. ¿Victoria popular? Nadie lo tomó así. Fue una acción exploratoria de la FACH para probar el adversario, medir el grado de resistencia y analizar la incógnita. ¿Cómo actúan los milicos de 1973 frente a la clase obrera? A eso me refiero, a los compañeros conscriptos. ¿A los compañeros qué? Déjeme hablar. El pelado que vino del campo, de las poblaciones y de la provincia al servicio militar y hace rato que está oyendo a la mujer y al trabajador, al estudiante y al dirigente defender a Allende y a quien le suenan ciertas palabras como expropiación, nacionalización, intervención y reajuste, que ha visto las marchas y escuchó a cientos de miles gritar: ¡Allende, Allende, el pueblo te defiende! y sabe que hay colas y canastas familiares ¿qué dice, cómo va a reaccionar? ¿Ah? No soy yo la única que habla de resistencia popular, ese movimiento nocturno de zapatillas y alpargatas por la población y el ruido de armas que aparecen y desaparecen. ¿Qué piensan los milicos de las purgas en los mandos medios? ¿Y los generales que van cayendo por la borda? ¿Qué harán los congrios en el momento de la verdad? Mire, la FACH llevó sus cachorros a SUMAR a lagartearse con los obreros. Los retira y creo que no hay sobresalto entre los jefes. Mi pregunta, entonces, ¿cuánto pueden resistir los trabajadores? El dentista se afirma los anteojos. ¿Alguien se ha preguntado si este ensayo general es un signo exacto de las proporciones que tendrá la confrontación? Pienso que Allende advirtió hace meses la forma que va a tomar el conflicto, que no será entre fuerzas de extrema derecha y de extrema izquierda, y con las FF. AA. divididas al medio. No. La cosa se puso seria. Se perdió la oportunidad. Armar al pueblo en estos días es lanzarlo a un suicidio colectivo. ¿Y qué propone? Yo no propongo nada. Se puede discutir el porqué de la indecisión, sobre todo después del tancazo de junio, cuando

la conciencia política alcanzó un máximo de radicalización y la consigna del Poder Popular sonaba fuerte. Allende, con 600.000 personas marchando el 4 de septiembre y jurando defenderlo, sabe lo que hace, pero es posible que su posición sea también suicida; yo la juzgo a la luz de lo que él ha representado, de lo que llegó a hacer y lo que no hizo. El salón de belleza le dice: compañero, discutamos el segundo elemento de la paralización colectiva. Acepto que vivimos una especie de extraña pesadilla en la cual somos víctimas y victimarios; víctimas porque el golpe viene contra nosotros y dudo que podamos defendernos; victimarios porque usted quiere correr y no corre y me friega, quiere gritar y se le traba la lengua, así es que deja que la mole nos caiga encima y que el monstruo nos estrangule. Como en todas las pesadillas.

Supremo arquitecto: Supongamos que un observador parcial hubiera orientado y programado los hechos que debían ocurrir entre 1972 y 1973 para que Allende fuera derrocado. Supongamos que ese observador hubiese tenido alguna alternativa, pongamos por caso: un plan de ataque violento, continuo y creciente, derroche de poder militar y un golpe, golpe mortal, como remate, esto por una parte; y por otra, la posibilidad de un debilitamiento gradual, ofensiva económica, huelgas claves, acaparamiento y mercado negro, sabotaje, saturación de una psicología nacional de pánico y desaliento, atentados terroristas, golpe a lo general Ibáñez, transición más o menos pacífica hacia un viejo orden de cosas. El sentido común indica que se habría escogido el segundo plan. Pero, como en estas cosas el sentido que prima no es precisamente el común, alguien, algunos, parecen adoptar el segundo plan, lo llevan adelante hasta el penúltimo acto y, en el momento decisivo, lo abandonan y se lanzan con el primero.

Mientras escucho a estos hablantes pienso que sufren durezas. Si bien comen, gastan, naturalmente, más que de

costumbre, cada vez más. El mercado se ennegrecía aceleradamente. La prensa que leían el dentista y el salón de belleza y el arquitecto y su señora informaba que las agencias internacionales de crédito se habían cerrado como otras para Allende y se abrían golosas para las FF. AA., que la Anaconda iniciaba una guerra pirata contra los cargamentos de cobre chileno, que el gobierno no llegaría jamás a obtener los repuestos para los camioneros, porque USA se los negaba. Otros hablantes, por ejemplo, los de Ahumada y Huérfanos, comentaban la opereta eufórica de los acaparadores, las despensas selladas y secretas como bóvedas de banco, los super-freezers que parecían zoológicos congelados, los cigarrillos fantasmas, el vuelo supersónico de los dólares y las piruetas de los escudos que salían con minoría de edad y regresaban adultos.

El Mercurio dejaba caer editoriales como fardos: son incapaces, están perdidos, dolosos, ilegales y dogmáticos. Allende ha llevado al país al caos y al borde de la guerra civil. ¿Chile? Lleno de extranjeros extremistas que planean la dictadura a la cubana. El país se hunde, hay que salvarlo. Que renuncie Allende. Que vengan los militares. O, mejor dicho, que vengan los militares y se vaya Allende.

Mientras tanto Patria y Libertad no necesitaba hablantes: ponía bombas hasta en el cementerio. 250 atentados en un mes. Un récord, ¿no le parece? Dice el salón de belleza. Caían torres, explotaban acueductos, estaciones de radio y televisión; cuando ya no había a quienes balear, se baleaban entre ellos mismos. Uno de sus jefes, de apellido Houdini, apareció-desapareció-apareció en un avión entre San Carlos, el mar y Mendoza. Iba y venía, pasaba rozando el techo de investigaciones, aterrizaba en la Corte Suprema y levantaba el vuelo. Jamás se dieron pájaros más bombarderos y chunchos más brujos en la historia de la aviación civil.

Ha llovido y ahora que escampó salgo a buscar raíces

Están en un cielo bajo y gris, junto a los escaños de la Plaza Brasil, envueltas en leve humo azul, húmedas, atando higueras secas con cerezos nudosos, patios vacíos, techos de zinc y muros de cal y ladrillo, pegando la roja placa del Corazón de Jesús a los faroles opacos que me han dado un repentino color amarillo entre los hombres y mujeres de luto que pasan junto a mí con movimientos lentos. Un olor de madera mojada me une por un rato a este banco: será un verano y los muchachos y muchachas giran por la plaza como figuras de un carrousel sin música, el liviano sudor de axilas queridas me pone tierno, me abandono en un abrazo largo y desmayado, suena muy lejos la sirena de una fábrica, pequeño ballet redondo de parejas en miniatura, silenciosas, amarradas en besos infantiles; mi novia lleva guantes porque una infección le irrita la piel; me dice, te adoro; la palabra me parece extraña porque la aprendió en un bolero; salen los viejos del cine arrastrando los pasos, el cielo tiene olor a pasto seco y a menta, pero en ella parece miel y recuerdo con ternura su traje verde, su blusa blanca, le beso el cuello y le acaricio los guantes y los senos, y ahora de nuevo aparece la plaza en semipenumbra, pasan los autos salpicando agua y lodo; yo respiro profundamente la lluvia, el cielo, un poco de humo que están en el suelo. Es mi ciudad abierta.

Me subo a la moto y me voy San Diego arriba, Avenida Matta, la Gran Avenida, buscando, fijándome en ventanas entreabiertas, puertas marcadas, señales de algo o alguien que perseguí ávidamente, sintiendo otra vez la unidad de la noche y las calles y la soledad, en alguna mujer o en algún hombre que se negaron a tocarme, que no me dejaron acercarme, pero cuyo olor llevo aún en mi cuerpo y quisiera conquistar el vacío que son ellos y soy yo, la raíz que nos hizo llorar juntos, y no hay sino esquinas y cuadras, parientes desaparecidos, paraderos sin número y

sin nombre, la respiración cercana de los que van cayendo en la ciudad antes de llegar a nuestro terminal.

*Vengo de guerrear.
De guerrear por campos
de Castilla.
Cansado
de cabalgar.
Caballo, caballo
mío descansa.
Ya es tiempo de enamorar
bajo los tilos que marzo
ilumina.
(Me voy soñando. Vengo
de soñar.)*

Angel González, que escribió estos versos, me ha mirado desde lejos, la cabellera y la barba canas muy revueltas, y en sus ojos he visto un cansancio que no empieza realmente aún, pero allí está rojo, acezando, como esta herida de hoy en mí, que vengo de guerrear, pero se me ha terminado el tiempo.

Después examino dos fotos de Luz María: en una corre por las piezas de nuestra casa en el Estado de Virginia y detrás de ella van corriendo los niños: huyen de mí porque ella les ha dicho que voy a apuñalarlos; en la otra, ella está de pie en la frágil baranda de un 17.º piso y se apresta a saltar, no lleva sino un camisón verde, transparente, y con los brazos abiertos, el cielo lleno de nubes al frente, las pesadas encinas allá abajo, ha detenido la noche y los gritos de los pájaros.

He dicho Luz María y debiera agregar sin mayor énfasis: fui borrándome dentro de ella un poco deliberadamente. No así con respecto a mi hermano y a mi madre: a ellos los borraba el aliento de los vecinos quienes, por vivir igual,

botan la piel, cúbrense de escamas y ya no se miran ni se oyen, pero mantienen una infinita cháchara interior.

(Recuerdo a este propósito un poema de Neruda sobre cierto extraño héroe nudista. ¿En quién pensaba Neruda? Me parece que su poema representa a la gente de mi país creyendo que agosto va a terminar y que el mundo pronto se llenará de flores; salen, pues, desnudos a esperar en el inhóspito balconcillo. La cordillera les contesta con la muerte que no merecían. Abortó septiembre.)

Luz María fue la novia a quien jamás hablé; la hice de pedazos familiares, cosas que veía al atardecer en el Parque Forestal y en la Plaza Ñuñoa, que juntaba después por la noche, tendido junto a una ventana abierta, respirando en silencio como los árboles, soñando, pasándomela por el pecho, hasta que no podía más y me la pasaba por el vientre con la palma de la mano, palmera giratoria mojada en rocío nuevo y oloroso, explosión de luz en un tallo rojo parpadeante, vivo, de fuego, y ya pronto desmayado. De pie, como un guerrero, en la esquina de Purísima, a pocos pasos de su mampara, conversaba en voz baja con mi hermano, esperando la aparición que no se produciría jamás. Me bastaba saber que estaba adentro, sintiendo o adivinando nuestra guardia crepuscular. ¿Qué hacía en esa casa? No lo sabré nunca. Yo estaba enamorado de mí mismo, y me dolía. Pero en el Mes de María iba a la Viñita a olerla a ella, con azahar y humo de vela, en medio de un coro que rezaba insistente, atropellado y satisfecho hasta alcanzar el final a gritos pues nos dolían mucho las rodillas.

Nunca discutí con nadie mi fe religiosa, ni las crisis nocturnas de las que salí siempre mojado y arrepentido. Nunca los remordimientos porque no eran racionales. Toda mi vida se movía como un termómetro: del pecho al vientre, al bajo vientre. Escribí un poema titulado «La fuente de la juventud» para explicar que el miembro va siempre al sacrificio, mientras que las otras dos cosas quedan afuera,

bamboleándose y son, por lo tanto, campanas; que uno es tuerto o clíclope, y los otros lazarillos. No me pareció convincente y lo rompí. En cambio, recuerdo haber escrito un cuaderno entero de poemas de amor al modo de Bécquer y habérselo dado a Luz María que lo recibió asustada, lo guardó en el bolsón colegial y no volvió a mencionarlo jamás en la vida.

Digo que la religión no se discutía, se mezclaba, hoy comprendo, con una tendencia mía a borrarla, es decir, a concebirme como un ser astral, un sujeto adolescente que cabía en otras personas, en cualquier aire, que debía ser recibido sin preguntas, aceptado y acariciado porque sí, hecho de rasgos incompletos y activos, no del todo controlables. Tenía conciencia de mi cabeza, pero no del resto del cuerpo (el miembro era independiente); advertí que la nariz me creció de repente cuando una muchacha me lo dijo. Los argumentos sobre la existencia de Dios que el Padre Ladrón de Guevara lanzaba como anillos de humo por el aire, con voz gruesa, resonante y blanda, no me tocaban; la prueba de Santo Tomás y su metáfora de las causas primeras se mezclaban en sus palabras con la imagen del reloj y de su creador, a lo cual objetaba más de alguien en la clase que, por mucho que Dios esté en todas partes, no es ni querrá ser un reloj ni un relojero.

Que el mundo haya tenido principio, no me importa; más bien, me molesta. Tratándose de Dios, el mundo no debió tener principio. En las clases de la tarde el Padre Alvarez repetía las pruebas de la existencia de Dios, pero entonces las tripas me sonaban con furia y se me llenaba la boca de saliva. No escuchaba a Alvarez, alto y flaco, atragantado por una inmensa manzana de Adán, escondiendo las manos bajo su pechera negra y luego sacándolas para accionar, tremendas y largas como remos. El hábito dominico me sedujo desde la tierna infancia y declaré mi voluntad de ingresar al sacerdocio. Nadie me hizo caso.

Yo quería sufrir; que se dijera de mí: ahí va el ermitaño Cristián, se aloja debajo de una escalera, hediondo y andrajoso como Saint Alexis, lleva en el cuello los restos de la Housse Partiè. O ser tonto y dulce como Francesco, o predicador marcial como el Padre Melero, quien de capitán de artillería pasó a cura en la Recoleta. Jamás me atrajo San Agustín, ni ningún pecador brillante: me daban miedo; ni los cristianos en el circo, a quienes no distinguía claramente de los leones. Me atraía Nerón, porque lo temía: lo hallaba sabio y elegante. Sentía terror de parientes y conocidos de mis padres cuya seguridad en sí mismos identificaba yo como indicio de cinismo. Me daban pavor sus casas, sus sobremesas y sus hijos, sus burlas, sus risas insolentes u obscenas. Mis santos eran suficientes, complejos y tiernos suicidas que subían a la cruz moviendo la cabeza intrigados por la ferocidad del prójimo. Ponían nerviosos a mis profesores. Mis padres guardaban silencio frente a mí. Despertaba ternura en las mujeres. Y quería también despertarla en los varones. Éstos decían de mí que era demasiado inteligente. Para algunos era un niño-hombre, para otros, los más, un mono-sabio.

Si la fe no era rutina, ni era comprendida y sí era inconstante pero fuerte ¿dónde se originaba? Podría pensar en la indiferencia, o ignorancia, de mi padre; o en la forma doméstica de equivocarse a fondo de mi madre, creyendo ¡Dios mío! en su santidad natural frente a las caídas del mundo hasta las entrañas del infierno. Caídas que del demonio me dejaban a mí sólo el vaho del azufre, no la sustancia misma, ni su fuego, ni el sueño de su redención. La fe era para mí pecar, puesto que pecar era lo único que daba sentido a mis oraciones, confesiones y comuniones. No lo entendía así, naturalmente, pero así vivía mi fe, de iglesia en iglesia, de altar en altar, buscando penumbras frescas y misteriosas, rumores, rosarios, acordes, soledades, diálogo directo y franco con las imágenes y los cuadros,

actos desafiantes —rezar en la calle, arrodillarse de repente en el Parque—, creer en el vuelo de La Estampa y en los pedazos de sotana de Fray Andrecito, saberme predeterminado. Nunca fui sacrílego y blasfemo. Siempre pequé con el sexo y fui arrepentido y perdonado. Mi comunicación con la Virgen y con Jesús fue directa desde un comienzo y secreta. Mi religión era y sigue siendo la Madre y el Hijo.

Debo insistir en estas cosas y dejar muy clara constancia de ellas porque explican esencialmente mi desacuerdo con el padre.

No sé por qué la Madre se separó del padre.

La mañana del 11 desperté sobresaltado. En esos segundos no me di cuenta si fue la presencia de alguien o un ruido. Pensé en la puerta. Le había puesto la cadena, el cerrojo y le eché llave a las dos cerraduras. El ruido no venía del hall ni de la cocina, sino de todo el piso. De espalda, afirmado en los codos, miré la persiana. El departamento se remecía y sonaba como una jaula de vidrio. En la semioscuridad vi que la lámpara se movía también. Me levanté. Mi viejo seguía durmiendo, con su puerta cerrada. Encendí todas las luces, caminé por el corredor hacia el living y tuve una sensación de mareo. Los ruidos cesaban. Pero oí voces afuera y pisadas en la terraza del piso superior. Prendí un cigarrillo y me puso a mirar las sombras que ahora corrían por la Alameda. Noté cierto movimiento en el techo de la casa vecina. Fui al dormitorio y apagué la luz, cerré la puerta y me pegué en la ventana. Me sentí culpable de observar así, sin ser visto por nadie, desde la altura de nuestro piso doce. Pero la figura que se movía en ese techo me fascinó. Alguien, un hombre joven, despegaba suavemente, con delicadeza, una plancha y por el hueco sacaba la cabeza, los hombros, los brazos y, sin mirar para atrás, sin pensar que otros como yo lo espiaban, estiró el brazo derecho y se puso a disparar, de modo algo absurdo porque lo que tenía en la mano era un pequeño

revólver que sonaba sin eco, apenas un estampido seco, de petardo, perdido en el amanecer de la ciudad. Me fijé en su melena oscura, en la camisa a rayas. Estuvo disparando un rato hacia la Alameda y después, con igual precisión y cuidado, se metió en su agujero, corrió la plancha y cerró el tejado. No le vi la cara, ni esa madrugada ni la noche siguiente, ni todas las noches que disparó desde allí, hasta que lo mataron.

Volví al living y tomé el teléfono. No eran aún las seis. Yo tenía una misión que cumplir y, con mi cámara fotográfica, saldría en un rato más hacia Tomás Moro. Marcelo había quedado de pasar por mí a las ocho, pero, en verdad, aunque debía llamar no supe en esos momentos qué iba a decir. Podía hablar de los remezones o de los aviones de caza, del pequeño helicóptero que zumbaba sobre los techos de las Torres de San Borja, o podía confesar que sabiendo el peligro y acosado había cambiado de planes e iba a pedirle a Juan que me alojara en el convento. Marqué el número de Luz María. Dejé que sonara dos veces, colgué y volví a llamar de inmediato.

—Pensaba en ti en estos momentos —dijo ella.

—¿Y los niños?

—No han despertado.

—¿Viste los aviones?

—Pasaron rozando los techos. Y volvieron al poco rato.

—Ahora que uno podría volver a dormir están jodiendo los leones del zoológico, porque se asustaron.

Pensé que debían echarles a la leona y me los imaginé a saltos y mordiscones entre los eucaliptos, tirándose a la acequia y saliendo embarrados, sujetándose de la nuca, como los gatos, y moviéndose hasta desmayarse encima de los costillares de caballos y burros en el suelo.

—Está amaneciendo en el parque, alcanzo a ver luz entre las persianas. También están fregando los perros allá

abajo. Y le ha dado por disparar a un joven de la casa de al lado.

—¿Quién dispara?

—No sé, alguien allá abajo. Cerca de aquí.

—¿Y los perros?

—Son los que tú conoces, la perra lanuda parece alumna de liceo y está media echada en el pasto, con los ojos lejanos, mirando hacia el río, quizá también oye a los leones; los perros son como siete, los callamperos de Bellavista, mojados y con la lengua afuera, los pajareros, no sé qué les sale del hocico, parece que vapor, no alcanzo a ver.

—¿Quieres que vaya?

—Te llamaré en un rato más. Tiene que hablarme Marcelo.

Después, sorbiendo el café negro pensé que mirando a través de las bandas torcidas de la cortina el parque lo había inventado, aunque no los ruidos, ni los leones ni los perros. Luz María no vacilaría en venir, dejar a los niños, tomar una micro, llegar aquí a enredarse otra y otra y otra vez en esta sábana de años con que la tapo y la destapo, como si en cada ocasión la inaugurase, pequeña estatua blanca de suave pelusa y vientre castaño, un moño en la nuca y la boca triste, y yo metiendo mis barbas entre los senos redondos, buscándole sentido a sus largas piernas, aspirando el humo de las talas que trae del sur, la humedad rosada de las nuevas islas flotantes, descifrando el porqué de esa rutina que nunca termina de armarse, esa casa que no existe y, sin embargo, no pasa ni pasará un minuto de ningún día y ninguna noche en que no estará frente a mi escondiéndola. Aunque así sea, a esta hora, frente al parque amaneciendo, en el humo que se levanta de los helechos y en los espesos pimientos y polvosas acacias plateadas, por los senderos amarillos, pegada al muro del río, Pío Nono, Andrés Bello, Purísima, San Cristóbal, de puerta en puerta y de cama en cama, sigue siendo la primera vez.

Sonó el teléfono de nuevo.

—¿Puedes venir al boliche de Plaza Italia? —me preguntó Luz María.

—¿A esta hora? Si no son ni las seis. Pero es mejor que vaya. Quién sabe lo que pasará después. Aunque sea unos cinco minutos. Tiempo para un cafetito.

Me vestí y salí pegándome a la pared, con el cuello del chaquetón subido y las manos en los bolsillos. Nadie en la calle. Pensé que esa noche tendría que hablar con el viejo y entregarle mi revólver. Un poco de tráfico al otro lado del parque, unos pocos taxis, ningún autobús. Me sorprendió ver sólo una pareja de carabineros en el consulado norteamericano. Estaba acostumbrado a las grandes jaulas verdes, a los escudos de plástico, al guanaco llenándose de agua. La Plaza Baquedano desierta. La observé desde mi rincón, pegado a Bustamante. La vieja del quiosco de revistas metía la nariz en su taza de café con leche. Luz María no se sacó el impermeable. Encendió un cigarrillo. Le besé las manos. Había otra pareja cerca de nosotros, la mujer doblada sobre la mesa, el hombre hablándole en el oído. Cuando empezó a tomar su expreso vi que le temblaban las manos. Anoche, dijo, después de la comida, se produjo la pichanga histórica de siempre. Les hablé claro. Me dijeron que era como oír al *Siglo* en cassette. Mi pobre mamá habla como momia pero se le aprieta la garganta.

—¿Qué vas a hacer con los niños?

—Se quedan con ella.

—Voy a tener que salir pegando —dije—, aunque sea por unos días. Además, el viejo no querrá moverse.

—¿Qué pasó?

—No sé exactamente lo que pasó.

Luz María miró el reloj, después dijo algo más sobre los niños, algo que no recuerdo y yo seguía pensando qué sería de nosotros si pudiéramos vivir como todo el mundo, sin tener que explicar nada, sin esa casa de dulce lista para

la foto, ni ese departamento en las torres, con las persianas bajas. Pero Luz María se amarraba el cinturón del impermeable y me gustó que volviera a verse distante, preocupada de algo que no era yo, dispuesta a ayudarme, pero también a irse.

Más tarde, en el apartamento, siguió sonando el teléfono. Marcelo ya estaba conmigo. No contestábamos. Pero a una llamada respondió mi hermano y no entendió el mensaje que le daban. Tomé el teléfono y la voz que oí me pareció falsa, me envolvió en una sensación de inmediato peligro. Le pedí que se apurara y dijera de una vez sus cosas. Mentía, o se equivocaba. Corté. Salimos a la terraza tratando de observar un combate que se daba al otro lado del río. Por Merced se acercaba un jeep patrullando. Oímos un grito y después una ráfaga de metralla pegó a lo largo de nuestra torre. En la Plaza Baquedano un destacamento de infantería tomaba posiciones. Los soldaditos pardos corrían doblados, pegándose al suelo, se tiraban sobre el pasto y apuntaban hacia la Alameda. Inmóviles, esperaban. Desde la terraza, a la distancia, se nos aparecían como un destacamento de disciplinadas lagartijas. Empezó el fuego de las ametralladoras. Y en esos momentos desde atrás —¿Escuela de Leyes? ¿Quimantú?—, salieron repentinas descargas de francotiradores. Entonces, comenzó una especie de danza desordenada. Los soldaditos corrían entre los bancos de la plaza, disparaban de rodillas, de bruces, con pericia de entrenados cowboys y las balas desde la otra orilla del Mapocho venían dando bote, despertando ecos desde el San Cristóbal hasta el Oriente. Aparecieron entonces los carros blindados y piezas de artillería. Era extraño ver a ese pequeño ejército encerrado en la estrella abierta de la Plaza Baquedano. El fuego cruzado lo aislaba en un verde escenario con la cordillera atrás, esfumándose. Alguien huía por Pío Nono y, huyendo, disparaba. Las balas empezaron a zumbar muy cerca. Los vecinos se echa-

ban al suelo. La terraza se nos cubrió de vidrios. Desde abajo llegaban voces de alarma. Cuando se acabaron los tiros y volvieron los soldados a la Plaza Baquedano la gente empezó a asomarse otra vez y algunos bajaron al Parque Forestal. La curiosa guerra se peleaba entre casas de familias ansiosas por sacar a ondear sus banderas. Las fuerzas del orden perseguían a un enemigo invisible. Suspendíase la acción. Los vecinos salían a comentar las alternativas del combate. Desde los techos detrás de la UNCTAD tronaban los tiros de una escopeta.

Tomé el teléfono y le dije al Padre Juan que iba en camino. La avenida parecía en paz. Excepto que subiendo ya los peldaños para entrar al claustro me quedé perplejo ante una cara conocida, unos ojillos duros fijos sobre mí, sin pestañear. La viuda me miraba ahora abiertamente. Después me observaría noche a noche por la mirilla de su departamento cuando yo montaba guardia a la entrada de nuestra torre de San Borja.

Voy a consignar aquí algo que ocurrió horas después; me refiero a una conversación sobre conversos que termina en alusiones personales:

Junto a la mampara del segundo patio del convento el Padre Juan, de civil, me apunta con el dedo y está diciendo algo que nace patentemente de todo nuestro alrededor y requiere nuestra conciencia, eso que llamas flores, guías, frutos, y no ves aún pero lo sientes en la luz de esta mañana, constituye una estación donde Cristo no se ha detenido aún, signos solamente para la inocencia que le dará la forma necesaria; nada puede detener el movimiento de esta tragedia que nace como una sombría primavera; podemos ayudarle a ser más creadora, darle hondura, savia, fuerza, pero no interrumpirla, ni siquiera disminuirla en su paso hacia la sangre; confundirla con una paz convertida en desidia sería una blasfemia. Ceguera. ¿Quién ha dicho que Jesús no llamó a los combatientes? Decir nacer es llamar

a los guerreros. Si te asustan los términos del combate o la idea misma de combatir es porque identificas la guerra con la muerte.

Custodio, el cura-bombero, lleva un traje negro, es decir, casaca y pantalón de hule, botas también de hule hasta las rodillas; los ojos grandes y espantados son asimismo negros, pero en su cara del color de la cera, no estampada sino cambiante, tiene pegada la muerte de toda esa gente que vio balear hace pocas horas. Dice que viene de un subterráneo en La Moneda lleno de agua y humo donde los soldados se movían con grandes y lentos gestos dando voces de mando antes de ametrallar; dice haber visto miembros del GAP temblando y gimiendo, y dos manchas de sangre, una mayor que la otra, como luces en el suelo, donde cayó Augusto Olivares, y que no entiende esta plática de primavera y de juventud mientras los balazos resuenan aún contra los muros de los Ministerios, y desde el San Cristóbal nos llegan otros ecos de armas cortas y ruidos sordos de cuerpos que han estado cayendo sobre los techos de zinc toda la madrugada.

Pero no se dirige al Padre Juan sino a mí que no he dicho nada. Tengo la sensación de que él cree haberme visto en el subterráneo ése y no entiende por qué estoy aquí, a salvo, y en sus ojos de sepulturero advierto asombro y resentimiento también. El Padre Juan es como un bello instrumento de cuerdas en este patio frondoso; al fondo, la palmera inmensa con esa herida en la garganta que le propinó el Hermano Luis, hace años, hacha en mano, tarado; y los rosales ahogándose en un pasto que no corta nadie. Habla el Padre Juan, responden los pájaros, la lengua va y viene contra sus dientes macizos y blancos, su corbata se levanta en el aire y el Padre parece danzar, mientras Custodio y yo esquivamos puñales en la luz de la mañana. Tú ves los subterráneos, el humo, el barro, los cañones, el cuerpo del Presidente que llevan los bomberos

en una camilla de lona tapado con un chamanto, pero no ves sino la bóveda y no la vida que va levantándose sobre ella como una copa de árbol, ni los niños —no digo jóvenes—, que siguen el combate mientras construyen costra a costra, hoja a hoja, ese nuevo árbol, y le dan sus veranos y sus otoños, sus cantos, sus torpes corazoncillos labrados a cortapluma, sus iniciales de amor, las nubes que hacen la mañana y las caricias que van poniendo al pie para tapar con ternura y misterio las raíces.

Sé que escucho una canción, pero sé también que Juan la entona pensando en otra cosa. Prepara un sermón, una especie de vigorosa llamada contra la muerte para leerse el primer día de clases en el colegio, y comprendo el desconcierto de Custodio y, también, su desconfianza. Juan sabe que todo Chile está envuelto en una nube de pólvora, sabe además que no es posible adelantar la primavera por medio de piadosos exorcismos; algo inmenso como un dique se nos ha roto encima y nos entierra con furia. Custodio, el cura-bombero, no puede ordenar sus grifos y mangueras mientras Juan y yo a plena voz anunciamos un comienzo, no un entierro.

La desconfianza de Custodio hacia mí deriva de lo que él considera falta de identificación clara en el proceso de la masacre: me aceptaría intranquilo si me persono defendiendo a Patria y Libertad. Me deja en paz si me cree marxista sumergido. Pero me ve ocupando la celda vecina a la del prior, seriamente interesado en el sermón contra la muerte, envuelto en una gruesa chomba gris que me prestó Juan, leyendo el Cántico Espiritual a las cinco de la mañana, cargando legumbres que compré en la Vega con Toro, haciendo hervir la tetera en la madrugada y, al anochecer, bebiendo gruesos vodkas, y no me acepta. La duda se la veo en los ojos mezclándose con cierto recelo que va en aumento. Es posible que me tenga miedo. No había pen-

sado en eso. ¿Qué sabe de mí? Nadie le dijo de dónde venía, ni por qué llegaba.

¿Quién habla? Perdón, somos los ex-alumnos, los viejos ex-alumnos de cuello y corbata, que dejamos la sotana.

—Yo entré a la Recoleta Dominicana a los siete años de edad.

—En 1953 —digo yo.

—Yo a los siete años, pero en 1925 —dice Custodio, el cura-bombero—. Tú me hablas de amenas vaguedades y anécdotas curiosas, yo quisiera que habláramos de frente, sin escrúpulos idiotas y, sobre todo, de cosas concretas.

—Cómo voy a hablar de cosas concretas. ¿Qué sé yo sobre lo que realmente me pasó entre los siete y los catorce años? ¿Sabes tú lo que te pasó a ti?

—Claro que lo sé, de niño mimado en casa pobre —dice Custodio— pasé a ser un adolescente sinvergüenza, extremadamente pajero, ladrón de poca monta, totalmente irresponsable, hasta que dos años en liceo público me prepararon para mis universidades. Jamás tuve remordimientos ni dudas: salir adelante fue mi obsesión, usando todos, entiéndeme bien, todos los medios al alcance.

—No fuiste realmente ladrón, ni fuiste un pandillero y de todos tus crímenes no podría hacerse uno solo verdadero. Eso se sabe.

—Te digo que hablemos la verdad. Yo vine a la Recoleta de un barrio de pungas.

—Ustedes no eran pungas.

—Bueno —dice Custodio—, vivíamos rodeados de pungas y ser punga es como un olor que se te pega a la ropa. Nuestra clase media vivía en un recinto de pocas cuerdas. Mi viejo era comerciante, el vecino, tendero; otro, profesor primario, y el de más allá gráfico; vivíamos en casitas de ladrillo. Los más pudientes tenían un saloncito con muebles de pelo de gato cubiertos con fundas plomas. Los más picantes vivían en apéndices del mostrador: el boticario, el

panadero, el zapatero, el despachero, el enterrador. Los establecimientos del barrio eran la 9.^a Comisaría, el Regimiento Buin, las iglesias —Recoleta, los Carmelitas, la Estampa, la Viñita—, el Liceo Valentín Letelier, el Liceo de Niñas n.º 4, la Casa de Orates en los Olivos, el Hospital San Juan de Dios, la Morgue, una marmolería, La Vega Central, el Cementerio General y el Católico, y el Polígono. Los hijos e hijas de este medio pelo nos salvamos casi todos. No me refero a los que murieron —accidentados, suicidas, tísicos, desaparecidos—, hablo de quienes se transformaron. Hubo algunos curas. Pocos. Colgaban los hábitos en el viaje a Roma o poco después. Hubo, asimismo, individuos célebres: un boxeador, un pistolero, una reina de belleza, un payaso de circo, dos coroneles de ejército, un psiquiatra, un cirujano. El pistolero, hasta hace muy poco, todavía entraba y salía de la cárcel como quien va a un retiro espiritual. ¿Los viejos? Se murieron. Completamente. Se ve que su estadía en este mundo venía preparada para una sola función. Casamientos, bautizos, velorios: la misma torta, las mismas flores, una que otra pelea y, al final, el hoyo en la pared o en el suelo. Un tango, sí Cristián, un pequeño tango sin mucha gracia. A lo que voy, sin embargo, no es el marco de todas estas fotos de difuntos, sino a ciertos difuntos en particular. Hoy esta gente ha tomado las armas en la mano y se ha puesto a hacer con el país lo que para ellos siempre fue ocupación primaria: hacerlo astillas.

—No, no han tomado armas, no son ellos —me atrevo a decir.

—Son ellos. Nuestra clase media es indecisa, pero si ve el edificio cayendo le da el último empujón. La caja del fisco se creará vacía, pero nunca tanto como para que no produzca una postrera jubilación. Respetamos al triunfante y lo envidiamos, afilamos las uñas para cuando caiga. Tal vez tengas razón. No toma las armas. Se ofrece a cargarlas para quien dispara, siempre que le vea la victoria en el ga-

tillo. En todo caso, nuestra sobria clase media observa desde lejos la masacre y hay quienes gozan con alegría impura, la misma que les produce euforia cuando ven matar un chanco, o retorcerle el cuello a una gallina, o descuerar a un conejo o inyectarle pebre cuchareado y picante a un buey. Recuerdo que en mi barrio había un conventillo y en él una vieja veguina, gorda y grasienta, que vivía con una chiquilla chica en una sola pieza. Llegaba borracha la vieja y comenzaba a pegarle a su chiquilla, le daba con correas, palos y cordeles; la muchacha aullaba, la vieja en silencio, déle que suene, la pateaba en el suelo y, mientras tanto, el barrio a la expectativa callado, gozando de alguna manera sucia porque se podía patear a un cristiano, dejarlo sin sentido, y no se acababa el mundo. Ayer los carabineros rescataban un cadáver del río Mapocho. Del camión sacaban unos palos largos como garrochas con garfios en la punta. Algo así como harpones. Me pareció increíble que existieran instrumentos especiales para esta faena. A menos que los consiguieran en un circo o en una empresa ballenera. En la mañanita primaveral, llena de sol, en el verde de los sauces y el blanco de las nubes, los pacos bajaban por entre las piedras hasta el río a enganchar al finado-baleado-ahogado, y arriba y en la otra orilla y en los alrededores, unas muchachas rubias con chombas doradas y unos jóvenes de polera azul, y uno que otro señor de chaqueta tweed, y yo, mirábamos fascinados la maniobra. No aplaudimos porque nadie se atrevió a empezar. Las únicas que tenían miedo eran las sirvientas, todas las chinas supersticiosas del sector Providencia arriba. Esto no me duele, pero me asombra. Porque yo esperaba la gran revolución en nombre de la gran clase media chilena. Al caos: el orden cívico; a la remolienda en que se farreó al país, a la reyerta de fonda, velorio y bautizo, a cuchillás y palos, yo esperaba la mano fuerte pero tranquila de los buenos vecinos, de los ponderados jefes de familia, viejos sabios, maduros, tranquilos y decididos, los mismos que le

abrieron las puertas de La Moneda al León, los mismos que sacaron volando al general Ibáñez, que respetaron a don Tinto y a Juan Antonio Ríos, y que aguantaron a Frei. Pero los hombres buenos se encerraron en el baño, se sentaron y cagaron. Mi clase media desapareció, literalmente, se borró como se borra una cara en la lluvia de una ventana sucia. El gran mito, el colchón que aguanta todos los golpes, que absorbe el castigo con entereza, se rompió en el aire y dejó flotando la paja, el polvillo apestoso de los años vividos de mentiras. Escondimos el bulto. Se quedaron callados. Hace semanas no más andaban por la calle gritando y golpeando ollas. El martes, después que las radios anunciaban la inminente caída de Allende, los vecinos, buenos hermanos del medio pelo, sacaron las banderas chilenas y las colgaron en los balcones; al poco rato, en medio del ruido de la artillería, de los cohetes de la aviación, de las ametralladoras, pistolas, carabinas y revólveres, cuando las balas nos silbaban por las ventanas y terrazas, salieron, en cuatro patas a retirar las banderas temerosos de que la rotada de los cordones industriales pudiera hacerse firme y llegaran las hordas a saquearlos. La historia de Chile la han hecho los caballeros y los rotos. La clase media la escribe. La consolida, la acomoda, le hace sus arreglitos y le quiebra la espalda, después la pone en cientos de tomos que sirven para afirmar paredes en los terremotos.

—Yo llegué a la Recoleta en 1953 —digo sin convencimiento.

—Yo llegué a la Recoleta en 1925 —me responde.

Cuando Custodio habla se le escucha como quien oye el cañonazo del Santa Lucía. Solo, vestido de negro, sentado en una piedra del patio, escupe hacia el cielo, mira con toda su cara, me pone encima los ojos oscuros, brillantes, le gotea el lodo por las mangas y las botas, tiene las uñas sucias y huele a humo.

Se está concluyendo la tarde y en estos momentos, aun-

que siguiera hablando, ya no lo oigo porque siento la vibración agitada de las palmeras, me atraen las púas doradas y los pétalos rojos de los membrillos; el perro ladra por los corredores, se aclara el cielo en vez de apagarse. Quiero irme de aquí. Partir lo más pronto posible. Mantengo mi saco listo en la pieza. Pero respiro con todo mi ser este atardecer azul; el temblor de los viejos rosales es el temblor de los viejos curas que pasan junto al cementerio sembrado de higueras y castaños; la falda del cerro está allí no más, al alcance de la mano y siento el calor guardado en la cicuta seca y en los suyos, ese calor que compartía con alguien, abrazados bajo el vuelo de matapiojos y mariposas, escondidos entre matorrales, con la garganta seca, gastados ya después de tanto esfuerzo, oyendo las campanas lejanas, planeando la reconciliación y la comunión y el hambre dulce, ausente, del jueves primero, mañana incierta, peligrosa, mediodía santo en el olor a madera vieja y ornamentos de seda de la sacristía.

—Los social cristianos ganaban la batalla —digo.

—Para ustedes será batalla —responde Custodio—, yo quiero hablar de otros tiempos, cuando ya se había ganado, no del todo, es cierto, pero se convenció la autoridad jerárquica y eso era de toda importancia. Ustedes viven un social cristianismo de escuela, un debate no muy claro; van dándose contra las orillas del anarquismo y ya descubren los islotes marxistas universitarios. De algún modo confuso, pero obvio, se arrotan. ¿Qué significa la Falange para mí? ¿Maritain? No es que cierre los oídos por repugnancia y que la política, como las clases de historia, se las deje a los viejitos para que se corran la paja. El cristianismo es la revolución. Juan escribe un sermón sobre la primavera o, más bien, sobre la infancia, quiere que el árbol de la vida se nos abra dorado y oloroso y se trague el cielo y bajo sus ramas se apague el incendio de La Moneda y los pájaros empiecen a cantar por todas partes, los pajaritos disfrazados de jipis, con

sú pelito rubio y sedoso, sus caritas de poto immaculado, de delantal blanco, con un balde y una esponja en la mano borrando las cochinas que escribieron los comunistas en las paredes, todo bajo la mirada romana de las grandes, hermosas y poderosas mamás del Poder Femenino. Pero, te digo yo que mientras ustedes se aprenden a Maritain y se acercan a Marx y creen en un boyscout católico llamado Frei y se preparan para el poder, nosotros estamos en otra misa, y no es nada con guitarras ni con el cuerpo de la paz, ni los quincheros, ni los de guatón, ni bicentevianki; misa pues Cristián, misa para la Población Nueva Habana. Escucha:

¡Ay de los ricos!

Y ahora a vosotros, ricos: Llorad y plañíos por las calamidades que os tocan. La riqueza vuestra es podrida, vuestros vestidos están roídos de polilla; vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido y su moho será testimonio contra vosotros y devorará vuestra carne como un fuego. Habéis atesorado en los días del fin. He aquí que ya clama el jornal sustraído por vosotros a los trabajadores que segaron vuestros campos, y el clamor de los segadores ha penetrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Sobre la tierra os regalasteis y os entregasteis a los placeres: habéis cebado vuestros corazones en el día de la matanza. Habéis condenado, habéis matado al justo, sin que éste se os opusiera. Santiago (5:13).

—Éste, hermanito, fue el evangelio que se leyó en todas las iglesias de Chile el domingo 16 de septiembre de 1973. ¿Qué me importan a mí tus vestimentas, tus denarios, tus tapices, vasos, ungüentos preciosos, tus camiones, camioneros? —canta Custodio—, ¿tus impalas y tus túnicas, hijos de Sak's, nietos de Tiffany? Hermanito, si quie-

res ser político pásate para el apostol Santiago, deja que las vestiduras se te pudran en el cuerpo, enamórate del hombre y de la mujer, no de los pantalones y los calzones. Habla con Dios; no le pidas hora por teléfono a Dios, búscalo y atríncale, bátete con él, fúmatelo, corre con él en pelotas y navega con él, anda preso con él y que con él te apaleen. ¿No le has tomado el olor? Es el olor del hombre y de la mujer, el mismo olor. Nada con él. Todo con él. Nada por los mares, todo por la tierra y las montañas. Cuando los democristianos se aprendían el catecismo, nosotros recibimos la noticia de que Dios se había muerto. No, pues, no murió. No hay que ser tira para encontrarlo, hay que sentir y ver y tocar, y apagarte con los dedos, así como se apaga la llamita de una vela, con los dedos; no te quemarás, es la señal de la partida.

Después, sin transición, un poco triste, dice Custodio:
—Mi papá abrió un almacén de abarrotes.

—Bueno —le digo—, por una parte tu almacén de abarrotes y piezas chicas, ahumadas, muy pobres, en barrio veguino y de pungas. Aceptado. El niño tiene vergüenza porque es clase media pero vive como roto, la mamá tiene y no tiene pretensiones, si el viejo se hace rico pasa de la Sociedad de Empleados de Comercio a la antesala del gerente del Banco de Chile y lo reciben, ni lo aceptan ni lo respetan, pero lo aguantan. Se va a veranear a Cartagena y a comer al Escorial; pero si el viejo suena —entiendo que sonó—, se parchan los pantalones, la camisa parece harnero, te bajas de los malones al Zepelín y a punto, a punto del conventillo, te salvas y te defiendes en tu casita de población. ¿Qué más?

—Por dos razones perdió lo que tenía —dice Custodio—, era un hombre honrado y vivía rodeado de carabineros. Éstas son las razones. El almacén era como un espolón de barco porque recibía de frente toda la corriente del tráfico hacia el cementerio y la fuerza desatada de los vientos y las lluvias de agosto. En el techo mi padre puso un letrero

gigantesco del vermouth Cinzano, un caballo con alas, azul y rojo, atado a las latas por gruesos alambres. El caballo volaba. De noche, encendido y reluciente por la lluvia, era el único ser vivo en esa avenida de palmeras enanas y zanjas profundas, oscura y helada. El caballo sin jinete dirigía desde las alturas los cortejos fúnebres, las negras carrozas y los viejos trenes de percherones, dándoles paso hacia la Casa de Orates, la Morgue y, finalmente, la plazoleta del cementerio. La 9.^a Comisaría quedaba a media cuadra del almacén. Los carabineros entraban a beber grandes jarros de vino y comían tremendas chocosas con arrollado picante. Después llenaban sus alforjas de víveres para el mes, firmaban en una libreta y se iban. Jamás pagaban. Creían llenar su función protegiendo al viejo del malevaje de Lastra, Fariña, Artesanos. Pero algún sargento vio la cosa desde otro punto de vista. Mancomunó a tiras y lanzas de San Pablo y Puente, buscó alianza con una doméstica que, a su debido tiempo, noquearía a toda la familia con un narcótico, y entró de noche con su compañía a robarse el inventario. Acarrearon los víveres en camiones y el dinero en sacos. Después vino el despliegue de huellas digitales, fotos e interrogatorios. Nunca se recuperó nada. Otro sargento —quizás fue el mismo—, le propuso al viejo que incendiara el almacén. Se le ayudaría. A quemar y a cobrar el seguro. Era tarde. Más bien dicho, el viejo lo miró con lástima. De almacén bajamos a piezas de alquiler. Mi padre se fue para el Norte. De la pensión bajamos a un terreno baldío con una mejora. El terreno, lodoso y hundiéndose en las escarchas de agosto, floreció de repente: se llenó de callampas y, desde entonces, fuimos callamperos. Mi madre vendía carbón, mis hermanos se hicieron uno mecánico en 10 de julio y el otro vendedor en una paquetería de San Diego. Se emanciparon. ¿El viejo? Habrá muerto. Mi mamá y un cabro chico sobreviven en una población. Sobrevivieron. Todos trabajaron para mí. Yo seminarista, yo Padre, gran Custodio, especialista en

derecho canónico, les llevaba una canasta semanalmente y decía misa en la población. La última, fue una misa de campaña. No sé a quién se la dije. No había nadie. Como quien la dice en el aire, con muchas latas, baldes, tablas agujereadas en la acequia. Creo que había ropa colgando de los postes de la luz. Animales no había. No quedó nadie. Recuerdo la cara de mi padre cuando descubrió el robo que lo arruinó, se llevó esa cara hasta la muerte y la heredé yo. Me estaba esperando en la población el domingo 16. La misma cara.

Quisiera continuar este diálogo, sabiendo que ya no nos escucharán. Mi viejo decide que es artista porque no tiene dedos para los billetes, ni para la bosta de vacunos, ni para las ubres de las vacas; la familia lo desplaza de todas maneras y, además, la tierra no da nada. Sólo deudas. Se termina pidiendo empleo, mejor dicho jubilación. Pero la familia chilena, como su religión, es una sola. Por muy bajo que volemós no dejamos de ser un apellido, ni dejamos de ser primos, sobrinos, tíos, nietos. Lo que sea. Vives en Santa Rosa, si quieres, pero tienes ingreso a una casa en Lo Curro, si te comportas. Entonces, yo (me pongo los bluejeans, el sweater a la cintura, la camisa azul, la melena hasta los hombros y me muevo con comodidad por el barrio alto. De ahí a la Católica no hay más que un paso, y en la Católica descubro el amor, descubro las instrucciones para desarmar a mi apá y a mi amá, y como me tomo en serio, sigo desarmando y desarmo a la Católica y, de repente, he desarmado más de la cuenta y desarmo la huevá entera y decido partir. Repito que decido partir porque desarmé la huevá y no vale nada, como la armaron los viejos no vale. En consecuencia, parto.

En verdad, prefiero callar los detalles. ¿Qué decirle a Custodio? Porque de él se trata más que nada. Es un fraile que creció en población callampa y en esa población vivía aún su familia. Oyó decir que la habían bombardeado y fue

a investigar. Cuando vio lo sucedido dijo misa y le tocó leer la carta del apóstol Santiago sobre ricos y pobres, el domingo 16 de septiembre. ¿Quién lo iba a escuchar? Los soldados ya pasaron, y pasaron también los carabineros. Y aun si hubiese contado con sus feligreses no le habrían oído, porque de mañana y volando bajo van rugiendo los Hawk-Hunters y, simplemente, no se escucha nada.

Pero yo lo oí y se lo digo.

Al amanecer pasaron los aviones rozando el campanario y los penachos secos de las palmeras, un solo trueno repetido y aumentado en los flancos del San Cristóbal. Acostado, cubierto hasta la nariz con todas las frazadas que he podido conseguir, entumido, miraba por el tragaluz y veía un cielo bajo, enrojecido, sin estrellas, y sentí el vuelo de los monstruos acercándose. El perro se movió y estuvo escarbando un rato. Me levanté y me vestí. En el patio brillaba la escarcha. El perro me observaba. Con chomba, abrigo y la chalina al cuello, avancé pegado al muro y subí al entretecho junto al campanario. Desde allí uno puede asomarse y dominar gran parte de la ciudad, desde el río hasta más allá del cerro Santa Lucía hacia la Gran Avenida y San Miguel. Algunas luces, tal vez camiones, pudieran indicar movimientos de fuerzas armadas. Pero nada de eso toma forma reconocible. Lo que veo es el cielo aún oscuro cerrándose sobre los cerros pelados, una especie de muro de sombra sin densidad ni aristas, un vacío, o más bien, el fondo de un vacío. Estoy temblando de frío, pero no deseo bajar, algo me preocupa en el aire que empieza a soplar y a remecer los mojados eucaliptus, algo que ahoga los balazos del barrio e indica un nuevo peligro, indefinido, el eco ya de una tragedia que aún no se produce.

Lo que escucho, de súbito, es un eco muy lejano, ruido sordo, prolongado, subterráneo, como de un cerro que se ha venido abajo, pero no veo nada, y la invisible avalancha sigue, tengo la impresión de que la noche se está abriendo,

rasgándose en alguna pradera o quizás en las faldas cordilleranas, con movimiento ancho de tierras y aguas, como si cayeran árboles de bruces en un lodo profundo y salpicaran el cielo, y el costalazo presidiera otro y otro, uniéndose todos en un socavón sin límite, sin fondo, por debajo de la ciudad, lejos y, al mismo tiempo, aquí, a mis pies y sobre mi cabeza. Las campanas se mueven apenas, no alcanzan a sonar, vibran en la oscuridad, es el metal que se agita sólo creando el murmullo del badajo que empieza, crece y espera, como una negra lengua lamiendo el viento.

Siento pasos que suben por la escalera, me pego al suelo, nadie puede verme. Cruje todo el piso y distingo una sombra alta, esbelta, subiendo de perfil; es Juan, envuelto en su poncho, la melena al aire. Pronto estamos los dos tendidos, con la cara pegada a las tablas, mirando entre las grietas hacia la calle. Pasa un carro blindado y disparan; no a nosotros; a otro techo; no en Recoleta ni en Santos Dumont; balazos de carabina. Siguen a toda velocidad, se pierden otra vez en el vacío del pavimento húmedo marcado a intervalos, como ojos de agua, por la luz blanca de los faroles.

—No te levantes —dice Juan—. Cuidado, vienen más, vendrán disparando.

Se combate cerca, pero es un tiroteo de armas cortas, por Dávila o Valentín Letelier, no sé, es difícil precisar; luego viene una granizada de balas y el tableteo de las ametralladoras y, después, estampidos que pueden ser de cañones; y silencio, un silencio extraño, creciendo desde las callejuelas vecinas y entrando por la avenida, tapándonos, cuando otro silencio más opresivo en los oídos, en el pecho, nos deja sin aliento esperando, angustiados. Juan advierte el temblor de mis manos y me pasa un cigarrillo. Ahora estamos sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Busco inútilmente alguna abertura en el cielo, nubes, estrellas; nada. Observo a Juan y siento que el acto de fumar nos une, nos da un calor de compañerismo en la fría bruma del ama-

necer; él entiende y me mira y en los ojos tiene una sonrisa brillante, prior canoso y apuesto, hombre-niño, duro como estilete; adivino sus fuertes dientes en la oscuridad y alcanzo a ver los dedos huesudos que manejan ritualmente el cigarro y hacen signos con la brasa y la ceniza.

Cuando el cielo se abre al fin por la cordillera y las montañas se pulen y expanden su luz concheperla y hasta el gris tempestuoso se ilumina desde adentro soplando arreboles, un extraño espectáculo nos sorprende y miramos fascinados, en silencio. Allá lejos, por San Miguel, una nube inmensa y espesa de color ocre está suspendida y crece, se extiende, no se levanta, sólo parece alisarse en la hondura del valle, se va tornando roja, pero el color es engañoso porque parece hecho de transparencias y en ellas hay reflejos de reflejos y la luz cambiante de la madrugada. Ni Juan ni yo comprendemos de inmediato. En trance consideramos esa súbita explosión de polvo luminoso en el verde y el blanco de las montañas. Pero la mañana no se aclara, persiste en su cerrada bruma, todo está quieto y silencioso. No se oyen disparos ya. El amanecer es una sobria ceremonia de luces tranquilas, lentas. Sólo esa nube como un toldo carmesí se mantiene al fondo de la ciudad presidiendo un ritual que desconocemos.

Y, al fin, regresó Custodio de decir misa y contó que, durante la noche, los pobladores sorprendieron y asaltaron un camión de carabineros; les cayeron encima, los balearon y colgaron a dos muertos. En la madrugada vinieron refuerzos, vinieron aviones. Los mataron a todos, mujeres, viejos, niños, perros y gatos. Hombres jóvenes no hay, no había.

La nube roja se mantuvo en el aire varios días.

Debo escribir estas líneas sin odio. Lo que ha sucedido es una tremenda desgracia, pero me resisto a juzgar a nadie. Se sabrán los pormenores y los recogerá la historia. ¿De qué servirán? Sin embargo, es posible que por esta vez haya historia, y no país. ¿Qué será de Chile? Quiero decir

en algunos años más, bastantes años. Los que hoy celebran la carnicería, los que salieron a matar con sus revólveres y pistolas particulares, las gruesas madonas que besaron a sus soldados, se cansarán y perderán el sentido de todo su entusiasmo. También morirán. Habrán perdido parientes y amigos. La sonrisa será de hueso y los sobrevivientes entre ellos comenzarán a protestar y a rebelarse, perderán el miedo, pedirán libertad, buscarán a los tribunos otra vez y querrán elecciones. Se prepararán para los nuevos negocios.

Tal como lo conocí, Chile no volverá a existir. Se habrán muerto los contrincantes de 1973. Todos. Habrá enterrados y caminantes, pero todos muertos. No comparto ese odio, ni sé disparar ni acuchillar. Buscaría los creyentes en Cristo el revolucionario, los verdaderos, los que han decidido salvarse y conquistar la pureza de los duros y valientes, los que han puesto la cruz en el suelo y la han convertido en el lugar del amor. Sé que si Dios deja a los hombres suspendidos en el aire por una eternidad y se distrae, los hombres volverán a hacer de algún hueso un puñal, de una mortaja un uniforme, y se degollarán unos a otros con eficiencia. Hay que confiar, entonces, en que Dios no ha de descuidarse.

Los chilenos no inventamos a los soldados. Los heredamos y, cuando los tuvimos, les enseñamos celosa y estrictamente la ley del combate y de la muerte. De niños nos decían: los chilenos no lloran. No entendemos tal cosa, no sabemos por qué no hemos de llorar los chilenos si nos han herido y nos maltratan. Nos dicen también que los araucanos pelearon durante tres siglos por su libertad. No nos aclaran que, al final, peleaban contra el ejército chileno, después de defenderse del español.

Cuando hice la Primera Comuni3n me vistieron de marino. Alg3n escr3pulo tendr3a alguien, porque mi uniforme

no era ni blanco ni azul, sino crema, del color de los cirios y las flores que rodeaban a la Virgen María a mi lado.

Siempre admiré a los soldados chilenos y fui con mi padre y mi hermano a más de una parada militar en el Parque Cousiño, y gozaba con los cadetes muy enhiestos luciendo sus penachos rojos y blancos, esperaba con ansiedad que todos levantaran sus piernas tías de gansos, y cuando pasaban y pasaban haciendo retumbar el suelo de la elipse, y los guarípolas dibujaban misteriosos signos en el aire, y venían las cureñas y cañones, los andinistas y los ingenieros, y los infantes marinos, sonreía regocijado imaginando dónde y cómo acabaría el juego de tan curiosos adultos. Los aviones me parecían pocos. Y erráticos. Me daban miedo. Siempre temí que alguno pudiera caerle al Presidente en la tribuna oficial o a las gentes en las fondas.

Ayer, dos camiones llenos de soldados saltaron hechos pedazos en el aire. Les tiraron cargas de dinamita desde un edificio de departamentos. No lo vi. Escuché las explosiones.

¿Chile? ¿Esto es Chile? Los soldaditos son en su gran mayoría pelados traídos de provincia o reclutados en barrios pobres de la ciudad. Casi todos tendrán parientes en las callampas de ríos, cerros y barriales de Chile. Desde nuestra torre quienes lanzaron la dinamita se ven igualmente desvalidos, igualmente colocolos. Se dirá que el país se dividió en mitades iguales. ¿Cómo va a dividirse lo que es indivisible? En cada muerte de un niño pobre en Lo Hermida o en La Legua he muerto yo. En cada campesino y en cada obrero, vestidos de pardo, de verde olivo, o en camisa, torturados o fusilados, muero yo. Ese hombre que ríe y que parece sargento de carabineros y tiene una metralleta sobre tres jóvenes echados de bruces en el suelo, y es otro que descarga un culatazo sobre el rostro de Víctor Jara, todos son absolutamente yo. Y lo que el dos de julio en ese avión que me traía con mis hijos parecía llanto por no saber de

dónde venía y adónde llegaba, es ahora un tremendo árbol de angustia que sale de mí y en mí se entierra.

No sé, en verdad, cuánto daño me ha hecho esto a mí. Pudiera ser que la angustia de hoy será cólera mañana; que el miedo llegue a entenderlo y a transformarlo en un sentimiento de libertad y pueda vivir dignamente otra vez. Hoy no. Tengo vergüenza de toda la insignificante locura que los profesionales del terror me enseñaron y que llevó conmigo adornándola con una sonrisa por el mundo. Quiero encerrarme y esconderme porque estoy perseguido a muerte por gente que me habla de orden y de hogar y de patria mientras acribillan mis ventanas y abren a tiros mi puerta y me esperan en cada rincón de Chile con un fierro para partirme el alma.

Más que los acontecimientos del momento que debieran llenar mi *Diario* me atrae la memoria distorsionada de cosas ya lejanas en las cuales se habrá concebido la forma donde los voy recibiendo. Duelen los golpes antiguos como le duele el vacío al amputado. En esa pena que sentí alguna vez pesando las marcas que iba dejando mi porfiada fuga estaba ya este desgarró con que veo hoy la certeza de otra partida, más amarga ésta por obligada y por injusta.

Me parece que ir desapareciendo en el Estado de Virginia no es lo mismo que desaparecer en la ciudad de Santiago. Está dicho y entendido, pero hay más. En Santiago puede borrarse una persona como yo, no obstante permanece la familia. Las raíces se nos enredan en abuelos que crecieron horizontalmente mientras el país se estiraba con ellos de Arica a Magallanes. Que abandonaran las tierras o las perdieran o las cambiaran por empresas o en apuestas épicas, no es hecho que nos divide. Por el contrario, ayuda a emparentarnos. Aun así, no hay que olvidar ciertas diferencias. Unos descienden de patrones de fundo, otros de administradores y otros de inquilinos o parceleros. Pienso en los chilenos cuyos antepasados criollos se remontan a más de

cien años. Recuerdo un poema de Neruda en el romance que le dedicó a Joaquín Murrieta donde nombra casi todos los apellidos a que me refiero; digo casi porque Neruda omitió los apellidos llamados «vinosos», algunos de los cuales son también centenarios. Existen, por lo tanto, dos casas: una, la del fundo con jardines, galerías, frescos aposentos de techo alto, camas que pudieran pasar por botes balleneros, sábanas lavandas, lavatorios y recipientes floreados, duros y olorosos comedores, paredes de adobe, cocinas de fierro ahumadas, retratos sepia, satinados números de la *Ilustración* y de la *Revista del Pacífico*, casa que es recuerdo de infancia, dormido en el vapor de caballos que desaparecieron en las lluvias del sur; la otra, en que mi hermano y yo vivimos siempre, es el departamento de población para empleados y profesionales y, también, para la familia patricia vergozante, casita de cité y guirnalda enrejadas de Ñuñoa, Macul, la Gran Avenida y Siglo Veinte, casona olvidada entre moles de cemento en Portugal, catedral y República, cajitas de ladrillo en Santa Rosa, Mauri, Independencia. Nombres, nada más que unos pocos techos y patios del pasado que menciono como ejemplos. Los Montealegres somos vieja burguesía terrateniente, no vinosos, pero entiendo que sí trigueros con algo de hacienda y más de hortaliza. Esto hace muchos años. Mi hermano y yo sólo conocimos la decadencia de los hijos de dueño de fundo. Tierras sin presente ni futuro. Reforma agraria. Con un pasado cuyo sentido se entiende pero no se discute —pecado original— en novelas de veteranos como Barrios o de señoras algo raras, como la Bombal. Mi papá debió ser hacendado, o abogado, o médico, o cura o, en último caso, militar o profesor. En este orden. Pobre y orgulloso, no pudo ser ninguna de esas cosas. Pero, como era lo que se llama sensible y de temperamento artístico, se casó con hija de alemanes, estudió medicina y acabó dedicado a la música. Me imagino que nunca razonó seriamente sobre su destino. Más bien dividió su vida en dos

porciones y media; quiso conquistar y atesorar su paz interior oculto en la irrealidad de un escenario, pero cumpliendo atávicamente con las órdenes del clan familiar guardó celosamente una tradición conservadora. La media porción fuimos nosotros, a quienes obviamente no pudo o no le interesó entender. Para un artista a medias, quiero decir el artista que se esconde para crear o crea con la corbata puesta, una familia como la nuestra es un estorbo. En Chile abundan los artistas-caballeros y viceversa. Señores de orden y sobriedad, arquitectos unos, dentistas otros, o médicos o ingenieros o industriales o comerciantes, quienes se retiran a un desván del segundo o tercer patio (si no viven su divorcio o su viudez en un estudio de Lastarria, Purísima o Bella Vista) a pecar con una pluma, un pincel o un piano. Respetables varones que podrían, si quisieran, frecuentar el Club de la Unión. El barullo de los artistas de medio pelo o francamente arrotados, populares, comunistas y amor libre, vino después del año veinte con los de Rokha, los Román y los Guzmán, la generación del 38 y otras cosas de ultra-Mapocho. Inconscientemente quizá, creyendo acomodarnos con dignidad a los escrúpulos del papá, mi hermano y yo seguimos con simpatía el curso de la generación del 50, pero aunque bien vestidos y peinados, estos escritores y artistas resultaron más divorciados, marihuanos y católicos que los otros. Mi padre nos censuró el pelo largo, la camisa afuera, los bluejeans y el inglés estilo discoteca o Copelia; pero atento a la elegancia que estas cosas implican.

La verdad es que crecí en un ambiente católico, respetuoso del concepto de la patria; decente e introvertido, envuelto en clase media. La religión, ya lo he dicho, fue un modo muy íntimo de ennoblecer mis excéntricos mitos de la pubertad, pero también fue una especie de caos militante que me salvó de las aventuras sórdidas en que caían con facilidad mis compañeros de colegio: me refiero a cierta anarquía pituca que empieza en colegios de habla inglesa,

se ramifica por Las Condes y Vitacura y Lo Cutro, reaparece con el calor en Papudo, Zapallar y Cachagua y revienta, una vez al siglo, en alguna calentura como la de Piedras Rojas. Ellos fumaban cáñamo, nosotros nos aguantamos hasta que pudimos darnos gusto con el humo de oro, mezcla de aroma y Liceo Cuatro, que se quemaba en camas clandestinas pero muy limpias del barrio San Cristóbal. Ellos solucionaban un débil problema sexual bajando periódicamente a los extramuros, muy machos, como sus padres que de la sirviente doméstica, pasaban a regentar un conventillo. Nosotros manejábamos el nuestro, tal vez más fuerte, con asaltos endemoniados al barrio de las putas, con el lavado vergonzoso y violeta del permanganato, y el arrepentimiento rezado y las lágrimas interiores, las promesas dulces y castas y eternas que cumplíamos de jueves a viernes, una vez al mes.

Esto me lleva a contar cosas que me duelen o me avergüenzan. Pero antes trataré de definir a Luz María. Empezaré diciendo que no hubo nunca fuerte inclinación a enamorarse por parte de ella. Eso, a mi juicio y considerando lo que sucedió después, guarda alguna relación con la forma de su cara, la expresión de los ojos, su modo de hablar y caminar. Un pequeño recuerdo puede aclarar la imagen que tengo de ella. Me refiero a algo que ocurrió hace años cuando entre nosotros se daba una especie de relación ambigua y yo trataba de quebrarla. Estaba haciendo cola para entrar al restaurante de la UNCTAD y yo la observaba desde lejos sentado en una de las barandas de la terraza. Me fascinaba verla avanzando a pasitos, como en las procesiones, para entrar a la nave altísima a comerse un charquicán. Luz María —yo lo creía firmemente—, había bajado de alguna parte y en la fila de gentes oscuras brillaba en dirección hacia mí. Recuerdo una luz insistente que venía borrando líneas, convirtiendo la plaza en un remanso hecho de reflejos, absorbiendo el cielo gris, la escultura de hierro en la fuente, el blanco de las losas. La pequeña plaza se abría para

recoger un sol que en esos momentos no existía, una especie de sol viejo, abandonado allí por otras personas que esperaron antes con igual concentración y olvido. La luz contribuía a la manera de *estar* de ella, no en referencia a mí ni a nadie, sino a ella sola. No he podido nunca describir su cara; puedo imaginarme sus ojos o un gesto en la boca, algo que pasa por su frente; en cambio, reconozco su determinación obstinada, puedo moverme dentro de ella, pasar de una idea a otra, sin palabras, de una sensación plácida a un temor, observando la luz inmóvil, entendiendo su soledad. Sentado frente a ella me puse a hacer que leía para dejarla comer en paz. Ella me dijo que parecía un tonto observándola allá afuera y que en cuanto a la luz que ella irradiaba por el ombligo eso lo había leído ya en las historias del indio yaqui, primer tomo. Me preguntó si tenía plata. Le dije que no. Te puedo prestar, dijo. Para qué. Vamos, agregó. Y salimos. Caminaba adelante porque sus trancos eran más largos que los míos. Los pantalones no le apretaban nada. Estás muy flaca, pensé. El sweater parecía crecer de ella, como otro color sobre la piel, debajo del pelo lacio, castaño. Luz María tenía un Austin Mini colorado. Me dio las llaves. Pero dónde vamos, le pregunté. A mi casa, a buscar los libros, tengo clases hasta las cinco. Y yo qué voy a hacer. Lo que haces siempre a esta hora, dijo. Nada. Bueno, entonces nada. Fuimos por Las Condes hasta su casa y después de vuelta por Ossa, Irrarázaval, Bustamante, a la Alameda y la Católica. Ven a buscarme, dijo, a las cinco, no se te olvide. Me quedé sentado en el auto mirando a los estudiantes que entraban y salían. Cerca del monumento a don Crescente Errázuriz dos muchachas negrotas, sin mucha frente pero con buenas piernas, esperaban. Saqué la cabeza y las invité a subir. Para dónde van, hermanitas, les dije. Para el centro, respondieron. Pajarón, pensaba en el San Cristóbal, en algún drive-in, o siquiera en alguna callecita para tirarme el salto. Porque se veían

tirables. Fuimos a parar al Forestal. Después me pidieron que las llevara a Providencia y las esperé en el auto. Atardecía cuando volvieron y ahora marchamos directo a los grupos oscuros que fumaban debajo de los pimientos.

Todo esto es cosa antigua y la anoto aquí por el tema de la luz y el hecho de que me es imposible describirla sin pensar en gestos y reacciones mínimas que después crecían y me hacían temerla. Además, porque no le devolví el auto esa tarde y a la mañana siguiente cuando mencioné la marihuana y que me había mareado y que se acabó la bencina en la Costanera y, al parecer, abrieron el baúl y se robaron las herramientas y le entregué las llaves, Luz María no dijo nada. Creo que no me oyó.

Supongo que en el recuerdo vale el modo silencioso con que Luz María me indicó siempre su distancia. Si no contaba yo, ni su grupo de la Católica, ni su familia —vivía sola con su madre—, ¿qué era, en realidad, su vida?

Ella y yo, hubieran dicho los sociólogos precoces de hoy en día, éramos productos de «hogares pluralicios». Eufemismo que, a veces, sugiere promiscuidad y desertión. Gabriela Mistral, a quien mi madre admiraba por peinarse como hombre y rezarle a Mahoma, decía que el hogar chileno, si existe, es porque lo sostiene y lo mantiene la mujer del pueblo, y cuando se rompe es porque el hombre se va huyendo y, para confirmar su pecado original, deja su piedra en cuanto vientre se le aproxima.

La casa de la calle Purísima desapareció con el tiempo. A veces creo que sólo existió en mi imaginación. Se habrá esfumado en la luz amarillenta de los faroles del barrio.

Luz María de mi siglo apareció, como dije, con sweater colgado a la espalda, bluejeans, sandalias, pelo largo, flotante. Uniforme, se dirá, pero el uniforme muchas veces engaña. Hay un pituquismo pluralista y exterior en Santiago que funciona asombrosamente a varios niveles: religioso, político, comercial, sexual, y que, no obstante, discierne

con aguda ferocidad y nitidez los niveles sociales. Una cabra de Independencia abajo puede bailar en una discoteca de Providencia, enmarhuanarse en Las Condes, vestirse, si se las ingenia, en una boutique de Lo Curro, desvestirse en Viña, pero no deja ni dejará de ser rota, es decir, agujereada de nacimiento.

La casa de Luz María, un chalecito en Ñuñoa, se encontraba, entonces, entre dos mundos. La ciudad tiene zonas que son tierra de nadie. Desde allí podía eludir el medio pelo descendente y, vía Universidad Católica, abrir puertas de familias patricias. Nunca conocí a su padre y las veces en que, sin mayor insistencia, le pregunté por él, me respondió que si yo creía que había nacido por generación espontánea. La verdad era que el señor aparecía y desaparecía como año bisiesto. Abogado o gestor, no estoy seguro, mantenía o mantuvo, tampoco estoy seguro, dos familias. La de Luz María, sin lujos pero en buen pie de clase media. La otra, me imagino, en el barrio alto, en decoroso y fantasmal ambiente de supermercado.

En Luz María no había ostentación de nada, tampoco camuflaje, seguía mis monólogos en silencio irónico, no opinaba, contrastaba hechos. La nueva ola inundaba universidad, iglesia, drive-in, pero se quedaba golpeando a la puerta de las viejas mansiones. La izquierda cristiana salía a flote en las aulas y los patios de la Católica. Por la Casa de la Luna rondaban misioneras y misioneros gringos de apariencia y acento chistosos. No son monjas, decía Luz María de unas jóvenes con anteojos y bototos que se instalaban en poblaciones callampas a «concientizar». Terminaban volviendo a su país. Las marinolas se casarían con los marinolos. Está bien. No le hacen mal a nadie. Admiraba al abate Piérre. Coleccionaba discos con mensajes de reforma agraria. Curas obreros en mangas de camisa, quitados de bulla, sindicalistas, nos llevaban a ella y a mí a los cordones industriales, a la militancia.

La oí discutir una vez con un profesor de historia que defendía su apoliticismo como si se tratara de su virginidad. «Nosotros los católicos, decía el perico y se quedaba un momento en silencio esperando que se le encendiera el halo, cumplimos con los deberes de la responsabilidad social, pero la política lleva al dogmatismo, a la violencia y a la lucha de clases. No. Eso, todo eso está más allá de Jesús y de la santa madre Iglesia. Por supuesto, de todo hay en las viñas del señor.»

Zas, pirulí. De todo, incluso huevones hipócritas, comentó Luz María. ¡Las viñas del Señor! Éste es lenguaje de la revista *Ercilla*, donde todavía dicen Misia Rosita y don Eduardo, creyéndose muy *in* con los dueños de fundo y sus ligas de estudiantes pobres y ollas de leche.

—Toda esta gente huele mal —dijo Luz María—, porque no salen de la sobremesa encerrada en que todavía se cree que a los obreros y a los inquilinos hay que tratarlos como criaturas, con caridad y mano dura, para que en la virtud de la obediencia se ganen el cielo. Huevones frescos. El otro día uno de estos gansos me dijo que Chile pertenece a la aristocracia española y sus descendientes. Me lo dijo con las mechadas de clavo engominadas y una cara de pililo recién fumigado.

La primera vez que fui a buscarla a su casa, la mamá de Luz María me preguntó cuál era mi segundo apellido. Se lo dije y me quedé pensando y ella se quedó pensando. Así estilaba la señora. Me clasificaba en silencio como si tuviera una lista de nombres que entran al Arca de Noé y otra de los que se ahogan. No era que discutiese o insultase. Ese tipo de vieja gritona que se sujetaba la plancha postiza y pedía el pelotón de fusileros para Allende y los comunistas, pertenece a otro equipo. Más para el lado del Golf. La mamá de Luz María creía en la aristocracia del tapado negro. Anotaba sus parentescos en el calendario. La palabra «fundo» pesaba más para ella que la palabra del Vaticano. Si la

parentela que ella nombraba con labios apretados y pintados en forma de corazón, la hubiese recibido en sus salones, ella se habría sentido más «realizada» que la Princesa del Dólar.

Pero allí, un tanto apretada en piezas estrechas, sitiada entre muebles fríos y filudos que llaman «modernos» porque son de plástico, presidiendo bajo una marina de Pacheco Altamirano que parecía pintada con el vino violeta de Los Perales, se hallaba decisivamente sola. Era una pariente de todos los apellidos de Chile que nunca fueron suyos. Cuando dijo que el tío fulano podía interesarse en mí y convertirme en fotógrafo de sociedad, Luz María añadió que el tío ése había dejado de existir hace tiempo y que las únicas fotos en que parecía interesarse, pues las encontraron en su cámara mortuoria con otras parafernalias, eran de niñas parisienses en calzones o en pelotas.

Una noche Luz María me dijo que su madre se espantaba de saber que ella mantenía «hábitos sexuales». Esperaba que yo le preguntara en qué consistían los tales hábitos. Pero no le pregunté. Ella cambió de tema. Luego llegué a la conclusión de que para Luz María iba a ser yo algo que está al lado, como un marido o un reclinatorio. Esta última palabra necesita explicación.

Yo me reclinaba sobre un cuerpo desnudo, largo, ondulado, oscuro, lleno de sol, sobre unos senos que no pueden compararse a ninguna fruta, quiero decir, duras copas con pezones como anillos o botones de eucaliptus; y, al reclinarme sobre ella para mirarla, Luz María permanecía inmóvil, a gran distancia, pero respirando mientras los vellos se movían enmarañados en la brisa. Llegó el día en que se me enredó por el cuerpo como una liana. Tarzana. Y me quiso como se quiere a un árbol. No entendí ni entonces ni después por qué. Luz María no me tenía lástima. Esto era prueba suficiente para mí de que, en el fondo, me guardaba cariño. ¿En el fondo de qué? ¿Qué fondo? El secreto se iba a revelar despacio, a lo largo de años en que ella dejó

los hábitos, abandonó el Pedagógico, se casó conmigo, tuvimos dos niñitos y se volvió loca.

Mi familia, que en su mayor parte celebra el triunfo de las fuerzas armadas, quisiera obligarme a considerar a Luz María como una mujer demoníaca. Se concientizó, dicen, persignándose. Es la causante de tu separación, cruel e intrigante. Le diste todo. ¿Qué tienes ahora? Nada. Pero esto no es cierto. Es y no es cierto. En verdad, le di todo. Y hoy no tengo nada, ni siquiera los niños. Si Luz María me destruyó, será porque yo la destruí a ella. Y si se ha salvado, es porque nos salvaremos juntos. Me casé a los 21 años porque buscaba, y encontré, un camino que reconocí de inmediato. ¿Había perdido la fe católica? Dije ya que en mi vida religiosa entendí fácilmente a la Madre y al Hijo y no comprendí del todo al Padre. No soy dado a abstracciones. Habría entendido si el Padre hubiese subido a la cruz. Quiero decir algo concreto. Pero el Hijo declaró haber sido abandonado. No es mi deseo blasfemar y paso a lo que debo testimoniar aquí. No entendí entonces por qué mi madre había dejado a mi padre. Hoy sé por qué.

Creo haber dicho que cuando llegué a Pudahuel el 2 de julio mi padre no estaba esperándonos. Me extrañó, pero no me predispuso en su contra. Le llevé los niños a Luz María y se los entregué. Obviamente, en esos momentos no había sitio para mí. Ella me pareció tranquila, distante. Hablamos poco. Los niños se veían contentos y no extrañaban nada. No se dijo ni se preguntó dónde iría a parar yo. Le dejé los niños, digo, y me fui. Esa noche alguien me hizo una cama en el living de su departamento: Bustamante fue parque, hoy es una calle-mercado, feria a veces vacía pero siempre sucia, repleta, ciertos días de la semana, de sirvientas, carretones y carretelas, un mar de verduras y desechos; los cargadores y vagabundos se calientan el cuerpo allí quemando llantas viejas.

El 3 de julio llegué al departamento de mi padre. Pare-

ció contento de verme y de tenerme ahí. Pero se fue luego Solo, comencé a mirar sus libros, su música, sus retratos, todo bien puesto y ordenado, sus jarrones, marfiles, porcelanas y cuadros, sus muebles sobrios, avejentados, y pensé que el orden presente revelaba cierta intención: como si todo allí fuera parte de una vasta muestra de trofeos, el resultado práctico de una cacería llevada a cabo metódicamente, sin aspavientos. Así las mamás y damas de pelo negro, ojos sedosos, bocas en miniatura y vestidos oscuros, tanto como las niñas y los niños con melena, y los grupos familiares en el parque del fundo y en un salón del Club de la Unión, diplomas y autógrafos, algunas medallas y hasta un sable antiguo en una vitrina, habían sido coleccionados a lo largo de los años, puestos a secarse en ese salón frío y rígido para atestiguar no una historia familiar, sino la pericia de un cazador y taxidermista. No había allí ningún retrato de mi madre. Nada que la recordara. El piano era un mueble varonil, como un escritorio o un taller de noble carpintero.

Recordando detalles de hace años, conversaciones íntimas con mi madre y Marcelo, deduje que este hombre de acción, sin acciones, cerrado y austero, hombre pálido y flaco, de labios delgados y ojos claros, que a mí no me dice nada, o casi nada, pesó alguna vez todas sus posesiones en sus manos: mujer, hijos, conflictos, resentimiento, incertidumbre, años que se fueron y años que pueden venir, y decidió quedarse con su riqueza y agregarle su soledad, una especial soledad hecha de cosas que no conozco y defendida con principios férreos y sin emociones. No hablo, porque no sé, de pasión alguna. Pero, supongamos que haya sido así. Ignoro cuál fue la ocasión propicia para la separación. Y el pretexto. Tampoco lo sabe Marcelo.

Pero si no hubo pretexto ni razón inmediata, ¿es posible que las personas se dividan en silencio y se desplacen luego buscando su rumbo como células de microscopio temblorosas en sus cambiantes colores y en sus bordes ciegas, impre-

visibles? Supongamos que mi madre sabía que al enfrentarse a la soledad enigmática del viejo cortaba todos sus puentes. Habrá dicho «no» a algunas cosas, tal vez a muchas cosas. Sin embargo, conociéndola, creo que la razón pudo ser otra: obstinación rotunda, sin explicaciones. Se rebeló, se sintió rechazada, quizá rebajada, y reaccionó con dureza y orgullo.

El caso es que partimos los tres a Miami y de ahí —un poblón blanco y verde como cementerio protestante o cancha de golf batida por el viento, poblado de ancianos perdidos y amnésicos en pantalones cortos—, fuimos a Washington. Primero, a una casa de huéspedes al borde del ghetto negro. Mi recuerdo es nada más que eso: casa de ladrillo, porch desvencijado, mercadito pobre y un *college* sin fronteras establecidas, vastas planicies de cemento, armazones de tabla y láminas metálicas, rejas de alambre, canastas de basketball balanceándose en el viento sucio de papeles y hollín.

Esa universidad de barrio fue para nosotros como un cine acelerado. Las cosas que hacemos y que nos hacen en lengua extaña no dejan huella inmediata, sólo nos damos cuenta de que sucedieron cuando, años más tarde, muestran de repente una cicatriz que no cerró nunca o un simple vacío que parece nostalgia. Nada a flor de piel. Esa explanada se llenará de edificios. Los jóvenes que corren y gritan se detienen, vístense de adultos, dejan atrás sus libros y cuadernos, se ponen una mochila a la espalda. Cada vez tardamos más en volver a casa. O no volvemos. La madre nos parece demasiado autoritaria y dominante.

Para mí se hizo mandatorio, angustiosamente necesario, recuperar a Luz María.

Desde un comienzo mi madre había empezado a trabajar en una oficina gubernamental. Desaparecía temprano en la mañana, no volvíamos a verla hasta pasadas las seis de la tarde. Entró a formar parte de esa curiosa multitud que

emerge de fosas de cemento donde ha disfrutado de algunas horas de inconsciencia, para entrar a otra fosa de cemento, más vasta y compartimentada, a deshacer el día en igual estado de trance. Sin protestar. Se diría que ese anonimato le sentó bien. Como si le hubieran quitado una obligación que le pesara por años. Se transformaba en eslabón de una silenciosa cadena. Y, al borrársele la cara, es posible que creyera haber perdido su identidad social. Ni se amoldó ni se rebeló. Dejó, sencillamente, de ser, no volvió a acordarse del tiempo que comenzó a no pasar por ella.

Pero, pasó para nosotros. Yo abandoné los estudios y la fotografía se transformó en oficio. Marcelo continuó estudiando.

Durante año y medio no dejamos de escribirnos con Luz María. Por carta entendíamos que no había futuro para nosotros a menos que intentáramos algo práctico. Que yo regresara, no solucionaba nada. Unos pocos meses bastarían para convencerme de haber cometido un error. Por eso me resultaba extraño que ella no mencionara venirse. Parecía segura de que, tarde o temprano, lo nuestro se resolvería en tierra firme, es decir, riesgosa y filuda, donde las cosas suceden porque no tienen remedio y llevan el nombre nuestro porque nacimos para cargar con ellas.

Sin embargo, aconteció lo imprevisto. Después de unos meses de no saber nada de ella, recibí una carta suya fechada en Columbus, la capital de Ohio. Parecía misiva de misionera perdida en el Amazonas. No eran sino unas cuantas líneas para decir que detestaba hasta su propia sombra. «Me becaron para aprender el arte de la incomunicación, contaba, y lo he perfeccionado tanto que me he hecho invisible, paso a través de las paredes.» Pobrecita, le contesté, vente de inmediato. Te mandaré para el pasaje, pero no me alcanza.

Mientras tanto pensaba yo en los años que vendrían, en las vueltas que le daríamos al mundo tomados del brazo, así

como las viejas parejas en las veredas de mi tierra, yendo y viniendo con vaivenes de campana, saludando a fantasmas gemelos que, al vernos, sonríen tristemente como diciendo, buen dar, así es que ahí vamos, y adiós.

En fin, las cosas pasan y ni las aceptamos ni las rechazamos porque al suceder no tienen realidad aún. Ahora ni pienso en los detalles, sino en alguna escena de película europea con títulos en español: Luz María vestida de gris y yo de azul saliendo de una iglesita blanca, los prados muy verdes, una especie de luz violeta en el aire y luego la lluvia descargándose violenta, tupida, nosotros corriendo, empapados, subimos al auto de un amigo y luego el ruido suave de los neumáticos sobre el agua de calles estrechas, vacías, apagándose.

Han pasado algunos años y los niños también adivinan. ¿Pero qué?

¿Qué saben los míos? ¿Cuánto han adivinado? Dije que al llevárselos a Luz María no demostraron trauma alguno. Pudiera ser que estuvieran aturcidos. Pero recuerdan, ¡ah!, cómo recuerdan.

El primer ataque de Luz María ocurrió una noche en que debíamos comer fuera. Cristiancito tenía tres años, Marcos dos. Los acostaba mi madre. Luz María se vestía en el dormitorio. Pasé algunas veces por el corredor y la vi, primero en combinación dibujándose las cejas, después con el vestido negro arremangado poniéndose las medias. Más tarde, esa noche, tendría que llevar a mi vieja a su departamento, o si estaba dormida en el cuarto de los niños, no la molestaría. Nos sacaríamos los zapatos y apagaríamos las luces. Todo dependía de la velada. Si Luz María conversaba con algún sujeto mayor que la excitara intelectual y físicamente, si yo pasaba inadvertido, si a la vuelta comentábamos seriamente lo ocurrido y, al tomarle la mano en el auto, me dejaba hundir la mía suavemente entre sus piernas, si se dejaba besar, después, cerca de la estufa, termi-

naríamos desnudándonos de pie, ayudándonos en silencio y abrazados, luego, sobre la alfombra. Me pareció, entonces, que se hacía tarde. Me asomé al dormitorio y dije vamos, ya son las ocho pasadas. Luz María estaba en el medio de la pieza y me miraba con los ojos enrojecidos, turbios. De pronto, se lanzó sobre la cama y empezó a gemir. La escena era absurda, pues no soltaba la cartera. Tenía la cara encendida y la boca abierta, los dientes apretados. Me acerqué a tocarla. Se tiró al suelo. Ya no eran gemidos los suyos, sino el ruido de un ser a quien torturan de a poco y desde adentro. Rabia acumulada, que se va soltando lentamente con creciente violencia. Se arrancaba el vestido a tirones. Salí a buscar a mi madre. Cuando volvimos estaba desnuda, en un rincón, las mandíbulas apretadas. Dejé a mi madre con ella y corrí al teléfono. Llamé a un médico, prometió venir. Pasaron horas. Yo no me atreví a volver al dormitorio; escuchaba la voz de mi madre; golpes, cosas que caían. Al fin apareció el auto del doctor buscando el número de nuestra casa. Salí corriendo. Traté de explicarle lo que ocurría, pero no me escuchó. Era un hombrecillo muy frágil, pero enteco, calvo, indiferente. Entró con su maletín, preguntó dónde estaba el dormitorio y se encerró solo con Luz María. Vino mi madre y se sentó conmigo en el living. No me decidía a mirarla. Se tomaba un grueso chorro de coñac. No decía nada. El cuarto empezó a agobiarme; los muebles viejos, la madera falsa, los tubos de calefacción envueltos en asbestos que parecían vendas, los ceniceros sucios, una alfombra tiesa como cuero de vaca embarrada, encrespada en las orillas. Recordé algo dicho una vez por mi padre. Pensé que el doctor le daría una cachetada a Luz María y luego le pondría una inyección suficiente para dormir a un caballo. Me invadió una inmensa lástima, una ternura llorada; quise correr a la pieza, protegerla del anciano, acariciarla. Mi madre se fijó tal vez, porque me ordenó esperar, con voz desagradable, de garganta gruesa y gorda. No le hice caso. Ca-

miné de puntillas hasta el dormitorio. La puerta seguía cerrada. Pegué el oído, pero no se escuchaba nada. Golpeé con suavidad. Al rato, se abrió la puerta. El doctor me observó y me volvió la espalda. Luz María estaba en camisa de dormir ocupada en algo que me costó entender; había ordenado cuidadosamente en el suelo toda clase de objetos en perfecta alineación a lo largo de las paredes y ahora los cambiaba de puesto con gran delicadeza, llenando todos los huecos. El pelo le cubría la cara. Sus movimientos eran rápidos y seguros; no se detuvo cuando entré, no me veía. Pensé que estos dos se ocupaban en un horrendo juego de muñecas. El doctor guardaba la jeringa en su maletín y botaba algodones a la basura. Viéndola, la ansiedad se transformó en llanto; me puse a sollozar al lado de ella. Recordé una escena parecida, muy lejana. Mi madre, prostrada, histérica, balbuceando, y mi padre me lleva de la mano y me pone junto a ella y ella me observa y sigue gimiendo, y entonces yo me echo a llorar a gritos y tiemblo de miedo, y mi padre dice ya ve, hace sufrir al niño, mejor cálmese y los pujidos de ella no se interrumpen y empieza a decir estupideces y a verme con una mirada vidriosa y obscena. Quiero que Luz María me oiga llorar. Cierro los ojos y rezo; ruego por que pase algo, cualquier cosa. Pero Luz María continúa el juego de muñecas, ordenando cosas que de pronto se han apoderado de ella y que la siguen por el suelo y la van rodeando como pequeños animales. Sale el doctor y me llama. No quiero dejarla sola. No le pasará nada, me dice, ya se va a quedar dormida. Lo sigo hasta el living. Me habla de pie, sin prestar atención a mi madre. Quiero saber qué sucedió exactamente esa noche, si se ha vuelto loca, si debo llamar una ambulancia, avisar a su madre. El anciano me mira y parece no entender lo que digo, se impacienta. Me estira un papel. Mañana empiece a darle estas píldoras, dice, y se va. Miro a mi madre que sigue bebiendo, absorta. ¿Qué crees? Le pregunto. Pero no espero

su respuesta. Vuelvo al dormitorio y voy sintiendo miedo otra vez, y compasión también y deseos de besar a Luz María y desnudarla y acostarme a su lado. Esta dormida. Los objetos siguen alineados en la pieza y entonces comienzo a poner orden, mi orden, y llevo las tijeras, los espejos, los lápices, escobillas, peinetas, pinzas, colonias, de vuelta al baño, y poniendo este orden siento que hemos vuelto a la normalidad, y que Luz María ya está bien, que, bien pensado, no ha sucedido gran cosa, que mañana se olvidará el percance y empezará todo de nuevo, que jamás volverá a enfermarse. Apago la luz, cierro la puerta, regreso al living. Mi madre me dice en voz baja que Luz María no se mejorará nunca, que debo prepararme para vivir con estas crisis por el resto de la vida, que vivir así es dormir con una bomba de tiempo al lado. Voy a buscar un vaso y lo lleno de coñac. Ya no la escucho, aunque sigue hablando. Estaré esperando los días y no pensaré en esto.

Pero rápidamente los días vienen a mí. Y ahora es un sábado de noche y Luz María camina a mi lado y me va insultando; buscamos el auto, estoy perdido en calles que no conozco; no pasa un alma y, de pronto, me lanza la pulsera y sus anillos por la cara, y después los zapatos y se va quitando la ropa y todo me lo tira, y está en calzones en medio de la calle, escupiéndome sus insultos, y aparece a lo lejos un auto de la policía y nos alumbran con su reflector y suena la bocina de una ambulancia, un farol rojo da vueltas y vueltas en mi cara, y se la llevan, y la internan, la han inyectado con una gigantesca jeringa y la última vez que le veo camina en una pieza vacía dando vueltas alrededor de una noria imaginaria, cubierta con un camizón blanco, arrugado, corto, abierto por atrás y veo sus piernas largas y flacas, su espalda, las nalgas suaves, redondas, y después estoy llorando en la cama de un hotel desconocido, con una almohada en la cara y sintiendo un deseo violento y duro entre las piernas.

Me fuí quedando como un modesto árbol podado, no muy seguro de mi tronco, ceniciento, descascarándome, en esta ciudad sin campo, hecha de alambres y postes de luces, fierros que usan los asaltantes, puertas de emergencia para heridos que llegan desde la calle empapados por la lluvia y la escarcha. Cada día que pasó ella en el sanatorio fue un día de cruel enfrentamiento conmigo mismo. Me iba vaciando, escarbado por el miedo, corto de aliento, angustiado, disimulando para convencerme de que una mañana llegaría Luz María y comenzaríamos de nuevo. Los niños estarían esperándola, mi madre se marcharía, no habría necesidad de recordar nada, todo iba a perdonarse. Pero llegaba al hospital, subía al ascensor, me bajaba en el corredor vacío y me sentaba. No había sino una sola ventana defendida por gruesos barrotes y una puerta sin cerradura visible. Me afixiaba en esa espera, caminaba de un extremo al otro, de la puerta al ascensor incesantemente, hasta que oía las llaves, los timbres y la puerta se abría. La enfermera decía todos los días lo mismo, que Luz María se negaba a verme. A espaldas de la enfermera alcanzaba a ver más barrotes y colchones y rejas, gentes de blanco y lentos caminantes en bata de baño. Insistí, mañana y tarde, durante dos semanas. Dejé de ir al trabajo y a los niños sólo los veía de noche, dormidos. Una tarde la enfermera me franqueó la entrada y me condujo a una sala minúscula, sin ventanas, y me indicó una silla. Pasé después por entre los pacientes sin mirar, engrifado, sintiéndolos a la distancia como seres dañinos. El doctor era un hombre viejo, cansado, de barba gris y ojos inyectados de sangre. Por qué desea llevársela, me dijo. Los niños, yo, mi madre, el hogar. No me escuchó. Aquí está a salvo, balbuceaba, nadie responderá por su vida si se la lleva. Pero el cariño y yo mi madre y los niños. El anciano movía una mano como borrándome. Es un error, la responsabilidad será suya. No me importa, le dije con vehemencia. Esto es una prisión. ¿Adónde la lleva? Y compren-

dí su intención aviesa. Lo odié, pero no dije nada. Me condujo a la pieza de Luz María. Estaba ovillada en su cama. Con la camisa blanca de loca. La cara escondida entre los brazos y lloraba y lloraba. Pasamos allí toda la tarde. Ella llorando y yo de pie junto a la pared. Al anoecer vino mi madre y entre los dos la vestimos, recogimos sus cosas y la llevamos. La puerta se cerró detrás como una caja de fondo.

Y volvió a abrirse. Tres meses después. Al regresar del empleo me encerré horas en el cuarto oscuro a desarrollar las fotos que había tomado ese día. Escuchaba vagamente las voces de los niños. Después, se metió el silencio por alguna parte hasta el closet donde me escondía y me inquietó. Guardé rápidamente las películas, encendí la luz y salí. Supongo que el color morado de la lámpara me fue siguiendo y que, al verme, Luz María se asustó. El pelo le cubría la cara. Fui a ver a los niños. Estaban dormidos. Regresé al living y entonces ella me miró. Me habré puesto pálido con el temor de siempre, y tuve ganas de arrodillarme a su lado y llorar. Pero era tarde. Hablaba de los niños y gemía. Traté de acariciarla y me descargó una bofetada. Luego empezó a lanzar cosas al suelo con un esmero lento, deliberado. Quebraba vidrios, vasos, jarros, retratos, libros; iba por el cuarto destruyendo minuciosamente, pero saltándose algunas cosas, hasta que llegó a una ventana y ví que iba a estrellarse contra ella. La sujeté de los brazos y empezamos a luchar. Los niños se habían despertado y lloraban. Yo estaba solo con ella, no podía dejarla e ir al teléfono y llamar a mi madre. Luz María me dominaba con sus brazos flacos y sus piernas largas. Me tenía de espaldas en el suelo y me cargaba el estómago con sus rodillas. Hice un esfuerzo y logré zafarme y botarla. Se incorporó de un salto y corrió donde los niños. La seguí sin saber qué hacer. Los sacó de la cama y ahora corrían los tres aullando. Nos va a matar, decía, nos va a matar. Y ellos la seguían apenas, y yo atrás en un trote absurdo, porque no quería alcanzarla, ni podía

decirles nada. Corrimos así por el departamento un largo rato. Los niños se habían echado al suelo. Luz María gemía apoyada en la pared. Tenía un gran cuchillo en la mano y sangraba. Me acerqué al teléfono. Le grité a la operadora nuestra dirección, pedí una ambulancia y la mujer me hizo una pregunta idiota. Dejé el teléfono colgado y me puse frente a Luz María callado, temblando. Pasamos así un tiempo. Los niños en el suelo, ella gimiendo con los dedos crispados en el mango del cuchillo. La ambulancia venía mezclando sus sirenas y alaridos y silbidos. Se abrió la puerta del departamento y entraron y nos encontraron así, como la acción detenida en una pantalla, y la amarraron a una camilla y se la llevaron, y yo puse a los niños en sus camas y después empecé a recoger los vidrios rotos y vi que tenía las manos manchadas de sangre. Y cuando vino mi madre un policía anotaba en su libreta las frases que yo decía y olvidaba.

Entonces vi un árbol florecido en el Parque Forestal, un almendro, especie de percha o candelabro o jaula, o las tres cosas a la vez, y adentro del árbol empezó una pequeña lluvia, incomprensible, puesto que alrededor todo era radiante, y el sol envolvía al árbol como un paraguas de seda, y nosotros mirábamos sorprendidos y felices. Ella lloraba y yo también lloraba. Le pedía que nos casáramos y le besaba las manos. Luz María decía que no, que no era cosa de cariño, ni nada que exactamente me concerniera a mí. Quería irse, simplemente. Después me besaba los ojos y la frente y sonreía al verme llorar. Yo trataba de entender, pero me quedaba en imágenes que no duraban. Seguía viendo luces que salían de ella y me amarraban; quería entrarle por los ojos; eran como ojos de agua muy tranquila, suavemente verde, y hondos; podía lanzarme de cabeza en ellos, tirar piedras en su superficie y no se movería esa agua ni habría ondas, todo seguiría igual, impassible y lejano. Al mismo tiempo sabía con seguridad absoluta que

Luz María y yo habíamos caminado juntos ya muchos años, y que la vejez nos unía como a dos muebles, digamos dos sillas, y alrededor había hijos y muertes y otros nacimientos y otras muertes, de modo que parecía no haber necesidad de vivir esos años porque ya estaban vividos, lo que faltaba eran algunas veladas felices, algunos sufrimientos más, esa desesperanza que adorna a los parientes cuando nos reunimos a celebrar los aniversarios.

No entendía yo que Luz María fuese superior a mí en muchas cosas; decía que no y, después, creo que por piedad decía cariño, o por error. Afuera, en el parque, una lluvia constante, pareja; por la ventana un hilillo, como de sangre, y el agua rebotaba en las capotas de los autos, en los techos y en los vidrios, y en el suelo, como arroz. Luz María con abrigo, de espaldas; yo de traje, sombrero, corbata y zapatos, besándola.

Esta vez se habló por primera vez de separación. La familia opinó que se trataba de histeria y de trampa. El doctor dijo que, en realidad, podía hablarse de una depresión y que debía someterse a un tratamiento serio. Desde lejos llegó el comunicado más lacónico y claro de la madre de Luz María: que se venga y se traiga a los niños, no está para hacer de cocinera además de niñera, no sólo de sus hijos sino también del idiota con que se casó. Que se vuelva, está anémica, debe pasar hambre, que retorne a lo suyo y deje al cretino; el matrimonio puede anularse.

Luz María, tranquila, callada, rodeaba de ternura a los niños, parecía, en verdad, sentir miedo en mi presencia. Mi madre insistió en que debía irse y añadió que en sus condiciones no podía viajar con sus hijos. Se irá ella primero, luego le llevarás a los niños, esta idea suya prevaleció. Yo la juzgué injusta, cruel, para ella y para mí. Luz María no podía separarse de nosotros. Reconozco que lo mío pudo ser inconsciencia y afán pueril de borrarlo todo, creer que ella, amarrada en una camisa de fuerza, seguiría queriéndolo.

me. Algo así como quebrar una copa fina y pensar que, con el tiempo, no se notarán los pedazos pegados y las trizaduras. Yo sabía que le había hecho daño y que le dejaba cicatrices irreparables, que tal vez se volvería a quebrar en mis manos cada vez que la tocara. Siempre.

La verdad, en cambio, la reconocería mucho después, en septiembre y octubre de 1973.

Una tarde que volvía del trabajo tuve la sensación de que se acababa todo y que me iba cuesta abajo, ahogándome en un tango que yo venía armando hace tiempo, sin gran cuidado pero con toda clase de medidas de seguridad. Me encontraba solo, tapando los días como huecos con cosas a las que no ponía atención.

Trabajaba como fotógrafo en una organización panameñana. Con la cámara colgada al cuello, como un escapulario, iba de una función social a otra, fotografiando focas y pingüinos con la copa en la mano, visitando políticos, pintores, concertistas, cantantes. No tenía, entonces, horas fijas de trabajo. Me movía a mis anchas en la ciudad y podía muy bien pasar una tarde cualquiera sentado en una balsa inmensa, aderezada en forma de restaurante flotante, bebiendo vino blanco mecido por las olas sucias del río que, poco a poco, se cubría de un fuego ancho, cambiante, antes de borrarse en el crepúsculo.

Las noches eran ataques furiosos contra Luz María. La despertaba a codazos o empujones, tiraba las sábanas por el suelo y luego la atacaba por todas partes. Después salía en camisa, sin zapatos, a vagar por las calles verdes y heladas, recorría las avenidas vacías, los parques oscuros, buscando algún árbol que me resistiera, pero tampoco era esto posible, y entonces regresaba y me escondía en un sofá y me arrullaba pensando, detalle a detalle, en alguna venganza y ya, cuando me iba quedando dormido, me veía buscando un cordel, haciendo un nudo que me pasaba por el pescuezo

y luego saltaba, sintiendo que esos detalles me tranquilizaban; se dulcificaba la noche en mí; rezaba y me dormía profundamente.

Me iba como digo, y regresaba. Luz María no quería verme. Notaba en su cara la expresión de ahogo que se pone en la cama cuando a uno lo aplastan y lo golpean con un pescado grande, apresurando el tiritón que cada vez tarda y cuesta y duele más. Me contó que yo lloraba dormido. Le dije que podía arrodillarme y pedirle a gritos que fuéramos a la iglesia a hacer una manda: que yo partiera y ella me olvidara. Era la conversación más idiota que se podía empezar. Le dije que no deseaba imponerle nada. Me contestó que mi madre no la siguiera llamando. Me traga, dijo. Pensé en una boa. Le dije que sí, que se lo diría. No importa, añadió.

Esa noche, al llegar al departamento, traté de entrar sin hacer ruido. La luz del corredor estaba apagada, las luces del living encendidas y también las de los dormitorios, los baños y la cocina, y en el centro de la sala vi a Luz María desnuda y los niños desnudos, la ventana de par en par abierta, la cortina volándose en el viento frío de la medianoche, los niños temblando, callados, mirándome. Entonces, Luz María corrió, salió al balconcillo y se subió a la baranda, equilibrándose, con los brazos en alto; frente a ella un cielo negro y muchas estrellas, abajo las copas de los árboles; todo detenido en ese instante, y corrí yo también y la agarré con todas mis fuerzas de la cintura y la bajé y la puse en el suelo, inmóvil, con los ojos cerrados, tiesa, apretando los dientes. Después, fui a acostar a los niños.

Si uno aprende a hablarles y a escuchar a los árboles, aprende también a salvar el cuerpo que quisiéramos hacer pedazos entre las piernas. No puede discutirse esto. Podría ser cuestión de posición o postura. Frente a mi ventana veo un arce de tronco oscuro y denso, estructura abstracta en las noches heladas de Santiago, y ha comenzado a mos-

trarme un encaje de infinita delicadeza, arreglándolo en ramas de hojas verdes y rojas. Sé que en su corazón contiene el cobre más encendido del mundo y que llegará el instante cuando ese cobre brillará para mí en todo el sol que cabe en el patio y, a su lado, otro árbol mantiene sus hojas amarillas como yemas de dedos y no se agacha ni se dobla bajo el viento y el agua; al pie, mirándolos, hay una frágil azalea con cuatro flores rojas, y unos helechos cargados de lluvia y unas piedras oscurecidas por el musgo. Éste es un mundo que existe para mí y me alegra en las mañanas y me acompaña con su rumor y su aroma mojado por las noches. Puedo tocarlo y se animará al contacto de mis manos, como si una bendición mía fuera la señal de una comunión necesaria. Doy gracias a Dios por los pétalos rosados y blancos que vuelan en la lluvia, por los pezones de bronce que van a reventar en los duraznos, los almendros y cerezos de mi casa, por las agujas del membrillo y sus rojas estrellas, por esos pájaros que juegan en el pasto y pasan llevándose el agua. Hoy, Luz María en mis brazos, desnuda, ardiendo sobre la cama abierta, inventando caricias que no existen, abandonada en un combate ya perdido, moviendo las manos, sonriendo sin sentido, los ojos cerrados, se conmueve también al rozarla con mis manos y mis labios y, de pronto, el jardín entero se está moviendo, las ramas se agitan, se aclaran las nubes, si hubiera un sol se apagaría y se encendería, mientras nosotros vamos subiendo y bajando en el vuelo de un día eterno, sin nombre y sin fecha, con su pelo en mi boca y mis dedos en su espalda, dando gracias, gracias por haber sufrido con ella, y con ella haberme salvado, de pie, sobre el marco de una muerte silenciosa y sin angustia, comprendiendo ya la antigua escritura, desordenada, casta, sudada, entre las ropas que cubren todo el suelo.

¿Hoy? ¿Cuándo es hoy? Ahora me veo solo; por los inmensos tragaluces del estadio cerrado veo los bosques de pino, las rocas, el monumento a la Virgen; siento que no

habrá salida para mí, que no me llega el aura azul de la tarde ni me llegará jamás, pues han cerrado las puertas de fierro, han echado las cadenas y entre ese mundo de gentes que fueron mías y yo se levantan muros decisivos. Me miro las manos temblorosas, me cubro con la frazada que he traído de la celda, vuelvo a rezar y oigo la inmovilidad de todo indicándome que lo empezado habrá de completarse y nadie ni nada podrá variar su final ya escrito, y no estoy ni demasiado triste ni desesperanzado, porque no sé cuál es mi papel exacto en el día que está por concluir, en la noche que para mí y tantos otros acaso no empiece nunca.

Sé que me fue difícil dar más de mí y que anduve como un viajero dejando maletas por todas partes. De pronto, las gentes se han puesto a decirme que no debo echarlas al olvido; aun éstos, que apenas me conocieron, ya me olvidaban; como si constataran en mí una partida, otra, que todavía no he resuelto. Obviamente, estoy amarrado a mi mujer y a mis hijos y se me da sogá; siempre vuelvo porque en todo esto hay un nudo ciego. Pero, dudo. No he sido jamás un castigador. Me han querido porque llevo un aire de desamparado que da lástima y, además, un empeño sexual que debe causar asombro.

Hasta hace unos pocos meses Luz María me escuchaba, por lo menos, una hora al día. Se trataba de un modesto *rendez-vous* que repentina y dulcemente nos llevaba de golpe a los días lejanos de la Católica en Santiago. A medio día llegaba yo a la balsa-restaurant del Potomac con la chaqueta al hombro, arrastrando la bolsa con cámara, lentes y películas, subía por la escalera insegura y avanzaba sonriendo, con esa sonrisa inconsciente que mantengo —la forma de mi boca— hasta llegar a la mesita donde ella me estaba esperando. Prolongaba la conversación, prolongaba las caricias, lo alargaba todo y, sin anticipar nada, pero segura, ella marcaba horas inexistentes con paso firme. Yo me veía en ella y pensaba si me aceptaría otra y otra vez más. Salíamos

después y caminábamos por el tráfico brusco y sudado de la ribera, envuelto en el rumor de la batalla, buscando la sombra de las marquesinas y, a veces, parábamos en un bar a tomar un largo gin mirando el río mientras el sol se ponía muy rojo, de espaldas, sobre el agua turbia. Regresábamos a casa y Luz María dejaba que las cartas se le cayeran de las manos a la falda, de la falda al suelo.

Y empezaban las sesiones con tristes canciones peruanas. Una pareja daba vueltas despacio en un círculo negro, él con poncho blanco, ella flotando con encajes y cintas, pegándole al suelo de a poco, apenas unos golpes con la suela, no con el taco, moviendo el mundo, dándole vuelo y dudando, negando todo con la cabeza, pero más bien, un movimiento de asombro y provocaciones, pues las caderas se empecinan y la pareja bate palmas, aunque los dos se reirán arrepentidos, oscuros, mojándose la lengua, mirándose. Una noche el vals no para, el círculo se abre y por los surcos van cayendo las palmadas, el sudor, los sombreros; el círculo se cierra y allí está ella con sus botas negras sobre mí cabalgándome con fuerza y no me dejo, me lleva y apura, se violenta y galopa firmemente, se me abren caminos de un campo que recorrí cuando niño en yegua chica, tierra suelta, álamos y sauces, acequias en la noche; desde la huella se abre el cielo y voy sufriendo y gozando, quejándome, sin poder comprender el peso que me aplasta. No sé, le digo, te juro. Y ella sonrío mirándome desde arriba y en la carrera me arañan las zarzamoras, saco las uñas, la tumbo y la maltrato hasta que la quena vuelve a sonar y yo, callado, empiezo a reconstruir la escena.

Luz María lee una carta, la deja caer, y de la falda sigue flotando hasta la alfombra, y vuelve a leerla y a caer, y su cara no cambia, y el papel flotando dice mi nombre y nada más, excepto que el tiempo está pasando y acumulándose en un vaso que se maneja solo, y en realidad el mundo entero en ese momento se encierra en esta soledad,

y Luz María, del estupor, ha pasado al miedo; pero después de una vibrante, callada tristeza, lloramos lentamente. Se ha quedado sola, ¿cuándo?, ¿hasta cuándo? Sigue el círculo girando ahora y he perdido el rumbo de la pareja, únicamente el poncho blanco da vueltas y las cintas y los encajes caen; la música ha dejado de sonar. Luz María cortó todas las amarras, no hay tiempo ya, en su pecho yo voy cayendo, minúsculo, con los brazos abiertos buscando el fondo de piedras donde voy a desaparecer en un río.

¿Por qué creí perder a Luz María? Se sacó los niños como naranjas, mitad suya y mitad mía. Yo reaccioné torpemente, como un jovenzuelo sin modales, atribulado, penden-ciero, tratando de vengar en ella, supongo, una querrela ajena, antigua, que no entendí nunca. Puede ser que Luz María me aceptara pensando que junto a mí podría cuidar una parte suya que no sabía dar, crecer para adentro al lado de una especie de surtidor natural. Fue aprendiendo de a poco que lo guardado tan celosamente por ella, tan segura de que permanecería inviolado, me lo iba tragando también, obsesionado por romperlo a tirones. No comprendió nunca mi violencia. Ni la previó. Yo no me di cuenta de que iba marcándola, haciéndole heridas pequeñas, puntazos que en apariencia no dejaban huellas. Creí que los niños, que los años, un poco de tierna indiferencia o disimulo... ¡Qué estupidez! No entendía nada. Ella, pienso ahora, lo entendía todo. Es decir, todo menos la persona que yo iba destruyendo junto conmigo, metiéndole amargura con los dedos y con los dientes y con las uñas, acumulándole violencia sin parar, dele que dele, día a día, particularmente por las noches, moviéndola, empujándola como una cama que había que ablandar a golpes, hasta verla en el suelo, en medio de ropas deshechas, hasta verla en la baranda de un balcón en el aire, o con las venas abiertas sangrando, hasta verla de espaldas en el cielo, los ojos apretados, la cara manchada de sangre, yéndose de mí a través de tubos y agujas que

marcaban los gestos de la muerte. No lo comprendíamos. Ella, tal vez, consideraba todo esto como una manera corriente de aprender lo que puede no ser la vida. Dedicada en silencio, desde un rincón, al cuidado de los niños pequeños, con mucha dignidad, una niña delgada y alta, llenándose de arrugas sin decir palabra, endureciendo la mirada, observándose con rencor, clavada de espaldas bajo el suave carnicero que retoza y se duerme a pierna suelta, roncando en las tardes de lluvia, escondido de la familia.

No es posible, por supuesto, recordar con precisión los detalles, ni creo que importen ya, excepto algunos, quizá, para entender qué pasó y por qué.

Por ejemplo, una comida en casa de un funcionario de gobierno. Se produjo una discusión política. El dueño de casa, gordo y colorado, de apariencia muy áspera y con sangre en el ojo, atacó fuerte a alguien que no estaba presente, alto dirigente de la Unidad Popular. Su mujer no sólo lo apoyó, cargó la mano y entró en esas menudencias de tipo íntimo que, contadas, pretenden sugerir: «a éste yo lo conozco, y al margen de personalidades, nadie me va a negar que se ha portado y se está portando como un chueso». Salió a argumentar un joven pequeño, de aspecto triangular, muy echado para atrás, y con voz campanuda los rebatió y defendió al ausente. Me gustó su actitud, no el tono de voz ni el lenguaje amanerado de locutor de radio. No entré en la discordia porque, además de ser callado, el tema político de Chile no me movía a discutir. Lo que estaba sucediendo en Chile era un principio dentro del cual yo igualmente podía empezar algo; camino abierto sin palabras, pero lleno de acción. Se hablaba allí de fallas, omisiones, incompetencia, veleidades. ¡Pero si lo nombraron sabiendo que toda su vida se portó como un democristiano! ¿Y eso qué? Se sigue portando como democristiano. Frases así. ¡Representante de la Unidad Popular! ¿Qué clase de revolución hace un gobierno que aún mantiene en sus puestos a la reacción?

En realidad, hablaban de puestos. A quien nombraron y a quien no nombraron. ¿Qué me importaba todo eso a mí?

Afuera, en la terraza, tocaba la guitarra un joven de pelo oscuro y carita de pájaro. Entre las sombras de los helechos, afirmados en troncos, muchachos y muchachas de pelo largo, escuchaban; sombras lisas, esbeltas, con la elegancia clara y hábilmente descuidada de Providencia. Si los viejos derramaban saliva arriba atacando la repartición de puestos, acá abajo el mundo seguía su lento girar de vanagloria en barrio alto. ¿Qué sueño defendieron estos jóvenes contra el pujar de la guardia vieja armada de tuercas y gonzúas engañándose con un cambio que no podía, no podría variar nada? Arriba los viejos atornillaban, abajo los jóvenes, escépticos, tranquilos, burlones, desatornillaban. Cada viejo disfrazado de guerrillero arriba, con un vaso de whisky en la mano, tenía abajo su dulce peluda o peludo avivando con gracia el fuego de la blanda clase media chilena. Arriba: la revolución del cuoteo. Abajo, los cabros sacándole lustre a la melena, bien informados del parentesco nacional-clase alta, con recordatorio de Reñaca y Cachagua, Santiago College y la Maisonette, desteñidos bluejeans de Las Condes, asqueados ante la pobreza auténtica, el cachiculeo en forma y la alienación padre del hippismo bario mapocho. Este suave concierto de instrumentos pitucos era como una tonada de paja para acallar los ronquidos de la revolución zapateada allá arriba. No me metía con ellos porque simplemente había superado yo la era del veraneo en mi vida. Chile, hermanitos, es una gran pensión de aguas termales, más agua por el sur, más termal por el norte. Casinoportilloclanbraniff. Pero Colo-Colo rima con roto. Así será. La palabra *auto*, para quienes nacieron de a pie, se escribe con *amb*; la palabra *fundo* con *f* de gran familia, la palabra *empanada* y *pelotas* con *p* de pueblo, así como *población* *callampa* y *peliento*. En un país apacible y sereno, donde las categorías no se inventan, se reciben, se aceptan, se usan,

donde la última Cena no tiene sentido porque somos compadres bien paleteados y buenos pal vino tinto, según dicen los huasos del club de la unión, viene una comparsa de polarizadores, concientizadores, planificadores y empiezan a hablar con acento del Caribe, chico, y declaraban que en Chile ha empezado una revolución, y esta revolución, sigue diciendo el momio, se realiza principalmente con canciones. En consecuencia, se arma una tremenda trifulca en el festival de Viña. La revolución sigue su marcha y sigue también inmaculada la vasta masa de pan, la miga llenadora en que descansa la sobria solidez y ventura de la patria, la clase ni alta ni baja, peso y volumen del orden, diciendo «por la razón o la fuerza» y, añadiendo: ¡Sin que esto signifique una amenaza para nadie!

Pero, ¿quién te ha dicho que el chileno es revolucionario? Somos conservadores de nacimiento. Tenemos un nombre y un pasado que conservar. La clase media no ha querido ni querrá jamás una revolución. No me diga. Reformismo moderado y tranquilo, sí, porque sabemos lo que vale el roto y de vez en cuando, es preciso pararle el carro a los frescos que abusan de él. Don Eduardo Frei dio en el clavo: revolución se escribe con dólares. Sacó más votos que Miss Universo.

El cabrito se sabía todas las canciones de los Quilapayún y quiso cantarnos la Cantata de Santa María. Pero los demás niños pedían cuando la tortilla se dé vuelta los pobres tendrán pan, los ricos mierda mierda. Recuerdo en especial a una cabra gordinflona, especie de cantinera de las trenzas rubias, cantando a grito pelado qué culpa tiene el tomate y su papá, apellidado en alemán pero casado con vasca de pura cepa, la escuchaba arrobado mirando a los colegas, orgulloso de su gorda, dueño de fundo intocado, revolucionario al margen de la reforma agraria. Cantábamos todos y los hijos de puta de la canción nos alegraban el corazón. Se armonizaba así abajo; arriba se armó la rosca. Un orador se fue

solo. No terminaba de salir cuando ya le gritaban contrarrevolucionario, vendido al imperialismo, freísta.

Esas gentes me impresionaron esa noche por dos razones: veían en mí algo que yo no era, y Luz María parecía no existir para ellos. No sé si de algún modo aparentaba yo poderío. Habrá sido mi manera de quedarme callado, mirando, con un mechón de pelo en los ojos, inmóvil, o la manera como los demás pasaban a mi lado, por encima de mí, a través de mí, sin darse cuenta.

Luz María, arriba, se arrinconaba sola, fumando. Estoy seguro de que no había hablado con nadie. Me quedé con ella como tantas otras veces, sin saber qué ocurriría más tarde, si el modo de mirarme era duro o vacío, pero cierto de que observó todo, sin oír ni ver, como una placa sensible que, a la distancia, recibe imágenes, ácidos, luces; un ojo abierto que va captando las manchas negras y rojas, película velada con personas borrosas en actitud de llorar o fugarse.

¡Cómo puede equivocarse uno! He dicho «sin oír ni ver»... ¿Qué podía saber yo si ella veía o no veía y si lo que escuchaba no volvería a pegarnos en los dientes con el peso de piedra de nuestras conclusiones antojadizas?

Por fragmentos de cartas y conversaciones que hoy repaso me doy cuenta de que mi ceguera llegó a asumir relieves patéticos. Yo la analizaba, la clasificaba y recetaba con frescura, sin detenerme nunca a pensar que ella podía devolverme la mano, analizándome a su vez, clasificándome y desahuciándome. Sólo que no ocurría verdaderamente así. De una carta escrita antes de venirse de Chile:

«Hay ciertas cosas que, al parecer, te tocan y resbalan, se dijera que careces de paciencia para asimilar los posibles modos de entender algún hecho o alguna persona y prefieres la conclusión rápida por comodidad, a sabiendas de que te equivocas. Unas veces pusilánime, estático, estrujando a fondo lo que te produce placer intelectual porque te infla y eleva; otras, te lanzas, atropelladamente por impaciencia

pueril. No mantienes un paso, ni un nivel. Vas por un camino que crees haberte hecho, sin advertir que te lo hacen o deshacen otras personas a voluntad. Te gusta que te mimen. Aborreces que te juzguen. Si te critican, te asustas, si no lo hacen te desconsuelas. No quieres que te marginen.»

En sus conversaciones era más escueta, pero mucho más contundente. Recuerdo un día en que conversábamos sobre la violencia.

—Lo importante —dijo— es poder sentirla como algo que te envuelve a ti personalmente. Nunca como una abstracción. Ni como un accidente.

—Odio la violencia, le respondí con voz de fakir.

—La violencia no se odia —contestó— o la derrotas o caes frente a ella. No puede eludirse. Podrás salir arrancando, si prefieres. Pero así no la has evitado. Le dejaste el camino a los que la practican. Si la confrontas, ya estás envuelto. Lo que pasa es que preferirías no encontrarte nunca ante la disyuntiva. Y esto es imposible. Te violenta todo el mundo, todo el tiempo. Lo único razonable es saber medir tu resistencia, porque entonces puedes acomodar las circunstancias y, por muy inútil que seas, salir ganando.

Durante los años que sufrió sus crisis depresivas no entendí ni siquiera me imaginé cuáles podían ser en verdad sus problemas. Es fácil decir con todas las viejas de la familia, además de los parientes y amigos solidarios, que una persona «cambia de edad» —a una edad equivocada—, y que tú debes amoldarte, sacrificarte, aguantar. Pasará, pasará, dicen y se despiden y te dejan con la bomba de tiempo debajo de la cama. Cambiar de edad para esta gente es como cambiar de sombrero. Un día decides que no te gusta esta cabeza con que viniste al mundo y ¡zaz! la cambias por otra más cómoda, tranquila y, en lo posible, más atractiva. Además, la fórmula se la aplicas a veteranas, señoras madonas y a inexplicables, eternas adolescentes. Es muy posible que Luz María se enfrentara a una imagen suya de inutili-

dad creciente, a un desamparo producto de su rechazo de aquello que para mí se había convertido en rutina. Por ejemplo, debió repugnarle ese ambiente chato y ambiguo en que habíamos caído: una iglesia pelada y con bandera al mástil, con clérigos que hablan como policías o funcionarios de compañías de seguro, vecinos uniformados que hablan un lenguaje hecho a la medida para la olla diaria en que se cocina la familia. Durante años vivimos en un mundo que literalmente tenía cuatro paredes y ninguna ventana. ¿Por ignorancia, por incapacidad nuestra? Era necesario rebelarse. ¿Pero, cómo? También se puede caer en un mundo así por decisión desesperada de uno mismo, porque preferimos pasar al bando de los enajenados.

Asimismo, es muy probable que Luz María fuera cambiando a saltos y nadie —yo menos que nadie—, entendiera el sentido de estos saltos. Reconcentrada, distante, podía parecer indiferente y aún hostil. Se sentía rechazada, tal vez, y rechazaba. De las ancianas luteranas, conservadoras y anti-negras —antimexicanas, antiorientales, antitodo que no tuviese color de galleta de agua—, decía:

—Si éstas vivieran en Chile, odiarían a los rotos. Les duele verse retratadas en la miseria y la ignorancia que es lo único que entienden porque es lo único que saben manejar y mantener para defenderse. Háblales de caridad y las haces felices. Diles que hay que repartir las tierras y ya te quieren crucificar.

Cuando ella volvió a Chile yo no sabía que parte de su «cambio» podía ser comunicarse con personas que, hacía tiempo, reventaban los globitos de los bandos de piedad y las ollas del pobre. Una nueva clase de gente salía a la calle y a las poblaciones y parcelas para hablar de reforma agraria, de iglesia con conciencia social, de acción inmediata. Si un católico decidía actuar en Chile, siempre tenía a la democracia cristiana para dividir y sacarle otra alita un poco más revolucionaria.

Es demasiado fácil ser hipócrita anotando estas cosas. ¿Qué he dicho? Dije que destruyéndola a ella pasaba yo de una etapa a otra de disimulo, tapando el cero peludo que yo era, echándole palabras y cancioncillas a unos años totalmente inútiles, trascendente y sin peso, como monje de aire, un poco también como esos falsos budas que, envueltos en sábanas de color limón, bailan, cantan y le pegan a la pandereta frente al *Bank of America*. Al menos estos se exponen a las burlas de los transeúntes. Yo, en cambio, disfrazado de no sé qué, sacaba fotos sin gracia ni fuerza, hablaba de hacer cine, tal vez una película sobre el momento en que el mundo sufre su cambio de edad, la menopausia de chilito, tal vez. Todo era intemporal, pero también cotidiano; amontonaba y barría los días empeñado en hacer desaparecer la acera frente a mi negocio vacío. Me molestaba el lugar que se iba formando alrededor mío. Engordaba para adentro y me ablandaba y goteaba a menudo porque el llanto me ayudaba a mantener las puertas abiertas.

He dicho, o tal vez no lo he dicho, que en un momento dado se cerró todo ante mí. No tuve ya salida. Fue cuando dejé de ir al trabajo y no busqué otro puesto. Le tuve miedo a Luz María. Pensé que aún me quedaban los niños. ¿Para qué? Eran parte del disimulo. Los niños, en verdad, pertenecían a los abuelos, a un mundo que rehusaba cambiar de edad y ganaría, al fin, la partida, porque estos líos no son para sentimentales como yo. Pero es fácil decir «se cerró todo». Por inercia me iba de cabeza no contra lo que consideraba clausurado, sino precisamente contra lo que imaginaba abierto. Buscaba camino todavía. Es posible que existiera algo de predestinación. Marcelo sabía que entrábamos a un túnel y veía un poco de luz al otro extremo. Yo no veía ni túnel ni luz, pero cedía al movimiento que él y otros iban creando a mi alrededor. Tampoco deseo sugerir una imagen de indiferencia o de abulia. Mi decisión fue firme: volver a Chile en esos momentos significaba un nuevo

intento de paz junto a Luz María (de modo algo engañoso porque suponía una especie de triunfo personal de mi parte, creación, justificación, permiso para seguir luchando, acomodarme de repente en el lugar de origen), y el convencimiento de que los hechos iban, por fin, a darle un sentido a eso que, hasta entonces, era una modesta cadena de tentativas y fracasos.

Además tenía trabajo inmediato. No he dicho que en 1972, cuando Allende estuvo en Nueva York, llegué a conocerle personalmente, pues se me encomendó preparar un record fotográfico de su discurso en la Asamblea de las Naciones Unidas. A él le gustó mi trabajo y, en el curso de una conversación «caminada» —todos los fotógrafos siguiéndole por la Quinta Avenida—, aceptó mi idea de hacer unas pocas entrevistas y muchas fotos que pudieran publicarse en forma de libro. Esto y mis planes futuros para un film sobre los cambios de Chile le dieron la razón práctica a lo que pudo haber parecido un nuevo intento de aventura.

Varias cosas no entraban en mis planes, ni siquiera pensaba en ellas: los días que iba a vivir con mi padre; otra ¿cómo desaparecen los niños? No quiero dominar ni destruir a nadie, debo encontrar ahora individuos, no enredaderas, saber que yo vivo en una conciencia —tal vez no clara todavía, pero alumbrándose—, que no coerce ni corta nada, que se abre y debe crecer sin completarse nunca y darme un sentido de fuerza no en la derrota de los demás sino, por el contrario, en la fuerza misma que descubro en ellos y me sirve y les sirve, sin amarrarnos, pero uniéndonos. Invoco a Dios cada vez más, pero esto no es beatitud, sino el presentimiento ahora de una libertad inteligente, respeto a todo lo que salga al camino, opuesto o positivo, porque en cada confrontación que yo haga durar encontraré armonía y, quizás, si las cosas se me dan bien, es decir con autenticidad, hallaré paz.

Había, por supuesto, muchos cabos que atar. No soy,

bien mirado y considerado todo, más que un individuo de 27 años, cuyo matrimonio, según dicen, fracasó por propia insuficiencia y cobardía, y que ahora busca un balance, no para hacer ostentación de lo aprendido, sino porque ha llegado el momento de empezar, realmente, otra vida.

Volví entonces a las Torres de San Borja. No había nada que temer. Mi padre era conocido por las señoras y señores de Patria y Libertad en el edificio y el vecindario. Mantenía su dignidad, se cerraba a toda discusión, se expresaba estrictamente en verdades escuetas. ¿Allende? Liquidado, las horas contadas. ¿Los militares? ¿Qué les pasa que no se pronuncian de una vez? No se refería ni a los camioneros ni a los terroristas ni a los comerciantes del mercado negro. Caos con mayúscula que las Fuerzas Armadas deben remediar, también con mayúsculas. Nunca me preguntó mi opinión. Él hablaba y nosotros escuchábamos. Además, hablaba solamente lo necesario. Leía *El Mercurio* sosteniéndolo con mano firme. Me observaba con sus ojillos celestes, se arreglaba el nudo de la corbata, pedía té con leche, no hay té ni hay pan, se quedaba pensando, miraba el reloj, salía al balcón. Volvía a entrar. Oía la radio. Las Torres de San Borja, nítidas, por encima de la niebla, parecían enfrentarse en silencio. Al otro lado de la Alameda, la UNCTAD de fierro, roja y negra, goteaba la llovizna de la mañana. Las chimeneas soplaban su humo espeso hacia el centro. Un aviso luminoso frente a la Plaza Baquedano seguía parpadeando. Las Torres de Tajamar, a lo lejos, se borraban en el blanco de la cordillera.

Abajo, vi pasar un Opel gris con las luces encendidas, lento; el tipo de traje azul llevaba una pistola en el asiento; se la vi claramente; tuve la impresión de que patrullaba, lo que me pareció absurdo. Vi gente caminando en dirección al centro. No advertí mayor movimiento en las otras torres. Entré al living. Mi papá se había vestido. Sonó el teléfono. Saludó con voz cortante y escuchó. Ah, sí, dijo, ya era tiem-

po. No, claro, quién va a salir, haz lo que debe hacerse, quédate en casa y espera, te llamaré en la tarde, podría ser, pero almorzar no, esto puede durar más de lo que piensas, por la noche seguro, pero te llamaré.

En las torres de oriente viven cubanos, brasileños, argentinos, bolivianos. Habrán salido ya. Los cordones industriales, las poblaciones. Mi papá me miraba sonriente ahora. Sonó el timbre. Era el contador del departamento de enfrente. Venía pálido, con los crespos parados, tartamudeaba a gritos. Mi padre no lo hizo pasar. Llegaba del centro. Hay que cerrar puertas y ventanas, meter los autos al garage, las balas, señor, por todas partes, de los comunistas no quedará ni el polvo, la patria se ha salvado, mi amigo, les van a sacar la cresta, tenga la bandera lista porque lo pasaré a buscar y celebraremos en la Plaza Bulnes, en LA MONEDA, comprende, iremos en mi auto, pues. Mi papá trató de calmarlo. El contador con los ojos azules pelados agitaba las manos y repetía lo de Valparaíso y Puerto Montt. Cuando se fue, mi papá puso otra vez la radio. Empezaban los pronunciamientos, al comienzo como avisos comerciales—locutores de oficio—, dando cuenta del golpe de Estado y órdenes para la población de Santiago. En calma y en su casa, era el aviso. El contador, que tenía una ventana hacia la Alameda sacó la bandera y la descolgó. Los vecinos de torre de al lado observaban en silencio. Repentinamente, el tráfico cambió de ruta. Comenzaron a subir los autos a gran velocidad hacia Providencia. Los veía pasar suaves y relucientes, empujados por algún control remoto. El mayordomo cerró las puertas de nuestro edificio con cadenas. Llamé por teléfono a mi hermano. No contestó. Había algo de escalofriantemente rutinario en el modo en que las radios anunciaban el golpe militar. Las voces llegaban sin alarma para decir que reinaba la calma en todo el país, que una Junta había tomado el poder y que pronto se empezaría a

anunciar los bandos del nuevo gobierno. De Allende no se decía nada.

Tuve la impresión de que una red perfecta se cerraba sobre el país, nadie se sorprendía, en unas horas estaríamos almorzando tranquilamente bajo un gobierno de orden y de fuerza, aplastados bajo la carga de carne, pan, aceite y detergente que nos caería del cielo. Tomé mi máquina fotográfica, me puse al hombro el saco verde y le dije hasta luego al viejo. Me quedé mirando un poco incrédulo. ¿Otra vez? Pero no perdía la sonrisa. Hasta esa despedida iba a ser rutinaria. Bajé solo en el ascensor y le pedí al mayordomo que me abriera la puerta de rejas. Se está arriesgando por las puras, me dijo, porque no va a haber celebración y, además, el centro parece peligroso. ¿No ve cómo van los autos por Providencia arriba? Te va a costar volver. Chao, le dije y empecé a caminar por la Alameda hacia la Plaza Bulnes. La UNCTAD, cerrada y vacía. En las puertas de la Católica divisé algunos grupos de gente joven conversando. Acercándome al Cerro Santa Lucía me encontré con los primeros carros blindados. Nadie me detuvo, ni me preguntó nada. Las tiendas permanecían cerradas. Vi personas que caminaban hacia el Forestal. Llegué a la iglesia de San Francisco. Ahora, las gentes corrían. Una mujer parada en el medio de la Alameda. Un auto se detuvo, el tipo le abrió la puerta y ella subió. Apuré el paso. Acercándome a San Antonio oí un ruido de motores a mi espalda. Empecé a tomar fotos. Era un destacamento de tanques acelerando hacia La Moneda. En un quiosco de diarios un hombre bigotudo, envuelto en una larga bufanda, tomaba té y escuchaba su radio de pilas. Me acerqué y oí la voz de Allende. No entendí bien lo que decía. Parecía llamar a los trabajadores a ocupar las fábricas y sitios de trabajo. Calma, repetía. Todo el mundo pedía calma. Los tanques se alejaban. Alertas, dijo también. Es la radio Magallanes, explicó el hombre, la única que le va quedando. Y usted no tiene mie-

do, le pregunté. ¿De qué? Me dijo. Se va a armar la grande. No se armará nada, todo está controlado. ¿Quién dice? Pasaba gente corriendo. Se trataba de una situación curiosa, los que ya habían llegado a su trabajo huían tratando de volver a sus casas; pero, otros venían también corriendo y entraban a los edificios públicos cerrando puertas y ventanas. Llegué hasta la esquina de Morandé y la Alameda. Los tanques habían tomado posiciones. Vi cómo los soldados de infantería llegaban en camiones y establecían sus puestos de combate. Veía estas maniobras militares, las ametralladoras y bazucas, sin entender bien lo que pasaba; era como una especie de juego de amanecida al cual seguiría el sinfónico cambio de guardia de carabineros para los turistas del Hotel Carrera. Me pararon los milicos apuntándome con sus metralletas. Por primera vez esa mañana no vi caras sino cascos; sentí que esas metralletas podían disparar solas. Seguí hasta Amunátegui y di la vuelta por Moneda. Frente al palacio divisé grupos de periodistas y fotógrafos. No me pude acercar a ninguno de ellos. Todo era absurdo, porque un locutor de la Católica hablaba para su grabadora portátil, otro enfocaba a las tropas; los periodistas bien peinados y abrigados observaban con atención pero sin ansiedad; la TV dominaba la calle, y mientras tanto algo, la red de antes, iba cerrándose, y alguien amarraba los últimos cabos con precisión, sin apuro, y en la eficiencia se captaba un desenlace perfectamente previsto.

De pronto, apareció Allende en el balcón de su despacho. Increíble. Miró hacia la Plaza y saludó sonriente a un grupo de civiles que lo vitoreaban. ¿Qué puede pasar si así van las cosas? Llegará Prats, se darán órdenes y contraórdenes, sonarán los tacos, se llevarán la mano al hepí, volverán los tanques a sus cuarteles y hablará el Compañero Presidente por cadena nacional. Allende permaneció unos segundos en el balcón, tranquilo, bien peinado, elegante con su chaqueta de tweed y el pañuelo rojo en el bolsillo. Entró a su des-

pacho y se cerraron los postigos del balcón. Y mientras eso sucedía o, tal vez, un poco más tarde, pero no mucho más tarde, un joven de chomba blanca, melencudo y rubio, comenzó a armar una ametralladora en otro balcón de La Moneda. Lo hacía con gran calma, preocupado de los detalles, apuntando hacia los tanques. La Guardia de Carabineros se mantenía en su puesto. Llegaban civiles a pie y en auto. Reconocí a varios Ministros y líderes de la Unidad Popular. Hubo cierta conmoción, pero no demasiada, cuando entró al palacio un general de carabineros. Los guardias gigantes, de botas lustrosas y espolines brillantes, le rindieron los honores y el general entró arreglándose la gorra y estirándose la casaca. Alguien a mi lado dijo que Allende había hablado por radio nuevamente, despidiéndose del pueblo. Se va. Me pareció difícil de creer. Pero todo era increíble. Ahora salían civiles.

Más tarde, en el Ministerio de Defensa vi a Orlando Letelier, muy pálido, el nudo de la corbata torcido, la chaqueta abierta, rodeado de soldados que le apuntaban con sus fusiles. Más alto que ellos, no parecía prisionero, sino más bien guiarlos al auto en que subió.

Luego, aparecieron dos tanques e hicieron una maniobra que me pareció extraña, como si se equivocaran: uno fue a estacionarse frente a la puerta principal de La Moneda, frenando violentamente. El otro se quedó al lado del edificio del Seguro Obrero, retrocedió, volvió a adelantarse y se detuvo un poco torcido, tal vez apuntando a la ventana del despacho del Presidente. Los carabineros de la guardia salían ahora en fila india, algunos con pañuelos al aire en señal de rendición, y corrían hacia el garage subterráneo de la Intendencia. Una rara cueca, o un esquinazo.

No sé exactamente en qué momento comenzó el tiroteo. Pero fue un tremendo fuego cruzado, como si la Plaza de la Constitución entera hubiese estallado en una explosión interior, invisible, que rompió el balance de la mañana des-

plomando muros y haciendo volar puertas, quebrando vidrios, rejas de hierro, agujereando automóviles. En la confusión caí debajo de un banco de cemento y vi a los periodistas que corrían por Morandé y Moneda, y a hombres y mujeres que aparecían en las puertas de los Ministerios con las manos arriba, y los soldados los recibían en la punta de sus fusiles, los echaban al suelo, interrogando a algunos, golpeando a otros en medio de las balas que rebotaban contra los edificios. Luego, cargaban rápidamente los furgones militares y partían.

Traté de fotografiar y en el lente vi una imagen quebrada: una cara joven en un instante entera y segundos después deshaciéndose como si fuera de goma y la borrarán y lo que fue cara se abrió grotescamente, lentamente, perdió sus orillas, se hizo labios y desapareció o se confundió con el cielo rojo, lleno de humo. El suelo también se abría. Los tanques disparaban sus cañones. Y entonces vi mi propio ojo desorbitado, sin pestañas, goteando sangre, y nada más.

Antes de que sea tarde debo obligarme a pensar en ciertas cosas y ahondar en los motivos de este súbito infierno. No es mi intención analizar nada ni dejar en estas páginas un tratadillo de costumbres y problemas sociales, mucho menos escribir para la historia. Quiero ir a lo más descarnado y simple, duradero o no, pero verdadero; tratar de mirarme y mirar a los otros sin la criolla hipocresía que hace siempre fácil las excusas y justifica nuestras fallas. Veo y oigo a la gente y hago lo posible por mantener alguna distancia, pero es imposible.

¿Cómo no va a ser difícil si se destapó Chile como un árbol agusanado por dentro, pura corteza? No me refiero solamente al odio que nos divide en estos días, porque odio existió siempre, pero hubo también disimulo y astucia.

Ni mis padres ni yo ni mi hermano fuimos nunca una familia con acaudalados depósitos en el banco, ni de mansiones ni de viajes. Pero la familia tuvo y tiene tierras y

parientes, muchos parientes, y se nos reconoce en el medio hogareño de la antigua burguesía. Debo entender, entonces, que si hubo un largo conflicto que iba a deshacer la familia, no me tocó ni directa ni profundamente. Fue preocupación de otros. Tampoco pienso que comprometió mayormente a mi madre, mujer de carácter enérgico y voluntad teutona; aunque a mi padre sí tuvo que haberlo conmovido en una época y marcado para siempre.

El desprecio y asco por el roto que siente nuestra clase media acomodada me parece cavernario, signo de ignorancia o, mejor dicho, de provincialismo (las raíces populares andan muy cerca). La verdad es que los chilenos somos gravemente provincianos. Todos. No en vano vivimos al fin del mundo en un país estrechamente acosado por la cordillera y el océano, descascarándose en terremotos y cataclismos que los expertos en reforma agraria llaman erosión. Miramos alrededor y nos sonreímos. Somos un pueblo «homogéneo» alimentado por bella inmigración europea. Parece ser que el clima coopera con las corrientes raciales y preserva las mejillas coloradas, el pelo claro, las buenas piernas y hasta apaga la persistente oscuridad que no podemos negarle en nuestra sangre al araucano y al mestizo. El chileno medio es inteligente, liviano de sangre, siempre lleno de recursos, dominador pero con gracia. Cuando se desequilibra —la pobreza, la fatalidad, la flojera— brilla por su viveza y es entonces que la viveza acaba con él. Ser *vivo* entre nosotros es marca de roto ladino, no choro, de sujeto marginal. Condenado. Muerto, pues. Nuestro orgullo y violento patriotismo nos dan a todos un aire de sólida consanguinidad. *Inbreeding*. Nadie debe meterse con nosotros. Las cosas nuestras las arreglan los chilenos *en Chile*. En familia. Esto es parte de la religión chilena. Podemos recibir ayuda de medio mundo, la aceptamos con ligereza afirmando siempre nuestra independencia e individualidad. Nada ha aterrorizado tanto a nuestra clase media como los editoriales de *El Mercurio*

sobre los exiliados políticos durante el Gobierno de Allende, revolucionarios que empezaban a cambiar el tono de la vida santiaguina. De ahí que las Fuerzas Armadas empezaran su reconstrucción nacional liquidándolos sin miramientos.

Ercilla nos llamó «fértil provincia señalada». ¡Nos llamó *provincia* y agregó *señalada*! Ésta es la fórmula que mejor nos ha definido a través de la historia. Vivimos para adentro, cultivando una raíz de lo particular, creyendo que en verdad no necesitamos conocer el mundo, sólo conocernos a nosotros mismos, que basta sabernos provincianos y señalados para dominar nuestro destino. Este concepto debió funcionar bien con vascos, franceses e ingleses que ponían cimientos a la provincia. No tan bien con los castellanos, menos con los andaluces. El Chile homogéneo sentado a la mesa puesta por los pioneros de Pérez Rosales, mineros de Godoy, cronistas vascos, matemáticos, zoólogos y botánicos alemanes y contadores ingleses, se pregunta qué es lo que ha dividido a la familia. La sólida clase media no da el tono ni define nuestra homogeneidad, la protege y la cubre porque se amolda a todo. Los peones no cuentan ni han contado nunca, tampoco los araucanos porque, como se sabe, Chile guerreó contra ellos durante años. Quienes se extrañan de que las Fuerzas Armadas hayan declarado un «estado de guerra interno» en 1973 y se empeñen en acciones bélicas contra un sector de Chile y de chilenos, olvidan la guerra de la Frontera y numerosos episodios similares para abatir a los obreros del salitre, por ejemplo, o los mineros de Lota o a los de Chuqui y Rancagua.

Hoy observo a chilenos que exigen mano más dura y piden más, mucha más sangre. No los reconozco. Los entiendo, naturalmente, pero no sé exactamente quiénes son. No pienso en delincuentes. Veo gente de edad madura que defiende su oficio y su negocio, pide venganza y espera que sea sumaria y «sin contemplaciones». No creo que haya visiones históricas en ellos, y piensen realmente en Portales.

No. Les bastaría con Brasil. Si comerciantes, consideran lo perdido con Allende y deciden rehacerse brutalmente; si industriales, quieren que vuelvan los gringos —los gringos buenos, pues—, y que se abran los créditos y se negocie con las divisas; si profesionales, piden la cabeza de los marxistas y que los rotos se aparten y no frieguen. Abundancia de clase media foránea aquí, particularmente en los dos primeros grupos. Luego, constato la presencia de otro sector difícil de definir, pero no de reconocer: clase alta, educación extranjera, ideología dura y nítida, táctica de acción inmediata, que constituye los mandos civiles detrás, no debajo, tal vez al frente, de la ofensiva dictatorial armada. Su terrorismo, complejo y eficiente, es de índole sofisticada. CIA de primera. Pero en el fondo, deben despreciar tanto a brasileños como a gringos, a unos por motivos raciales y a los otros por razones de clase *el norteamericano nunca podrá ser elegante para nada; será poderoso y sabio, pero culto no.*

A la siga de estos grupos va la nación: las damas y caballeros de la reconstrucción nacional, los niños y niñas de calcetines, sus padres y apoderados, con la brocha y el balde en la mano borrando la historia.

Esto me lleva de vuelta a mi familia. Somos cuatro personas más o menos desplazadas. Nuestro hogar se desarmó hace años, se despegó como una casa de muñecas mal encolada. Soy de opinión, dice mi padre en sus escasos ratos de euforia, de que obramos por instinto: ustedes, pequeños, se aferraron a la madre; ella, al no poder dominarme por entero, aplastarme y reducirme a sus horarios y, sobre todo, a su plan de envejecimiento, se retiró ofendida y herida, declarando haberlo dado todo, sacrificándose por entero a una persona que no la apreció, la engañó y urdió su vejez y su ruina. Yo, a mi vez, rehusé huir, me hice firme en mi dormitorio y firme en mi cuenta corriente, no cedí ni un ápice y tomé el toro por las astas. Sobreviví precisamente

porque me quedé solo. No me divorcié porque en mi familia no existe el divorcio. Ella se divorció, no sé donde. Bastante bien lo sabes, le digo. Me mira con curiosidad, como quien, de repente, oye hablar a un pescado en el acuario. Siendo de origen luterano ella carece del sentido de un hogar católico, cree que la mujer puede insubordinarse y salir cascando para donde se le antoje; cree también que debió seguir una carrera y emanciparse, en otras palabras, apagarme a mí, darse lustre, combatirme y liquidarme. Usted, le digo, se quedó con todo. Nosotros tuvimos que ir con ella a rodar tierras. No me dio nada. El fundo fue y sigue siendo mío y de mis hermanos, es decir, lo que quedó después de la invasión de Chonchol y sus tribus de comunistas. Tus raíces y las de tu hermano son las mías. No lo olvides. De ella y sus gringos aprendieron a ser jipis. Aquí aprenderás otra vez a ser caballero.

Su lógica era, entonces, incontrarrestable. La familia se deshace en el tiempo y con la crisis. No son los individuos, las personas, quienes la deshacen. A la mamá, por teutona y canuta, le da por considerarlo a él un inútil y un egoísta y un hipócrita; a nosotros nos da por faltarle el respeto y hacernos hippies, irnos con Silo a la cordillera y llamarlo abusador y sinvergüenza en papelitos que escondemos debajo de su almohada; a los curas les da por desacralizar la iglesia y llenarla de guitarristas y bailarinas semidesnudas y hablar de justicia en el campo y en los asentamientos, de tomas de fundo y del compañero Cristo; a toda esta gente revoltosa le da por endiosar a los rotos y sale de Presidente Allende, un médico burgués y masón; a los marxistas les da por destruir a la patria, a la familia, a las instituciones y al orden. Entonces, si a las personas «les da» por hacer algo, no hay razón que justifique nada, actúan por capricho y aviesa intención. Cuando el pueblo se rebela no se «rebela» realmente, sino que se insolenta y se pervierte. Maldad de la gente es no reconocer su puesto y quedarse

tranquila. La virtud del roto fue siempre aguantar y callar, ésa es la base de nuestra grandeza. En cuanto a la clase media, si se educa y mejora sus costumbres y modales, asciende en la escala social y gana el respeto de las personas de orden. Nuestro país fue grande cuando todo el mundo trabajaba en lo suyo y los políticos aceptaban su deber: mantener la disciplina y respetar nuestras virtudes y tradiciones. En cuanto a hoy, el problema es claro y la solución solamente una: Allende nos arruinó y, por lo tanto, debe irse. ¿Por qué fracasó? Porque *tenía* que fracasar. La gran mayoría de los chilenos son conservadores y detestan el comunismo. Nuestro hombre común es emprendedor, es decir, individualista, y no aceptará jamás que lo priven de la oportunidad de surgir. Este gobierno ha fallado por ignorancia e ineficacia. Sus economistas los trajo de Cuba, país, como tú sabes, de economía tropical, donde los billetes crecen en los árboles, y vinieron a acuñar moneda y a repartir plata, el baile de la inflación. Fracasaron. Ahora deben irse.

Este pequeño *Mercurio* de ojillos claros que es mi padre sigue hablando de la ley de la oferta y la demanda, de la balanza de pagos, de los miristas y ya parece que va a remontarse por el Amazonas y a la tierra de los gorilas, pero pierde aliento y se calla, dice que él no es político, apenas un padre de la patria.

Esa noche, después de la comida, el papá habla paseándose por el living con el pulgar metido en el bolsillito del chaleco y acarreado un vaso lleno de la ginebra que él mismo hace en la tina de baño. Entonces, mi hermano lo interrumpe y se produce un diálogo breve y violento. Marcelo, desde el suelo, donde está sentado, con sus ojos celestes bien abiertos, sin pestañear, le dice: usted, papá, es un viejo momio y como a todos los demás viejos momios les van a sacar la mierda. El papá se queda haciendo morisquetas sin encontrar la respuesta. Marcelo aprovecha para decirle que usted no, pero los momios con plata sabotearon a Allen-

de, no sembraron en sus fundos, compraron dólares, cerraron sus fábricas y sus negocios, mandaron a las señoras y a los cabros a revolverla en la calle, se botaron en huelga en los hospitales y en los tribunales y, con la Corte Suprema al frente, protegieron al movimiento terrorista más eficiente que se ha conocido en el mundo, mientras *El Mercurio* los defendía y defendía también a los gringos quienes, a su vez, le cerraron todos los créditos a Allende fuera de Chile. Saca la voz el papá y le dice que es un roto comunista, que los años que pasó en los Estados Unidos no le sirvieron de nada y que el día que se arme la rosca en Santiago, si tiene una pistola en la mano, será al primero que le dispare y lo hará cagar a balazos. Marcelo se levanta y se va. Yo no sé qué hacer. Temo que le dé un ataque al corazón al viejo y me quedo un rato observándolo, pero la ginebra parece que le sirve y se le quitan un poco los tiritones de la cara y se sienta. Entonces, salgo y me voy al departamento de Marcelo. Lo encuentro sentado en el suelo tocando la guitarra. Me acuesto en su cama y me paso horas pensando. Al fin, Marcelo deja la guitarra y me dice: un día le voy a tener que pegar un balazo. No le creo pero, por otra parte, pienso que ya se lo han pegado. Mutuamente. No hay nada que agregar.

El centro era un campamento rigurosamente armado. Pasaron algunos aviones. Un helicóptero iba y venía a gran velocidad disparando sobre los techos de los Ministerios. Por la Alameda seguía el tráfico de carros blindados, jeeps y camiones del ejército. Obviamente, los carabineros colaboraban con los milicos y juntos iban cerrando un movimiento de pinzas alrededor de La Moneda. Yo seguía tomando fotos sin que nadie me lo impidiera. Los milicos y los pacos miraban al frente y se les borraban las caras en el círculo de fierro de los cascos. La impresión era de una parada militar con uniforme de campaña. Pero hacia el Santa

Lucía esta sensación cambió. Ahora sentí que el movimiento envolvente venía desde muy lejos y se abría como un abanico de acero, abrazando calles y avenidas, desde Américo Vespucio, la Avenida Matta, la Estación, Cerrillos y más allá, cerrando el arco desde la carretera Panamericana, la invasión parda, rápida y eficiente, contra el cielo gris, cañones, tanques, bayonetas, movimiento opaco sobre el pavimento húmedo, junto a edificios y casas cerradas, por un país en silencio, adivinando no más los motores lejanos, y los jets luminosos, siguiendo el ritmo sordo de las marchas en la radio, buscando un tableteo de ametralladoras ahora, y disparos de armas cortas, pero sin ver a nadie, a nadie, sólo uniformes avanzando, pues las gentes habían desaparecido y Santiago era una ciudad abierta, a punto de caer desplomándose con su polvazón de adobe y yeso.

Me fui quedando solo en una avenida que, de pronto, perdió sus muros y sus árboles, de pie sobre un asfalto aceitoso, lento cinturón desarmándose en las excavaciones del metro; la gente se alejaba de mí como en los sueños, entre volando y corriendo, sin mirarme o pasando a mi lado clavándome con miradas de asombro y de odio, o alguien levantaba un brazo al otro lado, subiendo por las escalinatas del Santa Lucía y era una señal que no entendía pero tenía que ver conmigo; de las rejas de bronce de la Biblioteca Nacional colgaban gruesas cadenas y, junto a las puertas macizas, vi en el suelo algunos hombres, las manos en la nuca, detenidos en el tiempo bajo los rifles que les apuntaban de cerca, y el vacío lo sentí yo en el estómago y una angustia tremenda; empecé a hacer muecas también y a mover las manos porque las metralletas me apuntaban a mí y no les veía las caras a los soldados, el que me hablaba no tenía dientes y estaba muy pálido y las palabras eran duras, pasa la máquina mierda, y con unos dedos largos gruesos, huesudos, arrancaba la película a tirones y dónde vivís, pásame el carnet, y le di mi credencial de periodista y no dijo nada,

el otro me clavaba el cañón en las costillas y le hallé cara de gañán, congrio el pelado, gesto de ternero, como perdido, pero los viejos seguían duros y oí sonar unas patadas, sor-dos golpes de bototos en los flancos de los que estaban en el suelo, yo con los brazos abiertos, pegado a la pared como una gran mosca lista para el insectario, tenía miedo y empecé a temblar, entonces me dijeron adonde vivís huevón y por qué andái hueviando y no te metís en tu casa y no salgai más.

Nuestra torre retumbaba ahora con el estampido de los cañonazos abajo. Están combatiendo en la Plaza Baquedano, dijo el papá, y desde la terraza, vi cómo llegaban los camiones del ejército y los soldados bajaban emplazando ametralladoras, y ahora se disparaba nutrido contra la torre de los cubanos, argentinos y brasileños, y éstos respondían al fuego, pero no veíamos a nadie y en los jardines y senderos de arena no se movían ni las hojas secas, aunque las balas se escuchaban más cerca y de repente sonó un huascazo en la ventana de arriba y empezaron a caer vidrios, y el papá junto a las cortinas en el living aterrado, observándome, y yo hincado seguía tomando fotos por entre los barrotes de la baranda, hasta que otro balazo dio en la ventana del vecino y dejó un hoyo y una estrella de vidrios trizados y se tiraron al suelo ellos y yo me deslicé hasta la ventana de la cocina.

¿Quién combatía? ¿De dónde salían los balazos? No me era posible ver a nadie aunque dominaba gran parte de los jardines de Marcoleta y la Alameda. Balas sin eco, explosiones y tiros invisibles; no sé si peleaban aquí en las torres o si las descargas venían de más lejos, del otro lado del río, de la Escuela de Leyes, tal vez. La ciudad disparaba sola. Pero se hacía añicos una ventana o pasaba un furgón y, a varias cuadras, creía ver soldados en el suelo apuntando y, entonces, volvía a ver la cara pálida, los ojos oscuros, la boca sin dientes del sargento y caían otros cuerpos en la

vereda y más chuchadas y los bototos les pegaban como si fueran almohadones.

Nos sentamos en la cocina. Mi padre tomando ginebra. Sonaba el teléfono.

Hacía casi dos meses que vivía con el viejo. No sé si la razón que dio para no permitir a los niños en el departamento fue genuina o una simple excusa: dijo que con esa terraza y a esa altura, era peligroso y podía ocurrir un accidente. Más bien, pienso que defendía su retiro. A mí me hablaba poco; pasaba a mi lado, pero no creo que realmente vivía conmigo. Sin embargo, hoy, considerando estas semanas advierto que estuvimos muy juntos y que volvió a conocerme y yo, por mi parte, descubrí en él una persona después de vivir años con la imagen hechiza de un cacique pequeño, bien educado. Era un hombre tímido, pero no temeroso; austero, aunque le descubrí por lo menos un segundo frente, acaso permanente. Varias veces lo vi con una mujer joven en su auto, tarde en la noche, estacionado frente a la torre, hablando. Tendría problemas, quizá sin solución, porque conversaban hasta la madrugada y nada de caricias. Ella no era una belleza; simplemente atractiva; a veces daba la impresión de ser un poco mayor, elegante, afeitada. Sé que se iban a la costa. Ni yo hice jamás una alusión a estas cosas, ni él pareció notar que yo sabía. Era cuidadoso, entonces, y recatado, pero de ningún modo mojigato. Obviamente, no deseaba casarse y se deleitaba en su rincón haciendo vida de gato angora, cómodo, con una sirviente de puertas afuera a quien no le daba ninguna confianza.

Nuestros diálogos parecían no complicarse, pero ahora sé que le preocupaban algunas cosas en mí: aceptaba que viviera separado de Luz María, no entendía mis relaciones con ella y con los niños; debió pensar que yo era un sentimental extremadamente vulnerable; en segundo lugar, lo desconcertaba mi religiosidad bastante al margen de su cato-

licismo rutinario y ceremonial. Temía por mí. No hacía ostentaciones cariñosas, por el contrario, aparentaba frialdad y distancia, sin embargo, lo sorprendí varias veces mirándome con lástima, aunque pudo ser solamente ternura. Le gustaba oírme hablar del fundo y de mi proyecto de comprar una parcela; le molestaba que yo hablara de comunidad y pensara en el campo como un lugar donde iba a descubrir paz y a mantener relaciones solidarias con los trabajadores. Para él *campo* era fundo, el patrón patrón y el campesino peón. Por eso no viviré nunca en el campo, decía, porque nací para latifundista y si lo fuera me despreciaría. Era una contradicción que no le molestaba. Su lugar estaba en una sociedad en quiebra, pero sin lucha. Otros buscarían los nexos con Patria y Libertad, el puesto de combate en la sedición, la acción clandestina, los contactos de club y de partido. Él seguiría siendo un caballero solo, colocado donde le correspondía, junto a la oligarquía, pero sin dinero ni ambiciones de poder; se quedaría en su casa, saliendo ocasionalmente para ir a sus ensayos, a sus conciertos, a las juntas del club y, de noche, a su descarga de gato misterioso. Los domingos a misa.

Solos, frente a frente, presentimos quizás en esos días un fin que había de separarnos, a mí infeliz y sin propósito una vez más, a flotar nuevamente; él, firme en su butaca, con renovadas raíces en su *Mercurio* y mayor confianza en los actos de la Divina Providencia.

Lo de Luz María no lo supo. Si hubiera sabido, lo habría explicado a su modo. Yo tenía derecho sobre ella, era aún y seguiría siendo mi mujer, por muy separados que estuviéramos. Pero no supo. Así me pareció mejor. Querernos como nos queríamos ahora, arriesgándolo todo por un camino que ella escogió y que yo iba aprendiendo a reconocer, lo habría separado de mí para siempre. Aunque, a lo mejor, sospechaba.

Arreciaba el combate alrededor de las Torres de San

Borja. Como a las diez de la mañana vimos que se llevaron a varios grupos de gentes, hombres y mujeres, en camiones del ejército. Se va acabando, dijo el papá, unas horas más y se habrá terminado. Todo. Absolutamente todo, y dio un suspiro pequeñito y miró el reloj. El locutor dijo que Allende había recibido un ultimatum: se le daban unos minutos para rendirse, en caso contrario La Moneda sería bombardeada por la aviación. Me sorprendió mi propia indiferencia. Sabía que algo terrible estaba ocurriendo, algo que nos cambiaría la vida profundamente, pero seguía comentando las noticias como quien habla de un terremoto que ya pasó. Había algo de fatal y triste en lo que iba sucediendo esa mañana, pero el viejo y el hijo le sacaban el cuerpo. Nos escondíamos en la radio y el teléfono. La gente empezó a llamarse y a darse noticias alarmantes, contradictorias. Desahogo histérico. Llamaba una tía vieja, fíjate que agarraron a Faivovich y lo mataron a palos. ¿Dónde? En San Pablo. Los comerciantes turcos. Otra vieja decía: la Negra Lazo se subió a un camión lleno de pacos y los mató a todos con una bomba. ¿Y a ella? La mataron, pues. O el contador gritaba: Altamirano agoniza, lo han operado tres veces, se iba arrancando con dos millones de dólares. Y los demás, preguntaba el viejo. Los están fusilando de a poco en el Estadio. Son mentiras, decía mi padre, Altamirano está escondido. Pero dicen que Allende se rinde y parte en avión militar para Mendoza. Se sabe de buena fuente. La radio anunciaba en esos momentos que Vergara había salido de La Moneda y parlamentaba.

Los balazos fueron disminuyendo. De vez en cuando una ráfaga de ametralladora, algunos disparos perdidos. A las once y media de la mañana las cosas en calma. La gente saludándose desde balcones y terrazas. El mediodía se vino frío, gris, con un cielo compacto y plomo. Yo observaba la imagen de la Virgen en el San Cristóbal y me preguntaba si en realidad se aproximaba el fin; espe-

raba un milagro, realmente, y mientras más miraba a la imagen, más nítida se hacía la sensación de distancia, de dureza en la mole del cerro, y ya no veía la estatua volando, cubriéndonos, sino clavada y ajena, pero también ella en el blanco de la hecatombe, consciente, aguardando, igual que nosotros. Entonces le dije al viejo que ya venían los aviones y que ahora empezaba el fin.

Salí a la terraza y vi pasar a los dos jets. Estarán midiendo las distancias, dije. No sé qué expresión tendría el viejo en la cara; no se la volví a ver hasta mucho más tarde. Después recuerdo los vuelos al ras de los edificios del centro, las explosiones, las llamas que se llevaban los aviones en los flancos al desprenderse de sus cohetes, la sensación clara de que con cada bombazo se venía abajo un muro y otro muro y otro muro entre ese viejo temblando ahí escondido en su ratonera y yo temblando allá afuera en la terraza, tirándome al suelo para escapar a un fuego invisible, superior, que aún no iba dirigido contra mí.

Se fue todo a la cresta, le dije cuando desaparecieron los jets, y mirándolo fijamente agregué: estás cagado de miedo. Tú también, me respondió. Y ahora sí empezó a sonreír.

Y comenzó una asociación extraña de dos personas escondidas, haciéndose muecas o esquivándose la cara, porque esa torre daba vueltas con los balazos y en cada vuelta se iban pelando, perdiendo el pellejo sin mostrar nada, casi nada que los uniera.

El miedo que yo sentía no era el mismo que sentía mi padre. En mi caso me sorprendía comprobar que no me lanzaba en ningún combate ni participaba en ninguna decisión. El duelo parecía comprometer a gentes que, de súbito, aprendían a odiar una imagen imprevista de ellos mismos, mientras que yo buscaba la mía sin odio, pero sin orgullo tampoco, y la iba encontrando en el terror. Cuando uno se enfrenta al odio —no del todo individualizado pues

no es al individuo a quien se acosa, sino a la sombra que proyecta y nos aterra—, acepta irremediablemente una nítida, aunque absurda, razón de sobrevivir. Ni yo ni mi padre íbamos a salir a matar. El futuro, sin embargo, el suyo tanto como el mío, se definía claramente en la sangre que empezaba a manchar las casas y las poblaciones marginales y los edificios públicos de toda Chile. Goteaba ya sobre los slogans escritos a brochazos en paredes y puentes y piedras de caminos. Y podía presentirse el momento en que poderosas mangueras lavarían las plazas, y esponjas más modestas borrarían los restos de letras. La letra con sangre entra. Nos decían que decían los maestros de antaño cuando agarraban a reglazos a los rebeldes y a los flojos. Pero no sólo la letra: también lo que ella oculta o lo que no nos permitimos ver. De repente, cae de espaldas un joven padre en la Plaza Constitución, se queda inmóvil con su balazo en la frente, crece alrededor de su cabeza una pequeña poza de sangre, sin brillo, demasiado espesa para ser épica, y los niños que llevaba de la mano se hincan a su lado y tratan de ayudarlo a levantarse, ni siquiera lloran porque no pueden saber lo que ha ocurrido; en la cara el hombre tiene un gesto de indecisión; los niños lo observan, le tiran de los brazos; pasa una ambulancia, se detiene unos segundos, sigue su camino. La imagen de esta muerte está en la lente de mi cámara, pero no empieza a decirme nada hasta que esa imagen y mi ojo aparecen juntos por primera vez, cuando empiezo a desarrollarla y en la cámara oscura me voy revelando también, las pestañas mojadas con sangre, el temblor de mis manos; los niños y yo estamos esperando que la imagen se anime y empiece otra vez a andar. Y, de pronto, somos dos los muertos, él y yo, entonces el estupor se hace angustia y, poco a poco, vergüenza.

No quiero, le digo al viejo cuando me sugiere que debo bajar al hall y hacer guardia con otros hombres. Guardia contra qué, para qué. Nadie debe entrar al edificio, dice,

ningún extraño. ¿Extraños? ¿Entrar al edificio? Todos somos extraños en estos momentos, no hay edificios cerrados ni puertas ni porteros, estamos a la intemperie. Absurdo, dice, las Torres serán defendidas por las Fuerzas Armadas, pero primero es preciso expulsar de aquí a los terroristas extranjeros y, después, impedirseles la entrada. Y, en seguida, me sorprende con un discursillo que no le sienta bien. Para qué quieres paz y orden, me grita, si no estás dispuesto a conquistarlos; si te los regalan, no significarán nada para ti, ya que no sacrificaste nada ni hay nada tuyo en ellos. Te vas a acomodar o tendrás que huir. Ya no se puede vivir, hijo: ¡si no se es un guerrero! Lo último lo ha dicho con un suspiro.

Las dos palabras me desconciertan: hijo y guerrero. Me ha dado un título y pretende añadirme otro, pero pide que lo merezca. Trato de explicarle que *guerrero* no es un grado en la medida de los honores y deberes que él admira, es una condición tal vez en el grado de conciencia que me impulsa ahora a destruir la idea de esos honores y deberes que nada tienen que ver con mi vida. Quiero paz, pero la quiero justa, quiero ejercerla en cuerpo y alma, le digo, que me la reconozcan aquellos que me ponen contra la pared con los brazos extendidos, apuntándome con sus cañones. Hoy viven en razón de lo que destruyen. Mira las calles. No hay sino escondidos y tapados moviéndose con la astucia del tigre, caminando en silencio sobre la sangre, cortando y desgarrando mientras tratan de tomarse una ciudad que se des-hizo. No puedo evitar que maten. Podrían matarte a ti y matarme a mí. Se han apoderado de las Torres, como tú dices, y no sabrán qué hacer con ellas, excepto llenarlas de muertos. Mientras maten, vivirán.

Vamos a pasar años aquí, mi padre tomando su ginebra y contestando el teléfono, yo fotografiando enre los barrotes de la terraza, en el aire, como en una jaula a la que todos le disparan y nadie le apunta, construyendo paciente-

mente una especie de balance, perdiendo la calma y perdiendo perspectiva, desesperándonos de a poco, uno oyendo los disparos y calculando la distancia y el calibre, el otro precisando menos pero sintiéndolos más, convencido de que no van a cesar hasta que no deje yo de sentirlos cerca, demasiado cerca, o totalmente lejos.

Y ahora debo precisar algunos recuerdos porque me ayudarán a entender la razón de un compromiso que empezó a sacarme de la jaula.

Cuando Luz María partió y mi madre quedó con los niños entendí que no podía yo ser parte esencial de cambios en que me vi envuelto casi por casualidad. No quiero sugerir frivolidad. Sería injusto. Más bien, una especie de bondadoso engaño mutuo. Por una parte, yo me creía la causa de la crisis decisiva; nuestro matrimonio se rompía como película en cámara lenta: explosión infinita en que saltan pedazos de todo, personas y cosas y tierra por el aire, especie de surtidor de ruinas en que no se reconoce nada en particular, pero la catástrofe sí tiene un aire familiar, y entonces aparezco yo, y los objetos y las gentes comienzan a retomar su lugar lógico y la acción vuelve a asumir el ritmo natural.

Es verano. Caminamos en la tarde. Todo parece abrirse: los autos, los árboles, las puertas, las calles, y juntarse en otro plano, suelto y sudado, pero fresco también y verde y azul; en las terrazas de los edificios de departamentos pequeñas figuras luminosas bailan un ballet interminable con pelotas blancas que se quedan suspendidas en el aire y bajan después a confundirse entre lámparas y flores hasta quedarse pegadas en el asfalto derretido. Hay arbustos negros y otros violentamente amarillos a la orilla de estos días. La gente no habla, sonrío cansada y respira con dificultad. Estamos acostados en un parque y una multitud de negros cantan y danzan en vestidos largos y pelucas blancas. Desde el suelo se levanta un olor a vaca. Ha oscurecido.

A unos pasos de nosotros un hombre en camisa ha tomado a su mujer por la cintura y la mece hasta que las entrepiernas se le abren y bajan creando una pequeña claridad junto al auto oscuro. Después, siguen besándose en el suelo. Luz María retira su mano de la mía y, fumando, dice que le es imposible decidirse, que el problema no es si yo viva o no con ella, que no puedo ofrecerle Europa en vez de Chile, que no la presione pues necesita estar sola, que mi madre la absorbe y la aplasta. Quiero empezar de nuevo, pero no sé cómo, ni con quién. Lo dice con voz muy tranquila. Me desarma porque no hay lugar para ruegos y cada gesto mío queda en el aire, sin respuesta. Ahí está, sentada en el pasto, apenas la veo; los otros siguen ocupados en el suelo, las negras cantando, los árboles no terminan en ninguna parte; en el cielo negro, estrellado, no pasa nada. Luz María, en camiseta, el cuello largo inclinado, toda la cara perdida, los brazos alrededor de las rodillas, mirando, escuchando, me hace sentir como un cordero lanudo y sudado, incapaz de moverme. No dice nada ya; no ha comenzado ni ha concluido lo que yo pensaba. Entonces, al verano dejémoslo solo, de noche, en su camita, sobre el choapino de vicuña, arqueado y desmayándose; pudo ser, pero no fue, y ahora ese canto lento y esas manos huesudas y largas, dicen otra cosa; debemos irnos, por lo tanto; un poco de llanto ahí donde no se ve su rostro y esperar que sucedan más cosas, otras cosas muy distintas; no he recibido promesas de ella y me ha pedido que no la llame.

Pero ahora capto otro sentido. Pienso que para ella era obvio que no había terminado nada, que andábamos en un juego de descuidos, postergando infantilmente un encuentro en que se hablaría de todo con seriedad y, acaso, para siempre. Me doy cuenta que en mí Luz María se descubría un poco; se sentía agazapada o acostada, viviendo cómoda o incómodamente en mí, y no le daba rabia, sino un poco de pena y por eso no hablaba de quedarse sola. Sería, tranquila,

sabía que yo tomaría algún tiempo en reponerme, pero asimismo reconocía que alguien ¿quién? en realidad ¿ella, yo? seguiría acostado entre nosotros, su mano entre las nuestras, juzgando todo en silencio, triste, lejos. Luz María decía «una nueva vida». No hablaba de mí. Por lo menos, no me convencía de que hablara de mí.

Pasó, entonces, que viniendo a Chile, sabiéndome solo, cortadas todas las amarras, incluso la de los niños a quienes iba a entregar, noté que al salir del limbo, era posible aún descubrir una puerta abierta y amanecerme con gente verdadera. Mi hermano tenía un sentido de compromiso personal que yo no compartía aún. Este compromiso lo ataba a ciertas cosas que iban a ocurrir y en las cuales él quería jugar un papel directo. Mi obsesión era la de borrar un número de fracasos y convertirlos en la razón de crear por fin algo que pudiese redimirme ante quienes yo había hecho sufrir. Quería deshacer las víctimas. Hoy también advierto que algunos que yo creí víctimas no lo eran en realidad, sino simples compañeros de ruta que sufrían conmigo porque no tenían otro infeliz que los acompañara. Además, bien se sabe que las víctimas se hacen pero no se deshacen, ni siquiera los círculos de sangre podemos lavar; la huella queda, borrosa pero doliendo.

Puedo pensar en cuánto día y noche estuvimos Luz María y yo amarrados con todos los miembros de todos los cuerpos que Dios nos ha dado, borradas las mitades en que alguna vez creímos; perdidos, vagos, inconscientes y hasta iluminados; compartiendo, dando, recibiendo y no dando también; solamente vaciándonos con los ojos cerrados; y reconozco que ninguno de los dos dejó de estar solo, quiero decir antes, durante y después de los desmayos. Tengo que confesar también que la mayor parte de las veces los acostados eran Luz María, yo, los niños y mi madre, y que el desorden, con su angustia, me hacía sollozar. Igualmente, debo añadir que si trato de imaginar a Luz María, no puedo;

apenas consigo distinguir el pelo o la cintura, algún gesto que me dejó perplejo, alguna parte de su cuerpo que me dolió, en fin, cosas que no son ella, que fueron ella, pero no constituyen ninguna imagen aceptable como mía y, para colmo, casi siempre veo su espalda desnuda, la alfombra que recorriamos hasta el baño, su cara arrugándose, respirando fuerte y, además, una peineta junto al lavatorio.

Una noche Luz María se vestía despacio y yo la observaba mientras se iba poniendo cejas y pestañas, boca y color a los párpados y se estiraba el pelo, aparecían las sienes muy blancas y alguna vena azul en su rostro, y ya se había puesto un sweater negro pero no la falda y veía con asombro cómo crecían sus muslos desnudos y cómo su cintura se iluminaba apenas con un resplandor dorado, y levantándome fui a besarla desde atrás y tomé sus caderas para hacerla girar, entonces cayó al suelo un lápiz y sonó el timbre abajo qué diablos y el timbre siguió sonando y no le hicimos caso, ya estábamos muy lejos en la alfombra del tocador y sólo pude ver algunos espejos que reflejaban cosas de ella, sus piernas muy abiertas y una expresión mía de viajero recién llegado, preocupado de esconder o encontrar algo, hasta que cerré los ojos y me puse a forrarla fuertemente ahí mismo en el suelo.

Después, comenzó todo de nuevo, yo de espaldas observando y ella otra vez poniéndose sus ojos y sus cejas y pestañas y su boca. El timbre sonaba aún. Cansado, me vestí y bajé a ver quién era, qué quería; tarde ya, los focos encendidos, vacía la calle, sólo árboles y una buena brisa de principios de verano. Comprobé que no había nadie, y seguí caminando, buscando la orilla del río, olvidado de esos seres que se empeñaban en doblarse en nosotros y perdernos, buscando la razón de tanta incongruencia, avanzando, esperanzado ahora, pues aunque nada concreto se daba para mí en esa noche, sentí que iba saliendo, que íbamos saliendo, llevándola yo por los senderos de arenilla y hojas ver-

des y poniéndola a flotar en las aguas de luces del río, impulsándola hacia los puentes más allá de los cuales nos esperaba otro combate, el último, ése para el que Luz María me había preparado. Creo que dejé la puerta abierta. Y no volví.

Tan lejano todo eso, cuando suceden tales cosas algo se va acabando y después da un poco de cansancio pensar en planes para siempre. Ahora sé que Luz María estaba al tanto de ciertos detalles que yo no reconocía. Supongo que llegó a alguna conclusión simple que no conozco.

Ya ves, decía, tengo razón. Las palabras no sirven de nada. Era verdad, en esos mismos momentos empezábamos algo, y ella y yo nos ayudábamos.

Yo pasaba a buscar a Marcelo en la BMW-500 y salíamos juntos a tomar fotos. La ciudad era, en el sol esplendoroso de la primavera, un campo abierto de hombres armados y gente aterrada. No puedo olvidar las caras de Santiago en los últimos días de septiembre. Un carabinero apuntándonos su metralleta desde atrás de un árbol nos detiene. Otros carabineros se bajan de un furgón. Nos ponen de cara contra la pared y empiezan a registrarnos, Marcelo me dice algo que no alcanzo a entender. Suena el golpe seco de una patada y me vuelvo a mirar. Entonces soy yo quien recibe un culatazo en los riñones. Revisan nuestros papeles. Estoy inmóvil, consciente de las personas que observan desde lejos. No siento nada. Pasa el tiempo. No se deciden ni a llevarnos presos ni a dejarnos ir. Y, de pronto, advierto unas manchas y unos agujeros en la pared que tengo contra la cara. Ahora comprendo lo que Marcelo quiso decirme. Estamos de pie, pero de bruces contra una muerte, más de una muerte, unos gritos y unas sombras caídas violentamente que se vinieron arañando desde arriba, desde muy arriba y muy lentamente hasta el suelo, pintando un testimonio inconcluso con sangre, yéndose por los hoyos que las balas fueron dejando sobre el muro. Aquí,

ayer, pusieron a dos adolescentes contra la vida, miraron el reloj que marcaba el toque de queda, y los acribillaron por miristas, por culiados que andan disparando a la mala. Eran las nueve pasadas y la ronda encontró a los fantasmas esquinados, la misma esquina de siempre, por donde giran las palomitas y al frente no más queda el rotativo, la fuente de soda y los juegos taca-taca, y decidieron enseñarles la lección, pero la lección la aprendieron también los padres y hermanos de los fusilados que miraban por la ventana y no se atrevieron a salir ni a gritar ni a protestar, porque estas cosas se aprenden en silencio. Entonces, mi hermano y yo pegamos la mejilla contra el muro y nos grabamos lentamente esas caras, esas uñas, esas bocas abiertas, esa muerte y abrazamos con fuerza la ciudad que ya no tenía límites.

Nos devolvieron las credenciales y volvimos a partir en la moto, y paramos en la Costanera, cerca de las Cervecerías Unidas, a mirar a los pescadores; un furgón de carabineros tenía las puertas traseras abiertas y de adentro salían cordeles y garfios, y algunas personas caminaban por las orillas del río, y los pescadores bajaban ya y laceaban algo, un bulto pesado, incongruente, y lo arrastraban con esfuerzo tratando de soltarlo de las piedras en que se había enredado. Le puse el telefoto y lo acerqué y lo amplié, le di forma de hombre, sin edad, boca abajo, inflado y agujereado y empapado, al vaivén rápido del río, soltando la chaqueta, cogido por el cinturón y traído a saltos desde su viaje por las aguas hasta la pendiente, atado y firme porque podía arrancarse, y la operación debía ser rápida pues otros fusilados venían ya navegando y alguien dijo en conclusión: la muerte en bote.

Después fuimos al Venecia en Pío Nono y pedimos una botella de vino y bebimos esperando que alguien hablara. Tomamos, despacio, sabiendo que la moto iba a exigirnos cada vez más. Y recuerdo estos detalles porque cuando fuimos al departamento de mi hermano, iba pensando en que

había que informar de todo esto a Luz María, pues la ayuda de que se hablaba la necesitaríamos tanto ella como nosotros y el sitio ése de la pared era un estado que, de algún modo ya inmediato, nos pertenecía.

Debo anotar algunos trozos de conversación que conciernen a Luz María y, aún hoy, me dejan una sensación triste por no haberla entendido entonces. Entender, por supuesto, no sólo es saber; es, tiene que ser, actuar. Mi conflicto no se debía a la flojera. Me he movido siempre, aunque muchas veces falto de propósito o confuso. Se ha tratado más bien de no identificarme en cuerpo y alma con aquello que podría ser un riesgo espiritual aún dejando al cuerpo tranquilo. La Biblia hablará de esto, me imagino. No sé. Creo que en referencia a los tibios. El lenguaje de la Biblia, entre paréntesis, no deja de asustarme y seducirme, no solamente por la belleza de sus imágenes, sino por su violento sensualismo y su constante llamado a la acción. Es lenguaje de activistas totalmente comprometidos en guerras, descubrimientos, despotismos y revoluciones. Lenguaje de individuos, de guerreros iluminados y de cantineras emancipadas, lenguaje apasionado y concreto.

La vida en Santiago exigía de las gentes una astucia o un coraje a los cuales no estaban acostumbradas. Salvarse dejaba de ser un término abstracto y convertíase en la tarea de todos los días. Para una persona como Luz María debió ser un llamado también, pero nada épico ni bullicioso, sino la sencilla revelación de que, si hemos de sobrevivir, será porque se acepta la resistencia, no se teme a la acción ni se la posterga.

Ignoro los detalles de su militancia. Nunca pregunté. Tampoco ella me dio, entonces, indicios de nada. Supongo que ella y sus compañeros harían rayados murales, tal vez ayudaban a conseguir refugio para los perseguidos. No sé. Lo significativo no está, en realidad, en los actos individua-

les de mayor o menor riesgo. Reside, más bien, en la resolución de enfrentar al enemigo en el propio medio que ha escogido para combatir. Una pequeña banda de jóvenes patriotas, hombres y mujeres, va por un país clandestino minando la base de la dictadura. Otra banda, mucho más numerosa, mejor armada, dueña de infinitas redes, avanza implacable y sangrienta, siguiendo de cerca las huellas de la primera. Un error basta para que la trampa se abra. Se borran los nombres y se sigue adelante. El tiempo puede ser un aliado, pero también suele ser otro nombre para esa misma trampa. ¿Días, semanas, meses, años? ¿Cuánto dura el terror para que se institucionalice y nosotros nos convirtamos en vecinos contemplativos de una ciudad cerrada? La gente aprende a callar y, también, a protestar y resistir callando.

Luz María trabajaba en silencio y metódicamente. Lo que ella y los suyos no decían, se iba escribiendo después en titulares sensacionalistas y en partes militares de brutal precisión y economía de palabras.

No quiero crear la impresión de que yo me iba quedando atrás o afuera de un movimiento determinado. El problema creado por la dictadura se me presentaba a mí en términos personales: tenía un pequeño, pequeñísimo mundo de personas muy queridas en medio de un laberinto de violencia. Debía salvarme o desaparecer con ellas. Llegaría el momento en que Luz María confiaría en mí, en que mi padre vería finalmente lo que Marcelo y yo habíamos ya descubierto. Llegado ese momento, me encontraría listo. Quizá temeroso aún, pero ya sin dudas ni indecisiones.

Luz María no discutía conmigo. Su grupo me consideraba tibio compañero de ruta y ni se comprendía ni se aceptaba que yo tomase la religión como un viaje místico, alimentado de visiones y penitencias, relacionadas con un sexualismo pajarón, de poco vuelo. Por otra parte, Luz María reaccionaba ante su propia gente criticándoles alguna indecisión

pero interesada en el populismo cristiano que podía derivar a un activismo inmediato. A mí me atraían ciertas cosas que entrañaban valentía moral, pero no definición simple y clara. Me gustaba la idea de probarse ante los otros, esa especie de pequeño heroísmo íntimo para romper la hipocresía general, exponerse, mostrarse con pureza y con fuerza. Entre otras cosas, la agresividad de Luz María contra las cacero-listas me fascinaba. No era exactamente una rebelión, al menos no en el sentido acostumbrado, medio-pelo, de la palabra. Luz María clavaba alfileres en el globo de la señora cacero-lista sana, patriota y militarista. Los pinchazos —de palabra y, luego, acción—, se los aplicaba también a su madre y a toda la parentela. Luz María le dijo a su mamá que, de haber estado en Chile para lo de Piedras Rojas, se habría ido a la cordillera y hubiese vuelto bastante embarazada. Como hablaba en serio, temblándole la garganta, y andaba en bluejeans, la camisa afuera y con sandalias, la señora reaccionaba con rabia. O bien, Luz María se quedaba callada, como si el diálogo no fuera ese que todos los del grupo escuchábamos, sino otro que ella seguía secretamente y orquestaba por dentro, diálogo de frases imprevistas, porque las manos acompañaban el trance de algún modo que yo veía y adivinaba, buscándole los ojos que rehusaban mirarme, pero me daban a entender también que ella sabía que yo iba siguiendo su conversación interna.

La guerra religiosa, en esos momentos, no tenía futuro. Se producía una división celular, si así pudiera decirse, y los muchachos y muchachas rebeldes del barrio alto bajaban por la Alameda hacia el centro y, algunos, del centro bajaban aún más y entraban a las poblaciones, no como la generación de mamis que acudían antes a regalar leche y chombas para las guaguas, sino que a sentarse y a discutir, a tomar la choca sin pan, a lavar los potos y repartir píldoras, a pintar lienzos y afiches, a clavar tablas y a considerar seriamente el problema de otros —parientes y amigos—, que también

bajaban al centro y a los barrios, pero con cascos, palos y cadenas y pañuelos en la cara a botar a Allende y a los comunistas.

No pienso que el activismo de Luz María fuera eso que los profesionales llaman «elitista»; no era el activismo de palomos y palomas que hacían su revolución de foro en foro, entre máquinas de escribir, guitarras y palas del trabajo voluntario. Era a la vez más íntimo y menos elaborado, con inclinación al riesgo individual. Su grupo, en esos días —antes de septiembre—, buscaba al MIR, pero no lo hallaba aún. En julio, cuando llegué, los contactos estaban por hacerse y Luz María esperaba tranquila y creo que no le daba mayor importancia a mis excursiones fotográficas en moto.

Eran los días en que arreció la campaña terrorista contra Allende; los vuelos de Thieme, su desaparición en el mar, su reaparición en Mendoza; las marchas de los estudiantes secundarios cerca de La Moneda; la anciana que le sacó la lengua al General Prats y las esposas de los jefes militares que le exigían su renuncia; las colas que le daban vuelta a la ciudad; las tomas del sur; y los increíbles foros en la televisión bajo la sonrisa mandibularia del cura Hasbún.

Luz María y yo no conversábamos en su casa. La mamá reunía señoras activistas del Poder Femenino y se repartían cuadras, juntaban dinero y alimentos para los camioneros en huelga y, a veces, iban a tirarles trigo y maíz a los soldados de guardia en la Escuela Militar, al mismo tiempo que, las de mejor voz, cacareaban y les gritaban «gallinas».

A veces íbamos a la Casa de la Luna, pero la cantidad de gringos con mochila y guaguas a la espalda que entablaban conversación ahí nos cargaba. Preferíamos ir a la plazoleta de la UNCTAD a mirar la tarde en los fierros rojos, de vidrio a vidrio, tardes inmensas con resplandores súbitos y pequeños pájaros que volaban de la fuente a la torrecilla de estuco blanco y celosías, abandonada allí como reliquia.

O entrábamos a buscar libros en Lastarria, o a perdernos en ese mobiliario surrealista de los anticuarios de Merced, preguntando por botellas de farmacia y un brasero con tapa que no aparecían nunca, y a veces seguíamos hasta el Santa Lucía y subíamos un poco, ya anocheciendo, porque Luz María se emocionaba abrazándome entre las parejas de pacos y sirvientas, y los solitarios escondidos en los matorrales haciendo un ruido suave como de ropas o de helechos o de dulces y rápidos conejos, con olor a yerbas, a tierra húmeda y, a lo mejor, a jugos también porque ya se anunciaba la primavera.

Luz María me aceptaba sin promesas, sin explicaciones; tenía la impresión de que al cerrar ella los ojos yo desaparecía y me avergonzaba un poco mi juego solitario. No terminaba nunca de encontrarla por más que la buscara adentro de ella con ojos, labios y manos; pero la búsqueda debía continuar y era mi ocupación verdadera, la más seria, la única en que ponía pasión. Pienso que ella trataba de hacerme entender que no nos amarraba nada, que esos encuentros y los que seguirían debían ser inciertos por mi propio bien, para que, alguna vez, aprendiera a vivir ya con seriedad y conciencia, solo y reconociéndole a ella el derecho a su soledad también, sin destruir nada, respetándonos, ella mi pequeña idiotez, yo su especie de locura, su diálogo interior con ese Dios que yo no entendería nunca.

Lo único que falta ahora es desnudarla, pensaba, y la desnudaba en el catre pequeño del departamento de Marcelo y reconocía que eran necesarias otras cosas; que desnudar a Luz María era como sentarse a observar un ojo de agua, apenas en movimiento, transparente pero sin fondo nítido, alentando en la sombra, al mismo tiempo blanca y oscura, con el pelo abierto sobre la sábana, reflejando alguna angustia mía, o alguna presión o súbito apuro, pero amplia, vasta, devolviendo la luz del espejo en la cómoda, ella que ocupaba apenas el ancho de mi pecho y el largo de la cama

que no se acababa nunca. No se decía palabra. A veces, ella me acariciaba el pelo, o me hundía las uñas en la espalda, pero no abría los ojos y su obstinación volvía a inquietarme como antes porque no sabía qué planeaba, si en verdad se daba cuenta de que no estaba sola, si volvería a mi lado al salirse de mis brazos.

El 11 de septiembre nos llamamos varias veces. En ningún momento pensé que los teléfonos pudieran estar intervenidos. Le contaba cosas a Luz María que acaso nos perjudicaran si las escuchaban el contador o la viuda; por ejemplo, detalles del combate alrededor de las Torres y movimientos de tropas y civiles.

Esa tarde oíamos con el papá una transmisión desde España. La Radio Nacional de Lima ya había anunciado la muerte de Allende. Los españoles parecían conocer detalles sobre la caída de La Moneda que los demás ignoraban. Llamé a Luz María y le conté, esperó que terminara de transmitir mis rumores de muertos, desaparecidos y resucitados, y me dijo que tenía que verme. ¿Puedes bajar? me preguntó. Era imposible. Le dije que hablara no más, sin miedo, que no nos escucha nadie. Dime. Me dijo que no fuera ingenuo, que no se refería a bajar y salir por la puerta principal de nuestra torre y presentar mis respetos a los milicos, sino a salir escondido y tratar de llegar a una dirección en calle vecina a Pedro de Valdivia, porque me necesitaban. En frases cortas, vagas, me habló de una compañera que yo conocía, en ese modo de decir cosas en clave que uno debe entender inmediatamente y que nunca se comprende. Dije que sí. Me acordaba de haberla visto alguna vez escuchando a los mapucistas sin rebatirlos. ¿Qué le pasa? No le pasa nada, dijo Luz María, de eso se trata, de que no le pase nada. Pero ¿qué miedo tiene? ¿Qué pueden hacerle? Le allanaron el departamento y le encontraron armas. No puede volver. Se ha fondeado. ¿De qué sirvió el secreto si ya estábamos hablando de armas por teléfono? ¿Puedes o no

puedes venir? ¿Y Marcelo? Está en su casa. No, no está. Hablamos por teléfono hace poco rato. Marcelo ya llegó a la dirección que te digo. Quise preguntarle si también andaba armado, pero cortó.

El viejo seguía oyendo la radio. El tiroteo continuaba, pero con otro ritmo, se acercaba y se alejaba, las explosiones eran de armas pesadas, hacia los extramuros. El contador vino, mientras yo hablaba con Luz María, y contó que la FACH le sacaba la mierda a los cordones industriales y que ahora bombardeaban las poblaciones porque están infestadas de miristas. Esto se acabó, le dijo el viejo, tratando de sacárselo de encima. El ejército consolida sus posiciones. En esos momentos se escuchó una tremenda explosión abajo. Miramos por entre las persianas. En Marcoleta se levantaba una gruesa columna de humo negro y, abajo, con las ruedas dando vueltas aún, patas arriba, ardía un furgón de carabineros. A la explosión siguió un furioso tiroteo contra la torre sur y un ataque envolvente. Los vecinos apagaban las luces. Cerramos las ventanas. Mi papá estaba pálido, tieso en la silla poltrona. Apagó la radio. El contador vino a decir que se llevaban a los miristas al Estadio y que sabía de buena fuente que a Vergara lo habían matado a palos. Lo que parecía deleitarlo era que fuese a palos. Decía *a palos* y nos miraba, esperando nuestra reacción. El viejo se levantó y fue a la cocina a llenar su vaso de ginebra. Puse la radio y España, ahora, transmitía música. Mi viejo y yo nos quedamos callados. Se oía ruido de botas y espolines en las escaleras y los pasillos. El viejo fumaba, seguía asustado.

Y, entonces, ocurrió algo curioso porque a través de la puerta cerrada tuve la siguiente visión: vi venir por el corredor de nuestro piso a un oficial del ejército de aspecto comedido, un tanto inseguro, y dos soldados con metralletas, y, aunque caminaban a paso rápido, no parecían avanzar; venían derecho a nuestra puerta, pero no llegaban; los tres me miraban fijamente y el oficial me reconocía y trataba de

insinuarme algo con los ojos; yo seguía observándolo en un profundo trance, haciendo un gran esfuerzo por entender su mensaje secreto. Mi viejo se había puesto totalmente blanco y refulgente en su sillón y por el movimiento de los labios comprendí que rezaba. Repentinamente, la visión desapareció, pero seguí oyendo el ruido de botas y los portazos en otros pisos. Y empezó a mi alrededor un diálogo extraño que me llenó de tristeza. Alguien se quejaban en palabras muy dulces y suaves, como hablando de una pena antigua, traiciones sin imputaciones, insultos, abusos, pero sobre todo traiciones y, después ausencias y esperas entre ampolletas amarillas en casas gastadas, de alfombras viejas con olor a gato, y baños inmensos y fríos, y cocinas donde ardían libros de memorias; y volvía entonces la voz de la viola a balbucear con claridad su congoja y a comentar tus quejas y tus furias, no pidiendo perdón, sino explicando, no escabulléndose de una verdad quemante, sino confesándola, renunciando, pero también exigiendo blandamente, sin desesperación, con un canto largo y dulce. Se mezclaban luego algunos ruidos inesperados. Supuse que eran cuerpos que caían y no terminaban de caer, resbalándose por las paredes, y las luces del Estadio se encendieron en la noche roja y no había nadie, ni en las graderías ni en la cancha, sólo el sonido de la ciudad lejana como una orquesta en el aire, un piano gigantesco y sonoro, unas cuerdas reflexionando, y Luz María me llamaba sin nombrarme, sólo moviendo las manos despacio y cansada, hasta que las luces volvieron a apagarse en el Estadio y el olor del pasto me penetró fuerte y estábamos ahora en las faldas de La Reina mirando cómo la ciudad, abajo, se incendiaba y los árboles caían como edificios y el río empujaba sus cadáveres, y Luz María me acariciaba la frente, consolándome, dándome valor y ambos comprendíamos que la visión se iba convirtiendo en la muerte de uno de los dos y yo empecé a hablar de Dios con tranquilidad y dije que no prepara Él círculos de tiza donde

podamos encerrarnos, protegidos, que su cuidado no es para nosotros sino para lo que dejamos nosotros en los demás, que debemos salir al riesgo y enfrentarlo y separarnos contentos de habernos querido y de haber sufrido juntos y jugado nuestras dos mitades entre Sus dados marcados.

Y, entonces, supe que esa patrulla venía por mí y que nada ni nadie podría evitarlo. Yo los enfrentaría sereno, les conocía su secreto y su terror y los pasos, cuyo ruido ellos, no yo, no olvidarían jamás. En esos momentos un pájaro empezó a graznar en la terraza y, desde la oscuridad, un gato le saltó encima, pero fue el gato que huyó herido porque el pájaro se le montó en la nuca y lo persiguió picándolo.

Mi viejo rezaba, murmurando las palabras y me preguntó si ya me iba a acostar y si quería una taza de té. Le dije que no, que deseaba oír esa música hasta el fin, que la viola y el piano se juntaban y le pregunté por qué no entraba ya la orquesta y me contestó que sí, que la endecha había culminado y que Brahms alguna vez fue un anciano ancho, barbudo y pequeño, y lo dijo batiendo el vaso de ginebra con el dedo.

La música iba cerrándose en círculos cada vez más amplios y el parque se convertía en banderas que flotaban sin astas, como rojas alondras volando a través de un incendio y me llenaba una sensación de fuerza y, a la vez, de melancolía porque entendía que todas esas voces fueron las que lanzaron a Luz María contra mí y ahora nos decían su secreto, y en las sonoridades finales, grandiosas y suaves, los dos presentíamos nuestra separación como la verdad última, alguna muerte que venía a revelarlo todo, una lucha y un sacrificio que nos unía para siempre.

Después allanaron el edificio no una sino varias veces. El miércoles empecé a salir de nuevo en moto con mi hermano y, al llegar a la Escuela de Leyes, nos separábamos. A él lo movía un sentido de realización en el riesgo de enfrentar con su cámara a los milicos y a los pacos mientras

le apuntaban con sus armas automáticas. En mi caso iba recorriendo una desgracia que aún no entendía bien pero que se me imponía con la fuerza de un desplome a mi alrededor. Eran ruinas que debía recoger en imágenes antes que se convirtieran en ideas. Me espantaban la furia de esos días y la secreta crueldad de las noches. Por la mañana amanecían algunos cuerpos botados a mitad de cuadra, en algún alero, junto a la cuneta, por lo general en sitios donde se notaran bien. Las gentes que iban a comprar pan los miraban de reojo y seguían su camino. Eran esos muertos sujetos oscuros, tapados con diarios, agujereados. Fuimos con Marcelo a la Morgue y tomamos algunos fotos, escenas violentas en su escalofriante brevedad. Llegaban los parientes de negro, miraban con terror las listas, entregaban papeles, llenaban su ataúd y se iban llorando. Junto a una puerta, haciendo una cola absurda —no había que hacer cola—, vi a unas mujeres y me acerqué a fotografiarlas y la imagen resultó como un bajo relieve de sombras y ojos, la noche contra el día, figuras saliéndose de la pared, rascando, enlutadas, llenas de polvo, a ver quién llegaba ahora a juntárseles en el cementerio. Y seguían repitiéndose los lutos y las caras, pómulos fuertes, miradas de una rabia casi olvidada de tanto enterrarse, hermosas mujeres morenas y niños de cejas espesas y peinados como pajes de un entierro brutal a campo abierto.

Marcelo fue al Estadio Nacional a tomar fotos por entre las rejas y lo detuvieron. Lo pusieron con los brazos y piernas abiertas contra la pared. La gente, esperando al otro lado de la calle a sus parientes, observaba en silencio. Estuvo así cerca de tres horas. Lo llevaron después al interior del Estadio; pasó por una sala debajo de la tribuna presidencial donde lo interrogaron. Salió en la tarde y dijo haber recibido buen trato, fuera de un culatazo en la espalda que le dieron a la entrada.

Luz María me esperaba en una pensión de estudiantes

en Pedro de Valdivia. A través de las persianas veíamos pasar los camiones de soldados a gran velocidad, apuntando eternamente, con el dedo en el gatillo, sin mirarnos, como si temieran que un encuentro de ojos les descargara involuntariamente el arma. Se acercaban los jeeps patrullando, y luego se detenían y comenzaba el allanamiento. No había nada en esa casa. A veces revisaban libros, ponían a los estudiantes contra la pared, se llevaban a algunos, pero regresaban. No era entre este grupo de cabezas rubias con olor a cuerpo de paz que se hallaban las armas. La dirigente que Luz María protegía ya no estaba aquí tampoco, pero el grupo entero se movilizaba para ayudarla.

El aspecto de las calles había cambiado, se llenaron los comercios de mercaderías, la Vega era una explosión de frutas, legumbres, quesos y pescados; aparecieron animales enteros donde antes sólo hubo vísceras y huesos; las gentes llenaban sus bolsas y canastos. En la tarde, reinaba un ambiente de fiesta y, sin embargo, se cruzaban miradas de odio y de terror y pude ver individuos parados en calles y plazas que parecían estudiarme con ferocidad tranquila, midiendo posibilidades, sin indicar claramente si eran animales de presa o fugitivos.

La Junta proclamaba sus bandos, la TV desplegaba espectaculares fotos de armamentos descubiertos en La Moneda y Tomás Moro. Salió *El Mercurio* y denunció con gruesos titulares el Plan Z. Los líderes de izquierda se entregaban o buscaban refugio en las embajadas. A las seis todo Chile cerraba puertas y ventanas. Y empezaba una secreta actividad crepuscular. Conversaban miles de voces por teléfono, en tonos bajos, con alarma pero sin prisa; se daban nombres, nunca direcciones; en alguna casa el timbre del teléfono se confundía con el de la calle; sonaban las botas y los rifles, entraban, salían; las descargas sonaban lejos o cerca; ninguna voz; ningún grito. Un avión, como un moscardón, vagaba sobre los techos de los barrios, lento, dis-

traído, como ayudando a dormir con su run run monótono; y luego los disparos de armas cortas lo seguían, y se iba sin apuro; al poco rato, un tiroteo intenso estallaba a pocas cuadras, y volvían las voces otra vez al teléfono, contando, denunciando, delatando, anudándose en una red espesa de miedo y, a veces, de euforia obscena.

La mañana del jueves sonó el teléfono y contestó Marcelo. Me pareció desconcertado, miró a su alrededor y, tapando el fono, me dijo: díles que están equivocados, córtales. Una voz tranquila hablaba de una masacre, que necesitaban de nosotros un favor, ¿copados? pero... Después de cortar le dije a Marcelo que no entendía nada. Se trata de una trampa, respondió. Todo el mundo sabe que ninguno de esos se halla en el Estadio. Lo ha dicho hasta *El Mercurio*. Sonó el teléfono otra vez. Más tarde pasó un jeep frente a la casa y rompió todos los vidrios con una descarga de metralla. Nos tiramos al suelo, alguien alcanzó a mirar y dijo que parecía jeep de carabineros. ¿Quién llamó? No se entendían ya las voces por teléfono. Del pánico pasivo del 11 de septiembre quedó el recuerdo de rumores y terrores. Ahora, las voces escondían armas, muerte verdadera. Había comenzado la resistencia.

Esa tarde Luz María vino a las Torres. El viejo había salido. Me di cuenta que no sería la tarde que yo esperaba. ¡Tanto ha pasado en tan pocos días! El horror se iba convirtiendo para mí en angustia, no digo de muertes porque no las buscaba en las calles, las llevaba en el ojo y pasaba horas con ellas en la cámara oscura, descubriendo heridas secretas a la luz roja que me envolvía como una burbuja submarina; horror tranquilo de una destrucción lenta, ruina que nos iba haciendo pedazos a todos, transformándonos en familias reclusas, pálidas, silenciosas, desconfiadas, obsesionadas por el mito que ardía y humeaba y otros que se venían abajo como figuras de yeso; miedo de barrio pobre y población callampa metido en el departamento cómodo de San

Borja; invasión de cementerio que se abre de par en par y estira sus caminos y avenidas por la ciudad. Luz María me contaba que había pasado por el Sheraton del San Cristóbal y que los turistas, enjaulados en el hall, andaban sucios, con los pelos parados y furiosos porque les cerraron el bar. Siéntate. Pero yo quería besarla; había que borrar un poco de esa tremenda morgue, esa misma tarde, en una pieza donde no se esperaba que nos besáramos; cambiar de raíz algo, aunque fuera mínimo, de esa rabia cansada y aterrada que íbamos recibiendo a diario del curso de jeeps y carros blindados en la calle.

Luz María se quedó con la chaqueta de cuero puesta, preparó el té y lo tomamos sentados en el suelo, cerca de la terraza. Me hacía sentir la distancia, una réplica silenciosa a lo que yo ni siquiera decía aún, sin fijarse demasiado en mí; el pelo más oscuro ahora sobre la cara, y en los ojos una especie de curiosidad molesta, casi una súplica que yo no entendía. Hablaba de los niños.

¿Qué va a ser de nosotros? ¿Nos van a vestir de beatos, nos van a prohibir los pelos, los pantalones y los libros? Yo pensaba en esos centenares de niños que había visto hoy con delantal blanco lavando concienzudamente las paredes del Mapocho donde escribieron los rotos cuando tuvieron gobierno; pensaba en los míos borrando de sus libros la historia para creer en otra, asustados y cuidadosos, rubios suavecillos y castaños, regordetes de Vitacura, con bluejeans de boutique, aprendiéndose con rapidez las cooperativas del viejo Portugal y la geopolítica del Brasil, y los maestros pasados como fruta fuerte en el suelo criminoso.

No partirían ellos ni partiría yo. No podían borrarlos como otro mote cualquiera de las paredes chilenas. Todos insisten en que los niños salgan a pasarnos la brocha blanca por encima y eso no se puede, dije, nos quedamos. Haré una película y el libro de entrevistas con Allende. Marcelo publicará su libro de fotos en el extranjero o en la clandestina.

tinidad. Lo que yo no entiendo, dijo ella, es que tú andes recorriendo en moto el lugar del crimen, no basta. Si lo que pasó fue un terremoto, para las víctimas siempre hay remedio y, a los pocos meses, se ha olvidado todo, apenas quedan unas paredes cayéndose y unos ranchos en el barro. ¿De qué se va a quejar la rotada? Siempre vivieron así, aprendiendo a adaptarse debajo de la muralla que les cayó encima, apechugando y endureciéndose o reventando en la espera. Toda esta gente como tu papá y los otros que sacan la bandera creen de verdad que no sucedió nada, que se cerró *El Siglo* y se abrió *El Mercurio* y que los camioneros ganaron su huelga por amor a Portales. Pero no saben que la gente armada, de civil y uniforme, nos hizo el camino de ida y nos hará el camino de vuelta.

Afuera se aproximaba la hora del toque de queda. Aceleraban los autos hacia el barrio alto. El humo azul de siempre subía desde el asfalto y las bocinas sonaban iguales y las personas levantaban con angustia los brazos en los paraderos de micros, pero el ruido de la ciudad era, sin embargo, distinto; porque desde la cordillera, El Bosque, los Cerrillos y Colina y desde los pequeños aeródromos del valle central, el trueno crecía sordo y pujante; rumor de cadenas, viento de hélices nocturnas, golpe de potentes motores, tenazas envolventes que iban apretando a la ciudad por la cintura y mantendrían su presión y, y cuando no se pudiera más, vendría el nudo en lazos bien urdidos, lanzados por manos baqueanas del sur orgulloso, y sonarían en el barro los pasos afuerinos cargados sobre un camino histórico cubierto de viejos muertos condecorados. Santiago, azul en la tarde y rojo al anochecer, confuso y perdido, no respiraba ya entre los muros de hielo que ahora no nos servían, pues se cerraban como paredes de un extraño rascacielo-frigorífico donde seguían cayendo cuerpos y sombras.

Veía a mis niños en ese atardecer hostil en que se confundían cazadores y cazados, esperando micros, esperando

aviones, esperando balas, sin comprender aún al hombre junto a ellos, pegada la cabeza contra la ventanilla, llorando silenciosamente. Y yo entendiendo ahora mi tristeza fuerte y honda, esas lágrimas que traía adelantadas porque todo se venía abajo y los amigos y parientes entraban y salían de la morgue como antes pasábamos por los patios de La Moneda, y le dije a Luz María que yo tampoco deseaba irme, Luz María dijo simplemente que no hablaba de ninguna militancia, que su catolicismo era seguir a Cristo y seguir a Cristo era seguir al pueblo, a los pobres que esta noche no tenían una embajada donde refugiarse, ni un fundo donde esconderse, ni siquiera un departamento donde fondearse, ni tendrían un avión para partir, pero sí habrían de quedarse a pasar hambre, a pasar furias, a resistir, a recoger callados el saco de huesos que cayó al río o que cayó al hoyo, hasta que alguien se acordara de ellos como se acordó Allende y les tendiera la mano y combatirían juntos.

Esa noche no esperaría ya al viejo, no haría guardia con otros bolsudos en la puerta de rejas; iría, en cambio, con ella a buscarle solución al problema, porque era el problema de la muchacha ¿verdad? y tal vez dormiríamos tranquilos.

A salvar gentes entre toque y toque de queda, a conducir en fila india a los tapados por callejuelas y cités de barrio, por entretechos y corredores, por cines vacíos y pasajes comerciales cerrados, en autos, en motos, en camiones, descargando en sitios eriazos, en canchas de fútbol, en patios de escuela, en cerros y cementerios, a salvar a los fusilados antes de que se vayan de espalda o los haga volar la ley de la fuga, a sacar gentes de closets multifamiliares y enterrarlos en hospitales subterráneos, tabiques brujos, suelos dobles: esto era el futuro, y la ciudad de los que huían se convertía en una segunda ciudad movable a lo largo del país. Toda una nación se fugaba y otra nación la perseguía, disparándole de cerca. Ponga el oído y oiga diálogos a la

carrera entre encapuchados y verdugos, sienta la carga eléctrica elevada a la altura de los testículos y las vaginas, la corriente alterna entre brasileños y cías, el golpe de los dedos quebrados y las espaldas rotas; el país es un vecino atropellado, nocturno, desangrándose de bruces en el suelo.

Yo había recorrido las rutas en moto aprendiéndome de memoria los caminos que conducían a la morgue, pero sin comprender claramente por qué; yo era una cámara fotográfica paseando su lente lentamente, de arriba abajo, a lo ancho y a lo largo, por la noche que los demás ciudadanos no veían y solamente escuchaban, como ese avión despacioso y obstinado que también observaba y hablaba y movía las patrullas de la muerte.

Nunca me hicieron sentir que era parte de un anillo de combate y, no obstante, siento que a mi lado, en un sidecar invisible, llevaba a algún guerrero, que le salvaría la vida a otro y a otro le daría un poco más de espacio para respirar y combatir.

He dicho que hacía guardia en la torre donde vivía. La mayor parte de los arrendatarios simpatizaba con la Junta y deseaba proteger esa especie de fuero no escrito pero conocido ya por los soldados y carabineros de la zona. Quien organizaba la guardia era una mujer vieja, viuda, que vivía sola en el primer piso y vigilaba los movimientos de todos los vecinos. Mantenía las ventanas herméticamente cerradas y la puerta bajo llave de cuatro chapas y cadenas. Al salir del ascensor uno sentía su vigilancia, adivinaba su ojo aguachento pegado a la mirilla minúscula de la puerta. No me dirigió nunca la palabra, ni me saludó jamás; pero supo clavarme la vista cierta mañana en que llegaba yo a la Recoleta. Se entendía con mi padre, quien le prometió que yo también haría guardia. Nuestra misión era identificar a los que entraban al edificio después del toque de queda. No había nada que hacer en esas horas de soledad y los balazos se oían lejos, entonces abríamos la reja y entraban los uni-

formados que patrullaban por Marcoleta y la viuda repartía nescafé y cigarros. Los soldados contaban horrores cometidos por el MIR. Parecían verdaderamente miembros de un ejército a la defensiva, protegiéndose de un cerco invisible, nerviosos y desconfiados. Pero sentíanse unidos a nosotros por espíritu de barrio. Nos defendemos juntos, querían decir. Y no se lo decían a nadie.

En la pensión de estudiantes las conversaciones telefónicas eran incomprensibles para mí. Por la noche se hablaba a oscuras. Me sentía tranquilo y contento aceptando pequeños mandados para las excursiones en moto del día siguiente. Todos allí se arriesgaban con desplante, pero tomaban cuidadosas precauciones. Las noches en que vinieron los soldados me quedé atónito de ver la displicencia con que respondían y mostraban sus papeles. Una vez, el oficial se llevó a una muchacha hasta la mampara y conversó con ella. Tuve el presentimiento de una redada a fondo. Algún peligro. Los pocos gringos se veían todos iguales con su apariencia mormona, sus anteojos y sus caras lampiñas; podían ser cuerpo de paz, consejo de iglesias, curas, monjas o cías. No corrían verdadero peligro. Ninguno iba jamás a su consulado donde era sabido que no los aguantaban.

El verdadero cerco se iba cerrando en otra parte. Luz María me pasó a buscar por la tarde a las Torres y fuimos en su Austin colorado hacia el barrio Mapocho. Hablamos de los niños. Me habría gustado que los trajera. Era un día primaveral y la gente dejaba los abrigos; las muchachas con el sweater a la espalda nos miraban sonriendo. Le pedí que parásemos en la Vega. Estacionamos al lado de la iglesia de los carmelitas y caminamos un rato por los galpones entre los puestos de frutas y legumbres. El olor de los canastos, del agua lodosa, fragancia de naranjas y manzanas, me vino como un recuerdo de infancia o adolescencia, mezclado con sonido de campanas en la misa de once, aroma de pasteles y empanadas; hueco para la novia que se tiene en Bellavista

y nos besábamos y tocábamos como ciegos en una matiné de barrio, y caminábamos todo el Forestal al atardecer, nada más, manos y labios, toldos de ramas y yerbas del campo, agua proletaria del río, escaños con muchas cicatrices y parejas amarradas en la oscuridad frente a las cuales pasábamos cohibidos, sin mirar, y los chiquillos y chiquillas iban y venían frente a Bellas Artes, excitados, brillantes, llenos de palabras que no se entendían, sólo voces perdiéndose entre los árboles; y en los matorrales niños precoces se desnudaban un poco y vagos perversos los estudiaban.

El sol iba cayendo por los pinos y canteras del San Cristóbal cuando llegamos a una casa cerca de la Avenida Perú. Luz María se detuvo, echó llave al auto y entró por el antejardín sin tocar el timbre. La seguí y pasamos de la mampara a un salón donde nos recibió un señor calvo, pequeño, de gruesas cejas, en mangas de camisa. Nos presentamos. Con él había dos personas más: un joven, también en camisa, y otro hombre de cierta edad, canoso, alto, elegante, de mirada hermosamente lúcida. No entendí los nombres. Nos sentamos. Se habló de los balazos en el barrio, de un vecino que había visto un auto de los GAP escondido en un garage, de uno que otro muerto en Recoleta. El señor canoso contó una historia un poco imprecisa, alguna cocinera que tuvo dolores de parto después del toque de queda y llamaron a la Asistencia Pública para que la vinieran a buscar, y serían como las dos de la mañana y les contestaron por supuesto que no, y entonces se llamó a la comisaría y el oficial de turno obviamente creyó que era una emboscada y respondió dudoso que ya pasaría una patrulla por ahí, y lo de la patrulla no resultó un chiste porque se llevaron a la mujer y también, por si acaso, al marido y los parientes. Nada más. Me pareció que la historia debía tener un final dramático, pero el anciano no la terminó, llegó hasta ahí no más, y se quedó serio y callado.

Entró la señora de la casa, esposa del calvo, y detrás una

muchacha con un niño en los brazos. Yo observaba ese ambiente y cada vez me iba más y más adentro en mi niñez. Era el dulce medio pelo, acogedor, con reservas infinitas, los pocos sillones y las muchas sillas, la alfombra y los pañitos, los bibelots y la naturaleza muerta, torcida, los retratos familiares, y el toque moderno: un gabinete de madera clara y fierro negro, adornado con motivos tropicales, el bar. Se siguió hablando en tono doméstico y tomamos vino añejo. Luz María conversaba con la muchacha y tomó a la guagua en sus brazos. El lolo escuchaba al caballero canoso y el calvo guardaba silencio. Yo miraba por la mampara abierta y veía niños jugando, un grupo de adolescentes examinando el Austinmini, una mujer vieja, de negro, acodada en su ventana, la luz cobriza del atardecer estirándose por los techos bajos de tejas, un poco de humo y de árboles. Sentí, como siempre en esas casas, como antes en alguna residencial de la Calle 18 o de Catedral abajo, no recuerdo bien, el abandono triste de mis patios humildes, cocinas y braseros y pan quemado, una desesperanza tierna también, los fantasmas sentados, la leche subiéndose y derramándose sobre el fuego, tomando té, comiendo jamón con palta, rodeando la torta, y el domingo acabándose, el día soltando sus últimas luces, elevándose la calle y las casitas en el cielo verde y ahora azul y después negro y estrellado, y las voces de los niños todavía jugando, pero más apagadas y lejanas, y la pequeña patota en la esquina hablando en murmullos y fumando, todo el barrio cerrándose con las cortinas del verano, invisibles, suaves, sin futuro.

Puse atención entonces —ya habíamos tomado onces—, y entendí el objeto de la visita. La joven compañera de voz baja, acento-canto, tono comedido, regidora comunista, barrio bravo, cordón industrial, asilada ahora en un edificio cercano donde tenía no los días, sino las horas contadas, necesitaba refugio en una embajada. El hombre canoso hacía gestiones con los representantes de una nación europea. Y la

regidora le decía Padre, y él la llamaba por su nombre de pila. Los demás escuchábamos. Llegado el momento, Luz María dijo que si el Padre no tenía éxito en su misión, ella haría otra proposición, que aún podían ensayarse otras cosas. Los demás dijeron que bueno, que ya se iba acercando el toque de queda, y nos despedimos dándole las gracias a la señora por el pedazo de torta que nos regaló envuelto en una servilleta de papel. A la joven comunista le di la mano y vi los ojos cansados que me miraban con una especie de confianza eterna desde atrás del niño dormido.

Iba pensando cómo podía esa mujer estar en peligro, quién la temía o quién la odiaba, por qué se escondía en la ciudad primaveral, y si habría un sitio en el mundo donde podría ser otra vez lo que era. Luz María no dijo nada. Me llevó de vuelta a las Torres. Faltaba para las seis. El viejo está en Viña, dije. Tampoco me contestó, pero echó llave al auto y entró al edificio delante de mí. El portero le quitó las cadenas a la puerta de rejas. Por la mirilla estaría tomando nota la viuda. Subimos al ascensor. Llevaba a Luz María enlazada por la cintura. Entramos al departamento y me dijo que no encendiéramos las luces. Abrió las ventanas de la terraza y vimos la luz violeta que envolvía a la cordillera y sentimos el rumor soñoliento que subía del parque entre los árboles; no vimos, o no quisimos ver, soldados ni patrullas, sino la llamarada de siempre, el tráfico de la primavera, las pequeñas luces, las pequeñas gentes. Habíamos hecho algo juntos esa tarde, y creo que cuando empecé a besarla, besaba también a la compañera y al niño.

El primer intento de salvar a la regidora fracasó. Fui testigo de parte del percance. Ibamos con Luz María en auto hacia Mapocho. Era mediodía y hombres y mujeres regresaban de la Vega a pie sin prestar mayor atención a los camiones militares que pasaban velozmente a cumplir misiones desconocidas en lugares invisibles. Por radio de onda corta oíamos noticias de cruentas luchas internas entre fuer-

zas armadas leales e insurrectas. Una radio limeña describió un incidente en el Bosque, oficiales fusilados a sangre fría por negarse a participar en el golpe, y una estación de Mendoza hablaba de alumnos de la Escuela de Carabineros en un combate suicida contra unidades rebeldes. Los rumores telefónicos aludían misteriosamente a bombardeos de poblaciones obreras. Pero ahora pasaban las micros con sus pasajeros colgando, como siempre, carretelas cargadas de cajas y sacos, la corriente santiaguina indiferente o disimulada ante los cañones que no apuntaban a ninguna parte.

Pasamos frente a la casa una vez. Reconocimos la camioneta del Padre. Seguimos, y entrando por la Avenida Perú llegamos hasta la subida del funicular y volvimos. Luz María decidió comprar cigarrillos. Paramos en un quiosco de periódicos. Sentí una mirada intensa a mis espaldas. Habíamos estacionado cerca de la planta hidroeléctrica y, al regresar al auto, divisé a los centinelas apuntándonos. Partimos sin apuro. Antes de llegar a la casa Luz María torció y entró por una calle que yo no conocía. Fue un amplio rodeo ejecutado sin prisa por una pareja de aspecto pituco, en las faldas del cerro, manejando un Austin colorado. Luz María se detuvo, encendió un cigarrillo y esperamos un rato. Si el Padre no puede sacarla, dijo, la sacamos nosotros por aquí, y me mostró el portón de algo que podía ser fábrica, taller, garage u otra cosa. Dio la una. Dejamos el auto, caminamos y, desde lejos, pudimos ver que la camioneta del Padre había partido. Seguimos caminando y, no viendo patrullas de ninguna clase, decidimos tocar el timbre y averiguar qué había pasado. Nos recibió el muchacho. Ya no sonreía. Apareció la señora. Nos miró sobresaltada y dijo: Se llevaron al Padre. ¿Y ella? Preguntó Luz María. ¿Se la llevaron también? No. No estaba aquí, anoche vinieron compañeros suyos, le tenían refugio. ¿Añoche? ¿De noche la sacaron? ¿No sería a una embajada? No sé. ¿Y el Padre? Lo tendrán en el Estadio. Los soldados patrullaron toda la noche y tuvimos

el avión chico ése rondándonos los techos y, además, un helicóptero. ¡Ah, y encontraron al GAP! Al que se trajo el auto y lo tenía escondido en el garage. Allanaron a todo el vecindario. ¿Y el Padre? Estaba aquí cuando vinieron la segunda vez. La huevía, dijo el muchacho, es que andaba sin papeles, sin nada, sin carnet de identidad ni de manejar ni nada. Les dio la dirección de su parroquia y el teléfono. El teniente llamó y el que contestó dijo que el Padre estaba diciendo misa, que no podía interrumpirlo... Esas instrucciones se las había dado el mismo Padre. Qué mansa huevía. Bueno. Lo soltarán. No sé. La señora dijo: mi marido se fue al Estadio.

Lo extraño es poder decir que fueron pasando los días, o sea, que también la pesadilla parecía suspenderse y, sin embargo, nada ni nadie volvía a una verdadera y vieja rutina. El orden del día aparentaba ser genuino, pero si uno se fijaba bien notaba algo de irreal y desesperado en la gente que caminaba por el centro, en los autos detenidos en las esquinas, en los almacenes y mercados. La vida seguía su curso, como se dice, un curso que no llevaba a ninguna parte. ¿Quién trabajaba? ¿Quién iba a la oficina? ¿Quiénes al colegio? ¿Quiénes viajaban? ¿Todos? Los nacionales y sus familias constituían un Chile contento, pudiera decirse eufórico y hasta hilarante. Desaparecieron a holgarse con su triunfo. Era lo correcto y necesario. Se disolvió Patria y Libertad. Los líderes dejaron de ser líderes y pasaron a ser gobierno, con minúscula, no en la primera plana de *El Mercurio*, ni siquiera en la última. Eran gobierno donde realmente cuenta: en la administración económica y policial del país. Los más inteligentes guardaron compostura y celebraron en el calor sacrosanto del dormitorio. Discreción y sobriedad, cuando se tienen las riendas en la mano, rinden más que la venganza. Ésta, la venganza, quedaba para gentes menos estables, débiles de principios o sin principios, la vasta ciudadanía que encontró de nuevo su fe, pero no en

las iglesias ni en los estadios, sino en el conocimiento televisado y minucioso de la represión brutal y de la pena de muerte. Hemos visto personas reír ante la evidencia de torturas, personas de buenas y malas costumbres, pero de sólida posición y hasta conocidas en su barrio y creyentes, pedir que se mate más y gozar con la persecución implacable de otros miembros del vecindario. También comprobamos día a día el auge de la denuncia y la delación. Diríase que el país necesitaba soltar el cuerpo, apaciguar los nervios, flagelarse de repente para buscar alguna calma de índole ancestral que permitiera tragarse el humo de las montoneras y de los hornos crematorios.

Así es que la vida continúa su curso, y el curso es un subterfugio para no declarar que la vida seguía realmente de noche, en prisiones, barracas, cuarteles, academias, soledades antárticas, soledades desérticas, en lugares secretos, tal vez, o tal vez públicos, a la vista de todos, porque ¿cómo se va a esconder usted de la muerte que viene con su nombre y apellido? Pero, de inmediato reconozco que lo dicho suena demasiado. Requiere explicaciones. Se llenaron las embajadas y para volar se hizo necesario obtener salvoconductos. Los allendistas perdieron su trabajo y sus parientes y democristianos debieron mantenerlos. Después perdieron la pega también los democristianos, quienes, unidos a los allendistas, pasaron a ser una carga excesiva para los nacionales. Se abrieron entonces grandes campos de reclusión donde la vida no es sino una gran olla de porotos y fideos y una cuchara de palo. Barata y corta. Éste es el curso a que se hace referencia.

Del padre que desapareció del San Cristóbal no supe más, de la joven perseguida y su niño no vine a saber sino en la segunda semana de octubre.

Mientras tanto, Luz María y yo habíamos tomado algunas decisiones. Marcelo se quedaba en Chile, proyectaba un libro de fotos sobre los combates en Santiago. Luz María

estaba ahora en contacto con otros grupos, y yo buscaba a cineastas jóvenes para armar una película sobre el 11 de septiembre.

Mi padre ya no me preocupaba. Mantuvo la calma en su triste victoria. Era de los nacionales dormidos, consideraba que la prueba decisiva había terminado, que las FF.AA. entregarían el poder a los civiles y regresarían a sus cuarteles, que lo sufrido bien valía la libertad recuperada. Lo decía sin pasión, sin siquiera mirar hacia la calle, descontando irritado los rumores que le llegaban por teléfono. Lo pasado, pasado, volvemos a fojas uno. Un día vio una foto de Alessandri —grande, inmenso, macabro, con abrigo hasta el suelo, bufanda, sombrero y bastón—, frente a La Moneda, como si se hubiera bajado de un monumento a observar la destrucción causada por los cohetes y el incendio. Mi padre dijo algo sobre Toesca y el Salón Rojo, nombró a un amigo suyo, profesor de historia que podría dirigir la reconstrucción y dio vuelta a la página. Pero fue también a ver y miró los balcones derretidos, los palos quemados, las escaleras y galerías cortadas a medio aire, los Presidentes de yeso por el suelo, y comentó después que La Moneda jamás volvería a ser lo que fue, que con ella terminaba una historia y ninguna reconstrucción era posible porque los países no se hacen ya de ladrillo y adobe, ni las paredes de un metro de espesor, ni los patios de naranjos para que las niñeras lleven los chiquillos a jugar. El nuevo gobierno está bien en la UNCTAD, dijo, Chile es un país sin ruinas ni reliquias, el futuro pide vidrio y acero y altura.

Seguí viviendo con él y no puedo decir que soportándolo, porque en realidad no lo escuchaba y, aunque lo oyera, no me ofendía. Me habría ofendido si hubiese celebrado, como el contador, como la viuda de abajo, y los habitantes del trasatlántico del frente que salían con la bandera a la terraza y hablaban de reemplazar el cóndor y el huemul del escudo por la efigie de una cacerola-Poder Femenino.

Ver a Luz María por las tardes, sacar a los niños los domingos, y recorrer en moto la ciudad, era para mí un modo simbólico de estar y no estar en Chile, de haber roto el cerco y de ocuparme en lo que iba a ser mi vida por muchos años: reconstruir dentro de mí el mundo que me hicieron pedazos, reanudar el tiempo que yo había venido a comenzar en mi tierra. Entendía que mi viaje respondió a la intención (no formulada nunca en palabras) de iniciar en Chile el descarte final de algunos fracasos y poner mis años en la onda que siempre presentí. Lo que tomaba forma en mi país, desordenada y contradictoriamente, coincidió con una irresistible necesidad de hacer yo un balance propio, de examinar raíces (no me refiero sólo a pensarlas porque racionalmente llegaría a esquemas, a superficialidades, a inteligentes mentiras) y cortarlas o reorientarlas, para descubrir lo que había hecho de mí la fuga constante y el escamoteo sentimental, y decidir lo que podía y debía salvarse.

En Chile no se produjo la guerra civil que habría purgado violentamente a individuos como yo. Se destruyó lo estrictamente necesario, hubo la cantidad de muerte indispensable, desapareció lo suficiente de la religión chilena para poder hablar luego de alguna clase de futuro. Pero, la destrucción que superó la medida y las muertes que se colaron por la puerta falsa sorprendieron a los planificadores; fueron como el huracán que sigue misteriosamente al terremoto, el viento que la furia crea en su propio remolino, hasta que los días y las noches lo apaciguan. Y quedamos, pues, frustrados, con una guerra civil particular e íntima dándose rabiosamente en cada uno de nosotros, mientras volvíamos a caminar en apariencia pacíficos y obedientes al trabajo, a la oficina, a la fábrica, a los cuarteles y prisiones. No se contó con los rostros oscuros y espantados de la Avenida de la Paz frente a la morgue, ni con los rotos que salían del Estadio a batirse, ni con el silencio de los espectadores y de los ve-

cinos en sus casas, ni con las muecas y las risas de la muerte trabajando sobretiempo.

A sujetos como yo que vivíamos de imágenes —acaso pudiera hablarse de visiones— se nos exigió, de pronto, considerar la palabra conciencia. Y reaccioné con pena, acusé el golpe; conciencia fue decir desgarro, desarraigo otra vez, espanto de un nuevo vacío, pero significó también madurar; durar, duro y maduro; puesto que nos remecieron el árbol y caímos a una tierra preparada, haríamos sentir nuestro peso, y la fuerza y la persistencia de la semilla secreta.

Decidimos, pues, luchar.

Una mañana me llamó Luz María para decirme algo que pareció cifrado en clave. No hice ninguna pregunta. Me propuse cumplir al pie de la letra. Estuve con Marcelo esa tarde y jugamos un partido de ajedrez algo desvaído, como pensando en otra cosa. Nos alimentábamos de rumores. Las amistades desaparecían. Se iban unos, se fondeaban otros. Nadie hacía mayor esfuerzo por averiguar el paradero de nadie. Los parientes iban a buscar en listas militares o policiales. Preguntar era solamente llamar la atención, poner gente a la siga.

La semana antes había muerto Neruda, una muerte inmensa, un ataúd que resistió asaltos y las ruinas de una casa, que sacudió desde abajo y en el aire a toda la ciudad, como esos poemas suyos acerca del mar identificado con el tiempo y con la imagen del padre, mar que se levanta sobre el mundo y se desploma en una brusca y vasta explosión de agua, sal y espuma. En los diarios salió una foto del cortejo y en ella va mi hermano con la cámara al cuello y sonriendo. Después la gente cantó y gritó. Pero no me olvido del cajón en una pieza pequeña inundada por las alcantarillas rotas. Esta foto en que aparecía Marcelo nos intranquilizó a todos. Había algo de sensacional y llamativo en ese primer plano. Mi hermano no escuchó las advertencias, siguió enfocando

y captando a la carrera el cortejo continuo de la Avenida de la Paz, el desfile creciente de nombres acusados, delatados, condenados, desaparecidos.

Llegará el momento en que nuestra moto será reconocida, una especie de lente libre y rápido que va solo por las calles, encima de la ciudad, fijando los instantes de la represión y del combate en muertes que ya no marcan las pompas fúnebres.

A las cuatro de la tarde en punto debía pararme frente a una casa. Dije que no pregunté la razón, pero entendí la determinación en la voz de Luz María. Ni un minuto antes ni un minuto después.

Me fui en la moto esquivando un tráfico pesado. Desde lejos, vi a pocos metros de la casa una pareja de soldados y un carabinero. Conocía la calle bien y no disminuí la velocidad al pasar la esquina. Los árboles se inclinaban en el viento que iba tomando vuelo; el parque junto al gran edificio de departamentos estaba vacío, dorado y oscuro en la sombra de los ventanales cargados de enredaderas secas. Reconocí el número y me detuve frente a una casa antigua, mausoleo francés, cajón de cemento con las celosías cerradas y la cochera separada de la calle por rejas de bronce. El edificio del lado era una embajada. No paré el motor. Los soldados y el carabinero me observaron. Me incliné hacia la vereda como revisando la rueda trasera. Entonces, se abrió la puerta de la casa, al fondo de la cochera, y apareció Luz María y, simultáneamente, varias personas empezaron a saltar por el muro hacia la embajada. La regidora comunista iba entre ellas. Vi cómo la ayudaron y desapareció detrás de la pared. Todo fue muy rápido. Desde la calle ni los soldados ni el carabinero notaron de inmediato la maniobra en el pasillo lateral de la casa. Luz María cerró la puerta de rejas, se acercó a mí con calma, me besó en la boca y se montó en la parrilla pasándome los brazos por la cintura. Vamos, apúrate. Aceleré la moto y partimos.

Algo me indicó al correr que la situación a nuestras espaldas había cambiado. Sentí un escalofrío en la nuca. Luz María se apretó violentamente a mí. Pasamos la esquina contra la luz roja. Después ¿cuánto después? oí disparos. ¿Contra quién? ¿De quién? Aceleré a fondo. Torcí y bajé a toda velocidad hacia Providencia. Sin aliento, temblando, seguí sorteando el tráfico en dirección al centro. Bajamos hasta la Plaza Baquedano, pasamos por el Forestal y fuimos a parar en una callejuela junto a uno de esos edificios cubistas, arrumbados entre emporios y garages, deshaciéndose y rehaciéndose como desordenado collage de todos colores en sus pisos de tablas sueltas y sus galerías de vidrios rotos. Subimos. Había un grupo en el tercer piso. Alguien tocaba la guitarra. El humo me recordó las noches de verano en el parque cuando los traseúntes disminuían el paso, los pájaros se quedaban detenidos en el aire y desde el pasto seco se alzaba la fragancia de otro pasto, más seco aún y más dorado, lleno de sueños y actos heroicos. Luz María estaba tranquila y yo me fui calmando de a poco. Me pasaron un pitillo y aspiré a fondo, como un ahogado saliendo al aire y después me hundí, como un ahogado también, y los afiches empezaron a crecer y a acercárase y la expresión de los rostros era risueña y las marchas eran, otra vez, primaverales.

Se iba oscureciendo y de nuevo me quedé absorto observando el atardecer santiaguino, lento, ancho, familiar, como suave incendio de potreros, poblado de campanas y bocinas de automóviles, anuncios de algún encuentro temido y esperado, reanudación de viejas amistades entre familiares de sombrero y corbata, árboles frondosos inclinándose hacia los arrabales más oscuros, menos poblados y con olor a fábricas y barracas de madera. Mi padre, pálido y solo, vestido de negro, tocaba la viola entre los árboles.

Luz María se acostó a mi lado. El aire frío entraba por los ventanales rotos. Llegaba un olor a comida, a pan tos-

tado, a brochas y pinturas. Se iba haciendo noche. Había pasado el toque de queda. Allanarán tu casa, allanarán la mía. Aquí ya no vienen, se llevaron a todos los brasileños y a los bolivianos y a los argentinos. ¿Quiénes quedan? ¿Quiénes van quedando? ¿Para qué preguntas? ¿Para qué quieres saber? ¿Dónde tú vives? No. No importa. Toma. Me estoy quemando los dedos. La buena yerba era ahora una buena flor entre mis dedos, rojo y ardiente, levísima estrella de compromiso que llevé a mis labios y besé y aspiré con seriedad y emocionado.

¿Sabíamos lo que había ocurrido en verdad? Saltó la hermanita por encima del muro. Salta dulce compañera, parecía decir la voz de Atahualpa en su guitarra plena de ternura, salta al lado de los buenos y los justos, vuela con el amanecer helado y sin nubes porque tu noche se va terminando y ya viene la mañana, y en mis barzos arruyo a Luz María y su pelo suave me ha tapado los ojos, la boca, el pecho, y la estrellita sigue brillando en nuestros labios.

Considero la palabra *pavor*, la comparo con esta primavera que ha estallado de pronto en sus ramos de luces, sus mañanas envueltas en neblinas, sus parasoles de almendros y duraznos, de guindas y ciruelos, considero este cielo que conozco tan bien y lo comparo a los techos convertidos en humo durante los combates de septiembre. ¿Qué me queda? Una modesta angustia que ahogo poco a poco, día a día, para creer que, en verdad, la primavera también ha nacido de mí, y de mis manos vuela buscando a esa gente que me mira extrañada, me reconoce y, al paso de mi moto, empieza a decirme adiós.

Cuando una ciudad se sube sobre otra ciudad ¿recuerdas Luz María? era una adivinanza inocente, y sobre esta ciudad se sube otra y así hasta que el hombre, del todo perdido, deja de pensar y actúa con fierros y palos en las manos, la ciudad de Dios es la primera que cae, entran los bárbaros, comienza el saqueo y la gran torre se desarma sobre su

lecho de piedras. Quedará gente buena y digna haciendo de esas piedras un monumento, y sobre ese monumento pondrán otro y otro y de nuevo tendremos historia, tal vez no igual a la que tuvimos antes, no será de roca y de tiempo, quizás, ni tampoco de cuero o de acero, pero habrá hombres y mujeres al fondo, acostados en su base y, es posible, que inmóviles, tranquilos, los muertos la hagan durar.

Vine a juntarme conmigo mismo en una esquina llamada Chile. He estado esperando algunos meses. Ahora, sólo ahora, verdaderamente, veo al otro que viene a mi encuentro, acercándose despacio, un poco sin cara, pero es mi paso, es mi tristeza y mi soledad y mi esperanza, y trae en sus manos las páginas de este diario que es preciso concluir porque la ciudad, después del toque de queda, pide más llamas, exige más fuego, mucho más conciencia, mucho menos y mucho más vida.

Ahora debe hablar el narrador y usar el tiempo que no tuvo Cristián. No lo tuvieron tampoco Allende ni Neruda, ni Jara, ni Olivares, ni Toha, ni Prats, ni Bachelets, ni Letelier, nombres que vuelan como solían volar las hojas de calendario en las pantallas grises del cine mudo. Narrador tranquilo, sin remordimientos, sentado en sillón de cuero color champán, defendido por un muro blanco de la bala que insiste en buscarlo y, hasta ahora, no lo encuentra del todo. Me mira y, detrás de los lentes, descubro unos ojos firmes que no parecen entender ni compartir mi desazón. No llego a saber en qué se basa esta fuerza, si resulta de una militancia, de una fe o una obsesión, o de un simple capricho de poner a prueba mi desconuelo. Pero, también sonrío. Este hombre sabe mucho y lo dicho es siempre como una tapa que encubre su secreto. Además, viste un día de civil, otro día lleva los hábitos blancos y bordados, la casulla resplendente del oficiante, otros —como hoy— viste uniforme de capellán militar. Puede ser entonces vecino, sacerdote y guerrero y, si lo desea, alguna otra cosa misteriosa que nun-

ca llegaré a descubrir. Lo digo porque tuvo mi destino entre sus dedos y me dejó ir por razones que nunca explicó, aunque *ir* en este caso pudiera referirse a los hilos que Dios alarga, acorta, parece enredar, pero no enreda, y que, en verdad, no suelta jamás.

Estamos, pues, en su escritorio, una amplia sala de casa antigua, techo alto, mesa oscura, gastada, vitrina de libros, un sillón de respaldar alto, el suyo, una silla vieja de cuero para mí. Ha puesto una botella de pisco entre nosotros y bebemos a tragos cortos. Ha cerrado la puerta y afuera, por los corredores que bordean el jardín, sólo se oyen las patas y las uñas del perro que vigila en la oscuridad. No hay otros ruidos aquí. De la ciudad nos separa otra ciudad: la de Dios, construida alrededor de patios, y un cementerio debajo de un campanario de ladrillo.

Trataré de transcribir fielmente sus palabras.

—No era, como tú sabes, la primera vez que una patrulla tocaba a la puerta de Cristián y su padre. Esa madrugada el timbre de la calle sonó insistentemente. Se levantó el mayordomo y permitió la entrada al oficial y su escolta. Según cuenta el señor Montealegre, oyó tocar a su puerta un poco después de las cinco de la mañana. Abrió el mismo y entró el oficial. Dijo venir por Cristián. Su actitud era muy comedida y, mientras Cristián se vestía, conversó amablemente. Observó las fotos en el living y preguntó quiénes eran los niños. Contó que él también tenía un hijo de la edad de Cristián. Cuando éste apareció salieron sin explicaciones. Montealegre dice que dio por descontadas dos cosas: primero, que el oficial le conocía a él de nombre, es decir, que estaba al tanto de su posición política, Partido Nacional, moderado pero firme partidario de la Junta; segundo, que a Cristián se lo llevaban para interrogarlo acerca de las actividades de Luz María y sus amigos. Concluyó que lo detendrían algunas horas y lo dejarían en libertad. No se inquietó, pues, mayormente. Pensó, asimismo, que el tiempo había

mejorado, que un día de sol en el campo no era para preocupar a nadie. Volvió a acostarse y no se levantó hasta que su otro hijo, Marcelo, vino al departamento alrededor de las once de la mañana. Conversaron sobre lo sucedido y Marcelo dijo haber estado ya en las puertas del Ministerio de Defensa consultando las listas de detenidos y que Cristián no figuraba en ellas. Esa tarde, hablamos del 14 de octubre, vino al departamento Luz María con los dos niños. Tomaron onces, barajaron nombres de amigos influyentes que podían ayudar a Cristián y se separaron. Al día siguiente volvió Marcelo y comunicó que el nombre de Cristián decididamente no se encontraba en el Ministerio de Defensa, tampoco existía ninguna información sobre su paradero y que a la Sección de Investigaciones ni siquiera pudo acercarse. Esa tarde —es el segundo día—, el papá de Cristián comenzó a telefonear a sus amigos. Mientras tanto, el portero dijo haber visto a Cristián saliendo del edificio con los soldados y otras personas —no recordaba cuántas—, entre ellas un estudiante de apellido Salas y una mujer; agregó que los subieron a un furgón y que partieron por Marcoleta arriba. Al tercer día tampoco hubo noticias. Ahora tres, el señor Montealegre, su hijo Marcelo y Luz María, recorrían la ciudad preguntando en comisarías y hospitales. Cristián había desaparecido sin dejar rastros. Esa noche, Montealegre recibió un llamado telefónico de un médico amigo suyo. Fue un mensaje críptico. Dijo que un colega, requerido por su familia, había estado ese día en la morgue y reconoció entre los cadáveres al estudiante Salas. Le sugería seriamente que fuera la mañana siguiente, sin falta, a la morgue. Montealegre fue solo. Llegó al edificio de la Avenida de la Paz, lo llevaron a una oficina donde un funcionario tomó los datos pertinentes y, luego, le abrieron una puerta que daba a un corredor y de éste pasó a otro, siempre en el primer piso, donde vio un número de muertos alineados en el suelo. Recorrió el corredor lentamente. Dice haber visto como un

centenar de cadáveres y, entre los últimos, encontró el cuerpo de Cristián. Se hincó a su lado, apartando otros cuerpos, y comprobó que Cristián tenía un orificio en la frente, de seguro originado por la bala con que lo remataron.

Se quedó mirándome sin ninguna expresión, supongo que para examinar el efecto de su relato, y yo pensaba en esos momentos que Cristián no había descrito acertadamente a esta persona en su diario, viéndola más bien a través de la mirilla espiadora, es decir, según su imaginación y su disgusto, y no de acuerdo a la realidad. Desde luego, no era lo que se llama vulgarmente una «señora bigotuda»; ni su boca, ni los ojos, partes de una cara intrusa, entrometida, dura. Por el contrario, advertí cierta calma despreocupada, una blandura cómoda en el busto bien lleno, en la nariz carnuda, en los brazos y manos maternas. Había puesto la tacita sobre la mesa y me miraba preguntando si quería más té. No, gracias, le dije. Estoy muy bien así. Y mientras reanudaba el relato yo examinaba lo que fue su vida, que ahora constituía sus paredes, sus estantes y mesitas y paquetitos en la cocina. Presidía el departamento un retrato en colores de un militar antiguo en uniforme de parada. Nunca he sabido distinguir los grados, pero supuse que, por los bigotes y el tamaño de la gorra y de la mirada, debió ser coronel o comandante. O tal vez más. Se habrá muerto hace muchos años, así lo indicaba el matiz crema de la casaca que debió ser blanca alguna vez y los colores un tanto corridos de la nariz y de los labios. En otra pared había un retrato de mujer. Acaso fue ella en otra vida. Mujer de melena corta y ondulada sobre la frente, y boca pequeña. Los bibelots de las mesitas, la minúscula televisión, algunas plantas, indicaban una vida encerrada, pero no triste, vida de departamento interior, sin vista, excepto la ventana de la cocina que daba a la pared desnuda del garage y, como se ha dicho, el hoyito de la mirilla que dominaba la puerta de entrada, el hall, y la subida al ascensor.

Vinieron a las cinco de la mañana y el mayordomo los dejó entrar. Eran un capitán y tres soldados. Primero, subieron al piso 12. Buscaban al joven Cristián Montealegre y lo bajaron y en el mismo ascensor venían con el señor Garretón y el estudiante Salas. El matrimonio argentino ya estaba abajo y sólo esperaban a los otros para subirlos al camión. La señora argentina parecía embarazada de unos cuatro meses creo yo, porque se nota, ¿no piensa? y su marido ya había estado preso en el Estadio.

—Pero, así salen cinco únicamente.

—Seis. No he mencionado al joven Saá.

—¿Saá?

—Sí señor, un joven de unos 25 o 26 años. El problema que tuvieron no fue con él, sino con Salas que tomaba píldoras para dormir y no lo podían despertar y tampoco se vestía solo. Sufría de fuertes depresiones ese joven. Para mí que fue siempre un poco, un poquito... bueno, me comprende ¿no? Lo del señor Garretón ha resultado extraño. No es que yo critique a la Junta, porque usted sabe que han cumplido con su deber y cuando es necesario salvar a la patria del marxismo y del loco que teníamos en La Moneda, se demandan sacrificios inconcebibles en tiempos de paz. Lo que pasa es que el señor Garretón tiene un hijo militar, tenía debiera decir, y jamás se metió en política. Que lo hayan fusilado es un poco raro ¿no piensa?

Yo no decía palabra. La penumbra del escritorio me agobiaba, como un silencio que de una pared va a otra pared y rebota y nos llena hasta hacer zumbiar los oídos. La ventana que daba al jardín, como dije, estaba cerrada, pero aún así se colaba un airecillo helado con olor a agua y limón y menta. Tomé la copita de pisco y me la bebí de un golpe. Pero, la vi llena otra vez.

—Mi impresión es que los mataron esa misma madrugada, aunque los cuerpos fueron hallados por los carabineros el 17 de octubre en el túnel de Lo Prado.

Tal vez leyó la incredulidad en mi cara o él mismo dudó porque, sacándose los lentes y clavándome sus ojos brillantes añadió:

—Es posible que los fusilaran en otra parte y los llevaran *después* al túnel. Todo esto es difícil de precisar, hay detalles que faltan porque un fusilamiento colectivo siempre viene a constituir una especie de puzzle en que no todas las piezas se hallan a nuestra disposición. Acaso las más importantes se han perdido a propósito.

Digo que el silencio de la gran casona me aplastaba y distraía; el narrador jugaba con un cortapapeles y era obvio que el monólogo lo cansaba, pero más le cansaba aún el hecho de no poder, de no querer decirme todo. Su gran pecho guardaba secretos que se esforzaba por tranquilizar con sal de frutas y después, tarde ya, con leche. Olvido decir que ese día cubrió su pecho con un paño color naranja. Esa golilla y pechera cambiaba de color según instrucciones confidenciales, era una forma de santo y seña que permitía distinguir a los soldados verdaderos de los miristas disfrazados. El uniforme caqui le quedaba grande, parecían sobrarle correas y botones. En el fondo, no era sino un hombre piadoso quien al vestirse con prendas que no constituyen un hábito, parece siempre vestido de sobras, mal planchado y flotante.

—Yo señor no delaté a nadie. La Inteligencia Militar tenía sus razones que ni usted ni yo conocemos ni conoceremos nunca, pero habrán sido razones de peso, de fuerza mayor, ya que impusieron la pena de muerte.

¿Por qué se defendía de mí? ¿Qué creía que iba a hacer yo? ¿Qué iba a denunciarla a mi vez? ¿A quién? ¿A los parientes? ¿Qué podrían hacerle? El padre de Cristián no culpaba a la Junta. Ni siquiera pensaba que se cometió un error. Decía simplemente que el oficial culpable era de la Unidad Popular y que Cristián había muerto víctima de la venganza roja. Nadie se atrevía a preguntarle, viéndole su

cara descompuesta y la mirada de terror, si la joven señora argentina embarazada también fue objeto de una «venganza roja».

—No tuve nada que ver con esto y tampoco tengo la culpa de que la gente se vaya de este edificio. ¿Quiere otra tacita de té? Cuarenta familias se han mudado después del fusilamiento. ¿Sabía?

Lo dijo echándose para atrás, un poco entredientes, mi- diendo el efecto de sus conocimientos.

En esos momentos noté que tenía una calavera en la vitrina de los libros y que allí también guardaba las botellas. Se fijó que yo contaba los dientes o los vasos o los libros y sonrió.

—Los chiquillos se mostraban impacientes. Querían salir en patrulla. No había órdenes. Así es que les conseguimos pasatiempos. Los vecinos regalan dominó, naipes, damas, cachos, pero no se satisfacen. No ve que le tomaron el gusto a la acción, pues.

Me imaginé la cantidad de muerte que habría visto, vestido de soldado, de civil, de sacerdote. Pastor, le pregunté, ¿has gustado el calor y el vaho de la sangre? ¿Tú? Pero lo hice sin voz, así es que no respondió. Su obligación comenzaba temprano en la mañana y concluía a las ocho de la noche. Sacrificaba al cordero con las primeras luces del alba, en una claridad celeste, con estrellas en las palmas; bebía la sangre del cordero divino, se limpiaba la boca y se lavaba las manos. ¿Se lavaba las manos? No lo sabré jamás. Ayudaba a bien morir.

—La calavera es de plástico. Sírvete otra copa.

Con una rodilla en el suelo, temblando, ahogándome, lleno del olor a muerte, estrecho y aplastado en el corredor que no estaba hecho para amontonar muertos, con el pantalón húmedo de sangre o de grasa, pensé que ese cadáver

era mi hijo, que su cara abierta y blanca, su boca ensangrentada, un ojo entreabierto, el otro hinchado, azul, había sido la cara que yo más quise, que debía besar tantas veces y no besé nunca por tímido y por duro, y sollocé atragantado, gritando su nombre para adentro, acostado yo también, metiéndome entre los cadáveres, horrorizado, buscando su frente para besarlo y lo besé junto al agujero de la bala, le acaricié el pelo crespo, su barba sucia que, de repente, se había hecho rala y gris, como si fuera un viejecillo muerto, y era Cristián y me contestó con una dureza entera, hecha de muchos años, los suyos y los míos, petrificado, pegado al mosaico con el tremendo peso de un muerto que lleva infinitos cuerpos adentro. Me sacaron a la fuerza. No vi otras heridas. Sólo el balazo en la frente. Y la cara torcida, pero duro, Dios mío, pesado, como hecho de piedra, él que fue dulce y me quiso tanto, y yo no estuve a su lado cuando murió sin haber tenido tiempo de aprender a morir.

Dejé la copita en la mesa y me acerqué a la ventana. El parque empezaba a tomar su forma nocturna, quiero decir se encendían luces a sus costados, pasaba un tráfico veloz, brillante, se borraba la cordillera y, por encima de los eucaliptus, la imagen de la Virgen permanecía oscura; había estado así ya varias semanas; alguna vez me gustaría analizar el hecho de por qué permaneció impasible en los momentos en que aparecieron los aviones volando sobre el centro de Santiago e hicieron su primer ataque en picada lanzando sus cohetes y me encontré mirando hacia el cerro y esperando que ocurriera un milagro, sí, literalmente, y la imagen pareció rehuirme la mirada. Eso significó algo, supongo, pero no lo entendí.

La voz ahora me llegaba muy baja y triste, sin quebrarse, tal vez porque ya no podía quebrarse más.

—A Cristián se lo llevaron de madrugada. El papá no

protestó, ni se le pasó por la mente que hubiera peligro. A decir verdad, todos pensamos que lo llevaban para interrogarlo por el asunto de las fotos y que lo soltarían. Luz María se fue primero, después pasó a buscarme y, juntos, anduvimos indagando en la redacción de los diarios, en las comisarías, en la Asistencia Pública, en el Ministerio de Defensa. El 17 mi papá recibió un llamado telefónico de un médico amigo suyo, no sé exactamente qué le dijo pero pienso que esa persona ya sabía que el cadáver de Cristián estaba en la morgue. El viejo fue y, después de buscar entre un centenar de muertos tirados en el suelo de un corredor, halló a Cristián y después pasó todo el día haciendo trámites para que se lo entregaran. Creo que el viejo se hizo trizas, aunque no lo diga, y que habrá pensado en una cruel broma divina porque insiste en defender a la Junta con la boca, y con los ojos dice que la muerte de Cristián lo rompió por dentro y lo rompió para siempre. Quería mucho a Cristián; se querían mucho, aunque no se entendían. Está claro también que Cristián presintió el final, pero no le sacó el cuerpo. Se había puesto fechas para muchas cosas no exactamente porque le doliera una desilusión política. No tenía ilusiones políticas. Cristián buscaba reconciliar su fe católica, muy fuerte (la palabra quizá no debiera ser *fuerte*) con una especie de búsqueda directa de Dios en cada ser que debía convivir con él. No la imagen de Dios, sino dioses individuales que él descubría cuando, en realidad, estaban iluminados y, por lo tanto, tenía que corregir su error de visión. Cristián murió sin saber que moría, me parece a mí, porque no era el hecho en sí de la muerte que lo preocupaba. Creo que daba por descontado que se le terminaba algo al volver a Chile. Basta leer sus cartas y las páginas de su diario. Se murió desde adentro hacia afuera, como tanta gente en esos días; esto significa entonces que él se tiró contra las balas. ¿Por qué lo mataron? ¿Por qué debían matarlo? Esta pregunta es la más común en Chile después de 1973. ¿Qué se

ha ganado con la muerte de Cristián? Esto es otra cosa. Se ha ganado mucho porque muertos como él no paran de morir, les siguen y les seguirán disparando día a día en una madrugada que se repite en cámara lenta, lo fusilan y se levanta, se levanta y sube al furgón, se sube al furgón y se va a las torres, se va a las torres y entra al departamento, entra al departamento y se acuesta, se acuesta y mi viejo llora viéndole dormir, viéndole dormir lo delata la viuda del primer piso, lo delata la viuda y llegan los soldados, llegan los soldados y lo bajan en ascensor, bajan en ascensor y se suben al furgón, se suben al furgón y paran en la carretera, paran en la carretera y lo ametrallan, lo ametrallan y le roban todo lo que lleva en los bolsillos, le roban todo lo que lleva en los bolsillos y le pegan el tiro de gracia en la frente, le pegan el tiro de gracia en la frente y Cristián se levanta y se pone a caminar. Nadie podrá nunca detener esta secuencia. Lo dijo Cristián en su diario: «lo que echaron a andar los militares en Chile en septiembre, ya no lo podrán parar». Echaron a andar a los muertos. ¿Cómo los van a parar?

¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cómo les sale la voz a todos ustedes? A ti la voz te sale triste, pero te sale también sabia y astuta y audaz. No deseo otra taza de té, gracias, ni otra copa de pisco, gracias, ni más lágrimas tuyas, gracias. Me basta con saber que sale la voz y que usted estuvo solo, de rodillas, besando el cadáver ensangrentado de su hijo, que tú fuiste a buscar el cajón y volviste con las pompas fúnebres y, por error, entraste a un pasillo que no era el indicado y viste el montón de muertos y, en vez de Cristián, te entregaron el cadáver de una niña, pero —la vida es así—, los errores se corrigen y al fin partiste con tu hermano aunque rehusaste mirarlo y comprendo que la incineración fuera lo mejor.

—No alcancé a verlo, ni sé de qué estamos hechos,

aunque comprendo ciertas cosas que eran un misterio para mí hace unas pocas semanas. Por ejemplo, acepto que Cristián presintiera su muerte y tomara medidas, no todas muy claras y que ahora, de repente, tienen para mí un sentido evidente, y que lográramos juntarnos, así como de improviso, sin mayores explicaciones y tuviéramos más de dos meses, increíble adivinación mutua, no hay otra palabra para describir lo que pasó, porque ni él me preguntó qué hacía yo exactamente y por qué lo hacía, ni yo jamás traté de obligarlo a nada o a convencerlo de nada. Cristián era un ángel en motocicleta atravesando de día y noche las calles de Santiago con una cruz al hombro y recogiendo las instantáneas de la gente que caía o se fugaba o moría, para llevarse el testimonio gráfico a alguna sala de crónica del otro mundo. Como si Dios le hubiese escogido su corresponsal de guerra. Ahora me doy cuenta por qué no militó y comprendo también que lo mataran. No creo que había partido para él que, en el fondo, vivió al final el desenlace de todos. No dijo nada de esto, pero es obvio. Cristián captó en la calle el sentido de lo que estaba pasando. Esa gente de uniforme o de civil y armada hasta los dientes que pensaron en un cuoteo para la muerte se convencieron luego que el cuoteo no podía funcionar. Si usted mata a un hombre en la calle, en el estadio, en el campo de concentración o en el hospital, usted automáticamente tiene a veinte familias que se matriculan en su lista de muerte: enemigos callados o combatientes que usted tendrá que enfrentar alguna vez y en los que no va a hallar conmiseración. Lo dice el Evangelio: *Uno solo murió y la familia del difunto creció por el mundo y multiplicó las cruces, los años y los siglos.* Le digo que no sé de qué estamos hechos, pero he visto a otras mujeres a la puerta del estadio, de la morgue y del cementerio y empiezo a entender algo que nos identifica. Un momento estamos hechas de espanto y otro de pena, y después pasan semanas y meses y estamos hechas de un gran cansancio que

a ciertas horas se transforma en angustia y en vacío, pero debajo de todo está él al acecho, callado, acezando, esperando el instante de saltar, oculto, implacable, eterno. Nada puede interesarme ni moverme ahora sino el muerto que llevo dentro, que no se tranquiliza ni se acomoda, que pide sin voz y se hace presente cuando una menos lo piensa, porque a veces me mira en los ojos de los niños, pero también me mira y lo oigo en la calle, metido en hombres y mujeres que también lo llevan esperando. De repente, Chile a parir un muerto muy grande. Cristián quizá repitió los actos de la Pasión y no nos dimos cuenta. Yo lo veía todas las tardes. Cuando llegó en junio no venía a dejarme los niños, sino a ponerlos de testigos. A los seis y cinco años los testigos ven y recuerdan. Me los puso entre él y yo. La experiencia en Virginia fue como un embarazo forzado. Los niños nacieron allá, pero yo di a luz aquí. Cristián y yo andábamos de la mano, volados, como pájaros de Vitacura, aleteando por los corredores de la Católica, es decir, ganando conciencia, él en moto, yo al paso por las poblaciones. Su Pasión iba a ser una película. Reunió a sus apóstoles en Pedro de Valdivia, haciéndonos creer que los activistas éramos nosotros y él, apenas un inocente compañero de ruta. Nos quería decir que estaba marcado y que el plazo se acercaba. Le dábamos encargos menores. Se preparaba su sacrificio. Decidimos que en octubre viajaría él a Europa y yo seguiría con los niños en casa de mi madre hasta diciembre. Veo que Cristián, según su diario, planeaba estas cosas de otro modo. El 13 de septiembre Cristián y yo nos acostamos en el suelo, en la alfombra azul de su padre, después me fue a dejar y pasó la noche con su hermano. Esa noche hizo su testamento. La noche del 13 de octubre hizo guardia en uno de los edificios de las Torres de San Borja, rodeado de traidores indiferentes centuriones que entraban a tomarse una taza de nescafé preparado por la delatora. Los otros nos quedamos dormidos y él veló hasta la madrugada, sabiendo que esas horas no basta-

ban para aprender a morir. Rezó sus oraciones y esperó, vigilando el sueño de su padre. Después subió al furgón muy asustado y angustiado, en silencio, sufriendo por la mujer joven embarazada, por el retardado mental, por el marido sollozando, por el viejo inconsciente, el oscuro sujeto que preguntaba por qué debía morir él también. Y cuando le dispararon abrió los brazos, inclinó la cabeza y en el suelo apareció una motociceta llena de sangre, envuelta en la luz blanca de los faroles del furgón. No tuvo tiempo de nada. Ni dijo palabra, ni preguntas, nada. Todo el tiempo lo usó preparándose para ese momento que sabía que venía; pero no sabía ni sabrá nunca cómo era.

Alrededor de Pudahuel hay un círculo de fierro y de motores. Los pasajeros llegan y pasan por ese círculo sin mirar para atrás, solos ahora, en el viento tibio, arrebatado de la planicie abierta. Tal vez el azul espeso de la noche alumbrá a Luz María y la veo muy blanca, seria, los pantalones arrugados, la chaqueta ancha, apretando las manos de los niños, el pelo suelto, mirando fijamente al avión que raya la noche con sus reflectores y su silbido penetrante. Estamos callados, esperando a gran distancia de la pista y siento que el toldo rojo de las luces de Santiago ha mostrado un propósito en el despacioso crepúsculo. En alguna parte de ese cielo que observo cuidadosamente cuelga una cruz y en ella mi hermano a quien quise sin comprenderlo. Luz María está de pie conmigo y vemos una amplia zona del cielo volviéndose cristalina y encendida, como si los rojos arreboles no se atrevieran a incendiarla del todo y las llamas empiezan a apagarse sobre los álamos oscuros y se transforman en nubes inmóviles, pero en el centro la cruz vuelve a aparecer y el cielo se vuelve del color del agua y el aire ahora está detenido y rojo pero muy amplio como una ráfaga final y entonces vemos que la cruz es un árbol más, que ha perdido sus relieves y todas las copas son formas de muertos. Y Luz María quebrada por dentro y dura también, segura y decidi-

da, viviendo para él que no le pidió nada, y ahora con su silencio la obliga y le enseña uno tras otro los sangrientos crepúsculos; ella no responde sino a ese nombre y por él mira fijamente a la pista. Es muy tarde. Sé que hay otras gentes aguardando y que estamos muy lejos del avión. La luz roja gira, se enciende y desaparece. El ruido de los motores constante, cerrado, llena la pradera. Se han apagado, por fin, todas las cruces.

Y, entonces, vemos a la distancia la columna que ha salido del aeropuerto y se dirige al avión. No sé cuantos son, pero sé que van hombres, mujeres y niños, todos oscuros, con sacos al hombro, y de contraluz, frente a los reflectores que los alumbran y los apagan, pasan un instante resplandeciendo allá abajo y se vuelven hacia nosotros y nos miran y levantan el puño, y subiendo al avión, la oscuridad los confunde y se los traga, y va ella también con su modesto bulto a hombro, su sonrisa triste y el niño en los brazos, diciendo algo que ya no se entiende, y levanta el puño y mira a Luz María y ella le sonrío apretando las manos de sus hijos. Y comprende. Yo he seguido tomando fotos. Luz María regresó en el Austin colorado con los niños. Yo, en la moto que heredé de Cristián.

EL PASO DE LOS GANSOS

Post Scriptum

—¿Corre la Parada?

—Corre. La decisión se tomó a muy alto nivel. El pueblo quiere Parada, fondas y cuecas. Se respeta su voluntad.

Dijo el Intendente y por eso llegaron desde todo el país barrenderos armados de gigantescas palmeras secas y osamentas de caballo a peinar la elipse; carpinteros de Requinoa con martillos, garlopas, clavos y serruchos a sembrar maitenes, canelos y coihues; mineros de Atacama cargados de dinamita; vaqueando cordilleranos montados en mulas ciegas; pescadores chilotes a llenar de cholgas la laguna del parque; huasos de Quinchamalí en traviesos mampatos llenos de chicha; cantoras del Municipal con arpas de lata y guitarras de carey, músicos de vidrio, cargados de botellas y pandereatas; pintores porteños capaces de elevarse sin escaleras, a colgar festones y estrellitas de papel; fueguinos en canoa, sin piernas y sin remos, sólo brazos como colihues; brujas de Talagante a vender sus empanadas de locos; curanderos especialistas en caldo de cabezas; profesores de refalosa con los pies encebados. En suma, constituyóse la unión armada y patriótica del pueblo.

Asimismo, se abrió, aplanó y pulió la elipse de acuerdo al plan de movimientos tácticos; se decidió la cantidad de armas, su alcance y medida; los caminos a seguir por los aviones, tanques y cuadros móviles; canchas de aterrizaje, de esquiar y patinar; fondas de primeros auxilios y de extre-

maución. En otras palabras, la coordinada acción de los estados mayores.

Llamóse a los sismólogos y se suspendieron los temblores. Los grafólogos fueron declarados fuera de la ley y censuráronse los horóscopos. Nada con las estrellas. Se escogió la tarde del 19 por caer entre el 18 y el 20 y se optó por una programación estrictamente ecuménica.

Para decir la verdad, a muchos de nosotros nos pareció que el programa había sido diseñado a la carrera por un estratega trasnochado o dogmático, alguna persona dudosamente patrótica e, incluso, irrespetuosa. Pero qué hacer. A estas horas no hay tiempo para cambios de importancia. El programa —da un poco de vergüenza comentarlo ¡pero la historia!— contemplaba actos como los siguientes: entrada del general en jefe a matabalho; zafarrancho por el orfeón de caradevineros; sorpresiva aparición de un huaso al galope quien ofrece un cacho de chicha a quien sea, y en el caso de caer este huaso, entra otro, y así sucesivamente hasta que se les pase la mona; llegada del cuerpo diplomático; salida del cuerpo de ballet. Luego, el experto incidía en detalles acaso inoportunos o indiscretos: en cuanto al vuelo de los aviones, decía, es imprescindible discutir la forma de pararlos. La opinión general, agregaba, es que no se pasen. Suficientes problemas existen ya con países limítrofes. Hermanos. Y, a propósito de los vuelos rasantes de la escuadrilla acrobática yanqui, nótese: es necesaria proveerlos de un mapa de Sudamérica y advertirles de cuál Santiago se trata. El programa finalizaba un poco a la diablo recomendando el bombardeo general de fondas y cantinas, de rotos borrachos, choros y sublevados; además, se sugería una diana y paseo concluyente de militares en retiro.

Discutido que fue el programa, se suscitó un impasse en los organismos de defensa. Las razones; el general en jefe, amante de la paz, insistió en que, dada la naturaleza agreste del parque, la replantación forestal, la primavera incipiente,

el fondo telúrico de la arenilla de la elipse, el sol, la cordillera y otras zarandajas, se iniciase la Parada con un desfile alado de palomas mensajeras, de todos los colores —blancas, pardas, amarillas, granates—, de todas las especies: andinistas, artilleras, ingenieras, blindadas. Unas sesenta mil, dijo. Se le argumentó que, aún cuando serían pintorescas y levantarían el ánimo del país, sesenta mil palomas era mucha paloma. Sólo de pensar en las cabezas de los espectadores. Otras consideraciones: ¿quién asume la responsabilidad de guiarlas, por dónde entran y por dónde salen, cuál será su destino? Además, ¿por qué el bombardeo general de fondas y cantinas? Respuesta: ¿Ustedes creen que somos idiotas? No son fondas, pues, ni hablamos de cuecas, nos referimos a resistencia armada y extremista. Impasse.

La celebración de marras ha sido siempre una fiesta campestre donde luce el Presidente la riqueza y prestancia de su poder ejecutivo. Años ha, el Presidente solía llegar en carroza Beaumont con auriga y palafreneros vestidos de raso negro, sombrero de copa, guantes blancos, zapatillas de charol, y seguido por escolta de lanceros. El progreso, la falta de respeto ¡la vida! reemplazó esa carroza por más prosaica pero veloz limousine, a veces abierta, a veces cerrada. Se prevé el día en que el Presidente pase en avión a chorro.

Este año, dicho sea de paso, no se precisó cómo llegaría el Presidente a la Parada, si en jeep, en automóvil o en carroza fúnebre.

Los preparativos se concentraron en dos áreas: la militar y la popular. Se levantaron fuertes y se cavaron túneles, se pusieron alambrados, se abrieron trincheras, fosos y agujeros, se repartieron armas y planos de acción bélica. Se reservó la elipse para el combate terrestre, la laguna para el combate naval, las tribunas para el eventual parlamento y transmisión del mando.

Se fijó el día 11 para el ensayo general.

Como era de presumir, entró el jefe montado en brioso

caballo blanco y, con el sable desenvainado, solicitó la venia del Presidente para iniciar el desfile. El Presidente, es decir, el doble que lo representaba en el ensayo, asintió con movimiento de cabeza. El general regresó al trote a su puesto de comando.

Desde el extremo sur de la explanada, más allá de los eucaliptus centenarios y los álamos y sauces que marcan los deslindes de Santiago, empezó una agitación de alas y de plumas, al comienzo simple reverberación en el sol opaco de la tarde de septiembre, masa a ras de suelo, confundida con la niebla baja que exhalan los esteros y lagunas del valle central. El ruido tampoco tuvo nada de inquietante, apenas un murmullo de roncadas voces, hondas sirenas sobre densa hojarasca, crujidos y ramas secas lejanas y arena removida como a través de infinitos harneros; acaso plantas de pies que se hundían en el polvo buscando base firme, deshaciéndose de bosques, orientándose hacia el desierto.

Después de media hora de marchas y pasodobles pasó volando bajo una escuadrilla de extraños aviones, demasiado rápido, nos pareció a los testigos, porque todo lo que pudimos distinguir fue el pico pronunciado y feroz, un contorno más bien lleno, algo que pudo ser color, pero se deshizo en las nubes blancas, desaparecieron.

Las primeras columnas entraron a la elipse a la una y media de la tarde. A esa hora, las tribunas y el recinto diplomático se habían llenado de periodistas, fotógrafos, y cineastas. En días anteriores hubo intensos rumores a lo largo del país que produjeron alarma en la población. Se hablaba de conspiraciones e insurrecciones, de golpes terroristas y represalias violentas, y hasta de una confrontación armada a nivel nacional que podría empezar en el parque.

Los batallones, sin embargo, ingresaban en orden perfecto y con admirable disciplina militar; avanzaban en gruesa alineación llenando de lado a lado la elipse. Al desfilar frente a la tribuna presidencial, a una voz de mando, la marcha se

convertía en espectacular paso de ganso, rudo, viril, gimnástico. Las unidades se sucedían en conformación rigurosa: cientos, miles de fuertemente armados y decididos guerreros. Las bandas y orfeones repetían ahora con onírica resonancia una sola marcha en que figuraban predominantemente los pífanos, timbales y campanillas. Los guaripolas subían y bajaban incansablemente sus festivos báculos como punzando y no punzando el globo del cielo.

Pasó otra escuadrilla de aviones igualmente veloces pero, siendo más numerosa que la anterior, nos permitió observar algunos detalles antes invisibles. Esta fuerza aérea parecía hecha de esbeltos gansos de aluminio; de mirada dura, picos oscuros y prominentes, claramente amenazadores, alas cortas y patas triangulares. Se fueron en el horizonte y dejaron el eco de un solo graznido ronco y universal.

A lo largo de la tarde marchaban y marchaban los regimientos golpeando el suelo de la elipse con sus curiosas botas negras, amarillas, cartílagos espesos, red de venas densas, aplicadas como violentas ventosas a la arena humillada, paso insistente y dominante que retumbaba en la meseta central del país y producía un ruido subterráneo de sur a norte, del mar a la cordillera.

Mirábamos con asombro los destacamentos de gris artillería, de infantería parda, de paracaidistas manchados como tigres y tornasoles andinistas; del asombro pasábamos al estupor ante las figuras geométricas, idénticas en tamaño y en ojos y garras, arrastrando con fuerza, casi con desprecio, ciertamente con furia, cañones y cureñas, carros blindados y cohetes.

A las cuatro de la tarde los periodistas extranjeros calculaban que habían desfilado unos treinta mil guerreros y que el impacto del paso de ganso sobre el suelo patrio habría causado ya un hundimiento de algunos milímetros. Es posible, añadían, que se hayan producido derrumbes en sitios remotos, hacia la cordillera y el desierto de Atacama, qui-

zá desplazamientos de montañas submarinas en el archipiélago de Chiloé, en Aysén y el Estrecho de Magallanes. A las cinco, cuando la elipse, los bosques, el parque entero, media mitad de la ciudad de Santiago y los aledaños que conectan a la capital y Valparaíso eran un solo mar de violentos uniformados, pudimos observar las primeras expresiones de pánico. Se envió un mensajero al general que permanecía impertérrito en su caballo blanco. Se le pedía en nombre de la humanidad que pusiera término al ensayo. Como ensayo general, se le decía, basta y tal vez sobra. Pero el supremo no prestó atención al mensajero.

Debe consignarse que las bandas desaparecieron poco a poco bajo la invasión de los marchantes y que el ritmo se lo imponían ellos mismos, un ritmo total, inmutable, eterno.

A las seis y media, con el sol cayendo enredado en los mimbres de los sauces y en los cerros de la costa, hubo noticias fidedignas de que la marcha masiva de más de sesenta mil fuerzas armadas y el golpe incesante de sus botas sobre la corteza terrestre del valle central eran causa de un desborde catastrófico del Lago Llanquihue, el hundimiento de varias islas y la salida de madre del Bío-Bío. El Mapocho desapareció temprano.

El general tampoco pudo ya resistir el determinado avance frontal, lateral, envolvente, de esas tropas. Empezó a desaparecer con el crepúsculo, en medio de nubes de polvo, junto al zapateo de lejanos caballos que morían relinchando, bajo un ruido de motores y cremalleras que se iba ensordeciendo, apagándose. La enhiesta postura del héroe permaneció immaculada unos momentos más y el sable brilló aún con los primeros toques de la luna; pero, después de las ocho, el hombre ya se había ido al fondo cubierto de plumas.

Todos nosotros, trémulos espectadores de este fenómeno único en la historia patria, nos habíamos subido a los últimos eucaliptus, a las postreras palmeras y, colgados, mirábamos el paso implacable de los gansos, robustos, determinados y

poderosos, sin poder detenerse ya, marchando ciegamente hacia la historia, detrás de un líder perdido, olvidado hace años, desaparecido para siempre en la noche blanca de la Antártida. El país escuchaba graznidos que retumbaban de monte en monte, por encima de las llanuras, pampas y praderas, sonando desde adentro del mar, desde represas, islas y continentes abandonados, suspendidos en abismos sin fondo.

De noche ya la marcha tapó el único mundo que conocíamos, y los árboles precarios donde nos guarneábamos empezaron a caer y el desplome pronto fue general, torres como bosques, rascacielos como álamos, cordilleras como arena volando en el viento nocturno.

Conocido nuestro destino, mantuvimos un serio silencio. Tan sólo dirigí una mirada inquisitiva al doble del Presidente que colgaba a mi lado. Me contestó con un gesto despectivo de los labios, como diciendo los espera el mar, el mar, los barrancos, las cimas nevadas. Y me pareció sensata esa respuesta pues los gansos continuaban su paso hacia las costas que representaban ahora un inconmensurable vacío y hacia las montañas, una impasable pared.

Indice

Prefacio	5
PRIMERA PARTE	9
Las diez de últimas	11
Álbum familiar	25
La batalla de Santiago	61
Penúltimas y últimas palabras	71
SEGUNDA PARTE	81
Evangelio según Cristián. El fotógrafo	83
EL PASO DE LOS GANSOS	239
Post scriptum	241

Chile, 1973. Dos lados de la medalla: uno, el del humanista a conciencia que debió convertirse en guerrero para morir dándole sentido a su vida; el otro, un joven fotógrafo cuyo camino misterioso es, en realidad, una especie de evangelio dirigido a la triste clase media chilena. Se encuentran en una esquina que se llamó Chile pero que podría situarse en cualquier otra parte. Novela-testimonio que sólo se explica por la profundidad de los lazos que unieron al autor con el presidente Allende y por cuanto le ocurrió al autor mismo durante el golpe.

